

A 820,520

www.libtool.com.cn

www.libtool.com.cn



www.libtool.com.cn

www.libtool.com.cn

www.libtool.com.cn

www.libtool.com.cn

www.libros.com

Reseña Histórica

DE LA
Provincia Capuchina de Andalucía



VARONES ILUSTRES

en ciencia y virtud
que han florecido en ella desde su
fundación hasta el presente
por el M. R. P.

FRAY AMBROSIO DE VALENCIA

Ministro Provincial de la misma

TOMO IV



1908

Imp. de la Divina Pastora
SEVILLA

3X
3174
116
4

www.libtool.com.cn

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

ES PROPIEDAD

ADVERTENCIA PRELIMINAR



Las fuentes históricas, de donde tomamos las noticias que van en este libro cuarto, son las mismas que están consignadas en los libros primero y segundo, especialmente los manuscritos titulados *Historia instrumental etc., etc.*, es decir, las crónicas de los conventos de Sevilla, Granada, Cádiz, Jerez, Antequera y Ubrique, cuyos enormes y amazacotados *infolios* contienen datos preciosos é interesantes, envueltos entre mucha hojarasca inútil: y para no repetir lo que sobre éstos y otros manuscritos se dijo entonces, remitimos al lector á los prólogos citados.

Además poseemos hoy otra buena porción de preciosos documentos, pertenecientes á nuestro antiguo archivo que hemos ido recogiendo cuidadosamente con mil trabajos, y constituyen un arsenal de noticias históricas. Los hay de varios tamaños, épocas y dimensiones: algunos de ellos se vé claramente que han sido arrancados de los libros de que formaban parte antiguamente en el *Archivo de la Crónica*; y todos los tenemos clasificados numéricamente por el orden que han llegado á nuestro poder. El núm. 1 pertenece al *Epítome de la vida* de N. V. P. Severo de Lucena, escrita por el Sr. Obispo de Almería D. Antonio de Biedma, y á las cartas del P. Hermenegildo de Montblanc, relatando la muerte del mismo V. P., las cuales citamos en el libro primero, capítulo XLI. El núm. 2 corresponde á una *Información Jurídica*, para comprobar los milagros atribuidos al V. P. Buena-ventura de Ubrique etc. El núm. 3 á una multitud de apuntes biográficos de religiosos ilustres, entre los cuales es digno de mencionarse aquí el titulado *Noticia de la muerte del Padre N. Fr. Francisco de Valverde, que duró en el Provincialato pocos días*, etc., que menciona ligeramente lo que trabajó por adornar nuestra Iglesia de Cádiz, con pinturas de Muri-lló. El núm. 4 lo lleva una *Relación de los Libros impresos y Manuscritos que hay en la biblioteca de nuestro convento de Sevilla, compuestos por Autores Capuchinos hijos de esta provincia, etc.*; y otros muchos que sería largo enumerar. Cuando citamos algún documento de esos lo hacemos así: MS. N.º tantos; y rogamos á nuestros sucesores en el cargo, que no varíen el orden de dichos manuscritos, y los cuiden tanto ó más que las Crónicas antiguas de nuestros Conventos, de las cuales son á veces complemento y aclaración.

También nos hemos servido para escribir las biografías de los VV. PP. José de Carabantes y Pablo de Cádiz, que van en este libro, de las vidas impresas de ambos, que citamos en sus lugares correspondientes.

En lo que toca á Murillo y á sus relaciones con nosotros, además de los datos claros y precisos que suministran los manuscritos mencionados, (datos desconocidos hasta hoy en su mayor parte), hemos consultado á casi todos sus biógrafos y á otros autores que se citan al tratar de esa materia.

Las continuas tareas del ministerio, y los muchos quehaceres que trae consigo el cargo de Provincial no nos han dejado tiempo para adelantar y dar más vigoroso empuje á este trabajo, que es de suyo muy difícil, si se ha de hacer como es debido; porque á lo mejor se encuentra el historiador con un hecho, negado por unos, afirmado por otros, puesto en duda por un tercero; y entonces se ve precisado á confrontar autor con autor, libros con libros, manuscritos con impresos y viceversa, para averiguar quien lleva razón y quien está en lo cierto, lo cual exige tiempo y reposo que por desgracia no tenemos.

Y precisamente porque nos falta ahora, ponemos fin á esta advertencia preliminar, rogando al lector que no olvide lo dicho en el prólogo del primer libro, que sirve también para todos los que le siguen.

FR. A. DE V.



www.libtool.com.cn

DECLARACION

Ateniéndonos estrictamente á los decretos de la Santa Sede, y en especial á los de Urbano VIII, renovamos la protesta que hicimos en el libro anterior, declarando que los hechos milagrosos referidos en este libro y los calificativos de Santos ó bienaventurados aplicados á los Siervos de Dios, no tienen más autoridad que la puramente humana, fuera de lo que haya confirmado ya con su autoridad suprema la Santa Sede, á la cual están siempre sometidos nuestros humildes escritos.

FR. A. DE V.



LIBRO CUARTO



Nuestra Provincia Bética en el último tercio del siglo XVII. Frutos de buenas obras que dió durante el reinado de Carlos II. Mueren muchos religiosos víctimas de la caridad, sirviendo á los coléricos. Íntimas relaciones del gran artista Murillo con los Capuchinos de Sevilla y Cádiz. Joyas artísticas que pintó para nuéstras Iglesias y Conventos. Varones ilustres que florecieron en la Provincia y cosas memorables que en ella ocurrieron en la mencionada época, desde 1665 á 1700.



www.libtool.com.cn

CAPITULO I

Viene á la Provincia un visitador general: celébrase capitulo en Sevilla y mueren varios religiosos.

Muerto Felipe IV, como se dijo al final del libro anterior, sucedióle en el trono de España su hijo Carlos II que reinó hasta fin del siglo XVII; durante ese tiempo prosperó mucho nuestra provincia, y tuvo las vicisitudes que diremos en el presente. Ya consignamos en otra parte, que algo anormal é inusitado debió ocurrir en el capítulo presidido por el Rmo. P. General, Marco Antonio de Carpedulo en Granada, cuando el P. Provincial y dos Definidores renunciaron en el acto de ser elegidos, y acudieron al P. Procurador general para que este recurriera á la sagrada Congregación, á fin de que se revalidaran las elecciones que ellos consideraban nulas, ó se anularan de una vez, y se hicieran otras.

Rememran-
zias.

También dijimos que poco después de celebrado dicho capítulo, N. P. General salió para Francia, donde murió el 27 de Julio, por lo cual recayó el gobierno de la Orden en el Rmo. P. Fortunato de Cadoro, que era primer Definidor. Este se hizo cargo de las quejas

Muerto del
P. General.



www.biblioteca.com
Viene un P. visitador.
elevadas al Definitorio general por los PP. mencionados, y antes de acudir á la Sagrada Congregación quiso informarse de todo detalladamente, para lo cual envió de visitador á esta Provincia al P. Basilio de Zamora, con amplias facultades para examinar dicho asunto y convocar nuevo capítulo, si lo juzgaba conveniente para la tranquilidad de todos.

Llegó el P. Basilio á esta Provincia y después de haber presentado su patente de Comisario, empezó á cumplir su encargo, el que concluido con la visita de los conventos, citó á Capítulo para el día 29 de Octubre de 1666; y juntos los vocales todos en nuestro convento de Sevilla, que fué el que señaló para este efecto, se empezaron con suma tranquilidad las elecciones, recayendo los cargos en los sujetos que indica la siguiente Tabla del Capítulo Provincial celebrado en Sevilla el 29 de Octubre 1666.

Provincial

M. R. P. Francisco de Jerez.

Definidores

M. R. P. Leandro de Antequera.

„ „ „ José de Campos.

Elecciones capitulares. „ „ „ Gabriel de Vélez.

„ „ „ Basilio de Viana.

Custodios

M. R. P. Francisco de Alcalá.

„ „ „ Carlos de Cádiz.



Secretario de Provincia

R. P. José de Santa Olaya.

Guardianes

M. R. P. Leandro de Antequera,	Sevilla. Guardianes
„ „ Jerónimo del Moral,	Granada.
„ „ Salvador de Baza,	Antequera.
„ No consta, el de	Málaga.
„ Idem el de	Jaén.
„ Idem el de	Andújar.
„ Idem el de	Castillo.
„ Idem el de	Ardales.
R. P. José de Ica.	Alcalá.
„ No consta, el de	Córdoba.
R. P. Francisco de Málaga.	Ecija.
„ „ Buenaventura de Ocaña,	Vélez.
„ „ José de Santa Olaya,	Sanlúcar.
„ „ Baltasar de Granada,	Cabra.
„ „ Antonio de Córdoba,	Cádiz.
„ „ Mauro de Granada,	Motril.
„ No consta, el de	Marchena.
R. P. Sebastián de Sevilla,	Ubrique.
„ No consta, el de	Jerez.

El mismo año en que se celebró este capítulo, murió en el convento de Jerez el P. Antonio de Alcaráz, que fué el primer religioso nuestro fallecido en aquel convento. En el de Sanlúcar murió el P. José de Cádiz; en el de Sevilla el P. Francisco de Pamplona; en el de Ecija el Corista Fr. Bartolomé de Génova; en Andújar el P. Matías de Andújar; y en Mámora el P. Antonio de

Defunciones.

En el mismo año de 1666 que vamos



Mas difuntos www.historia.com historiando, fallecieron en el convento de Granada tres religiosos. El primero fué el P. Fr. Ambrosio de Granada, predicador, que en el siglo se llamó Pedro Romero de la Parrilla, y fué hijo de Alonso Romero de la Parrilla y doña Isabel Clavijo. Este siendo de edad de 18 años, el día 22 de Julio del de 1630 tomó el santo hábito en nuestro convento de Antequera, y profesó en el año siguiente en el mismo convento. El segundo fué el hermano Fr. Félix de Motril, religioso lego, que en el siglo se llamó Gerónimo del Castillo, y fué hijo de Juan del Castillo y de D.^a Catalina del Castillo, y siendo de edad de veinte y cuatro años, en el de 1662, tomó el santo hábito, día 8 de Enero en Granada, y profesó en el siguiente de 1663 en el mismo convento. El tercero fué el hermano Fr. Marcos de Córdoba, religioso lego. Llamóse en el siglo Diego de Rivera, y fué hijo de Gregorio de Rivera, y de María Rodríguez, el que siendo de edad de 22 años, el 24 de Abril de 1654 tomó el hábito en Granada y profesó en el año siguiente.

Capítulo 90^o general. Llegó el de 1667, para el cual se había convocado capítulo general en Roma por muerte del Rmo. P. Marco Antonio Carpenedulo; y dejando de Vicario Provincial al M. R. P. Leandro de Antequera, primer definidor y guardián del convento de Sevilla, marchó al capítulo nuestro P. Provincial, Francisco de Jerez, con sus dos Custodios. El día



28 de Mayo se celebraron los comicios generales y salió elegido en ministro General (segunda vez) el P. Fortunato de Cadoro, y en Definidor general nuestro P. Francisco de Jerez, siendo este el primer religioso de la Provincia Bética que obtuvo ese alto empleo. Después del Capítulo general volvió á España nuestro P. Jerez, y según vemos en los decretos de provincia, estuvo él rigiendo la nuestra, unas veces por sí, y las más por su Vicario, el P. Leandro de Antequera, hasta que se celebró el nuevo capítulo provincial.

N. P. Jerez es elegido Definidor.

Cuando el P. Leandro comenzó á ser Vicario Provincial, cesó en la Guardíanía de Sevill'a, y le substituyó con nombre de Presidente el P. Basilio de Viana que era cuarto Definidor, el cual estuvo gobernando la Comunidad, hasta Junio de 1668 que la Definición nombró Guardián al P. Antonio de Hondarroa, vicario que había sido del P. Francisco de Jerez, y continuó las obras que este había empezado en la Iglesia, ocupando en ella el insigne Murillo, como en su vida diremos.

Su Vicario Provincial.

Aparte de estas noticias, no hallamos en los antiguos manuscritos otras del año 1667 más que la defunción de los religiosos que en él murieron, de los cuales debemos hacer mención, advirtiendo antes que el necrologio trae juntos los difuntos del año 1667 y 1668, sin especificar cuales pertenecen á uno y cuales á otro.

Otras noticias



Muertos ilus-
tres.

En primer lugar trae la muerte del V. P. Plácido de Belicena, que murió mártir de Cristo en la misión de Caracas macheteado por los indios infieles, como decimos en su vida inserta en el libro de las misiones. Siguen la del V. Padre Agustín de Ronda, y P. José de Málaga fallecidos gloriosamente en las misiones de Sierra Leona, como puede verse en el mismo libro, donde ponemos la fecha exacta de sus fallecimientos, que no es ni con mucho esta que le señala el necrologio, el cual tiene en tercer lugar la del P. Bernardo de Sevilla que murió en Cartagena de Indias, después de haber trabajado mucho en la conversión de los indios gentiles.

En la Provincia murieron también varios religiosos como ahora diremos: en Motril el P. Valentín de Granada; en Cabra el hermano Fr. Domingo de Sevilla; en Córdoba Fr. Crisóstomo de Antequera; en Alcalá el P. Fr. Bernardo de Baena; en Sevilla el Corista Fray Antonio de Durango y los PP. Lorenzo de Granada, Francisco de Córdoba y Juan Francisco de Vélez. En Ecija el P. Matías de Ecija y el corista Fr. Baltasar de Cabra. En Málaga el P. Fulgencio de Granada, segundo de este nombre, y el P. Sebastián de Antequera; y en Antequera el P. Crisóstomo de Brujas y el hermano Fr. Francisco de Guadix.

Mas muertos.

En Granada falleció en nuestro convento el P. Fr. Andrés de Granada, Predica-



dor, que se llamó en el siglo Juan Gerónimo Hurtado de Velasco y Barradas; fué hijo de Gaspar Hurtado de Velasco y de D.^a Isabel de Barradas, y Nieto del Licenciado Gaspar Hurtado de Velasco, Fiscal del Consejo de S. M.: siendo él de edad de 18 años tomó el hábito en Granada el día 30 de Noviembre de 1624 y profesó en el año siguiente de 1625 en el mismo convento. Siguióle en la jornada á la eternidad en el mismo convento el hermano Fr. Antonio de Ecija, religioso lego, que en el siglo se llamó Antonio Díaz, y fué hijo de Antonio Alfonso y de Susana Díaz. Y es de advertir, que se le puso de Ecija, sólo por haber estado algunos años en aquella Ciudad; pero fué natural del Lugar de Francoso en el reino de Portugal, de donde también eran sus padres, como consta de las informaciones que se le hicieron para darle la profesión. Tomó el santo hábito en Antequera día 8 de Septiembre de 1642, y profesó en el convento de Granada el año siguiente de 1643.

El P. Andrés
de Granada.

En Cádiz fallecieron el P. Isidoro de Jerez y el hermano Alonso de Vélez; que fué hijo de una esclarecida familia de aquella Ciudad. Llamóse en el siglo Antón de Trasierra, hijo de Juan López Trasierra y de D.^a Isabel Rodríguez de Braña; y aunque de su vida nada hallamos anotado en el Archivo de la Crónica, sabemos, no obstante, que fué muy santa y muy fecunda en trabajos pade-

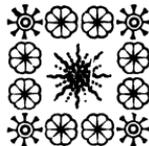
Fr. Alonso
de Vélez.



cidos por Dios, pues, como decimos
el libro de las misiones, éste fué un
los religiosos legos, que pasaron
misión de Guinea, y de allí á Carta
de Indias; y luego á la misión de U
donde trabajó mucho en compañía
Venerable P. Fr. Luis de Priego, y
Venerable P. Fr. Diego de Guadalc
y como estos fueron méritos que ten
Dios muy presentes, para premiarl
es justo que los hombres los olvide
para que teniendo noticias del fer
celo con que nuestros antepasado
empleaban en servir á Dios y al p
mo, nos esforcemos á imitarlos. Po
hablamos más largamente de esos
rarios evangélicos en el libro ci
que Dios mediante se imprimirá
pués del presente.

S u s a n t a
m u e r t e .

Por último, en este mismo año
ció también en el Convento de Cád
bendito hermano lego, al cual van
dedicar el capítulo siguiente:





www.libtool.com.cn

CAPITULO II

Vida del V. Fr. Bartolomé de Granada

Ya dijimos en el libro primero de esta historia, escribiendo la vida del Venerable Fr. Bernardino de Granada, que tuvo éste un hermano gemelo llamado Fernando, y que ambos fueron hijos legítimos de D. Lópe de Salazar y D.^a Jerónima de Castro. Estos afortunados padres criaron á los dos mellizos en el santo temor de Dios, y así como nuestro Bernardino salió desde pequeño inclinado á la religión, Fernando salió por el contrario inclinado á las armas y á la grandeza de la Corte, por lo cual sus padres lo colocaron en ella, cuando tuvo la edad competente.

Su niñez.

Allá estaba el joven Fernando expuesto á mil peligros, cuando profesó su hermano Fr. Bernardino en el convento de Granada, y viendo este que su madre lloraba mucho aquella tarde, hubo de preguntarle: Madre, ¿qué lágrimas son esas? Cuando Vd. debía estar llena de júbilo al ver que un hijo suyo se ha consagrado á Dios en una religión tan santa, ¿muestra V. sentimiento? Pero la santa madre le respondió pronta: Hijo, no lloro por verte á tí en el estado que con tanto gusto mío has elegido; lloro sí, al acordarme de que siendo Fer-

Se vá á la Corte.



Profesa su
H.^o Fray Ber-
nardino.

nando hermano tuyo, él esté entre los bullicios y peligros de la Corte, expuesto á padecer espirituales ruinas, cuando tú libre de ellas te hallas de Dios favorecido en haberte anumerado por familiar suyo, entre religiosos tan santos. Consoló á su buena madre nuestro recién profeso, diciéndola que enjugase las lágrimas, pues no se pasarían muchos años sin que viese á su hijo Fernando vestir el hábito Capuchino y profeso también. Y como entonces su hermano no pensaba en tal cosa, y luego se vió el pronóstico cumplido, se creyó que Dios se lo había revelado en la oración y quiso consolar á su afligida madre con esta profecía. Aquí debemos recordar que una de las cosas que pidió Bernardino al Señor, durante su noviciado fué que le diera vocación de Capuchino á su hermano Fernando; y así, mientras este andaba en la Corte de España, sirviendo en el palacio del Rey Católico, con la esperanza de lograr empleo correspondiente á su calidad y facultades, su hermano Fr. Bernardino andaba en la presencia del Rey del cielo, pidiéndole con instancia sacase á su hermano de las vanidades del mundo y le mostrase el camino de las verdaderas honras, retirándole del bullicio á la casa de seguridad y refugio. Pudieron más los deseos de Fr. Bernardino que las esperanzas de su hermano; pues estando éste muy ajeno de pensar en ser religioso, porque eran otras sus ideas, de pronto se halló interiormente

Profecía y
oración de
éste.

tan movido á ser religioso de nuestra Orden, que no pudiendo resistir á la eficacia de la vocación, determinó vestir nuestro hábito.

Vocación de Fernando.

Esta determinación la tuvo muy oculta á su familia; pero la comunicó al Marqués de Moya, íntimo amigo suyo y bienhechor nuestro, que á la sazón se hallaba en Valencia empleado en servicio del Rey; y el Marqués le escribió diciendo que luego al punto se partiese allá, que él alcanzaría con los RR. PP. de aquella provincia, que lo favorecían mucho, el que lo recibieran.

No tardó nuestro Fernando más tiempo para ponerse en camino, que el muy preciso para disponer su marcha. Llegó á Valencia, y pasando con su amigo el Marqués de Moya, á solicitar el logro de sus deseos, halló las puertas cerradas, y tanto, que echando el resto el Marqués, con ser tanto su valimiento, en esta ocasión nada pudo, porque los Padres respondían, que pues en Andalucía tenía un hermano Capuchino, viniese á tomar el hábito acá, por cuya razón se vino nuestro Fernando á Granada.

Algo se extrañó al principio su venida; pero luego que declaró á su hermano el motivo de haber dejado la corte y el ánimo resuelto que tenía de hacerse Capuchino, celebraron todos los PP. su resolución, y haciendo los religiosos reflexión de las palabras con que Fr. Bernardino había consolado á su madre, conocieron que había hablado con espíritu

Vuelve á Granada.



Pide el hábito.

profético. Participó él á su madre y parientes sus intentos, y haciendo la misma reflexión que los religiosos habían hecho, alabaron al Señor, que sabe revelar sus secretos á los pequeños.

Dispusiéronse con brevedad las cosas, y tomó el santo hábito, dos meses antes de que muriese su hermano Bernardino, concediéndole Dios á éste el verle Capuchino antes de morir, con lo que quedaron también enjutas las lágrimas de sentimiento que vertía la dichosa madre. Dispuestas todas las cosas, el día 5 de Abril de 1619 tomó el hábito para religioso lego nuestro Fernando, siendo de edad de 22 años, en el convento de Granada, de mano del P. Bernardino de Segovia, tomando el nombre de Fr. Bartolomé, y profesó en Antequera en 6 de Abril de 1620, en manos del P. Marcos de Toledo. (Cron. de Cádiz 155.)

Su noviciado.

Entró en la religión por las súplicas de su bendito hermano y ya desengañado del mundo, manifestando desde luego lo que sería en adelante; porque el porte que tuvo en el noviciado fué de muy provecto y adelantado en el camino de la virtud, á lo que le ayudó mucho lo claro de su talento, su mucha madurez y su natural compostura. Fué profundísima su humildad, y su obediencia tan rendida y ciega, que jamás ni de novicio ni de profeso le costó la más leve repugnancia ejecutar no ya los preceptos, sino las mínimas insinuaciones de los prelad. Cumplido su noviciado, en el que á

de estas con esta manera, que deviniendo de palabra en la boca se hizo lenguaje. A que le dio un gran estímulo hizo su profesión, y como veía se le aumentaban las dolencias, se aplicó con letras y mayores se a su vez tanto mejoramiento. Una abstinencia admirable, y haciéndose de guerra a su carne. La mortificó con extrañas penitencias, conociendo este medio es muy proporcionado a conservar la pureza, en la que resplandeció siempre. En la oración era continuo; y como es la fragua en donde corazón se inflama en el fuego del amor divino; él se encendía tanto en ese amor, que más parecía Serafín abrasado, que hombre de carne mortal vestido. Aplicó la obediencia al oficio de portero, en el que se portó como un santo Félix de Cantalicio, y en él se mantuvo, hasta que por sus muchos años hicieron los prelados portero del convento de Cádiz; y aunque dejó las alforjas, por eso perdió el nombre y oficio de portero, porque lo fué siempre, aunque de diversas maneras; pues él recogía día limosna, y recogía lo que los felices hacían para mantener a los pobres de los años, siendo portero se portó a mantener a los pobres. La idea de estas cosas que se singularizaba en él, y que a la vez jamás no olvidaba de ninguna palabra, y palabras de su vida, y de su apostolado, y de su vida, y de sus años, forma la vida de un santo.



izquierdo notablemente más ancha que la otra, para meterse en ella cuanto encontraba, ya en el refectorio, ya en la cocina de la comunidad, ya en la enfermería, donde se entraba al disimulo, y como hallase algún pedazo de pan, ó algunas berzas de las que sobraba á los religiosos, á un volver de cabeza tenía ya en la manga. Cuán grata le hubiese sido á Dios esta caritativa vigilancia, con que buscaba y escondía cosas para socorrer á los pobres, lo manifestó su Majestad muchos años después de haber fallecido, como luego diremos. (Id. 156.)

Lleno de años, pues contaba ya setenta y uno, y rico de merecimientos, lo llamó para sí el padre de las Misericordias para darle el galardón eterno. En el año de 1668, hallándose gravemente accidentado, le avisó el médico del peligro, pero el varón de Dios nada se conturbó, antes sí, con gran serenidad de ánimo, pidió se le administrasen los santos Sacramentos, los que recibió con tanto fervor y devoción, que movió á ternura á los religiosos todos, causándoles espiritual consuelo. Agravóse el accidente, y advirtiéndolo acelerado de su respiración, acudieron todos los religiosos á asistirle, creyendo que empezaba á luchar con las ansias de la muerte; pero nuestro Fray Bartolomé, queriendo hasta la última hora practicar la caridad, dijo á los religiosos que él aun no se moría, que se retirasen á descansar, y lo dejasen sólo con el hermano Esteban de Sacatecas, que

Su última enfermedad.



in donado de especialísima virtud y
iplar vida. Los religiosos, conociendo
a virtud del enfermo, sospecharon,
bría la hora de su muerte, cuando
ándose al parecer tan cerca de ella,
astaba á que se recogiesen; y con es-
nfianza se retiraron.

Supo la hora
de su muerte.

uedóse sólo con el hermano donado
stro enfermo, y después de haber es-
suspensio mucho rato como en dulce
sis, le dijo al hermano Esteban que
ase con prontitud á la Comunidad,
que ya instaba la hora de su muerte.
sucedió, pues luego que estuvieron
os los religiosos entregó su alma ben-
en manos de su Criador, con lo cual
ertificaron de la sospecha, que te-
concebida de que el Señor le había
lado la hora de su muerte. Quedó el
iver hermoso, tan flexible y con tan-
rauidad en sus carnes, como si fue-
de un tierno infante. Divulgada la
cia del tránsito del siervo de Dios,
innumerable el concurso de la gente
llegó á venerar, al que todos tuvie-
en opinión de Santo. Diósele sepul-
en la bóveda de la capilla de San
r, que entonces se llamaba del Santo
to; y pasados muchos años se ofreció
r rar á otro religioso en el mismo lu-
bajaron á la bóveda el P. Ambrosio
haza (que era estudiante entonces), y
ermano Fr. Ignacio de Sevilla, reli-
o lego; repararon en el cadáver de
Bartolomé y advirtieron que, estan-
odo el hábito reducido á cenizas, só-

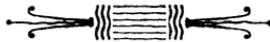
Su sepultura.



www.lolaamanga.com izquierda estaba entera, y Prodigios en tanto, que no le había tocado la menor ella. corrupción; sino que se conservaba tan fuerte como lo estaba el día que lo enteraron. (Cron. de Cádiz 158)

Reflexionó el hermano Fr. Ignacio, que aquella manga era en la que el siervo de Dios recogía los pedazos de pan y todo cuanto hallaba para socorrer á los pobres; y creyó que quiso el Señor manifestar con aquel prodigio cuán grata le había sido la caridad que el siervo de Dios tuvo con los pobres, pues lo evidenció con haber librado de la corrupción aquella manga en tantos años. No consta ni hay por donde poder justificar con evidencia cuantos años pasaron; pero á lo menos se infiere que fueron de 14 á 16, porque el siervo de Dios, como hemos dicho, murió y fué sepultado en el año de 1668; y el P. Ambrosio no estuvo de estudiante en Cádiz, hasta 1681: pero, aunque no hubiesen pasado tantos años, bastaba para atribuirlo á prodigio, el que habiéndose consumido y reducido á cenizas todo el hábito, solo se conservó entera aquella manga. Consignado este prodigio, sigamos el hilo de nuestra historia.

A qué se atribuyó.





www.libtool.com.cn

CAPÍTULO III

De los difuntos y capítulos que hubo
en la Provincia desde 1669 á 1672

Elegido definidor general nuestro P. Francisco de Jerez en Mayo de 1667 siguió rigiendo la provincia, como verdadero Provincial y comisario general cuando estaba en ella, y por medio de un vicario, cuando estaba ausente; hasta que terminando su tiempo se convocó el Capítulo provincial, el cual se hizo en la forma que indica la siguiente tabla del Capítulo Provincial celebrado en Sevilla el 18 de Octubre 1669. Elecciones.

Provincial

M. R. P, José de Campos

Definidores

M. R. P. Francisco de Alcalá.
„ „ „ Antonio de Hondarroa.
„ „ „ Leandro de Antequera.
„ „ „ Basilio de Viana.

Secretario de Provincia

R. P. Sebastián de Santillana

Guardianes

R. P. Jerónimo del Moral	Sevilla.	
„ „ Gabriel de Vélez	Granada.	Elegidos.
„ „ Buenaventura de Ocaña	Antequera.	
no consta el de	Málaga.	

	„ „ Basilio de Granada.	Jaén.
Guardianes.	no consta el de	Andújar.
	Idem el de	Castillo.
	Idem el de	Ardales.
	R. P. José de Ica.	Alcalá.
	no consta el de	Córdoba.
	R. P. Pedro de Gibraltar.	Ecija.
	„ „ Eugenio de Granada	Vélez.
	„ „ José de Santa Olalla.	Sanlúcar.
	„ „ Baltasar de Granada.	Cabra.
	„ „ Antonio de Córdoba.	Cádiz:
	„ „ Mauro de Granada.	Motril.
	„ „ Antonio de la Parra	Marchena.
	no consta el de	Ubrique.
	Idem el de	Jerez.

Casi al mismo tiempo que se celebró este capítulo en Sevilla pasó á gozar de Dios en el mismo convento el V. P. Antonio de Sanlúcar, varón insigne en virtud y predicador celebérrimo, cuya vida se ha perdido; y así no podemos decir de él otra cosa, sino que la Provincia lo tiene en la lista de sus venerables, ésto es, de los religiosos que fallecieron en ella con santidad extraordinaria. Le acompañó en la misma jornada el Padre Agustín de Sevilla, que murió en Sanlúcar, el hermano Fr. Diego de Jaén que falleció en el convento de su patria, Fray Cecilio de Cazorra y expiró en el de Antequera y Fr. Andrés de Archidona que murió en el de Marchena.

Un V. deseo
nacido.

En el de Granada pasó á mejor vida el P. Gaspar de Granada, que se llamó en el siglo D. Pedro de Carbajal, y fué hijo

de D. Alonso de Carbajal y de D.^a Isabel Ramírez de Mendoza, uno y otra de las más esclarecidas familias de dicha ciudad. Siendo pues D. Pedro de 19 años de edad, tomó el santo hábito en aquel convento día 16 de Marzo de 1642 y profesó en el mismo el siguiente año de 1643. Acompañóle en la carrera, que todo el que nace ha de cursar, el P. Fray Pedro de Granada, predicador; llamóse éste en el siglo Diego de Castro, y fué hijo de Pedro de Castro y de D.^a Isabel de Castro, el cual siendo de edad de 19 años tomó el hábito nuestro en aquella ciudad día 13 de Abril de 1619 y profesó en el siguiente año de 1620. Muy desde luego empezó á dar testimonio de lo verdadero de su vocación, porque su compostura y modestia religiosa fué tanta desde el primer día que se le vistió el santo hábito, que causó á todos admiración y mucho más cuando fueron experimentados lo profundo de su humildad y obediencia ciega. Después de profeso, lo pusieron á estudiar; pero él tomó con más veras y afición el estudio de las virtudes, que el de las letras, y aun que en estas salió un filósofo, y teólogo común, en las máximas de espíritu, salió muy consumado. Y como los PP. de la provincia conocieron la solidez de su virtud y el celo con que procuraba que se conservase sin el menor menoscabo la observancia regular, lo hicieron muchas veces Prelado de varios conventos. Mientras lo fué, trató á sus súbditos con dulzura

Otro religioso
insigne.

Sus virtudes.



Sus muchas
virtudes

mucha; y aunque para consigo mismo era rígido y austero, no por eso les negaba alivios necesarios. Fué observantísimo de la pobreza santa: en la asistencia al coro y demás actos de Comunidad fué puntualísimo: su oración fué al parecer continúa, pues siempre andaba retirado del comercio de los seglares y aun de los religiosos. Tenía en su celda la imagen de un Niño Jesús, durmiendo sobre una calavera, y este era su enamorado, á quien decía muchas ternezas, expresivas de su amor; á la que el niño le correspondía muchas veces cariñoso, como lo testifican algunos religiosos que lo oyeron. Con estos, y otros favores que el Señor le comunicaba en la oración, se fué preparando y disponiendo, para el viaje á la eternidad, hasta que á los 69 años de su edad y 50 de capuchino enfermó, gravemente; y habiendo recibido los Santos sacramentos descansó en el Señor, dejando muchas señales de su eterna felicidad. (Cron. de Gran. 372.)

En el convento de Cádiz falleció en el mismo año el P. Dionisio de Córdoba, predicador, que se llamó en el siglo Don Bernabé de Aguayo hijo legítimo de Don Alonso Aguayo Villalobos, y de D.^a María de Reynoso Maldonado que era de las familias más ilustres de aquella ciudad. También murieron en dicho convento el mismo año de 69 el hermano Fr. Alonso de Martos, religioso lego y el

El P. Felipe
de Córdoba.

P. Fr. Felipe de Córdoba, predicador. Este llamóse en el siglo D. Cristóbal Ta-

fur y fué hijo de D. Diego Dimas Tafur y de Doña María Melgarejo, que son de las familias principales de aquella ciudad, y descendientes de los caballeros que la conquistaron de los moros. Dicho P. Felipe tomó el hábito y profesó en el convento de los Rdos. PP. Terceros, donde se llamó Fr. Cristóbal de Santa Ana; pero después deseoso de practicar una vida más penitente y austera, con las licencias necesarias hizo tránsito á los Capuchinos, y tomó el hábito en Sevilla el 4 de Febrero de 1643, y en el siguiente hizo su profesión; y teniendo presente el motivo que lo había traído á profesar nuestra vida, niveló la suya tan puntualmente con las costumbres santas de nuestra Religión que fué vivo ejemplar de perfección religiosa, hasta que murió santamente después de celebrado el capítulo de 1669. (Crón. de Cádiz 163.)

Su prosapia.

Pocos meses llevaban rigiendo la provincia los superiores elegidos en dicho capítulo, cuando llegó la noticia de haber muerto N. P. General, Fortunato de Cadoro, y poco después la orden de elegir los custodios que habían de ser vocales en el próximo capítulo general, lo cual fué causa de que se hiciera otro capítulo provincial al año de haberse celebrado el antecedente. Convocado á su debido tiempo, y reunidos los PP. Capitulares se procedió á nuevas elecciones en la forma que sigue:

Tabla del Capítulo Provincial celebrado en Antequera el 17 Octubre de 1670.

Nuevo Capítulo.

Elecciones. **Provincial**
M. R. P. José de Campos.

Definidores

R. P. Antonio de Hondarroa.
„ „ Basilio de Viana.
„ „ Buenaventura de Antequera.
„ „ Juan de Antequera.

Custodios

R. P. Buenaventura Luis de Sevilla
„ „ Buenaventura de Ocaña.

Secretario Provincial

R. P. Sebastián de Santillana.

Guardianes

R. P. Francisco de Luque.	Antequera.
„ „ Gabriel de Vélez.	Granada.
„ „ Jerónimo del Moral.	Sevilla.
no consta el de	Málaga.
R. P. Basilio de Granada.	Jaén.
no consta el de	Andújar.
R. P. Eugenio de Granada.	Vélez.
no consta el de	Castillo.
Idem el de	Ardales.
R. P. Basilio de Cabra.	Alcalá.
no consta el de	Córdoba.
R. P. Pedro de Gibraltar.	Ecija.
no consta el de	Sanlúcar.
R. P. Hermenegildo de Sanlúcar.	Cabra.
„ „ Leandro de Antequera.	Cádiz.
no consta el de	Motril.
R. P. Baltasar de Granada.	Buensuceso.
„ „ Antonio de la Parra.	Marchena.
Guardianes. no consta el de	Ubrique.
Idem el de	Jerez.

En el mismo año que se celebró este capítulo en Antequera murieron en aquel convento el P. Agustín de Antequera y el hermano Fr. José de Vergara; en el de Córdoba el P. Gabriel de Granada; en el de Alcalá el hermano Fr. Gregorio de San Sebastián, en el de Andújar el P. Francisco Antonio de Andújar, en el de Sanlúcar el P. Buenaventura de Bolduque, y en el de Sevilla el corista Fray Bernardino de Ecija y el V. P. Teodoro de Bruxelas. Este fué á nuestras misiones de Africa donde padeció mucho por Dios y por el bien de las almas, como se relata en el libro de las misiones. También murió en este año el P. Antonio de Arriate en las misiones de Sierra Leona, donde quedó cuando regresó á España el predicho P. Teodoro.

Neología.

Capítulo General.

Llegó el año 1671, en que celebró la orden capítulo general en Roma á 15 de Mayo, y en él fué elegido por Ministro general el P. Esteban de Cesena, y reelegido definidor general nuestro Rmo. Padre Francisco de Jerez.

Perdidos ó extraviados los papeles del archivo, que contenían las noticias referentes á esta época, solo podemos decir de ella que en el predicho año 1671 murió en Alcalá el P. Francisco Félix de Trajillo, en Marchena el hermano Fray Juan de Marchena, y en Sevilla el Padre Francisco de Bolduque y el hermano Fr. José de Arjonilla. La crónica de Granada trae como fallecidos el mismo año en aquel convento otros tres religio-

Muertos insignes.



Un Tello
Girón.

sos. Fué el primero el P. Fr. Hilarión de Granada predicador, que se llamó en el siglo D. Fernando Tello Girón, y fué de la familia de los Duques de Osuna, el cual, á la edad de 22 años, tomó nuestro santo hábito en Jaén el 27 de Julio de 1639, y profesó en el Convento de Granada el año siguiente de 1640. El segundo fué el hermano Fr. Diego de Alhama, que se llamó en el siglo Diego Fernandez Gasca, y fué hijo de Diego Fernandez Gasca, y de Ana Muñoz, el cual siendo de edad de 22 años tomó el hábito en Granada el 28 de Marzo de 1638, y profesó en el de Jaén el año de 1639. El tercero fué el hermano Fr. Juan de Granada, hijo de Andrés Contreras y Dionisia de Palma, que tomó el hábito en el convento de Granada el 25 de Abril de 1665, profesó en el 1666 y murió en el de 1671. (Cron. de Gran. 374.)

En este mismo año fallecieron en Antequera otros cuatro religiosos: el primero fué el P. Blas de Granada, el segundo Fr. Francisco de Torrox, el tercero fué el P. Pablo de Antequera, y el cuarto el P. Francisco Antonio de Córdoba, del cual, por haber tomado el hábito en la provincia de Castilla, solo sabemos lo que el P. Isidoro de Sevilla dejó escrito de él en el apunte que sigue:

El P. Francisco Antonio de Córdoba.

Fué este P. de la nobilísima Casa y familia de los Marqueses de Priego. Crióse en Córdoba, si con la buena educación y fausto correspondiente á su nobleza, de distinto modo que suelen criarse los que



guales á él en calidad y caudales, **le sin hacer caso del fausto y obs-** Su crianza.
ción mundana, y sin dejarse llevar
s sensualidades y torpezas, á que
ra la libertad de la crianza y el ma-
de dineros, él siempre se conservó
, y despreciador heróico del mundo
sus vanidades. Pasó á Madrid, si-
ido allí el modo de vivir que había
onzado, hasta que últimamente, pa-
segurarse más en el camino de su
ción, huyendo de los tropiezos de
orte, se refugió al puerto seguro de
ligión de los Capuchinos, tomando
bito en la provincia de Castilla.

Después de profeso, se prohió en es-
rovincia de Andalucía, obteniendo
ello las precisas licencias; aquí se
ó siempre fiel observante de la po-
a santa, sin haber jamás admitido
alguna que oliese á curiosidad su-
lua, y para que en todo sonase á sus
s esta virtud heróica, quiso hasta en
ombre gozarla llamándose á sí mis-
Juan Pobre, complaciéndose mucho
ir que los religiosos le diesen tam-
este nombre; y así vino á introdu-
t, de modo que más era conocido por
ombre de Juan Pobre, que por el de
icisco. Su humildad fué profundísi-
tanto que para él eran las delicias
apreciables estar ocupado y ejercer
empleos más contemptibles en las
unidades, deseando siempre que lo
esen todos por inútil é inhábil para
, y como estando en la Corte fuese Su amor á la
pobreza.



www.hitor.es.com.cn

su humildad. frecuentado y visitado de muchos grandes de España, que se preciaban de parientes suyos, le era de suma mortificación el verse tan favorecido y honrado; y por huir estos aplausos, solicitó hacer el tránsito á esta provincia, donde sucedió que, habiéndosele puesto de familia en el convento de Marchena, en ocasión que se hallaba viviendo allí el Duque de Arcos, como este Señor le diese tratamiento de pariente y le hiciese los mismos cortejos, pidió con humildad á N. M. R. P. Provincial que lo mudase á otro convento. Envióle el P. Provincial la obediencia para el convento de Cabra; pero luego que llegó á él, se halló cortejado y atendido del Duque de Sesa, que á la sazón se hallaba en su palacio, dándole también el tratamiento de pariente, por lo que de nuevo manifestó su desazón al M. R. P. Provincial, quien le envió obediencia para que fuese á vivir á nuestro convento de Málaga, lo que ejecutó al punto.

Huye de las honras,

Dijo un discreto, que la honra es de la propiedad de la sombra, pues sigue al que la huye, y huye del que la sigue; sucedióle así á nuestro Fray Francisco, pues, huyendo de ser honrado y solicitando vivir desconocido, en todas partes se hallaba favorecido y honrado; pues, apenas llegó á Málaga, cuando sabiendo el Conde de Cifuentes que á la sazón estaba allí, fué á visitarlo, dándole el tratamiento de Tío, con lo que en aquella ciudad tuvo más estimaciones que en

otra parte alguna, por lo que mortificado suplico de nuevo á N. M. R. P. Provincial le sacase de allí; habiéndosele oído decir muchas veces que quisiera haber nacido de padres pobres y humildes, para verse libre de aquellos aplausos.

Su mortificación.

Púsole la obediencia en Antequera donde vivió algún tiempo como lo deseaba, para darse sin estorbo alguno á la contemplación de las cosas celestiales, pues todos sus recreos los cifraba en la oración. Mortificaba no solo sus sentidos exteriores, sino también con ásperas penitencias su carne, no obstante que estaba gravado de intensísimos dolores, que lo traían siempre falto de salud. Fué fama común que habiendo conservado su virginidad intacta entre las delicias del mundo, la conservó siempre pura hasta la muerte. Alcanzole esta en el convento de Antequera, donde agravándosele los accidentes, se le administraron los Santos Sacramentos, que recibió con mucha devoción, y con ellos fortificado salió de este valle de miserias á gozar el premio de sus virtudes. (Cron. de Ant. 203.)

Su santa muerte.





www.libtool.com.cn

CAPITULO IV

Más difuntos y más capítulos provinciales

Capítulo Provincial.

Todas las noticias que hemos podido recoger de la época que vamos narrando, se reducen á la tabla de los difuntos y á la de los capítulos provinciales. El del año 1672 se celebró en Sevilla el 14 de Octubre, y en él se hicieron las elecciones siguientes:

Provincial

M. R. P. Antonio de Hondarros.

Definidores

M. R. P. Buenaventura de Antequera.

„ „ „ Leandro de Antequera.

„ „ „ Buenaventura de Ocaña.

„ „ „ Juan de Antequera.

Secretario Provincial

R. P. José de Santa Olaya.

Guardianes

R. P. Buenaventura Luis de Sevilla. Sevilla

„ „ Antonio de Granada. Granada.

„ „ Francisco de Luque. Antequera.

no consta el de Málaga.

R. P. Basilio de Granada. Jaén.

no consta el de Andújar.

R. P. Silvestre de Carmona. Castillo.

no consta el de Ardales.

Elecciones.



R. P. Basilio de Cabra.	Alcalá.	
„ „ Juan de Antequera.	Córdoba.	Guardianes.
no consta el de	Ecija.	
Idem el de	Vélez.	
Idem el de	Sanlúcar.	
R. P. Hermenegildo de Sanlúcar.	Cabra.	
„ „ Hermenegildo de Sevilla.	Cádiz.	
no consta el de	Motril.	
Idem el de	Marchena.	
Idem el de	Ubrique.	
R. P. Antonio de la Parra.	Jeréz.	

En el año 1672 fallecieron en Sevilla cinco religiosos que fueron los PP. Francisco y Pablo de Sevilla, el P. Francisco de Canarias, Fr. Atausio de Granada y el P. Raimundo, de la misma ciudad. En Málaga murieron tres, que fueron el P. Gregorio de Málaga, el corista Fray Diego de Ubeda, y el hermano Fr. Pedro de Cómpea. En las misiones de Caracas falleció santamente el P. José de Antequera, cuarto de este nombre. En Cabra murieron los PP. Martín de Sigüenza y Juan de Alcalá; en Madrid falleció el P. Buenaventura de Ugijar, y no sabemos que asunto le llevó allí; en Jaén el hermano Fr. Diego de Motril y el P. Félix de Génova; en Vélez el hermano Francisco Félix de Vélez; en Marchena el P. Jacinto de Priego; en Jeréz el P. Angel de Vejér; en Ardales el hermano Fr. Antonio de Villanueva, y en Granada el hermauo Fr. Juan de Alcocer y el corista Fr. Antonio de Guadix. De estos dos sabemos que el primero se lla-

Religiosos difuntos.



www.digilibro.com.es

Su necrología. mó en el siglo Francisco Rufz, y fué hijo de otro Francisco Rufz y de Catalina López, y siendo de edad de 29 años tomó nuestro Santo hábito en el convento de Granada el día 4 de Julio de 1638, y profesó en el convento de Jaén el mismo día del año siguiente. El segundo se llamó Manuel de la Cruz Ortíz, tomó el hábito de edad de 17 años en Granada el 19 de Mayo de 1669, profesó el setenta y murió el 72.

En el año 1673, trae el necrologio los difuntos de la provincia por el orden siguiente: El P. Tomás de Granada en Jaén, el P. Gabriel de Vélez en Vélez, el hermano Fr. Bernardino de Montilla en Jaén, el P. Fr. Lorenzo de Pozo-rubio en Saulúcar, el P. José de Linares en Andújar, el hermano Fr. Francisco de Baeza en Baeza, el hermano Fr. Buena-ventura de Motrico, corista, en Castillo de Locubín, y el hermano Fr. Pedro de Navarra en Cádiz.

Más difuntos

En el siguiente año de 1674, cerraron en el convento de Granada el período de la vida temporal tres religiosos. El primero fué el hermano Fr. Buenaventura de Zafra, religioso lego, que se llamó en el siglo Pedro Pérez; fué hijo de Gonzalo Pérez, y de María Fernández, vecinos de la Peza, y siendo de edad de 30 años tomó el hábito en Granada el día 26 de Mayo de 1669, y profesó el siguiente en el mismo convento. El segundo fué el hermano Fr. León de Granada, religioso lego, (aunque en las tablas de los di-

En Sevilla murió el P. Diego de
Adelantado, cuya vida y obras no
tienen escrita en el mundo de las
mas más, y poco después le siguió
P. Antonio de Arnedo, en el mismo
evento. En el de Salamanca falleció el
hermano Fr. Lucas de Alcalá, en el de
Itequera el P. Pedro de Merida, en
Lima el P. Antonio de S. Miguel, en
Madrid, donde fué enviado por los Su-
periores, el hermano Sebastian de Segor-
ra, y en Ardales el P. Francisco de
S. Juan, segundo de este nombre, los con-
vulsos Sebastian de San Vicente y Francisco
de Sevilla, y el hermano Fr. Jose de
S. Jo.

1770



www.libEn el año 1675, se celebró capítulo
Nuevas elec en Sevilla el día 20 Septiembre y en él
ciones. se hicieron las elecciones siguientes:

Provincial

M. R. P. José de Campos

Definidores

M. R. P. Juan de Antequera.
„ „ „ Buenaventura de Antequera
„ „ „ Cristóbal de Málaga
„ „ „ Mauro de Granada.

Custodios

- 1.º No consta.
- 2.º R. P. Antonio de Córdoba.

Secretario Provincial

M. R. P. José de Balmaseda.

Guardianes

M. R. P.	Buenaventura de Ocaña;	Sevilla.
„ „	Alonso de Cáceres,	Granada
„ „	Francisco de Ecija,	Antequera.
„ „	Cristóbal de Málaga,	Málaga.
	no consta el de	Jaén.
	Idem el de	Andújar.
„ „	Silvestre de Carmona,	Castillo.
	no consta el de	Ardales.
	Idem el de	Alcalá.
„ „	Juan de Antequera.	Córdoba.
	no consta el de	Ecija.
	Idem el de	Vélez.
„ „	José de Santa Olaya,	Sanlúcar.
Guardianes.	„ „ Baltasar de Granada,	Cabra.
	„ „ Buenaventura de Antequera,	Cádiz.
	„ „ Buenaventura de Archidona,	Motril.



no consta el de Marchena.
Idem el de Ubrique.
„ „ Antonio de la Parra, Jerez.

En el dicho año de 1675 murieron en la Provincia cuatro PP. y un corista: el primero fué el P. Francisco de Molina, que acabó sus días en nuestro convento de Sevilla; el segundo nuestro M. R. Padre Basilio de Antequera, que falleció en el de Cádiz, donde se retiró acabado su provincialato, por más que el necrologio dice equivocadamente que murió en Sevilla: el tercero fué el P. Cristóbal de Jaén, que terminó su carrera en el convento de Alcalá, y el cuarto el Padre Francisco de Granada, que falleció en el de Jaén. A éstos hay que añadir el corista Fr. Melchor de Casares, de cuyas virtudes hallamos escrito lo que se dirá en el capítulo siguiente.

Difuntos del
año 1675.





CAPITULO V

Vida del V. Fr. Melchor de Casares,
Corista.

Su infancia. Aunque el siervo de Dios Fr. Melchor, nació en Casares, de padres honrados y virtuosos, vino siendo muy pequeño á Sevilla, y allí se crió. La docilidad de su genio y las bendiciones con que el cielo lo había prevenido, lo inclinaron al santo temor de Dios y á estudiar su ley Santa, para observar puntualmente sus preceptos y aborrecer los vicios. Con este objeto huyó siempre de la amistad y concurrencia con los demás muchachos, sin que jamás pudiesen reducirlo estos á que los acompañase en sus comunes entretenimientos, siendo su diversión total, y en la que hallaba suma complacencia, asistir los ratos, que por las mañanas y tardes tenía desocupados, á los divinos oficios y á rezar en los templos. (Cron. de Gran. 379.)

Sus juegos de niño.

Así se adelantaba nuestro Fr. Melchor en edad y en virtud solo y retirado; pero quiso Dios proporcionarle un compañero para que ayudado el uno del otro lo-grasen con más facilidad mayores incrementos en el camino de la perfección. Luego que los dos se manifestaron el uno al otro con ingenuidad sus deseos,

iberaron establecer una vida tan superior en lo natural á sus juveniles fuer-
que pudiera haber rendido á la naturaleza más robusta, si el que es Omnipotente é infinitamente sabio no les hubiera asistido con especial providencia, decidiendo al fin con que ciegamente moraban. Todos los días visitaban á los enfermos de los hospitales, y se ejercitaban en limpiarle los vasos inmundos, y hacerles las camas, consolando á los enfermos que se hallaban más afligidos, y socorriéndolos con cuanto podían en sus necesidades, lo que ejecutaban con tan fervorosa caridad que, en viéndolos entrar en las salas los enfermos, recibían tanto alivio, como si entraran dos ángeles. Las primeras horas de la mañana las empleaban en asistir á las Iglesias, oraciones, y tener tiempo determinado de meditación, sacando de ella el fervor con el que luego se ejercitaban en obras de caridad y en ejercicios espirituales. La noche la gastaban parte en rezar el santísimo rosario y otras devociones; parte en meditar las verdades eternas, sacando, de aquellas conversaciones cuanto necesitaban, para mortificar sus pasiones, y renovar fervores para continuar el camino que habían empezado. El tiempo que concedían á sus cuerpos para el descanso en la noche era muy preciso; y las veces les servía de cama el duro suelo. Establecieron también, los días en que habían de confesar y comulgar; lo que ejecutaban con tanta ternura y de-

Sus ejercicios de piedad.

Su santa vida.



**Sus confesio-
nes.** voción, que despertaban á cuantos los
veían vivas ansias de imitarlos, siendo en
toda la Ciudad común ejemplo la vida
de aquellos dos siervos de Dios.

**Sus peniten-
cias.** Maceraban sus delicadas carnes con
ásperas disciplinas, buscando para ha-
cerlas sitios ocultos y escusados. La co-
mida era igualmente parca, y solo la que
necesitaban para conservar sus vidas.
Para aprovechar con mas fruto de sus
almas el tiempo santo de la cuaresma, se
retiraban á Sierra morena, donde sirvién-
doles de albergue una opaca gruta, la pa-
saban como penitentes solitarios, man-
teniéndose con yerbas crudas, entrega-
dos del todo á la oración y contempla-
ción de las cosas celestiales; y pasado
aquel tiempo se volvían á la ciudad á
continuar sus santos ejercicios. Así vi-
vieron el espacio de tres años, hasta que
á fines del de 1671 le ofreció el Señor á
Fr. Melchor un grandísimo quebranto, y
fué que para premiar á su compañero la
solicitud con que le había servido, lo lla-
mó para sí por medio de una enfermedad
aguda, que muy en breve le quitó la vi-
da. Lloró nuestro Fr. Melchor de su
amado y fiel compañero la temprana
muerte, si bien no dejó por esto de con-
tinuar la observancia de aquel género de
vida; pero viéndose solo, determinó dejar
el siglo y tomar el hábito de religioso en
nuestra Orden Capuchina. Empezó con
vivas y eficaces ansias á solicitar el
**Pide nuestro
santo hábito.** ser en ella recibido, hasta que lo consi-
guió y tomó el santo hábito á los 19 años



su edad el 16 de Marzo de 1672. Luego nuestro Fr. Melchor, se halló ^{Entra en el noviciado.} ornado del seráfico sayal, que lo pucaba hijo del Serafín llagado, cono-ndo en esto las muchas obligaciones, e tenía de ser santo, propuso con los xilios de la divina gracia correspon-: agradecido á Dios, cumpliendo exac-mente con ellas, por lo cual determinó dar siempre con la mente en presencia Dios, y así lo manifestaba en su inter modestia y compostura. Ejercitába- al mismo tiempo en todo género de ortificación y austeridad, siendo tales e disciplinas, ayunos y penitencias, e á todos sus connovicios y aun á al- nos muy aprovechados profesos, los ía asombrados; era tan riguroso el to que daba á su débil cuerpo, que í preciso le pusiese coto su maestro. Siendo tal su fervor en esta materia, siendo bastantemente avisado en so-itar su propio aprovechamiento, era angelical y tan sencillo que expli-ado una noche su maestro en las plá- as espirituales que les hacía, lo noci- s que son para el espíritu las tentacio- s de la carne, y la vigilancia con que bemos huir de ellas, entendiendo su ecillez y pureza materialmente estas labras, desde aquel día dejó de comer ne en la mesa. Viendo esto sus con- vicios le dijeron al maestro como el rmano Fr. Melchor había muchos as que se quedaba sin comer, pues así e le servían el plato, comía tal ó cual

Su candor
angelical.



Su mortifica-
ción.

garbanzo ó las berzas que en él venían y luego lo apartaba sin probar la carne. El P. Maestro lo llamó, y le reprendiágramente que sin licencia suya practicase aquel género de mortificación; y preguntándole el motivo que tenía para no comer la carne, le respondió el columbino joven: Padre, desde aquella noche que V. P. nos explicó las tentaciones de la carne, y que el modo de vencerlas es huir y apartarse de ellas; no la he querido comer. Exceso de sencillez parecerá esta contestación que dió Fr. Melchor á las palabras de su Maestro; pero teniendo presente que *stulta mundi elegit Deus, ut confundat sapientes*, debemos venerar los divinos arcanos de su infinita sabiduría, y confundirnos al vez que dotó Dios á esta criatura con tan angelical pureza; pues, como tocó su Maestro, después de haber con sumo estudio examinado la conciencia de Fr. Melchor jamás supo éste qué cosas fueron movimientos de impureza. Concluido su noviciado profesó en nuestro convento de Sevilla el 18 de Marzo de 1673, y á poco de haber profesado, lo envió la obediencia al convento de Granada, donde continuó su rígida y penitente vida, siendo cristalino espejo en que los religiosos todos se miraban, para aprender á vivir como verdaderos capuchinos. Tres años solos vivió en nuestra religión sagrada llenándola del buen olor y fragancia de sus heroicas virtudes, y hallándolo Dios en sazón para trasplantar aquella flor

Profesa



los amenos jardines de la eternidad, donde (como piadosamente creemos) se halla colocado, le envió un mortal accidente del que postrada su debilitada naturaleza, cayó en la cama, no para que le sirviese de descanso á su mortificado cuerpo, sino para en ella hallar con su mucha paciencia nuevo modo de merecer, y por consiguiente de aspirar á la posesión de los eternos premios.

Lo envían á
Granada.

Administráronle los Santos Sacramentos que recibió con mucha devoción suya y edificación de cuantos á aquel acto asistieron; y viendo el prelado que por instantes se iba agravando el enfermo, señaló religiosos para que lo asistiesen constantemente. La noche en que murió, cerca ya de las once, llamó á dos coristas que le asistían y les rogó que se recogiesen un rato, y que en tocando á maitines volviesen. Los coristas, como lo veían tan falto de alientos, que apenas podía por sí solo moverse en la cama, no querían retirarse, por no faltar en tanto padecer á cosa que pudiera darle alivio; pero instándoles encarecidamente Fray Melchor, se retiraron; volvieron á las doce y vieron con asombro que el enfermo había dejado la cama y estaba tendido en el suelo, cruzadas las manos, juntos los piés, puesto el capucho, y el hábito también compuesto, como si con mucho estudio y primor lo hubieran amortajado. Llegaron á él, y hallándolo difunto, quedaron llenos de espanto de ver que los había desviado de su presencia, para

Enferma de
peligro



Su santa
muerte.

en la muerte imitar á N. S. P. S. Francisco, que quiso morir en el desnudo suelo. Dieron aviso á la comunidad, que vino prontamente, y todos con lágrimas de ternura, decían que el cadáver daba testimonio de la gloria que gozaba ya el alma feliz, que le había informado. Y así quedó viva la memoria de este religioso en la Provincia, y su fama común de santidad duró por mucho tiempo. (Cron. de Gran. 383.)

CAPÍTULO VI

Vida de N. V. P. Bernardino de
Granada.

Aún no se habían enjugado las lágrimas que la falta de Fr. Melchor arrancó á los ojos de los que como á Maestro consumado en la ciencia del espíritu lo veneraban, cuando tuvieron nuevo motivo para derramarlas, con la muerte de N. P. Fr. Bernardino de Granada, que falleció en el mismo convento.

Su patria y
sus padres.

Fué este apostólico varón natural de la nobilísima Ciudad de Granada, de padres muy virtuosos, que se llamaron Juan Delgado y Mariana Díaz de la Puerta. Cuentan que, hallándose ésta embarazada, llegó un pobre desconocido á la puerta de su casa á pedir una limosna. Dióselá D. Juan, y luego que la recibió le dió humildes gracias por la caridad que había usado con él, y le



dijo que al niño que trajera su mujer lo llamase Bernardino y lo educase bien, que sería con el tiempo Provincial de los Capuchinos. Todo se verificó á su tiempo, porque nació el infante el día de San Bernardino de Sena, nombre con que se quedó en la religión en memoria del Venerable Fr. Bernardino de Granada, corista, que había fallecido poco tiempo antes que este tomase el hábito, como en su lugar lo diremos. También dice su vida que el mismo día en que nació nuestro Bernardino, le reveló Dios á un monje Cartujo, varón de notoria santidad, que nacía entonces un niño el cual sería á su tiempo un varón apostólico muy del divino agrado, y manifestándole el Señor quien era, le mandó que llamase á su padre y le previniese lo criara con mucho cuidado y vigilancia. De tan estupendos antecedentes se deja discurrir cuán prevenido vino al mundo de bendiciones del cielo, y cuál sería la corona que en él le estaba preparada para premiar sus triunfos.

Fué su dichoso nacimiento el día 20 de Mayo de 1604, y desde entonces se hizo amable á todos cuantos le vieron; porque como Dios lo había escogido para sí, y para que fuese instrumento de su gloria, lo dotó de una hermosura singular, con la que embargaba las atenciones de todos, así propios como extraños. Esto que en el principio fué efecto sólo de la hermosura y gracia natural, que en su semblante mostraba, después

Presagios de su santidad.

Su hermosa niñez.



Sus aficiones piadosas. lo fue adquiriendo y granjeando con la docilidad de su genio. Luego que tuvo edad competente para aprender á leer y escribir, lo confiaron sus padres á un maestro, quien desde las primeras lecciones que le dió se impuso en la viveza de sus talentos. Aunque Bernardino era aun niño en los años, no daba muestra de ello en sus obras, pues estas eran como de un hombre muy proveyecto: huía de toda puerilidad, y toda su diversión la cifraba (los ratos que tenía de recreo) en hacer altares, en formar procesiones y en predicarles á los otros muchachos que lo acompañaban. Otras veces le preguntaba la doctrina, y si alguno no la sabía, se la enseñaba.

Muy joven todavía, lo pusieron sus padres á que estudiase la gramática, la cual aprendió en tiempo muy breve porque como su primer cuidado lo puso siempre en tener limpia su alma hasta de la más leve culpa, hizo en ella su morada la Sabiduría. Desde que tuvo uso perfecto de razón procuraba oír masa con devoción grande todos los días, máxime desde que empezó á estudiar la gramática. Frecuentaba los Santos Sacramentos con tanto fervor, que excedió su modestia y compostura á lo que es común en tan pocos años. Así se fue ensayando nuestro Bernardino para cuando llegase á tener la edad de tomar el hábito de capuchino, como lo habíamos dicho á sus padres. No les cogió de nuevo á estos la noticia, pues ya la sabía

Sus estudios.

www.libtqool.com.cn
antes que él naciera, por cuya razón luego que cumplió los 15 años empezaron á tratar de que lo admitiesen en nuestra Orden, como en efecto se realizó, tomando el hábito el 24 de Agosto de 1619, y profesando en el siguiente año de 1620, con gran complacencia de los religiosos, y espiritual consuelo suyo.

Toma el hábito y profesa.

Como desde que nuestro Bernardino tomó el hábito dió señales evidentes, no sólo de su mucha virtud, sino también de la claridad de sus talentos, los PP. de la Provincia lo pusieron á los estudios, y en ellos salió tan aventajado, que fué uno de los más excelentes escolásticos de su tiempo, y de los predicadores de mayor fama, porque Dios lo había dotado de cuantas prendas constituyen un buen Predicador. Su voz era sonora, su discurrir elevado, su persuasión admirable; pero lo que más embargaba la atención de cuantos le oían era el fervor y apostólico espíritu con que predicaba. Su estudio mayor era la oración mental, en que se ejercitaba casi de continuo, noche y día, aprendiendo en ella máximas de la caridad más ordenada, tanto para consigo como para sus prójimos; y como cuando empezó á ejercer este evangélico empleo, aún no había cumplido los 24 años, se hacía más plausible su predicación, viéndose reeplandecer en ella los fervores de un San Pablo. Por esta causa los PP. de la Provincia deseosos de que aquellas elevadas prendas produjesen frutos

Lo hacen predicador,



www.libracl.com.cn

Lo nombran lector. abundantes en utilidad de la Orden, en el Capítulo que se celebró en Jaén día 29 de Mayo de 1929 que era el 25 de la edad natural de nuestro Fr. Bernardino, lo constituyeron Lector de Artes.

Sube á Guardián y Definidor. Tanta fué la prudencia y acierto con que empezó á ejercer su ministerio, tanto lo que aprovecharon con él los estudiantes, y tanto lo que empezó á brillar por su sabiduría, y su virtud, que en el capítulo que se celebró en Granada el día 2 de Julio de 1631, lo eligieron Definidor y Guardián del convento de Antequera. No se engañaron los electores en el concepto que formaron del don de gobierno que á su siervo le había Dios conferido, y como la experiencia les manifestó sus aciertos en semejante elección, desde entonces siempre lo tuvieron con cargos, ya en la definición, ya de Guardián, ya de Custodio, ya de Comisario General, y tres veces en tres distintos trienios de Provincial de esta de Andalucía, siendo el primero de los hijos de ella que después de ser erigida en provincia la gobernó; y para que con toda claridad se vea cuán justificados motivos tuvieron aquellos Padres capitulares para elegir tantas veces al siervo de Dios, cuando en realidad era muy joven para semejantes cargos, es justo que expresemos aquí en compendio las heroicas virtudes, que desde sus primeros años practicó.

Sus dotes de gobierno.





CAPÍTULO VII

Virtudes religiosas de este siervo de Dios

Entre todas las virtudes de N. V. Padre Bernardino, resplandecía la caridad. Esta, con respecto á Dios, ardía tan vivamente en su pecho, que, transformándolo en su objeto divino, pudo sin exageración decir de sí, lo que afirmó San Pablo: *Vivo ego, jam non ego, vivit vero in me Christus*; porque si lo que manifiesta el vivir es el obrar; siendo las obras del varón de Dios tan niveladas y medidas por sus soberanos preceptos, que más parecían de ángel que de hombre, cada una de ellas era evidente é irrefragable testimonio del amor de Dios que lo vivificaba y movía. Respecto de sus prójimos era como el mismo Apóstol, todo para todos; á los sanos procuraba dar gusto; al afligido consolaba cual amorosa madre; al enfermo con especialidad servía con mucho agrado; al melancólico divertía con palabras y conversación tan dulce y agradable, que le causaba alegría; al fatigado daba alivio; al que lo necesitaba, consejo; y en una palabra, cada uno hallaba en el siervo de Dios, lo que había menester.

Su caridad.

Era todo para todos.



Su bondad. Sabía muy bien que los misericordiosos hallan misericordia en los ojos de Dios, y por eso él se daba tan de lleno á las obras de misericordia, que parecía no tener otra cosa en que emplearse, sino en ellas. Solía decir con el Profeta que la misericordia de Dios resplandece en todas sus obras, las domina y está sobre todas ellas, superándolas; y que para ser verdadero hijo de nuestro Padre que está en los cielos, quería que en todas sus acciones resplandeciera la caridad, y que la misericordia estuviera por encima de todas sus obras.

Todo el tiempo que fué Prelado, fué universal consuelo de sus súbditos, y dando con su obrar enseñanza común á los superiores, era con el humilde afable; con el soberbio, terrible; para el arrepentido, misericordioso, y para el protervo, justiciero. Era finalmente para todos verdadero padre, á todos los amaba, á todos los quería, y á todos consolaba. No había para su caridad excepción de personas: al que era más virtuoso, amaba más; del que era descuidado, se compadecía; y á todos procuraba con cariño mucho, estimularlo al cumplimiento de sus obligaciones.

Su castidad. No fué inferior en cosa alguna su castidad, que conservó siempre intacta entre las candidas azucenas de la virginidad. Jamás se le oyó palabra ni se vió en él acción que tuviese resabios ni señal de impureza antes sí, fué cristal purísimo en que no se halló la más leve som-



www.libtool.com.cn

bra de mancha y así fué voz común que tan virgen como salió del vientre de su madre á cursar la carrera de la vida, llegó á terminarla con la muerte.

Sus ayunos.

Su penitencia y la austeridad con que trataba á su cuerpo era singularísima. Ayunaba todas las cuaresmas que Nuestro S. Padre S. Francinco observaba, y en los días que no eran de ayuno tomaba una comida tan parca, que apenas bastaba para mantenerse. Las disciplinas que se daba, fuera de las que en comunidad se acostumbraban, las tomaba á deshora de la noche y en sitios retirados donde solo Dios las oyera. Siempre andaba descalzo; y cuando andaba de camino, aun siendo Provincial, jamás quiso montar á caballo, sino siempre fué á pié como la regla nos lo manda.

Su pobreza.

Fué celosísimo de la santa pobreza en cuyo obsequio siempre vistió un hábito viejo, y se gloriaba en carecer de todo cuanto el mundo apetece. Por esta razón en las ocasiones que fué prelado mayor de esta provincia, prohibía con seriedad á su compañero y secretario que sacasen de los conventos ni un pedazo de pan, que comer en el camino, confiando siempre en que la divina providencia los había de socorrer, como repetidas veces lo experimentaron. (Cron. de Gran. 394.)

Siendo la humildad tan hermana de la pobreza voluntaria, no podía estar ausente aquella del corazón en que ésta vivía tan arraigada; y á qué extremo llegó su humildad lo declara el hecho si-

Su humildad.



Sus trabajos
en los viajes.

guiente: Caminando con su secretario y compañero tan apostólicamente como acabamos de expresar, llegaron á la venta de Casin. N. V. Provincial llevaba los pies tan llenos de vejigas, y tan cansado, que no hallándose con fuerzas para continuar el viaje á Lachar, le pidió al ventero por amor de Dios que se dignase darle posada para estarse allí aquella noche, y un bocado de pan. Compadecido el ventero, les ofreció lo que en la casa había y después de tomar una ligera refección, N. P. Provincial entró en la cuadra, y en un pesebre que estaba allí, se acostó á descansar. Estando ya dormido, llegó á la venta el M. R. P. Provincial de los Mínimos acompañado de otros religiosos para quedarse allí aquella noche, porque era ya muy tarde. Uno de ellos entró en la cuadra para acomodar en esta su mula, y quiso ponerla en el pesebre donde estaba recogido el siervo de Dios, á quien el religioso mismo mandó que saliese, creyendo fuese algún mozo de casa. Obedeció pronto el varón humilde; pero se interpuso su compañero, diciéndole: Padre Provincial, ¿por qué se ha desacomodado? Oyendo esto el religioso mínimo, é informado de que era aquel el Provincial de los Capuchinos, lleno de confusión le pidió perdón de su desacato, y le rogó con instancias que otra vez ocupara su sitio, si en él gozaba de alguna comodidad. Vuelto á sus religiosos, les refirió lo que le acababa de suceder con el Provincial de los Capu-

Lo que le sucedió en Casin.
sin.



www.libtool.com.cn
chinos, y aunque ninguno de ellos lo conocía ni lo había visto, tampoco ignoraba sus elevadas prendas, pues la fama había divulgado lo heroico de sus virtudes, y lo profundo de su sabiduría; por lo cual el M. R. P. Provincial de los Mínimos y los RR. que lo acompañaban, fueron presurosos al pesebre, quedando todos llenos de asombro al ver tan humilde y pobre al que comunmente veneraban por oráculo de santidad, apellidándoles unos, apóstol de Granada, y otros apóstol de Andalucía.

Asombro que
causó.

Cuando siendo Provincial, llegaba de visita á algún convento, admitía agracioso y cariñoso aquella caridad y agasajo común con que por tres días se asiste entre nosotros á todo religioso caminante; pero luego que éstos se cumplieran, no permitía se le ministrase cosa alguna particular en la mesa, y así comía con los demás lo que á la Comunidad se daba. Asistía puntual á todos los actos de Comunidad, y tampoco admitía otro lecho para descansar el breve rato que de la noche dormía, sino las desnudas tablas. (Id. 396.)

Luego que acabó el primer provincialato se retiró de Granada, donde ocurrió un lance que prueba la profunda humildad y ardentísima caridad de nuestro V. Padre. En el año de 1648, fué tanta la escasez de pan, que oprimidos del hambre los vecinos de aquella Ciudad, se amotinaron contra don Francisco de Arévalo y Suazo, caballero del

Otro lance.



Tumulto en
Granada.

Orden de Santiago, que era á la sazón Corregidor, al grito de viva el Rey de España, y muera el mal gobierno! Conjurada la mayor parte de la plebe, para matarlo, y hacer corregidor á su deseo, fueron armados á casa de dicho caballero, el cual, avisado á tiempo, huyó de ella y se escondió. Buscáronlo en la casa toda; y como no lo hallaron, se fueron en tropel á la Real Chancillería, á pedirle al Sr. Presidente, que lo era D. Juan de Carvajal, les proveyese de remedio. Era este caballero prudentísimo, y conociendo el peligro en que toda la ciudad se hallaba, les empeñó su palabra de que lo ejecutaría con toda prontitud. Algo se apaciguó el tumulto, más no por eso dejaron de discurrir armados por toda la Ciudad con estruendo y alboroto, tratando de nombrar ellos nuevo Corregidor. Para este cargo pusieron sus ojos en un caballero de los más principales de Granada llamado D. Luis de Paz, sujeto de ejemplarísima vida, y lo aclamaron por su Corregidor. Este varón prudente y virtuoso, conociendo el peligro en que aquella gente lo ponía, procuró escusarse con razones convincentes y ofertas que les hizo de su parte; pero no pudo contenerlos, porque al ver ellos que se excusaba, lo tomaron en hombros, lo llevaron á la Chancillería y lo presentaron al señor Presidente para que lo confirmara por Corregidor, como en efecto lo ejecutó en nombre de S. M. prometiéndoles que daría parte al

Persiguen de
muerte al Co
rregidor.



con lo cual se sosegó aquel día el
lto. (Id. 389)
siguiente, creyendo los caballeros
e y cuatros y la demás nobleza de
ada que se había extinguido ya
s ánimos del pueblo el odio con que
antes miró al Corregidor depuesto
se hallaba refugiado en el convento
n Jerónimo), determinaron juntar-
los, pasearlo á caballo por la Ciu-
y volverlo á su puesto, persuadidos
ie el pueblo respetaría á la nobleza
o acompañaba. Así se ejecutó; pero
imentaron muy á su costa lo erra-
e su discurso, porque apenas se
gó por la ciudad lo que la nobleza
taba, se pusieron en arma los más
s vecinos, y en confuso tropel dis-
an por las calles, buscando al Corre-
y á los que le acompañaban, con
o resuelto de vengar en todos sus
Cerca de la Catedral los alcanzaron
fué poca fortuna, porque en ella y
Palacio Arzobispal hallaron donde
ñarse, para salvar sus vidas. Deshe-
a autoridad, y confiada la plebe en
oder y en que por entonces no ha-
uien pudiese resistirla, echó como
decirse, el pecho al agua, no hizo
al Arzobispo, ni al Presidente, ni
ores, y saqueó cuanto pudo, hacién-
fuerte con grandes prevenciones de
s en el campo del príncipe y en el
iunfo más de doce mil hombres.
aquel día de tan horrible confusión
Granada, que compadecido el Ve-

Presentación
del mismo.

Nuevo motin
y saqueo.



Caridad y valor de Nuestro P. Bernardino.

nerable P. Bernardino de tantos tomó su Crucifijo en sus manos, y empezó á discurrir por la ciudad, procurando sosegar los ánimos; pero, aunque con su presencia muchas muevas robos, no pudo apagar del todo el fuego. Al día siguiente, movidos y amotinados por la predicación devota de Dios y deseosos de complacerle, propusieron al ayuntamiento que recibía á D. Luis Paz por Corregidor, que lo paseaban por las calles y plazas con un tambor y clarines y timbales, era costumbre, desde luego dejarían las armas, y quedaría la Ciudad quieta y tranquila. Admitió el Cabildo de la ciudad el partido á ruegos de N. V. P. Bernardino, llamó á su sala Capitular al expresado D. Luis, y le dieron sesión de su Corregimiento. Después pusieron á caballo para el paseo público al que concurrieron también muchos señores particulares, viéndose en el lance cosas dignas de admiración. En la primera, ver que D. Luis con un Crucifijo en su mano derecha iba diciendo en altas voces al pueblo que con un gran júbilo lo victoreaba: Hijos míos, aquí á vuestro Corregidor! mostrán el Crucifijo. Otra fué ver á un Jefe oidor de los de mayor autoridad de la Chancillería al lado de D. Luis, sin dudar de Asesor; y no fué la de notar que dos títulos de Castilla se pusieron en palafreneros de D. Luis, llevando á pié las riendas del caballo.

Calma á los amotinados.



que iba montado. Pero lo más notable de todo fué, que por no haber entonces Prodigio de humildad. pregonero ni quien quisiera hacer allí tan bajo oficio, (tal vez por temor de que le faltara voz para dominar el tumulto,) nuestro P. Bernardino se ofreció á oficiar de pregonero, y enarbolando en su diestra un devoto crucifijo que era su escudo y sus armas, se puso delante del caballo en que iba D. Luís, y empezó á echar el pregón en los sitios acostumbrados. Fué esta acción hija de la caridad y de la humildad profunda del varón de Dios, pues una y otra virtud quedaron con ella bastantemente probadas, al mismo tiempo que edificados los ciudadanos todos de ver á un hombre de familia tan distinguida y de tanta autoridad en su religión, que sólo por el bien de sus compatriotas se había humillado de aquella suerte. Conmovió esto á la ciudad tanto, que á voces y aun con lágrimas lo llamaban apóstol de Granada; y con este epíteto lo apellidaron siempre, premio muy justo, y correspondiente á su virtud. (Id. 392.) Comoción del pueblo





www.libtool.com.cn

CAPITULO VIII

De otros lances que prueban la virtud de este Siervo de Dios.

Comisión de un crimen.

Estando nuestro P. Bernardino en la fundación de nuestro convento de Marchena, sucedió que dos hombres ofendidos de un labrador honrado, trataban de quitarle la vida, para vengar un desaire que ellos concibieron como enorme injuria. Tuvo noticia de todo el Duque de Arcos, señor de la villa de Marchena, que estaba allí á la sazón, y llamando á los dos Caballeros se empeñó en desimpresionarlos del concepto que de la acción del labrador habían hecho, y por consiguiente en que le habían de dar palabra de no hacerle agravio alguno. Ejecutaron ambos lo que el Duque les pedía, aunque el uno solo de boca, pues muy luego, ignorándolo el otro, dió muerte al labrador, y se ausentó, de modo que jamás se pudo saber donde se hallaba. Mucho sintió el Duque la acción, y habiendo quien por complacerle le certificase que ambos habían concurrido al asesinato, mandó prender al que hallándose inocente se mantenía sin recelo alguno en su casa. Formalizóse el proceso, y porque el Duque no tuviese por falsarios á los que extrajudicialmente culparon al inocente, no temieron estos hacer delante de Dios

Condennan á un inocente.



mentos falsos, calumniando y de-
nando ante la justicia, por cómplice
del delito, al que se hallaba ino-
cua. Y como la sentencia resulta de lo
dicho, acusado aquel caballero de ho-
lad, lo condenaron á muerte. Era
caballero devotísimo de N. S. Padre
Francisco, y uno de los mayores devo-
tos que teníamos en aquel pueblo, por lo
cual N. V. P. Fr. Bernardino sintió mu-
cha pena su condena. Supo además por secre-
ta confesión quien era el homicida, y
entonces tomó á su cargo librar de
muerte al que sin culpa estaba conde-
nado á ella. Para esto se preparó con
una oración y penitencias, pasó al
reino, y con mucha eficacia y energía
trajo al Duque la inocencia del reo
condenado. S. E. contestó que aunque
era, de los autos constaba lo contra-
rio, en justicia se le podía dar muerte
y estaba reo convicto; y creyendo
el varón piadoso se movía de pura
bondad á solicitar la libertad del reo se
le negó á concederla. Insistió el siervo de
Dios y muchas veces en querer des-
filar al Duque, pero nada aprovecha-
ron sus caritativas voces. Entonces el
P. Bernardino, posponiendo á la de-
fensa de un inocente todo humano res-
peto sin atender á que su Excelencia
estaba entonces fundando á su costa
en su propio palacio un convento,
que todos los días nos estaba dando
precioso sustento, lleno de espíritu fer-
ro le dijo: Señor, sé que el senten-

Era gran de
voto de Nues-
tro S. P.

Lo defiende
el P. Bernar-
dino.



Apela á Gra-
nada.

ciado á muerte es inocente, y á mi como ministro de Cristo me toca defender la inocencia; por lo que si en V. E. hallo repulsa, iré á tribunal superior, á que me oigan, y confío en Dios, que he de ser oído. No se dió por entendido el Duque, por lo que el sentenciado apeló á la Chancillería de Granada por consejo del P. Bernardino. Este fué á procurar la libertad de su protegido, y allí trató el asunto con algunos de los Señores; estos informados de los autos, le respondieron, no poder condescender con lo que les pedía, porque como en fuerza de los autos estaba bien dada la sentencia, aunque dieran ellos asenso á sus extrajudiciales informes y quisieran revocar la sentencia de muerte, nada adelantaban, sino quedar mal con el Duque; porque luego que este llevase los autos al consejo supremo, quejándose de agravio ante el Rey, habían de mandar ajusticiar al caballero. Mas para que conociese el P. que deseaban servirlo, lo que podían hacer era retardar ver los autos, mientras que S. P. M. R. solicitaba con el Rey le concediese indulto al reo, perdonándole la vida. (Crón. de Gran. 398.)

Escribe á la
Reina.

Mucho apreció N. V. P. el arbitrio, y sin perder tiempo le escribió inmediatamente á la Reina (quien tenía formado de N. V. un altísimo concepto), exponiéndole con cristiano y religioso celo que aquel caballero se hallaba en la realidad inocente; y concluyó suplicando se dignase S. M. interesarse con el Rey,



de que valy suphestol. reon. le conce-
su Real indulto, para que no triun-
de la inocencia la malicia. Recibió
arta la Reina, y dando más asenso
que nuestro V. decía, que á lo que
os autos constaba, sin perder instan-
tiempo, pasó á poner la carta en
os del Rey, que condescendió con la
ica, y en aquel mismo correo se le
tió el indulto al varón de Dios, el
desde que escribió á Madrid, se ocu-
n continuos ayunos, rigurosas peni-
ias, y oración fervorosa, en la que
a á Dios con caritativas ansias ins-
se al Rey concediese la gracia que
e suplicaba. Luego que llegó el in-
o á Granada, N. V. P. Fr. Bernar-
se partió presuroso á Marchena pa-
acerlo saber al Duque. Este al oirlo,
ló como fuera de sí, y prorrumpien-
n descompuestas voces, manifestó
cesivo de su enojo con extraños
nanes, y le dijo á N. V. que luego al
to se retirase de su presencia y de
chena, y que jamás volviese á en-
en aquella villa. Oyó el siervo de
su sentencia con mucha serenidad
nimo, y con la misma se retiró á su
a, donde se entregó con nuevo fer-
á la oración, pidiendo con devotas
imas á Dios y á N. S. P. San Fran-
, no permitiese que aquel prínci-
que tan devoto se había hasta allí
trado con los capuchinos, labrando
el convento y manteniendo á los re-
sos que en él vivían, se enojase

Consigue e l
indulto.

Enojo del Du-
que.



www.conellos.com En estas fervorosas súplicas gastó el resto de aquel día y la noche toda: á la siguiente mañana, después que dijo misa con la devoción que solía, continuando en hacer á Dios nuestro Señor y á N. S. P. las mismas deprecaciones, luego que le pareció era hora para entrar á hablarle al Duque, se fué al palacio, causando admiración á cuantos lo vieron entrar, por el mal trato con que lo despidió S. E. el día antes; y temían que irritado nuevamente el Duque prorrumiese en más agrias demostraciones. Llegó intrépido el varon santo á su presencia, y le dijo: Señor, ya sabe V. E. que á los hijos los echa por una puerta el padre, y por otra se entran ellos. Estas palabras ablandaron el corazón del Duque, y enternecidas sus entrañas y humedecidos sus ojos, le echó al varón de Dios los brazos al cuello, y lo abrazó tiernamente, dándole evidentes pruebas de que ya se había desvanecido su enojo. Entonces quiso el Duque saber qué motivo tuvo N. V. para haberse empeñado tanto en aquel asunto, y el siervo de Dios no le dijo más sino que sabía infaliblemente que aquel caballero en nada había faltado en lo que á su Excelencia había prometido, pues no cooperó ni supo la muerte del labrador hasta que fué pública en Marchena. Esto solamente respondió, y aunque varias veces intentó su Excelencia averiguar como lo había sabido para con tanta certeza asegurar que se hallaba

Fortaleza de
Ntro. V. P.

Mutación de
S. E.



ite, jamás pudieron sacarle más ras, que las que había dicho. Por algunos creyeron que Dios se lo ha- velado, por los méritos suyos é in- ión de N. S. P. S. Francisco, de

Sigilo del Sier-
vo de Dios.

era especialísimo devoto, hasta después de su muerte se supo que dadero criminal se había confesa- él, y le había rogado que traba- or librar de la muerte al inocente nado. (Cron. de Gran. 400.)

segundo caso es más admirable to- y resplandece más en él la heróica l del varón santo, pues, para ha- Jesuscristo más semejante á sí, tió que lo acusaran falsamente y icionaran y vendieran dos discípu- yos, que en esto se dieron á cono- rítimos descendientes de Judas Is- e. Esos desgraciados, siendo Pro- l de esta provincia N. R. P. Fray isco de Jerez, que era juntamente dor General, depusieron ante él cusación formal, calumniando la al pureza del siervo de Dios, y yéndole un delito abominable con- castidad. No creyó N. Rmo. Padre icial que pudiese ser cierto, lo que staban; pero por no faltar á las ciones de Juez, como lo es un pre- nador, llamó á su celda al siervo s, y dándole noticia de lo que con- habían dicho, le dijo que se defen- para en caso de salir probada la nia castigar como lo merecían á

Es calumnia
do.

nerarios delincuentes. Oyó el sier-



Castiga Dios
á los calum-
niadores.

www.libros.com.cn

vo de Dios lo que Ntro. Rmo. P. Provincial le dijo, y sin mudar de semblante, ni inquietarse interior ni exteriormente, respondió diciendo: Padre, confieso que soy grandísimo pecador, y que si nuestro Señor no me tuviera de su mano, esas culpas que me imputan y otras muchas más cometiera; pero gracias á Dios no me acusa la conciencia de tales delitos; sólo siento las ofensas que á Dios hacen mis acusadores, y los encomendaré muy de veras á nuestro Señor, para que los perdone, como yo de todo corazón los perdono. Esta fué su respuesta, sin querer defenderse ni quejarse; y lo que es más, sabiendo quienes eran sus acusadores, jamás les mostró el rostro torcido ni enojado. Pero Dios se cuidó de castigarlos bien pronto, pue uno de ellos murió de repente y el otro padeció gravísimos trabajos y desdoras en la religión; si bien ambos se arrepintieron de su culpa, y arrojándose á los pies del varón de Dios, le pidieron perdón, confesando su iniquidad, resplandeciendo así en todo la misericordia de Dios y su justicia.

El P los per-
dona.

Premió su Magestad á su siervo aún en esta vida la resignación con que toleró la expresada calumnia y la heroicidad con que perdonó á los que intentaron con crimen tan atroz difamarlo; pues, aunque siempre fué comúnmente tenido por hombre apostólico, desde entonces creció tanto la fama de su santidad, que así dentro como fuera de la



ón lo veneraban con singular afecto. También lo premió el Señor, concediéndole la gracia de hacer milagros y espíritu de profecía, en cuya confirmación referiremos los dos casos que n. (Cron. de Gran. 402.)

Su fama de santidad.

Estiendiendo el siervo de Dios á la celda de nuestro convento de Marchena, sucedió que un oficial de albañilería desde lo más alto de la obra alzó la voz; acudieron todos pronto á ver si á nosotros podía recibir el Santo Oleo, y vimos que aún vivía; pero con una debilidad cerebral que lo tenía á las puertas de la muerte. Quedaron los religiosos sumamente quebrantados con esta desgracia, y más que todos afligido estaba el siervo de Dios, quien al ver al casi moribundo, dió providencia para que con todo cuidado lo llevasen á una celda, mientras el volvía. Ejecutóse así; se entró en el oratorio, donde con fervor le pidió á su majestad usase de sus misericordias con aquel pobre, que se hallaba en tanto peligro. Hecha la oración, se fué nuestro Venerable á la celda del moribundo que de repente se hallaba sentado sobre la cama, diciéndonos que se hallaba bueno por milagro, y que se le permitía volver á su trabajo, como en efecto lo ejecutó muy luego, atribuyéndole el milagro que Dios obró por los méritos de su siervo, la instantánea recuperación de su salud, y las fuerzas para trabajar. (Id. 404.)

Sus milagros.

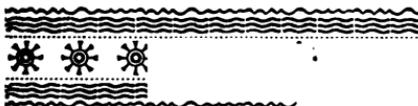
El espíritu profético de N. V. Padre



testificaba el Ilmo. y Rmo. Señor Don Martín de Ascargorta, Arzobispo de Granada, el cual contó muchas veces que siendo el Canónigo Magistral en la Catedral de Granada, tenía una amistad estrechísima con N. V. P. Fr. Bernardino con quien comunicaba su alma; y en una ocasión en que los dos se hallaban solos hablando de sus asuntos, nuestro Venerable empezó á darle reglas para regir acertadamente un obispado; y concluyó diciéndole que las tuviese presentes para cuando lo fuese, que no sería muy tarde; lo cual vió dicho Señor cumplido después que falleció el siervo de Dios, siendo propuesto para el Obispado de Salamanca, y desde allí salió á ocupar la Silla Arzobispal de Granada. (Id. 405.)

Sus profecías.





www.libtool.com.cn

CAPÍTULO IX

Muerte del siervo de Dios y su fama de santidad

No fué sólo en las ocasiones que dejamos dichas cuando se demostró el espíritu de profecía que brillaba en nuestro P. Bernardino, sino que también predice su última enfermedad, y aun después de su fallecimiento se halló fundamento obrado para creer que supo el día de su muerte, como ahora expresaremos. Dignificó el siervo de Dios á una religiosa profesa en el convento, de la Encarnación, que se llamaba la madre sor María de santo Tomás, y una tarde llegó nuestro V. al torno de dicho convento, y encargó á la M. tornera que le dijese de su parte á la madre sor María que él se iba que de allí en adelante se confesase con el canónigo Magistra D. Martin de Ascargorta. Creyeron las religiosas que la ida del siervo de Dios era á otro convento; pero muy en breve se conoció, ser profecía con la cual anunció su próxima mudanza de esta vida á la eterna, porque aquella fué la última salida que hizo él del convento, pues de seguida le saltó la peligrosa enfermedad de que murió; de donde se infiere que tuvo de ella noticia antes que le acometiera, pues fué despedir de aquella religiosa.

Predice su muerte.

Se despide de una religiosa.



Desde que cayó en la cama, se empezó á disponer para morir; y aunque todo el tiempo que vivió se empleó en aprender el modo de morir santamente, en sus últimos días eran tan fervorosos los actos de fe, de esperanza y caridad que hacía, y tan dulces las jaculatorias que prefería que con ellas inflamaba en el divino incendio los corazones de cuantos le asistían. Mandó el médico que se le administrasen los Santos Sacramentos que recibió con mucha devoción, pidiendo perdón primero á todos los religiosos de los malos ejemplos que les hubiese dado. Pidió también al Prelado le concediese un hábito viejo para mortaja de su cadáver, y que á este se le diera sepultura en la bóveda de la Capilla de N. S. P. S. Francisco, todo lo cual le otorgó el Prelado. Hizo también en manos de ésta la desappropria, si bien no tenía de qué hacerla, porque siempre vivió como hijo verdadero del padre de los pobres, siendo celosísimo, así de súbdito como de prelado, de esta peculiar virtud de nuestra Orden. Agravóse mucho el V. y á hora de Maitines, en que principió el día 23 de Marzo del año de 1676, entregó su alma en manos del Criador, dejando á todos con grandes y muy fundadas esperanzas de que subiría en ellas á gozarle por toda la eternidad. (Cron de (Gran. 407.)

Su última enfermedad.

Su santa muerte.

Apenas expiró el varón de Dios con ser á media noche, tiempo en que no podían haberlo publicado los religiosos conmovida toda la Ciudad, se empezó á oír



el tristísimo rumor de que había muerto ya el P. Bernardino, apóstol de Granada. Acudieron presurosos á las puertas del convento; pero como las hallaron cerradas, aguardaron hasta que al ser de día se franquearon. No se puede explicar cuanto fué el concurso que aquel día se vió en el convento de gentes de todas clases, solicitando cada cual, no solo ver el cadáver de aquel á quien todos apellidaban santo, sino también conseguir algunas de las pobres cosillas que había tenido á su uso, ó algún pedazo de su hábito. El Illmo. Sr. Arzobispo, los señores Oidores, los veinticuatro, y toda la principal nobleza de la ciudad, visitó aquel día el convento, de modo que siendo tan espacioso el campo del triunfo, parecía pequeño para contener el gentío que iba á esperar ocasión de venerar el cadáver, y se tuvo por uno de los grandes milagros que obró Dios entonces, que no hubiesen sucedido desgracias; y lo atribuyeron todos á los méritos del varón de Dios. Todo el día duró esta confusión devota, sin que los religiosos pudiesen desalojar la gente del convento, y aun para conseguirlo aquella noche fué preciso valerse de mucha industria. Determinaron darle al siguiente día sepultura, como se ejecutó, habiendo concurrido á él todo lo más esclarecido de la ciudad. Mientras estuvo insepulto el cadáver, le quitaron por dos veces á pedazos el hábito, siendo preciso ponerle otros; y estando ya dentro de la sepultu-

Como oíón
de la Ciudad.

Devoción in
discreta.



Le cortan á pedazos tres hábitos. ra, se arrojaron á ella sujetos de la primera distinción, y le cortaron á pedazos el último hábito, que se le había puesto. 'Tanta fué la fama de santidad con que murió. (Id. 408.)

Luego que al cadáver se le dió sepultura, fué el Prelado con otros religiosos, como es costumbre, á la celda del difunto, para recoger y examinar lo que en ella había. Nada se halló digno de aprecio, porque siempre vivió como verdadero pobre; pero sí se hallaron escritas y firmadas de su mano las cartas circulares con que se avisa á los conventos la muerte de los religiosos; y para que se sepa su contenido, pondremos aquí la que iba dirigida al convento de Jaén, y juntamente la posdata que escribió al pié de ella al Guardián de Granada. (Id. 409.)

«Al R. P. Guardián de Jaén=Previene esta carta el conocimiento de mi mucha y estremada necesidad, para que se cierre y remita á V. C. el día que nuestro Señor fuese servido de mandar á mi alma salir de esta vida; por lo cual suplico á V. C. cuán encarecidamente puedo, que exhorte á su santa familia me hagan la caridad acostumbrada, como yo la he hecho á todos los que han muerto en mi tiempo, y me encomienden á Dios muy de veras. De todo me hallo necesitado y fio mucho en las oraciones de V. C. y de sus religiosos, á quienes V. C. se ha de servir pedirles de mi parte perdón del mal ejemplo que les pue-

Cartas que dejó escritas.

do haber dado, ó de cualquier agravio que les haya hecho, no cumpliendo con ^{su contenido} las obligaciones que he tenido de cristiano, de Prelado mayor y de súbdito; que yo quisiera haber sido tal como mi P. San Francisco, en cuya protección confío, y en la de la Virgen Santísima, y principalmente en la infinita misericordia de Dios N. Señor que me hé de salvar y ha de suplir la sangre preciosísima y muerte de N. Señor Jesucristo todo lo que me falte, como mi Redentor que es, el cual guarde á V. C., y nos junte en su divina presencia para eternamente alabarle. De este convento de Granada día 23 de Marzo de 1676=Siervo indigno de V. C., Fr. Bernardino de Granada.»

A estas cartas escritas por el P. Bernardino, puso el R. P. Guardián de Granada, la posdata siguiente: El domingo 23 de Marzo, á hora de Maitines, recibiendo todos los santos Sacramentos, y dejando escritas estas cartas para los conventos con la noticia de su tránsito, pasó de esta vida á la eterna N. M. R. Padre Fr. Bernardino de Granada, padre de esta provincia, correspondiendo su muerte á su ejemplar vida, continuada por 57 años de religión, dejándonos tan envidiosos de su disposición, como edificada esta ciudad, que se conmovió á su entierro, aclamándolo santo, quitándole á pedazos el hábito la piedad y devoción con que lo miraban. Dios dé á V. C. etc. Granada y Marzo 23 de 1676. De V. Caridad siervo, Fr. Alonso de Cáceres.

Posdata



Es muy de notar que las cartas que escribió N. P. Bernardino, cuando estaba bueno, iban fechadas el 23 de Marzo, en cuya primera hora murió; lo cual parece señal evidente de que supo algún tiempo antes el día y hora de su muerte.



Pasados algunos días, dispusieron sus parientes, como gente distinguida, hacerle solemnes honras, y para el citado día se erigió un magnífico túmulo, adornado de muchas hachas y velas: concurrió toda la nobleza y cantó la Misa e

Sus honras
fúnebres.

Señor Abad de la Colegial insigne del Sacromonte. Acabada la función se vió reiterado el prodigio, que sucedió en las honras que en Ecija se hicieron á nuestro M. R. y V. P. Fr. Agustín de Granada, pues volviendo los parientes de N. V. difunto á casa del cerero la cera que había quedado, para pagar la que se hubiese consumido en las honras, hallaron que no faltaba siquiera una onza, no obstante que todas aquellas hachas habían estado encendidas mientras se cantó vigilia y misa, y se predicó el sermón en que á lo menos se gastaban dos horas; queriendo Dios al parecer manifestar en esto, cuán grata le fué la santidad de su siervo. (Id. 411.)

Un prodigio.

Pongamos fin á este capítulo, mencionando la muerte de otros religiosos que fallecieron en el mismo año de 1676. En el convento de Granada falleció pocos días antes que N. P. Bernardino, el hermano Fr. Juan de Anguiano; en Málaga el P. Vicente de Granada y Fr. Ignacio de Guadabortuna; en Antequera los Padres Cristobal y Bernardo de Antequera; en Jaén el P. Fulgencio de Estepa; en Córdoba Fr. Antonio de Vélez, y en Sevilla los PP. Bernardino de Córdoba, Pedro de Navarra, Félix de Sevilla y Fr. Lorenzo de Jaén.

Otros difuntos.





www.libtool.com.cn

CAPITULO X

Miscelánea histórica: el cólera en Andalucía, y estragos que hizo en la provincia .

Legó el año 1677 y por el mes de Octubre se congregó en nuestro convento de Antequera el capítulo provincial, el cual se celebró el día 27 de dicho mes, haciendose las elecciones en la forma que sigue:

Nuevo capítulo.

Provincial

M. R. P. José de Campos

Definidores

R. P. Cristobal de Málaga
„ „ Francisco de Valverde.
„ „ Buenaventura de Ocaña.
„ „ Francisco de Ecija.

Custodios

R. P. José de Ica.
„ „ Felipe de Cazorra.

Secretario Provincial

P. Bernardino de Priego.

Guardianes

R. P. Francisco de Ecija. Antequera.
„ „ Buenaventura Luis de Sevilla. Granada.
„ „ Buenaventura de Ocaña; Sevilla.
Elecciones. no consta el de Málaga.
„ „ José de Jaén, Jaén.



	no consta el de	Andújar.
	Idem el de	Castillo. Guardianes.
	Idem el de	Ardales.
	Idem el de	Alcalá.
„ „	Francisco de Luque.	Córdoba.
	no consta el de	Ecija.
	Idem el de	Vélez.
„ „	José de Santa Olalla.	Sanlúcar.
„ „	Agustín de Andújar,	Cabra.
	no consta el de	Cádiz.
„ „	Buenaventura de Archidona.	Motril.
	no consta el de	Marchena.
	Idem el de	Ubrique.
	Idem el de	Jerez.

En el mismo año 1677 murieron en el convento de Sevilla seis padres, que fueron los siguientes: N. P. Antonio de Hondarroa, ex provincial; Jerónimo de Oporto; Bernardino y Félix de Priego; Basilio de Viana y el P. Buenaventura de Jaén. En Antequera fallecieron los PP. Francisco de Martos y José de Santiago; en Rute el hermano Alonso de Teba; en Ecija el hermano Fr. Blas de Barajas; en Marchena el P. Sebastián de Huercal; en Alcalá el hermano Sebastián del Valle; en Almería el P. Bernardino de Málaga; en Vélez el P. Diego de Vélez; y en Roma, donde estaba como secretario de N. P. Jeréz, el Padre Buenaventura de Santa Cruz. En Granada murieron también los PP. Atanasio de Archidona; Francisco de Priego; Bernardino de Alcalá y Jerónimo de Granada. Este último se llamó en el si-

Difuntos.



Uno me m o. rable. glo D. Juan de Castellanos, hijo qué fué de Alonso de Castellanos y Marquina, y de D.^a Ana de Avila, el cual siendo de edad de 23 años tomó el hábito nuestro en Granada el 11 de Enero de 1619, y entonces le pusieron por nombre Fray Juan Bautista de Granada. Profesó en el siguiente año de 1620, día 13 de Enero en nuestro convento de Antequera con el nombre también de Fray Juan Bautista; pero al márgen de la partida de su profesión se halla una nota, que dice: Se llama ahora Fr. Gerónimo de Granada, el cual fué muchas veces Guardián, Custodio y Definidor de esta Provincia. Este es el mismo Padre de quien hablamos en el capítulo que trata de la fundación del convento del Buen-suceso; de los demás no hemos podido averiguar cosa que merezca consignarse en la historia.

En el siguiente año de 1678, se sintieron en algunos puntos de Andalucía, especialmente en los puertos de mar amagos de epidemia colérica, que causó algunos estragos, pues sólo en nuestro convento de Málaga se llevó siete religiosos, cuatro PP. y tres hermanos; estos se llamaron Fr. Juan de Ledella, Sebastián de Málaga y Lorenzo de Granada; y los PP. fueron Dionisio de Granada, Félix de San Sebastián, Francisco de Ardales y Antonio de Trigueros. En Sevilla falleció el P. Gerónimo de Cádiz, y los hermanos Félix de Salvatierra y Melchor de Arcos; en Sanlúcar

El cólera.

el Padre Luis de Sevilla, en Ubrique el P. Francisco de Iznájar, en Mámora el P. Andrés de Villanueva, en Motril el P. Marcos de Málaga, en Marchena el Padre Pedro de Gibraltar, en Jaén el P. Salvador de Baza, en Jerez el hermano Lucas de Navarra, en Córdoba Fr. Sebastián de Antequera, corista, y en Granada, otro corista llamado Fr. Benito de Braña.

Sus estragos.

En el siguiente año 1679, se extendió de un modo espantoso por la ciudad de Antequera, y aunque al principio se trató de ocultar la naturaleza del contagio, cuando apretó de firme y empezaron á morir centenares cada día, el municipio mandó publicar la epidemia y preparar hospitales provisionales dentro y fuera de la ciudad. Los Capuchinos se ofrecieron á servir en el que estaba más próximo á nuestro convento, que cogía desde la calle de San Miguel hasta la calle de la Santísima Trinidad y San Bartolomé, quedando en medio la plazuela. Convidáronse muchos de los nuestros para servir á los apestados; pero por entonces sólo fueron admitidos los padres Fr. Agustín de Sevilla y Fr. Luis de Sanlúcar, ambos predicadores, que entraron en dicho hospital el día 20 de Mayo, sábado, víspera de Pentecostés, aunque antes habían andado en la ciudad sirviendo á los enfermos, administrándoles los Sacramentos, y aun buscando limosna para sustentar á muchos pobres, pero no de no haber hallado este socorro,

Crece la epidemia.



hubieran fallecido antes que á la violencia de la peste, á los filos del hambre. Presto quiso nuestro Señor premiar el celo y caridad de estos dos PP. pues á los ocho días de estar sirviendo en el hospital fallecieron del contagio. Fueron á suplir la falta de estos dos héroes los PP. Fr. Diego de Guadix y Fr. Teodoro de Sevilla, los que también consiguieron el premio de su trabajo, muriendo en dicho caritativo ministerio; y es de advertir, que aunque en algunas partes se le llama Fr. Tadeo, es por equivocación, pues hasta entonces no había tomado el hábito ningún Tadeo entre nosotros. Muertos estos dos PP. en la asistencia de los apestados, los reemplazaron otros dos PP. que fueron Sebastián de Sevilla y Alonso de Iznájar, los que también fallecieron á violencia del mal. El contagio penetró en el convento, hiriendo al P. Fr. Alonso de Cáceres, predicador, por lo que fué preciso tabicar y aislar la enfermería, dándole salida á la huerta. Para las asistencias del P. Alonso fué nombrado el hermano Fr. Buenaventura de Tuy, religioso lego, que habfa pedido con instancia asistir á los del hospital; al segundo día de haber entrado, se sintió también herido del accidente, y al tercero víspera del Corpus, falleció, siguiendo en su carrera al dicho P. Fr. Alonso de Cáceres, que murió unas horas antes. Por muerte del hermano Fr. Buenaventura entró á ser enfermero el hermano Fr. Cristobal de

El contagio
en Antequera.

Heroismo de
los Capuchinos.

Granada, religioso lego, quien estuvo asistiendo al corista Fr. Francisco Antonio de Córdoba, que también falleció, y al hermano Fr. Luís de Vélez, lego, que entró tocado del contagio, pero no murió, siendo por lo tanto nueve los religiosos que fallecieron de aquella comunidad por servir á los apestados.

Mueren 9 religiosos.

Duró el contagio desde Marzo hasta Julio, si bien no se publicó hasta Abril, y lo recio de él fué en los meses de Mayo y Junio. No se puede dar número de las criaturas que murieron á su violencia en Antequera; pero fué común opinión que pasaron de 24.000, quedando la ciudad casi despoblada. (C. de Ant. 210.)

La ciudad de Motril fué tan castigada de la peste como Antequera, y los capuchinos se dedicaron allí ál servicio de los apestados con tanto celo que murieron en la demanda trece religiosos, casi media comunidad. Por haberse perdido el archivo de aquel convento no podemos dar aquí noticias de los actos heróicos de caridad que hicieron allí nuestros religiosos teniendo que limitarnos á consignar el nombre de aquellos mártires de la caridad por el orden que los trae el necrologio, en el cual corregimos el yerro de poner también como muerto en Motril á Fr. Buenaventura de Tuy, que como ya hemos dicho falleció en Antequera. Los que fallecieron en el convento motrileño son los siguiente: Fr. Sebastián de Ubeda, Fr. Tomás de Granada, Corista; Padre Fr. Juan de la Mancha, Fr. Bernardo

El cólera en Motril.

Estragos que causó.



Religiosos que murieron.
de Iznajar, Corista, Padre Félix de Amberes, P. Antonio de Granada, Fr. Hermenegildo de Sevilla, Fr. Buenaventura de Guadix, Fr. Isidoro de Jaén, Padre Francisco de Granada, P. Jerónimo de Bernedo, Fr. Jerónimo de Ronda, y Fray Juan de Jaén,

Quando el contagio entró en Granada arreglaron el Hospital Real para que llevasen á él los apestados; y la ciudad encargó así la administración del Hospital como el cuidado y aseo de los enfermos á los Capuchinos. Estos pusieron allí religiosos, no solo para el alivio espiritual de los enfermos, sino también para que vigilasen en sus asistencias temporales. De esto último estaba encargado un religioso lego de mucha expedición que en el siglo había sido capitán de caballería en los reales ejércitos, el cual desempeñó su comisión muy á satisfacción de toda la ciudad, y con haber andado tan en medio del fuego, no le tocó el contagio, pues vivió algunos años después. En cambio murieron ocho religiosos, la mayor parte en el Hospital, sirviendo á los apestados. Estos fueron el P. Carlos María de Cádiz, el H. Fr. Baltasar de Guadix, el P. Fr. José de Navarra, el Padre Fr. Alberto de Granada, Fr. Francisco de Burgos, el P. Seraffín de Granada, el H.º Fr. Juan de Bilbao, y Fr. Antonio de Villanueva, legos.

La peste en Granada.
En Sanlúcar, donde la peste fué más benigna, fallecieron sirviendo á los apestados, los PP. Fr. Francisco de Escace-

1.º en Sanlúcar.

na y Juan del Puerto, y los hermanos Fr. Lorenzo de Bujalance y Fr. Luis de Astorga. Id. en Sevilla

En el convento de Sevilla pagaron su tributo á la muerte otros cinco religiosos que fueron los PP. Buenaventura de Ocaña y Tomás de Cañete; y los hermanos Félix de Abadiana. Pedro de Antequera y Agustín de Granada.

En Jerez falleció el hermano Fr. Francisco de Ibar, y el P. Francisco de san Clemente; en Marchena, el P. Francisco de Utrera, y el corista Fr. Fernando de Sevilla; y en Jaén el hermano Fr. Domingo de Amberes, siendo cuarenta y cuatro el total de religiosos muertos aquel año, los más de ellos mártires de la caridad.

Como algunas comunidades quedaron casi aniquiladas del contagio, y murieron varios superiores, fué preciso convocar capítulo provincial para el arreglo de familias. Este se celebró en Sevilla el 21 de Abril de 1679, y en él se hicieron las elecciones siguientes.

Provincial

M. R. P. Cristobal de Málaga

Definidores

M. R. P. Francisco de Valverde

” ” ” Felipe de Cazorla

” ” ” Máuro de Granada

” ” ” Antonio de la Parra

Secretario de Provincia

M. R. P. Francisco de Trigueros

Capítulo Provincial



www.libtool.com **Guardianes**

Guardianes.	R. P. Antonio de la Parra.	Sevilla.
	„ „ Buenaventura Luis de Sevilla	Granada
	„ „ Francisco de Luque	Antequera
	no consta el de	Málaga
	„ „ José de Jaén	Jaén
	no consta el de	Andújar
	R. P. Sebastián de Santillana.	Castillo
	no consta el de	Ardales
	Idem el de	Alcalá
	Idem el de	Córdoba
	Idem el de	Ecija
	Idem el de	Vélez
	R. P. Hermenegildo de Sanlúcar.	Sanlúcar
	„ „ Gregorio de Granada.	Cabra
	„ „ Francisco de Valverde	Cádiz
	„ „ Silvestre de Carmona,	Motril
	no consta el de	Marchena
	„ „ Diego de Valvanera.	Ubrique
	„ „ Lorenzo de Villanueva	Jerez

En el año de 1680 llegó á esta Provincia el decreto, por tanto tiempo seado, concediendo que los capítulos provinciales se celebraran cada tres años, y que cada uno y medio se reuniera la definición para proveer las guardianías por defunción, ó por haberse cumplido el trienio del que la desempeñaba. Así pues, desde esa fecha empezaron los capítulos trienales y las *congregaciones intermedias*, que así se llamaron entonces aquellas definiciones semi-capitulares.

Decreto im-
portante.

En el mismo año (1680), cebose la peste en los pueblos del interior más que en los de la costa, y en Sevilla fallecie-



ocho religiosos, tres Padres y cinco
nanos, asistiendo á los enfermos; se
aron los legos Fr. Ambrosio de Lle-
, Fr. Esteban de Alfaro, Fr. Pedro
leija, Fr. Carlos de Granada y Fray
de Vélez; y los PP. Ambrosio de
quera, Juan de Cartagena y José
anta Olaya.

Se recrudece
la epidemia.

ndújar fué muy castigada de la pes-
uel mismo año; los capuchinos se
aron también allí á la asistencia de
nfermos, y en tan caritativo ejerci-
ontrajeron la epidemia y murieron
P. Alonso de Jaén y Pedro de Gra-
, el corista Fr. Buenaventura de Co-
, y el hermano Fr. Miguel de Mála-
En Málaga murieron del mismo
los PP. Pedro de Cabra y José de
il; en Marchena el P. Tomás de Lis-
en Alcalá el P. Francisco de Lina-
en Cabra el hermano Fr. Pablo de
vega, en Mámora el P. Salvador de
la, y en Granada, el P. Luís de
ar.

uchos de estos religiosos fueron in-
es en virtud, según indica la tabla
os difuntos, y suponemos que ten-
a escritas sus vidas, de las cuales na-
ibemos, merced á la vandálica des-
ción de los archivos conventuales.
tanto debemos decir de los religio-
que murieron el siguiente año de
l que fueron éstos: En Málaga, el
nano Fr. Basilio de Navarra y el Pa-
Antonio de San Vicente: en Sevilla,
ermanos Fr. José del Castillo, Félix

Más muertos.



de Arena y el P. Juan F. de Vélez: en Vélez, el corista Fr. Lorenzo de Melilla y el hermano Fr. Marcos de Villanueva en Cabra, los PP. Bernardo de Cabra, Francisco Félix de Granada: en Jaén, el corista Fr. Bernardino de Granada, los PP. Pedro de Andújar y Francisco de Medina: en Sevilla el hermano Fr. Rafael de Segovia, y en Antequera los PP. Buenaventura y Luis de Antequera.

El pintor de las Concepciones.

En los primeros meses del año siguiente, 1682, murió el celeberrimo artista Bartolomé Esteban Murillo, el *Pintor de las Concepciones*, y como este genio del arte es una gloria nacional y una gloria nuestra, por haber sido Terciario de N. P. S. Francisco, vamos á narrar detenidamente su amistad con los capuchinos y lo que trabajó en su arte por nosotros y para nosotros.





www.libtool.com.cn

CAPITULO XI

Murillo y los Capuchinos.-Biografía del primero: su trato con los segundos: su doble y larga estancia en el convento de Capuchinos de Sevilla.

Las íntimas relaciones de Murillo con los PP. Capuchinos y la estrecha amistad que con ellos tuvo hasta su muerte, son hechos históricos que ningún biógrafo del insigne artista ha ventilado expreso y de propósito, hasta el día de hoy. Los más tratan este punto incidentalmente y como de pasada, habiendo alguno, (el Señor Tubino, para que otro no pierda.) (1) que con ligereza imperdonable llama *leyendas del vulgo* á la estancia de Murillo en el convento capuchino de Sevilla, sin reparar que en toda leyenda tradicional hay algo de verdad, y ese algo es lo que debe buscar el historiador para ponerlo en claro y rectificar lo que tienen de exagerado las tradiciones populares.

Razón de este trabajo.

Esto nos movió á estudiar el asunto detenidamente, adquiriendo en ese estudio la evidencia de que el celeberrimo

Qué lo ha motivado.

(1) Murillo.—Su época.—Su vida.—Sus cuadros, pág. 99.



pintor de las Concepciones vivió con los Capuchinos en los conventos de Sevilla y Cádiz, mientras estuvo pintando sus magníficas obras para las Iglesias de dichos monasterios; y como esa intimidad de Murillo con los Capuchinos y la protección que ellos dispensaron al preclaro artista es gloriosa para la Orden, nos ha parecido conveniente sacarla á relucir, empezando por copiar á grandes rasgos la vida del renombrado maestro, Bartolomé Estéban Murillo.

El pintor de
las Concepciones.

No se sabe fijamente el día en que nació este varón ilustre; pero sí consta por su partida de bautismo que recibió dicho sacramento el día primero de Enero del año mil seiscientos diez y ocho; de donde se colige que, si no nació en el mismo día, vió la luz primera en los últimos del año anterior. No ponemos aquí su partida de bautismo, por ser muy conocida, desde que le sacó á relucir Cean Bermúdez.

Llamáronse sus padres Gaspar y María, los que dieron al niño una educación esmeradamente cristiana, basada en la piedad y santo temor de Dios, en el cual perseveró el celeberrimo pintor todos los días de su vida. Desde muy niño manifestó él su inclinación á la pintura, borrarajeando los libros en que estudiaba, el papel que encontraba á mano y hasta las paredes de su casa; prueba nada equívoca del alto fin á que lo destinaba el cielo. Así que aprendió á leer, lo llevaron sus padres al taller ó

Su niñez.

estudio de su pariente, el maestro Juan del Castillo, que tuvo por discípulos, además de nuestro Murillo, á Pedro de Moya, Alonso Cano, y otros célebres pintores. Al lado de tal maestro adelantó mucho Murillo en la carrera del arte: su genio apacible, su docilidad de carácter y su amable trato, fueron partes para que en poco tiempo se granjease el afecto, tanto del maestro como de sus condicípulos, hasta el punto de que el primero cifraba particular empeño en su educación.

En la predilección del maestro Castillo por su pequeño discípulo debió influir, además de los lazos del parentesco, el natural bondadoso y franco de Murillo, y sobre todo la orfandad de este, que á los diez años, ó poco más, quedó huérfano de padre y madre. Otros diez ó doce años de aprendizaje en el arte de la pintura empleó Bartolomé en el taller de su maestro, hasta que este trasladó su residencia á Cádiz, por los años de 1639. Contaba entonces Murillo veintiuno de edad, y no consta que al partir de aquella fecha, frecuentase la escuela de ningún otro maestro; lo que sí se sabe es, que estando escaso de recursos con que vivir, se vió precisado á pintar cuadros para el *Jueves* ó para la *Feria*, que de ambos modos se llama. Era este mercado en aquel tiempo, (como es hoy) una especie de exposición semanal celebrada todos los *Jueves*, en las que se exhiben muebles viejos, ropas usadas, cuadros,

Su aprendizaje.

Sus primeros cuadros.



Va á estudiar
á Madrid.

libros, etc; y á ella acudían los mercaderes que se dirigian á la América, para comprar objetos con que adornar allá las casas á la Europea.

Con el producto de su trabajo juntó Murillo lo necesario para trasladarse á Madrid en 1643, con objeto de estudiar en los Museos de la Corte las obras de los mejores maestros. Allí fué acogido favorablemente por su paisano, el gran Velázquez, que se mostró propicio á protegerle; y bajo su dirección estudió las obras del Ticiano, Rubens, Van-Dych, Rivera y otros autores celebérrimos. En este ejercicio cobró alas el genio de Murillo, remontó el vuelo á las regiones de la belleza ideal, descubrió en ella vastísimos horizontes, penetró como nadie los secretos del arte pictórico, y poco á poco los fué trasladando al lienzo con habilidad inimitable.

Vuelve á Sevilla.

Vuelto á Sevilla en 1645, las primeras obras que expuso al público llamaron la atención de los inteligentes; empezó á cobrar fama, y entonces fué cuando hizo los cuadros con pasajes de la vida de nuestro seráfico Patriarca y santos de su Orden, para el convento de San Francisco. Como la suma recaudada para esta obra era de escasa monta, y los cuadros ascendían al número de once, con figuras de tamaño natural, ningún pintor de crédito había querido aceptar el encargo: pero Murillo, escaso de medios con que subsistir, se comprometió á pintarlos, quedando los devotos llenos de ansiedad ó

desconfianza; **pués su nombre** no era á la sazón de los que con más fama se repetían en las escuelas de Sevilla.

Pinta para
S. Franciaco.

Concluido el trabajo en poco tiempo y expuesto al público, se convirtió el temor en gozo y admiración. Murillo sorprendía á sus conciudadanos con los adelantos que anunciaban aquellas pinturas, en las que campeaba el estudio del natural, y esta sola prueba bastó para acreditarlo. Desde aquel día, su nombre se sobrepuso al de los Pachecos, Herreras, Valdeses y Zurbaranes, únicos que por aquel entonces gozaban de gran reputación en la capital de Andalucía, y á los cuales el oscuro artista de *la Feria* había eclipsado para siempre.

Asentada ya su fama y reputación, Murillo trató de tomar estado, y en 1648 Toma estado. cumplidos los treinta de su edad, casó con una señorita de Pilas, llamada Doña Beatriz de Cabrera y Sotomayor, de la cual tuvo tres hijos, que sobrevivieron á sus padres. Fué el primero, ó mejor dicho, la primera, su hija Francisca, que abrazó el estado religioso, profesando en el convento de Madre de Dios. (1) El se-

(1) No hemos podido hallar su partida de bautismo; en cambio tenemos la de su profesión religiosa que es como sigue: «Digo yo sor Francisca de Sta. Rosa Murillo hice profesión en primero día de Febrero de 1671 siendo Mtro. General Ntro. M. R. P. Jerónimo Roca-Berti y Priora de este convento N. M. R. M. So^r Brígida de Sta. Inés. Poseemos además la partida de su exploración, que debemos á la amabilidad de nuestro eruditísimo amigo D. Miguel Su familia.



www.gundo fué Gabriel, que, joven aun, partió para América, á ejercer la misma profesión que su padre, y murió allá, segun se dice, poco después que este: y el tercero fué D. Gaspar que siguió la carrera eclesiástica, y obtuvo una canongía en la Iglesia Catedral.

Sus tres hijos.

A medida que transcurría el tiempo, el genio de Murillo remontaba más el vuelo y adquiría mayor originalidad. En 1652 pintó, también para el convento de San Francisco, sus primeras *Concepciones*, una con un religioso á los piés, escribiendo sobre este misterio; y algún tiempo después *la Colosal* que se conserva en el Museo Provincial de Sevilla. En 1655, pintó la famosísima Natividad de la Virgen que estaba detrás del altar mayor de la Catedral, y los cuadros de San Leandro y San Isidoro que están en la Sacristía mayor de la misma. El incomparable San Antonio, que está en el Baptisterio de la mencionada Basílica hispalense, pertenece al año siguiente,

Barrera, vice Secretario de este Arzobispado, y es como sigue: «En 14 de Diciembre de 1670, tuvo lugar el exploró de D.^a Francisca Murillo y Cabrera, para profesar en el convento de Madre de Dios de Sevilla.—Declara que se llama como queda dicho, hija legítima de Bartolomé de Murillo y D.^a Beatriz de Cabrera, su muger, natural de esta Ciudad de Sevilla, y que es de edad de diez y seis años. Que a dos años que está con hábito de Novicia y que la traje Doña Tomasa Murillo su tia vecina de esta Ciudad de Sevilla.—(Firmado) soror franc.^a M.^a murillo y cabrera.»

Tuvo una hija religiosa.



así como los cuadros que pintó para santa María la Blanca.

Lo protegen
los religiosos

Desde esta fecha en adelante, las órdenes religiosas rivalizaron entre sí por dar ocupación al inspirado Murillo. En el convento del Carmen, dice uno de sus Biógrafos, (Velázquez y Sanchez, pag. 173.) recibió una paga, cuantiosa para aquellos tiempos, por una imagen de Ntra. Señora sentada, con Jesús niño en los brazos, la que fué colocada en el altar de una capilla nueva, al lado del evangelio. En la Merced calzada se adquirieron del pintor en moda las imágenes del arcángel San Rafael, un Resucitado, San Luis, rey de Francia, y la fuga á Egipto.

El monasterio de Santa María de las Cuevas, abrió su templo ostentoso á la inspiración del moderno artista; y aquella opulenta Cartuja sevillana, que sirvió de refugio al famoso Torrijiano, recibió con estimación entre sus timbres artísticos una efigie majestuosa del Salvador del mundo, y la sangrienta cabeza del Bautista. Los Agustinos renovaron el altar mayor de su iglesia, y le dieron ocasión de ofrecer á la adoración pública, entre diferentes cuadros de relevante mérito, la imagen del santo Obispo de Hipona, y dos pasajes de la vida de Santo Tomás de Villanueva; uno de niño, distribuyendo sus ropas entre los chicos indigentes; y otro ya religioso, repartiendo limosna á los pobres, en el cual resalta una encantadora perspectiva claustral. En San Pedro Alcántara pintó para el presbiterio un San Antonio Paduano de

Pinta para
los conventos



Sus triunfos. felicísima ejecución; y una de sus e-
tadoras Concepciones para el alta
Sagrario del opulento monasterio de
Jerónimo de Buena Vista».

Así caminaba Murillo en su carre-
tística de triunfo en triunfo y de vic-
torias en victoria, sin decaer jamás, po-
cuando le sorprendió la muerte, se l-
ba aun en el apogeo de su gloria.
Esta carrera triunfal de aquel genio
sereno, no estuvo exenta de amargu-
ras y penas muy grandes, unas causadas
por la envidia de sus émulos y rivales,
los que se cuenta nada menos que
Leal Valdés; y otras por las vicis-
tudes y desgracias de la vida. De las pri-
mas han hablado con más ó menos ac-
curacia sus biógrafos, y por eso las omito
aquí: de las segundas, nadie (que se
nos) ha dicho nada hasta la hora pre-
sente; y por eso vamos á detenernos á
relatar algo de ellas.

Murillo, que fué tan virtuoso
pintor, y tan cristiano como artista,
al mismo tiempo un esposo modelo
y padre amantísimo, de esos que hallan
en el descanso y sus delicias en el sen-
timiento del hogar. Cuando èste más le sonreía
y se había noblecido por la fama de sus ponder-
ables lienzos, perdió á la compañera de su
vida el 1.º de Enero de 1664, cuan-
do cumplía los 46 de su edad, y quien
era poco más de casado. (1) Esta desg-

Queda viudo. (1) He aquí la partida mortuoria de la
de Murillo, que nos costó algunos sudores
para contrarla, como las otras partidas bau



ó á Murrillo en mortal tristeza, y le reciso, para disiparla, acudir á los ^{Sus huérfanos} celos de la religión y á la magia de inceles, que lo trasladaban al cielo, hacían olvidar su afflictiva situación en la tierra. Cuando quedó viudo de los tres hijos arriba mencionados: cisca que contaba casi diez años de edad, sorda de nacimiento, y con marcada inclinación á la vida religiosa; Gabriel, tenía siete no cumplidos, y Gaspar que había nacido en 1661, y contaba ya tanto poco más de tres años. (1) De los muchos amigos que tuvie-

— sus hijos, que después insertaremos: «En el mes de Enero de mil seiscientos sesenta y dos años se llevó á enterrar de esta Iglesia de S. Bartolomé al Convento de S. Pablo el cuerpo de D.^a Beatriz de Cabrera, Muger de Gaspar Murillo: Derechos de fábrica: Capas: Cerales 6: Doble 2: Dijo la misa de cuerpo presente Esteban de Guevara.»

He aquí las partidas bautismales de estos hijos de Murillo. «El lunes 26 días del mes de Marzo de mil seiscientos y cincuenta y dos años yo el licenciado Manuel Gómez Cura de la Iglesia Parroquial del Señor San Nicolás de la Ciudad de Sevilla bauticé á Gabriel hijo de Bartolomé Morillo y D.^a Beatriz de Casca su legítima muger fué su padrino el licenciado Bartolomé Pérez Hoytis Presbítero y cura propio del Señor Santiago el viejo, desta Ciudad en la Collación de Santa Catalina á la qual yo advertí el parentesco y lo firmé ut Supra.—Ldo. Manuel Gómez Cura de la Iglesia de S. Bartolomé fol. 258).

el libro V de Bautismos fol. 116 de la Parroquia de Santa Cruz está la de Gaspar Esteban hijo de Bartolomé Murillo y de Beatriz de Sotomayor, el cual nació el sábado 7 de Octubre de 1661.

Partidas bautismales de los mismos.



Amigos de Murillo. ron la constancia de consolar á Murillo en aquella desgracia de familia, uno fue el conocido y celebrado Don Miguel de Mañara, cuya conversión atribuyen algunos al buen ejemplo del pintor: otro hasta hoy desconocido é ignorado, fue un lego Capuchino, llamado Fr. Andrés de Sevilla, de quien hablaremos largo en el párrafo siguiente.

Este hermano, cuya biografía pondremos entre los sucesos del año 1686 en que murió, fué de una familia distinguida de Sevilla, emparentada con buena parte de su nobleza. Contrajo en su oficio de limosnero estrecha amistad con Murillo mirábalo como á un genio superior, y fué tan ciego admirador de él y de sus obras, que su admiración pasaba los límites de tal, para convertirse en asombro y veneración. Por esta causa visitaba frecuentemente al insigne maestro en su casa ó donde estaba pintaudo, y á vista de sus lienzos, que le parecían á Fr. Andrés bajados del cielo, concibió la atrevidísima idea de llevar á Murillo al convento de Capuchinos, para que enriqueciera su Iglesia con aquellas maravillas del arte.

Fray Andrés de Sevilla. Favorecía los planes de Fr. Andrés en estado de ánimo en que se hallaba el gran maestro. Hombre este de exquisita sensibilidad y de sentimientos profundos, viendo á sus hijos sin madre y á su hogar sin la mujer que lo gobernaba, le embellecía y lo vivificaba, cayó en abatimientos de pena, que ponían en peligro



su salud. **Por dicha suya** tenía Murillo una hermana, llamada María Tomasa **Planes de éste** que idolatraba en él, y al verlo en tal estado, procuraba distraerlo, y que lo distrajeran sus amigos, para que no se entregara á la tristeza que lo consumía; lo cual motivó que Fr. Andrés hiciera venir á Murillo, siempre que podía, á pasear por la huerta del convento.

Por entonces vino de Guardián al mismo (la tercera vez) el M. R. P. Francisco de Jerez, grande amigo y admirador de Bartolomé, y aquel coronó los deseos y esperanzas de Fr. Andrés, porque desde que fué Guardián la vez anterior tenía el mencionado P. firme propósito de emplear á Murillo en pintar el retablo ó altar mayor de la Iglesia. Lo invitó al efecto, trataron el asunto, y con gran contento de Fr. Andrés y de la hermana de Murillo, se convino en que éste había de pintar sus obras en la librería del convento.

Esta se convirtió bien pronto en taller del eximio pintor, que comía siempre en el convento y en él dormía muchas noches. Más de un año, que duró la guardiana del P. Jerez, empleó Murillo en pintar y colocar sus lienzos en el retablo del altar mayor, que á su tiempo describiremos; y por lo mismo estuvo en el convento con sus oficiales los últimos meses de 1665 y gran parte de 1666, como consta en los libros del archivo Provincial. El 29 de Octubre del año últimamente apuntado dejó de ser Guar-

Murillo va á
pintar al con-
vento.



dián (por su promoción al Provincialato) N. P. Francisco de Jerez, y le sucedió en Sevilla el M. R. P. Leandro de Antequera, que no se halló con ánimos ni alientos para proseguir la obra comenzada por su antecesor; y estuvieron interrumpidas más de año y medio, hasta que entró de Guardián el P. Antonio de Hondarrosa, como luego diremos.

Tiempo que estuvo

La Guardianía del P. Leandro duró muy poco, porque, como era al mismo tiempo primer Definidor, cuando el Padre Provincial Francisco de Jerez, fue elegido en Roma el 28 de Mayo de 1667 Definidor General, quedó aquel de Vicario Provincial, y cesó en la Guardianía sustituyéndole con nombre de presidente el P. Basilio de Viana, que era cuarto Definidor, el cual gobernó la comunidad hasta Julio de 1668, en que la Definición nombró Guardián al P. Antonio de Hondarrosa.

Fama de Murillo.

Había sido este P., Vicario del Convento en tiempos del P. Jerez, con el que estaba identificado en todo; era hombre emprendedor, de grandes alientos entusiasta por el arte pictórico, y se propuso llevar á cabo la obra comenzada por su glorioso antecesor, enriqueciendo todos los altares de la Iglesia con lienzos de Murillo. La fama de este se hallaba entonces en su apogeo; los encargos de cuadros que le hacían eran innumerables; y ni aún con la ayuda de muchos oficiales podía atender á los trabajos que le encargaban. El P. Honda



roa, que **vera lexpertu** y **quería** concluir la obra en el tiempo de su Guardianía, procuró que Murillo fuera al convento, como la vez anterior, para pintar en él sus lienzos.

Su amistad
con Fray An-
drés.

No era Fr. Andrés ajeno á estos planes del P. Guardián, sino cómplice suyo, y él tomó sobre sí la empresa de hacer que Murillo estableciera otra vez su taller en nuestro convento. Dos grandes dificultades se oponían á que nuestro héroe lego realizara su proyecto; porque, ¿dónde hallar dineros para pagar al gran artista? ¿Y cómo lograr que éste abandonara su casa, teniendo ya en ella una hija mocita y un niño pequeño? A lo primero contestaba Fr. Andrés, que él tenía parientes muy ricos, y además de ellos contaba con la Providencia; y á lo segundo, que entre la Providencia y él lo arreglarían, como en efecto se arregló; porque al poco tiempo, interviniendo en ello Fr. Andrés, la hija de Murillo entraba en el convento de Madre de Dios; su hermana Tomasa se hacía cargo de Gaspar, que ya podía ir á la escuela; y Murillo, con su otro hijo Gabriel, que contaba ya más de once años, y algunos oficiales, se iba al convento de Capuchinos, para vivir en él, mientras pintaba los nuevos lienzos que se habían de colocar en los altares laterales de la Iglesia. El salón de la biblioteca conventual se convirtió de nuevo en estudio de pinturas; y las tres celdas que están frente á la misma, separadas del

Vuelve al
Convento
para pintar
más.



resto del convento, son, según tradición certísima, las que ocuparon Murillo y sus oficiales; y en ellas vivieron otro año largo que duró el trabajo del Maestro insigne en el convento. En él comían, en él dormían y en él eran agasajados de la comunidad, más que si fueran miembros de la misma.

Tiempo que estuvo.

En comprobación de lo que dejamos dicho, pudiéramos citar muchos testimonios de los libros manuscritos de la orden, que nos han servido de guía en esta materia; pero sólo aduciremos uno del *Libro Primero Historial, en el que se notan los acontecimientos más notables de este Convento de Menores Capuchinos de N. S. P. S. Francisco de la Ciudad de Sevilla*, el cual dice que el año 1665, determinó la comunidad con su Padre Guardián Fr. Francisco de Jerez y «el Lim.º de Negocios Fr. Andrés de Sevilla, adornar y enriquecer esta Iglesia y sus altares con Quadros y pinturas de mano de dicho Pintor, contratando con él su ejecución; y aunque desde sus principios se pagó de su trabajo y abilidad, por su devoción á los Capuchinos, acreditar y perpetuar su Nombre, se convino á precios equitativos. Y aunque no consta el cuanto, ni el tanto q.º se le dió p.º cada uno de los Quadros q.º pintó p.º esta Iglesia, estando aloxado con sus oficiales en este Convnt.º, consta p.º el testamento de D. Juan Ordóñez de Pineda, q.º otorgó el año de 1668 en

Pruebas históricas.



Núms. 54 y 55. puso á disposición Expresado Fr. Andrés de Sevilla, inventor de su última voluntad, seis pesos de á 8 rs. de plata cada uno, los datas ó mandas. Una de Quatro y otra de dos mil, para invertirlos al adorno y gastos de los Altares y otros de la Iglesia q.^o executaba Mu-

Documento fehaciente.

Y también consta p.^r los Libros de datas de Ingresos y gastos, Que el tén D. Juan de Truxillo, dió seis rs. p.^a los Quadros de la Purísima exp.ⁿ de Nra. Sra: D. Diego de Porral, Caballero del Abito de Santiago, p.^a el Quadro de S. S.ⁿ José 3400 rs. vn. el Canónigo D. Bernardo Duque Estrada, dió 6993, rs. vn. Diego Maesvecino y del Comercio, de esta Ciudad dió 5800 rs. vn. D. Juan Vicentelo, dió 78 rs. vn. D.^a Flor de Cárdenas, dió 78 rs. vn. Y así otros, como D. Miguel Diego Usarte, vecinos y del comercio de Sevilla en la Collación de S.ⁿ Isi-

este pasaje que citamos al pié de obra, y de otros que omitimos, consta toda certeza histórica que Murillo *no alojado con sus oficiales en el convento de Capuchinos de Sevilla*, y por eso los al principio que era ligereza imonable en autor tan concienzudo y tanto mèrito como el Sr. Tubino, reciar, *cual leyenda del vulgo*, lá que anda en datos rigurosamente histó-

Más datos históricos.

as acertado estuvo Velázquez y



**Otro testimo-
nio** Sánchez, (1) cuando escribió que «a
emplear á Murillo la comunidad capu-
china en el adorno de su templo, fué re-
cibido el artista sevillano en el monas-
terio de la Puerta de Córdoba con tanta
cordialidad y atenciones tan extremosas
que Esteban no acertaba á demostrar su
agradecimiento por las continuas prue-
bas de cariñosa estimación que recibía
de aquellos ascetas venerables.» Costea-
ban,—añade,—algunos devotos las me-
joras en la Iglesia, autorizando al Padre
Guardián para dirigirlas, y ofreciéndose
á sufragar los gastos conforme se les
produjesen las cuentas. Esta circuns-
tancia imponía al prelado la obligación
de procurar toda la economía posible
en las expensas, para que no se le ta-
chara de abuso; y así regateó en el ajus-
te de los cuadros cuanto es dable hacer
lo en materias de confianza y en las que
la delicadeza funda legítimos escrúpulos.
Se estipuló, pues, que el artista pintase
en una sala espaciosa del convento, en-
cargándose también de dirigir las faenas
de albañilería, conducentes á la debida
colocación del San Félix de Cantalicio,
jubilero de la Porciúncula, y Santos márti-
res Justa y Rufina. Para asistir á
maestro, y servirle en cuanto hubiere
menester, fué asignado un lego de edad
Más pruebas. madura y de simple condición, pero de
excelente índole, y prendado de la habi-

(1) Estudios históricos, biográficos, etc.
pág. 178.



lidad de Murillo hasta pasarn las horas cerca del caballete, embebido en silenciosa contemplación de la faena artística, y saliendo de su éxtasis para celebrar entusiasmado el remate de una figura ó el relieve de un accidente que contribuyera al afecto del cuadro.»

Vuelta á Fr
Andrés.

El lego, tan graficamente descrito en este pasaje del Sr. Velázquez, habrá adivinado el lector que era el mencionado Fr. Andrés de Sevilla. También lo nombra, como se verá, otro testimonio que vamos á proferir, tomándolo del *Libro Primero Historial* anteriormente citado, y está en el folio 181, donde dice, hablando del Venerable P. Francisco de Jerez, que por «su solicitud y buen gusto se ennobleció este templo con los famosos cuadros del célebre Pintor Murillo, q.^o costeó la devoción del Lcdo. D.ⁿ Juan Ordoñez de Pineda, p.^r con notación de Fr. Andrés de Sevilla, Limosnero mayor de Negocios de este convto. é Interventor de la voluntad de dicho D.ⁿ Juan, ligando á sus Albaceas, q.^o en las dudas que tuviesen las desatasen con el dictámen de Fr. Andrés, y por su falta con la del Guardián de este convto. y Provisor del Arzpdo.—Conserva esta Comd. un retrato Original de dicho R. P. Jeréz, en su Librería, p.^r memoria del mucho honor q.^o dió á este Convto. á la Prov.^a y á toda la Religión, con el escudo de sus Armas, y en él un Lema q.^o dice: *Fides non timet*, de mano de Murillo.»

Cita comprobante.



Nuevo testi-
monio.

Además, en el folio 186 vuelto dice el mismo libro mencionado que se gastaron *en esto* (en las obras y adornos de la Iglesia) 45,916 rs. de vn. *en poco más de un año que fué Guardián última mente* el mencionado Padre Jerez. Y en el folio siguiente, 187, dando cuenta de su gestión el P. Antonio de Hondarroa cuando cesa en el cargo de Guardián dice: «Todas las limosnas... las hé entregado al H. Fr. Andrés de Sevilla, quien ha buscado todo lo necesario p.^o los Enfermos, y gastos de la Comunidad y assimismo p.^o las Obras q.^o se han echo en mi tiempo, etc.»

Murillo t e r -
ciario.

Consta, pues, de una manera evidente que *Murillo vivió con sus oficiales en el Convento* Capuchino de Sevilla en dos épocas distintas, y que ambas lo llevó el hermauo Fr. Andrés. Durante ese tiempo, según indica la mencionada *Crónica*, vistió la librea seráfica, es decir, el cordón y escapulario de la V. O. T. en la cual es fama que profesó. Hoy es imposible dar con la partida de su profesión, porque el libro que existe de estas, empieza en 1706; pero advierte la repetida *Crónica* Conventual que, «mucho antes de esa fecha, estaba ya en este Convento fundada la Orden Tercera, con muchos hermanos, aunque no tenían Comisario especial que los dirigiese, ni celebraban Capítulo, ni elecciones, hasta dicho año 1706 en que empieza la serie de los comisarios, Ministros, etcétera.»

Dadas estas noticias y dilucidado el punto que me propuse aclarar y poner fuera de duda en este capítulo, pasemos á examinar las obras que Murillo pintó para nuestro convento de Sevilla, en las dos épocas mencionadas.

Cuestión resuelta.

CAPITULO XII

Descripción de los cuadros que pintó Murillo para nuestro convento de Sevilla

Antes de entrar en materia, para mejor inteligencia del lector, debo advertir que la Iglesia de Capuchinos de Sevilla, no estaba en tiempos de Murillo como está hoy. Entonces, no existía el templete romano que sirve ahora de altar mayor, ni el arco (con cancela de hierro), que pone en comunicación el coro con la Iglesia, ni la capilla ó altar de la Virgen de los Dolores, contiguo á la sacristía, y entonces formando parte de ella; ni la capilla de enfrente, donde está hoy el Crucificado, la cual servía de entrada para la Iglesia á los religiosos, por una puerta que tenía frente al claustro que vá derecho á la huerta. No había por lo tanto más que cuatro capillas ó altares en cada nave lateral, y el altar mayor, adosado al muro que divide el coro bajo de la Iglesia, la cual comuni-

Descripción de nuestra Iglesia.



Cuadros que
para ella pin-
tó Murillo.

caba con aquél por dos puertecitas laterales que había en los extremos ó rincones de dicho muro.

Pintó Murillo para el altar mayor diez magníficos cuadros; dos muy hermosos para los testeros laterales del presbiterio; ocho grandes para los ocho altares que había entonces en las naves laterales; una Purísima que estaba en el coro, frente á la presidencia del mismo; muchos crucifijos en cruces planas de madera para los altares de la Iglesia y para las celdas de algunos religiosos; y el retrato del P. Francisco de Jerez, mencionado en el capítulo antecedente: total, 22 cuadros soberbios; y casi otros tantos crucifijos. Cean Bermúdez en su *Carta sobre el estilo y gusto en la Pintura*, cometió algún yerro, omisión ó inexactitud, al describir los cuadros de Murillo que había en dicho templo y hasta incurir en contradicción al enumerar los del altar mayor, del cual dice así. *Diez* (cuadros) *forman el retablo mayor*, etc., pero luego, al describirlos y contarlos, resultan de su cuenta solamente nueve, por haber confundido lastimosamente á la *Virgen de Belén*, que solía estar delante del manifestado, con la *Virgen de la Seruilleta* que estaba sobre el mismo, y debajo del gran cuadro de la Porciúncula, confundiendo ambas imágenes y haciendo de las dos una sola. En el mismo yerro incurrió Ponz en su *Viaje de España*, y después de éstos, todos los biógrafos de Murillo, que siguieron á estos dos

Yerro de Cean
Bermúdez.

autores, sin examinar los datos por ellos aducidos, ni tener en cuenta que González de León (1) y otros, distinguen en sus descripciones un cuadro de otro y una Virgen de otra.

Se rectifica.

Hecha esta aclaración y reconstituida mentalmente la forma del antiguo templo, vamos á la descripción gráfica de las joyas artísticas que contenía; pero antes nos place transcribir aquí el magnífico elogio que el citado González de León hace de nuestra Iglesia y convento con estas palabras:

«Al llegar á este edificio, no puede mi pluma describirlo sin un afecto respetuoso, al recordar las grandes bellezas que encerraba física y moralmente; pues, la austera religión que lo ocupaba, gozaba con bastante razón de una reputación acendrada, y ninguna otra tenía en la ciudad tanto prestigio; y si solo examinamos lo material de la casa, imponía cierta admiración debida justamente á las artes que se hacen respetar aún de los que no las conocen. Esta es la gran ventaja y el imperio que ejerce la religión, cuando en las casas de Dios son todos los exteriores dignos, mages-

(1) Noticia artística, histórica y curiosa de todos los edificios públicos, sagrados y profanos de esta muy noble, muy leal, muy heroica é invicta Ciudad de Sevilla, y de muchas cosas particulares; con todo lo que les sirve de adorno artístico, antigüedades, inscripciones y curiosidades que contienen. Por D. Félix González de León. tomo II. Sevilla.—1844. Imprenta de D. José Hidalgo y Compañía.

Elogio desin-
teresado



Los cuadros
de nuestra
Iglesia.

tuosos y artísticos. ¿Quién era el que al entrar á inspeccionar, (aunque fuera solo por curiosidad), la Iglesia de este convento, no concebía un respeto interior, cuya causa le era desconocida? No era solo el Dios que allí habitaba, el que le infundía este sentimiento, pues ese mismo Dios lo hallaba en otros templos, y no sentía igual conmoción. Lo adorará el cristiano, sí, doquiera que estuviere; pero no con tanto ardor y entusiasmo, como en esta y otras Iglesias, en que las bellas artes suspenden la imaginación, estasian los sentidos, provocan la contemplación, esta se eleva á Dios, y el hombre, material por esencia, lo reconoce allí y lo adora con más humildad, con mejor disposición, con fé más viva que en lugares poco decentes ó ridículamente exornados.»

Esos adornos y valiosas joyas de arte con que nuestros antiguos padres engalanaron la Iglesia de este convento de Sevilla, hablan muy alto en pró de la ilustración y buen gusto de los mismos; y como es una honra para toda la Orden haber poseído aquel tesoro del arte pictórico, hoy desparramado en varios museos, vamos á perpetuar aquí el recuerdo de aquellas joyas insignes; debidas al pincel del incomparable Murillo.

El de la Porciúncula.

El centro del retablo mayor lo ocupaba un magnífico cuadro de gran tamaño, representando la aparición de Jesucristo y su Madre, á nuestro S. P. San Francisco, en el acto de concederle el fa-

moso jubileo de la Porciúncula. Dicho cuadro lo describe Sevilla Mariana, (año II, pág. 374), con las siguientes palabras: «Arrodillado el Santo Fundador de la Religión Seráfica, ante las gradas del altar, levanta respetuosa y dulcemente la cabeza hacia la visión milagrosa. Al lado de Jesús se deja ver su Santísima Madre, ambos rodeados de trasparentes nubes, en fondo luminoso, cercados de multitud de ángeles, que esparcen en la sagrada estancia, trocadas en fragantes rosas, las espinas de la zarza sobre que se había arrojado el Santo, para sofocar los estímulos de la concupiscencia. La Virgen está en actitud de recomendar á su Divino Hijo, la súplica que le dirige su amante Siervo en favor de los pecadores; y el Señor en ademán expresivo de dispensarle la gracia que solicita, por la intercesión de su querida Madre. Invención sublime es la que se admira en este hermoso lienzo, composición sabia é ingeniosa, dibujo natural y correcto, contornos elegantes que dan vida y movimiento á las figuras, colorido excelente, agradable y lleno de vigor, y una armonía de efecto verdaderamente seductora. Las figuras de Jesús y María tienen una gracia sencilla, amable é inocente, que mueve el corazón.»

su descripción.

Palomino en *Las vidas de los Pintores* etc., dice de este cuadro que «verdaderamente parece estar allí la gloria, porque está Jesucristo con la Cruz, mirando á su Madre Santísima á la mano dere-

Su mérito.



cha, y tanta diversidad y hermosura de ángeles que cuando los vieron los pintores dixeron que hasta entonces no avían sabido que cosa era Pintura, ni colocar un Quadro en aquella distancia». Murillo puso en este cuadro toda la fuerza del Españoletto; pero de un tono de color, sin comparación más hermoso, más brillante y más reflejado. Ponz lo llamó *cuadro digno de eternas alabanzas*: hoy está en el museo de Madrid.

A cada uno de los lados de este cuadro había otros tres en línea vertical, con figuras de tamaño natural. El primero del lado del evangelio, junto á la sacristía, era el de Santa Justa y Rufina, titulares de la Iglesia, en la cual estuvieron sepultadas sus reliquias, según testimonio de antiguos historiadores. Las santas aparecen en el lienzo de cuerpo entero, adornadas con la doble palma de la virginidad y el martirio. Las cabezas de estas hermosas imágenes son varoniles y están animadas por un entusiasmo y fé profundísimos. Ambas figuras tienen mucha gallardía: el ropaje está bien dispuesto y todo el lienzo pintado con aquella fuerza y aquel estro tan propio del gran pintor de Andalucía. A sus pies tienen las dos santas los cacharros ú obras de alfarería, en cuya venta se empleaban; y en medio de ambas está la famosa torre de la Catedral sevillana, á la que sostienen (cada una por un lado) para que no caiga; actitud que parece aludir á la piadosa creencia de haberse

El de Santa
Justa y Rufina.

visto á las dos santas en los aires un día de terremotos, sosteniendo á la Giralda, Actitud de las santas. creencia que la musa popular compendió en esta conocida copla:

La torre de Sevilla
Se está cayendo;
Santa Justa y Rufina
La están teniendo.

Dicho cuadro está en el museo provincial de Sevilla, como los otros que siguen.

Sobre este cuadro, en línea recta, estaba el de S. José con el Niño Jesús, ambos de tamaño natural. De este lienzo admirable escribió un viajero francés, (Mr. Saint Hilaire) lo que sigue: Entre estos cuadros me ha causado una viva impresión el que tiene el Niño Dios apoyando su rubia y rizada cabeza con una divina indolencia sobre el hombro de S. José, á quien acaricia con una de sus manecitas, mientras con la otra le coge la vara florida. En este asunto tan sencillo, manejado con la exquisita suavidad de pincel que había logrado Murillo en sus mejores tiempos, hay una gracia tan inefable y un sentimiento tan profundo de cristianismo, por la parte que habla al corazón, que siente uno el deseo de convertirse en buen cristiano, al mirar este cuadro solamente. El mismo Rafael, (no titubeamos en decirlo), nada ha pintado igual á esta bellísima y deliciosa cabeza del Niño, en la que una melancolía precoz, vago presentimiento de las miserias de la humanidad, se mezcla con

El de S. José.



las gracias inocentes de la infancia. Y dice bien este autor, porque Murillo supo pintar la divinidad en las gracias de la infancia con un acierto y sublimidad indefinibles. Lo demás del cuadro está pintado de una manera admirable, siendo muy digno de la magnífica colección que poseía el convento de Capuchinos.

Su valor artístico.

Sobre este cuadro de S. José estaba otro de S. Antonio de Padua, de tamaño natural, pero de medio cuerpo, colocado junto al arco de la bóveda, y siguiendo la curva del mismo, como puede verse en el Museo provincial donde está, visiblemente añadido, para darle la forma rectangular. El Niño está de pie sobre un libro abierto, y el santo lo tiene semi abrazado con una mano puesta en las espaldas del divino infante, y ostentando en la otra un ramo de azucenas. La cabeza de este santo es admirable y respira una bondad sin límite.

El de S. Antonio.

Al otro lado del altar y formando simetría con el anterior, estaba otro lienzo con S. Félix de Cantalicio y el Niño Jesús, también de medio cuerpo. El Niño Dios en brazos de S. Félix es tan bello como todos los del gran maestro, y está pintado con un derroche de habilidad que asombra. El santo lo mira con ternura inexplicable y El lo acaricia, cogiendo con sus manitas las barbas de S. Félix, el cual tiene á sus pies unas alforjas con pan, símbolo del oficio de limosnero que desempeñaba, cuando tuvo tan regalada visita. Este cuadro, que se

El de S. Félix

allaba en nuestra Iglesia, tocando al arco de la bóveda y siguiendo su curva, lo han añadido también para darle forma regular, como puede verse en el citado Museo.

Su sitio antiguo.

Debajo de éste y haciendo juego con el de S. José había otro gran cuadro, representando á S. Juan Bautista en el desierto, cuya figura de tamaño natural y de cuerpo entero, está llena de gallardía y dibujada correctamente. Tiene una oveja al lado que mira fijamente al santo, y en todo este lienzo se observa una fuerza de claro obscuro admirable y un rigor digno del Spagnoletto. También se halla en el Museo Provincial, y tal vez algún crítico demasiado severo podrá tacharlo hoy, á la altura en que se encuentra, de sequedad en el colorido; pero esta objeción queda desvanecida, teniendo en cuenta el lugar para que fué pintado; lo cual manifiesta la gran ciencia de Murillo, en el conocimiento de los efectos producidos por las distancias.

El de S. Juan Bautista.

Debajo de este gran cuadro estaba el de S. Leandro y S. Buenaventura, ambos de tamaño natural y en actitud de entregar el primero al segundo, para los Capuchinos, este convento que él fundó para sus monjas, las cuales se habían trasladado ya al monasterio que en el centro de la ciudad lleva el nombre de S. Leandro. Las dos figuras son de aspecto majestuoso y grave, y ambas parecen animadas por la fe, brillando en sus rostros aquel inefable reposo que

El de S. Leandro y S. Buenaventura.

www.librosolopuede.com sólo puede existir en un alma hondamente poseída por la religión. Al lado de S. Leandro se vé un robusto y gracioso ángel, que sostiene la mitra de santo arzobispo, pintado con admirable fuerza de claro oscuro y con fluidez tan sorprendente, que, á pesar de hallarse colocado en la parte más sombría del cuadro, aparece no obstante con un colorido brillante y con un vigor indecible. Tiene S. Leandro en la mano derecha un pergamino con esta inscripción: *Credite, o gothi, consubstantialem Patri*, y en las de S. Buenaventura se ve un templo, que asienta sobre un gran libro. Está el último santo vestido de hábito capuchino, y tiene puesto un capelo cardenalicio pintado con sin igual acierto y maestría, así como el pontifical que viste S. Leandro. Las manos de este son también dignas de especial mención por la verdad y soltura con que están ejecutadas.

Los siete cuadros bosquejados formaban la parte alta del altar mayor; pero debajo del gran cuadro de la Porciúncula, en un espacio que existía entre él y el plan de altar, á los lados del manifestador, por la parte de arriba, estaban la famosa Virgen de la Servilleta y otro cuadro de tamaño parecido; representando la santa Faz, ó el rostro de Jesús en el lienzo de la Verónica. Este, que era de un mérito extraordinario, desapareció durante la invasión francesa, y hoy está en Surrey, (Inglaterra) en

El de la santa Faz.



ler de un Sr. Jonas Loyd, según Tu-
io. La Virgen de la Servilleta la
see nuestro Museo Provincial, y de
a hablaremos luego más largamente.
lante del manifestador, que sólo ser-
a raras veces en el año para exponer
Santísimo, había ordinariamente otro
adro de la Virgen de Belén, de medio
erpo con el Niño Dios acostado y dor-
ido en sus brazos. Está también en el
useo provincial y es un lienzo de eje-
ción sorprendente, en el que se ve el
tilo de Velázquez y del Spagnoletto
ndidos en uno por el genio soberano
l gran Murillo.

La Virgen de
Belén.

Estos eran los diez cuadros del altar
ayor, colocados por el orden que los
mos descrito, según los trae la Cróni-
del Convento, y Cean Bermúdez; de
nde colegimos que González de León
equivocó totalmente al señalar el lu-
r y orden que ocupaban estos cua-
os. También están en contradicción
os dos autores, al hablar de las Capi-
s ó altares que ocuparon los cuadros
e vamos ahora á describir; y el equi-
cado fué sin duda alguna González
León y los que le han seguido, como
Sr. Serrano y Ortega en su *Glorias
villanas*, pág. 211, porque González
León escribió, cuando los cuadros
estaban ya en la Iglesia, mientras
un Bermúdez los vió en los alta-
r; y su descripción, aparte del ye-
arriba notado, coincide totalmente
n la que trae la Crónica del con-

Equivocacio-
nes.



www.libroquem.es la más auténtica y verd

El de San Mi-
guel.

dera.

En los lados del presbiterio, estabados grandes lienzos, representando Arcángel S. Miguel y el Sto. Angel Custodio, cuadros, que con decir que fueron del mejor tiempo de Murillo es hecho su mayor elogio. El S. Miguel desapareció también durante la invasión Francesa, y no se sabe su paradero, pues ni el Sr. Tubino lo trae en *Catálogo razonado de los cuadros de Murillo*.

El Santo Angel de la Guarda regaló la Comunidad de Capuchinos Cabildo catedral, por los motivos que más adelante diremos, y en ella es ocupando un altar, del cual dice el señ. Gestoso (1) estas palabras: Bajo un arco ojival, adornado con gablete y tracerías del mismo estilo, hállase expuesta á la veneración un bellissimo lienzo que se ve al Angel de la Guarda, llevando un niño de la mano, símbolo de las almas. Procede de la riquísima colección que adornó la Iglesia de los Capuchinos de esta ciudad, obra insignificante de Bartolomé Esteban Murillo en sus mejores tiempos. Este cuadro de extraordinario mérito fué regalado por aquella Comunidad al Cabildo en 1814, y se colocó en este lugar cuatro años después. Hasta aquí los cuadros que pira

El del Angel
Custodio.

(1) Sevilla monumental y artística, tomo II pág. 534.

Murillo la primera vez que estuvo alojado en el convento con sus oficiales por los años 1665 y 1666, según probamos en el capítulo anterior; y los que describimos á continuación pertenecen á la segunda época allí mencionada, que comenzó á fines de 1668 y duró todo el año siguiente. Hecha esta advertencia, pasemos á describir los altares de las naves laterales, teniendo presente que, como dijimos al empezar este capítulo, en aquel tiempo no había más que cuatro altares en cada una.

Altares de las naves laterales.

En el primero, junto al presbiterio, por el lado del evangelio, estaba el de la Anunciación de Nuestra Señora, cuadro que describe *Sevilla Mariana* (2), con estas palabras: Un rompimiento de gloria luminoso, cercado de nubes, ilumina la estancia. El mensajero celestial con la mano derecha levantada hacia lo alto, y en la izquierda un ramo de azucenas, anuncia á María que será Madre del Hijo de Dios hecho hombre, y la Virgen, arrodillada, suspende la lectura en que se ocupaba entonces, manifestando la sorpresa que le causa la embajada del ángel. El dibujo es correcto, y el colorido fresco y vigoroso; el arcángel parece bajado del cielo, por su hermosura, decoro y elegancia; al paso que se señalan en el rostro y figura de la Virgen la gracia, la modestia y la humildad. Entre resplandores divinos y coros de án-

Altar de la Anunciación.

(2) Año II pág. 296.



www.geles.sobresale el Espíritu Santo en forma de paloma, llenándolo todo de luz y tendiendo sus alas sobre la Virgen, que tiene delante de sí al arcángel arrodillado en trono de nubes, y debajo de ellas una especie de almohadón ó cojín junto al reclinatorio en que se arrodillaba.

Su mérito.

El altar inmediato á este de la Anunciación, lo ocupaba el gran cuadro que representa la visión de S. Antonio de Padua. La composición de este lienzo, dice el Sr. Amador de los Ríos (1) es en extremo sencilla y está concebida con aquel acierto y con aquella verdad que tanto distingue las creaciones místicas de Murillo. El santo está arrodillado ante una peña sobre la cual hay un libro abierto, en el que aparece sentado el Niño-Dios en actitud de tender sus divinos brazos hacia aquél. Hé aquí todo el argumento de esta producción, que es, sin embargo, una de las más distinguidas del artista sevillano. La cabeza de S. Antonio se halla animada de un piadoso y grande amor, que en vano trataríamos de describir. No tiene la severidad de forma que tal vez demandaría algún crítico demasiado exigente y descontentadizo; pero con dificultad podrá hallarse otro semblante que respire una expresión más tierna y apasionada. En este lienzo ha dejado Murillo una inequívoca prueba de la pureza y elevación de su senti-

Altar de San
Antonio de
Padua.

(1) Sevilla pintoresca ó descripción de sus más célebres monumentos artísticos, etc.

miento religioso. El pintor naturalista todo lo ha concedido aquí á la naturaleza; pero á esa naturaleza en que brilla un destello de la divinidad, que es alimentada solamente por el espíritu. El Niño Dios parece predecir al santo los altos é inestinguibles goces que le esperan en el cielo, á donde le convida con su mano diestra. ¡Cuánta gracia y majestad hay en este hermoso Niño! ¡Cuán distinta es su naturaleza de la naturaleza humana!.. Al contemplar este lienzo, no podemos menos de repetir que nadie ha impreso en las figuras del Salvador tanta dignidad, como dió Murillo á sus niños, cuando intentó pintar la infancia de Jesucristo. Sobre la cabeza del santo vuela un gracioso grupo de ángeles que forman una hermosa corona. La ejecución de esta grande obra no es menos digna de elogio. En ella todo está comprendido y desempeñado magistralmente; todo está en su lugar y elemento propio. Nosotros añadiremos por nuestra parte que la mano del santo que toca al niño, la otra que ostenta el ramo de azucenas, símbolo de la pureza, y el pie que le sale fuera del hábito son muy dignos de tenerse en cuenta.

A continuación de este altar seguía el de la Purísima Concepción, en el mismo sitio que ocupa hoy el de la divina Pastora, donde estaba también el sagrario para dar la comunión á los fieles. La Purísima que en él había, con decir que es de Murillo, se dice todo; y con añadir

Actitud del Niño-Jesús.

Altar de la Purísima



www.que.se.apellida la del Padre Eterno, se

Por qué se
apellida del
P. Eterno.

dice más de lo que puede expresar la pluma. El autor últimamente citado la describe así: «Aparece en un trono de nubes y de ángeles contemplada por el Padre Eterno. La cabeza de esta Virgen tiene mucha dignidad y nobleza, viéndose arrebatada en un éxtasis profundo de amor; su figura es gallarda y su actitud sumamente sencilla; los ángeles que la rodean parecen nadar en un ambiente luminoso de admirable color y transparencia, y están pintados con una nitidez y verdad indefinibles. El Padre Eterno se ofrece á la vista del espectador velado de la inmarcesible gloria de su grandeza, que apenas puede concebir el entendimiento humano, y que Murillo alcanzó á comprender casi intuitivamente. Hé aquí la causa de creer nosotros que es esta una de sus más bellas creaciones. Este sublime pintor del cielo, cuya rica imaginación estaba siempre henchida de espíritu religioso, cuya alma estaba inundada de fe, vió abiertos los cielos ante su vista, y trasladó á sus lienzos cuanto en aquellos arrebató á su espíritu. Por esta razón las obras de Murillo serán eternamente apreciadas de todo el mundo, y cuando acierte un incrédulo ó un impío á contemplarlas, no podrá menos de sentirse sobrecogido y creer en Dios á quien se consagraban estas maravillas». Debemos añadir que en la parte

Su hermosura

obscura del cuadro, debajo de la Virgen, se vislumbra al dragón infernal que en

vano procura inficionar con su aliento la Concepción Inmaculada de María.

El último altar de esta nave hácia la entrada de la Iglesia, contenía el San Francisco abrazado á Jesucristo en la cruz, el cual desprende de ella su brazo derecho para estrechar al Seráfico Patriarca. Este cuadro, dice Mr. de Saint Hilaire, ya citado, es una de aquellas concepciones caprichosas que en horas de éxtasis creaba el cerebro de algún fraile apasionado por las glorias de su Fundador, y que el pincel de Murillo traducía tan fácilmente. S. Francisco al pie de la cruz sangrienta, en donde está enclavado el Hijo de Dios, sobrecogido de una dolorosa piedad, fija en El su extática mirada. Movido entonces Jesucristo de aquella piedad, que el mundo ha rehusado á sus dolores, desliga su brazo derecho del sagrado madero, bajándolo lentamente sobre los hombros del santo, como para descansar en él del peso de sus tormentos. Parece que Dios da gracias al hombre y que la víctima consuela á quien le compadece. Nunca, ni bajo el pincel del divino Rafael, ha expresado una cabeza de Cristo, resignación tan sublime. Los tormentos de la humanidad entera están resumidos en esta cabeza, reflejo de un alma divina, que en medio de la lenta agonía de la cruz, sólo piensa en bendecir á los que le maldicen, y en rogar por sus verdugos. Este S. Francisco, añade Cean Bermúdez, es muy cele-

Altar de Ntro
S. P. S. Fran-
cisco.

Actitud de l
Crucificado.



Otros detalles

brado de los inteligentes por su expresión, por la firmeza con que se apoya en el globo del mundo, y por el conocimiento de la anatomía, en expresar sus partes principales sobre el tosco y burdo sayal. A la izquierda del Crucifijo, en cuyo cuerpo parece que se hunden las manos del santo, hay dos ángeles que sostienen un libro, en el cual se leen estas palabras de Jesucristo: *Qui non renunciat omnibus, quæ possidet, non potest meus esse discipulus.* (Luc. 14) Este lienzo puede señalarse como uno de los mejores que pintó el gran Murillo.

Volviendo á la nave de la epístola, la primera capilla junto al altar mayor tenía el lienzo que representa á Jesús muerto en el regazo de su Virgen Madre. A esta imagen la llamaban los religiosos Ntra. Señora de las Angustias ó la Virgen de la Piedad. Son muy recomendables en este lienzo, según opinión de los peritos, la corrección del dibujo y la inteligencia de la anatomía con que está pintado el cadáver; el sentimiento de los ángeles que acompañan á la Virgen en el suyo; y el colorido lúgubre y triste, apropiado á la escena que encierra, lo cual prueba que en Murillo presidía á la ejecución de sus obras una meditación profunda. Las manitas del ángel que sostienen la de Jesús son dignas de contemplarse.

Altar de Ntra
Señora de la
Piedad.

El altar inmediato á este era el del Nacimiento del Hijo de Dios, y del cua-



dro admirabilísimo que representa este misterio, dice el ya citado Amador de los Ríos que ofrece un partido de luz admirable. Jamás ha sido pintada con tanta verdad y dulzura la fe sencilla de los pastores, que llenos de fervor vinieron á adorar al Salvador del mundo en un pesebre. Murillo dotado de un alma de artista, tierna, sencilla y muy accesible á las impresiones religiosas, supo prestar á aquellos primeros cristianos todo el candor de que estaba poseído su corazón, y toda la piadosa credulidad de que se sentía animado. Este Nacimiento es uno de los cuadros pintados con esa espontaneidad, que tanto admiran los que saben comprenderla. El efecto de este lienzo no puede ser más extraordinario; resalta en él esa fuerza inimitable de la naturaleza, que encanta en todas las obras de Murillo, viéndose aquí toda la escena alumbrada por el resplandor que despide el Niño-Dios. La composición es tan natural y sencilla, como los afectos que expresó el artista en los semblantes de todos los personajes, reinando en todo el lienzo la tranquilidad más inefable. La cabeza de S. José es notable por la satisfacción profunda de que está animada, y el rostro de la Virgen aparece lleno de la gracia y delicadeza que Murillo sabía darles. El grupo de ángeles que corona el cuadro é ilumina sus alturas, es digno del gran Maestro sevillano.

Altar del Nacimiento.

Sus primores.



www.lasarte.com Este altar del Nacimiento seguía el de S. Félix de Cantalicio, tan celebrado de propios y estraños: Este es uno de los cuadros que más caracterizan á Murillo; y al describirlo, cedemos también la pluma al Sr. Amador, que lo hace de esta manera: El santo está arrodillado y tiene en sus brazos al Niño Dios, que parece haberse desprendido de los de la Virgen, la cual, sobre un luminoso trono de nubes, en uno de esos encantadores rompimientos de gloria, que con tanta magia supo pintar Murillo, se muestra á la vista del fervoroso capuchino. La cabeza de este está henchida de fe, de verdadero entusiasmo religioso y de amor inefable; sus formas de diseño son nobles sin ser demasiado severas, y está pintada con un color y transparencia, con una fuerza de estilo y una maestría tal; que no nos atrevemos á calificar. El Niño Dios aparece tan bien acomodado y gustoso en los brazos del santo, á quien acaricia, que nadie duda de su predilección y amor profundo. Con dificultad podrá encontrarse, ya entre los españoles, ya entre los extranjeros, un artista que haya dado al Dios Niño aquella encantadora gracia de la infancia, aquella magstad precóz y aquella divinidad que Murillo imprimió en la cabeza de Dios hombre, halagado aún por los juegos de la niñez. La Virgen es una figura majestuosa y encantadora, llena de amor; su cabeza dista del idealismo griego, tanto como la teogonía pagana de la religión

Altar de San
Félix de Can-
talicio.

Su mérito ar-
tístico.

sellada con la sangre del Salvador del mundo sobre el Gólgota; pero lo que nos admira en este cuadro, después de la concepción altamente sencilla y original, es la armonía que reina en todo él. Ya hemos observado que Murillo poseyó el arte de pasar repentinamente del color claro al oscuro; y esta manera sorprendente de disponer los contrastes, sin causar nunca mal efecto, cautivando siempre la imaginación y avasallando los sentidos, resalta extraordinariamente en el presente lienzo. Si no temieramos ser demasiado poeta, diríamos aquí que Murillo envolvió su creación en raudales de armonía. Los ángeles que vuelan en el espacio son extremadamente graciosos y están pintados con sin igual maestría y soltura. • Detrás del santo se vislumbra la silueta de un árbol en un paisaje lejano, y delante de él las alforjas con un pan, y una planta de macetas envuelta entre las sombras.

Sus contrastes.

El último altar de esta nave, y primero de la derecha entrando por la puerta de la Iglesia, tenía el lienzo que representa á Santo Tomás de Villanueva, dando limosna á los pobres. Dicen que Murillo llamaba á éste su cuadro, lo cual añade Ceán Bermúdez, que es muy creíble, por el cuidado y esmero con que está pintado. Entre la variedad de figuras de ambos sexos y edades que contiene, es muy admirable la del pobre que está arrodillado en primer término, recibiendo la limosna del santo, por el buen dibujo y

Altar de Sto.
Tomás de Vi-
llanueva.



Sus figuras. mejor colorido de su espalda, y por la pierna que, como se suele decir, está fuera del cuadro. El conjunto tiene mucho movimiento y expresión, y está dispuesto de tal manera que ofrece un efecto de claro-oscuro verdaderamente maravilloso. El colorido es prodigiosamente admirable por la fuerza de su brillo en la cabeza del Santo que está alumbrada por una ráfaga de luz resplandeciendo en ella la sencillez y la benignidad más evangélica.

Además de estos ocho cuadros pertenecientes á los ocho altares laterales que tenían entonces las naves de la Iglesia, existía en el coro, frente á la silla prioral el cuadro de la Concepción, apellidada *la Niña*. La figura de la Virgen tiene aquella gracia de movimiento y naturalidad de expresión, que Murillo dió á todas sus Concepciones. El colorido es brillante, vaporoso, transparente, y todo el lienzo está pintado con admirable verdad y maestría. Los ángeles que aparecen envueltos en la nube sobre que descansa la Virgen, aventajan en gran manera á los que rodean á otras Concepciones, y ofrecen un efecto mucho más bello y agradable. Sus cabezas son muy graciosas y sus actitudes en extremo sencillas y variadas, lo cual contribuye no poco á que esta parte del lienzo aparezca tan rica y abundante. A la izquierda de la Virgen hay un grupo formado por dos angelitos del gran pintor sevillano, de esos que se sonrien alegres, pareciendo

Cuadro de la Inmaculada.

unas veces que vuelan, y otras que los mueve el viento. Estos nueve cuadros que acabamos de bosquejar están todos en el Museo Provincial de Sevilla, con los otros ocho que formaban parte del altar mayor.

El último lienzo de Murillo que poseía el convento era el retrato del V. P. Francisco de Jerez, mencionado en el artículo anterior: desapareció también en tiempo de los franceses y se ignora su paradero, si por ventura no es el que Tubino trae en la pág. 211 de su libro con estas palabras: *un fraile Francisco*: del convento de S. Francisco de Sevilla, sustraído por Sout. Réstanos decir algo de la famosísima Virgen de la Servilleta, y lo haremos en capítulo aparte.

Retrato del
P. Jerez.





www.libtool.com.cn

CAPITULO XIII

La Virgen de la Servilleta.—Su tradición.—Su historia.—Paradero de nuestros cuadros.

La Virgen de la Servilleta.

Este es uno de los cuadros que más fama dieron al inmortal Murillo, y la denominación vulgar con que se le conoce la recibió del lienzo sobre que se halla pintada, que es en efecto una servilleta, según lo refiere la tradición y se deduce de sus dimensiones, pues mide sólo sesenta y ocho centímetros de alto, por setenta y tres de ancho. Esta lindísima joya de arte es de extraordinario mérito, y de él dice Sevilla Mariana año II, pág. 333), lo que sigue: La cabeza de la Virgen es bella, con esa belleza peculiar de las Vírgenes de Murillo. El rostro es hermoso, en él, además de la gracia, se refleja ese carácter propio y exclusivo del suelo andaluz; sus ojos grandes, rasgados y negros, expresan vivamente el gozo de que se halla inundada, por la satisfacción de tener al Niño Jesús en su regazo. Este se halla dibujado, con una habilidad extraordinaria, y su cabeza se ve animada por una alegría pura, infantil y encantadora; su actitud es tan expresiva, que parece quiere lanzarse del cuadro, y arrojarle á quien lo mira. Todo el lienzo en fin, tiene aquella magia de colorido, que tanto distingue á su autor; la entona-

Su actitud.

ción es suave y vigorosa al propio tiempo, la más dulce en su género, que se admira en el pintor de la Virgen María.

Sus primores.

Acerca de su origen, existen dos tradiciones ambas verosímiles y autorizadas, que pueden muy bien conciliarse, según veremos después, tales como han llegado hasta nosotros. Sabido es que aquella venerable Comunidad, empleó á Murillo con el fin de que adornase su templo con variedad de pinturas para todos los altares; y al efecto se hospedó en el convento una larga temporada, porque las dimensiones de los lienzos exigían una habitación espaciosa y de buenas condiciones de luz, circunstancias que no suelen hallarse fácilmente en las casas particulares. Para su asistencia designó el P. Guardián á un religioso lego, de excelente carácter, afable, y servicial en extremo, por cuya razón llegó á simpatizar tanto con el Maestro sevillano, que casi siempre se hallaba á su lado, observándolo en sus tareas, absorto de admiración con sus inspiradas obras. Próximo ya á terminarse éstas, llegó á observar Murillo determinadas veces en él, cierto deseo, que no se atrevía á manifestarle. Adivinando al fin, que querría para recuerdo alguna obra suya, exploró su voluntad, no sin dejar de hacer bastante esfuerzo para conseguirlo. Averiguada al fin, oyó gustoso su demanda, á la vez que la imposibilidad de corresponder á ella; pero esto no sirvió de obstáculo,

Su tradición.



Por qué la pintó. www.sullibenevolencia.com puesto que Murillo estaba prendado de agradecido del esmero que había usado con él, en lo relativo á su asistencia personal. Dispuesto ya á complacerlo le pidió un lienzo á propósito para su obra, y apurado el Lego por no poderle facilitar ni aún eso, le dijo si podría suplir una servilleta, que era tan sólo de lo que podía disponer:

Aceptóla Murillo, y fijándola en un bastidor, después de prepararla convenientemente, pintó sobre ella la Imagen graciosa y encantadora de la Madre del Salvador del mundo, sosteniendo en sus brazos amorosos al Niño Jesús, risueño, y como estremeciéndose de alborozo. El Lego, al verla terminada, se consideró afortunado con tan preciosa dádiva, y con la correspondiente licencia de los Superiores de la Orden, la poseyó en su celda cual rico tesoro, todo el resto de su vida. Hasta aquí lo que generalmente se refiere por muchos; pero los religiosos que existieron hasta los tiempos de la exclaustración, solían contar el hecho de otro modo, según lo hemos oído de uno muy autorizado, que asegura ser la tradición de la manera siguiente:

Otra leyenda. Después de haber estado Murillo en el convento, haciendo las obras que se le encargaron por la Comunidad, para el ornato de la Iglesia, acostumbraba de vez en cuando ir á misa á ella, y luego visitaba al P. Guardián y demás religio-



www.libtool.com.cn

sos que habían estado en contacto con él, durante su residencia en aquellos tranquilos y penitentes claustros. Entre ellos, siempre ocupó un lugar distinguido en su estimación, el lego destinado á su asistencia particular, y este era el que solía servirle un ligero desayuno en el refectorio, obsequio que le hacía reconocida aquella pobre comunidad. Otras veces solía pasar algunos días festivos, y apacibles tardes, en tan agradable compañía, y entonces se esmeraban más los religiosos en agasajarlo con toda clase de finezas. Sucedió en uno de aquellos días en que fué invitado á desayunarse, que el lego echó de menos la servilleta que le había puesto en la mesa, y después de buscarla con la mayor diligencia, se persuadió sin que le quedara la más leve duda, de que Murillo se la había llevado, ya hubiera sido por chanza, ya por distracción. Entonces con grande sentimiento suyo, se vió precisado á dar cuenta al P. Guardián de lo ocurrido, y al oírle este, le respondió al lego que no era posible creer semejante cosa del maestro Murillo; que la buscara, que tal vez por olvido suyo, donde menos creyese la encontraría. En tan apremiante situación se encontraba el Lego, que no pudo menos, después de hacer lo que le mandaba el Prelado, que exclamar: Padre, tengo la seguridad de que en el refectorio no ha entrado nadie más que el maestro Murillo y yo; es así que yo le puse la servilleta, y á poco que salió fuí á recogerla y

Es menos verídica.

Su inverosimilitud.



www.librocl.com.mx

ya no estaba allí; luego el maestro se la ha llevado.

Prudencia del
P. Guardián.

Al oír esto el Guardián, le mandó bajo de santa obediencia, que no dijese á nadie lo acaecido, para que no padeciese el buen nombre de Murillo, puesto que la honradéz y acrisolada virtud del maestro era conocida no solo de toda la comunidad, sino de Sevilla entera; y no era justo que por cosa tan insignificante, sufriera algún detrimento su buena fama. Obedeció aquél, guardando profundo silencio, mas no sin dejar de reinar continuamente en aquella idea; porque sabía muy bien y le constaba la probidad del maestro, como tuvo ocasión de experimentarla, todo el tiempo que estuvo dedicado á su servicio; y por otro concepto estaba persuadido hasta la evidencia, de que él había sido, quien había sustraído la servilleta del refectorio, contribuyendo á confirmar su juicio, el que no hubiese vuelto desde entonces al convento.

Pasados algunos días, se presentó como de costumbre, llevando consigo un lienzo tapado y dirigiéndose al dormitorio, lo colocó sobre la tarima del Padre Guardián, diciendo: Aquí queda este recuerdo, para que la comunidad de capuchinos no tenga que decir nada de mí. Al verlo el lego, que le seguía lleno de ansiedad, observó que era una imagen de la Virgen, pintada sobre la servilleta que había echado de menos aquel memorable día, y corrió presuroso á referir

Honradéz de
Murillo.

al P. Guardián su sorpresa por el hallazgo. Lo mismo éste, que toda la comunidad, quedaron admirados de la belleza encantadora de la imagen de la Santísima Virgen con el Niño, y aún más todavía, al publicarse la historia secreta de su origen, que trasmitida como acaba de referirse, de unos religiosos á otros, llegó hasta nuestros días.

Conciliación
de ambas tra-
diciones.

Decíamos antes, que ambas tradiciones podían conciliarse, por que pudo Murillo hacer su promesa al Lego, durante su permanencia en el convento, y después cumplirla de la graciosa manera que acaba de referirse, que por su procedencia nos parece digna de crédito. Hasta aquí Sevilla Mariana; oigamos además á un biógrafo de Murillo.

«Ahora nos toca referir la tradición más autorizada que conserva Sevilla, respecto al cuadro de la Virgen con Jesús Niño en los brazos, intitulada de la Servilleta, un día blasón de aquella comunidad edificante, y al presente joya de nuestro museo provincial en el salón llamado de Murillo.

Dejamos contado en otro lugar, que se había puesto á disposición de Bartolomé por orden de sus superiores, un hermano lego, extremadamente servicial, por demás sencillo, y cautiva su voluntad de las prendas del maestro sevillano, cuyas tareas seguía sin perder ápice, embebecido en cándida admiración de sus obras. La bondad nativa de Esteban le movió á familiarizarse con aquella

Lo que dice
un biógrafo.



Como cuenta
el caso.

mansa y agradable criatura, que le creía de naturaleza superior, le trataba con una especie de rendimiento sumiso y se boreaba con delicia y en contemplación silenciosa los misterios del arte que van envueltos en cada rasgo y en cada toque de una mano inteligente y diestra. Alentado el lego por la disposición comunicativa de Murillo, y cediendo poco á poco al estímulo de la simpatía y á la influencia de la afabilidad, entró en conversación con el artista, cada vez más franco y chancero, hasta que tomando confianza con él, sostenía diálogos prolongados y frecuentes, en que dejaba penetrar el fondo de su alma ingénua, como distingue la vista el lecho pedregoso de un arroyuelo al través de su escaso pero limpio raudal.

Bondad de
Murillo.

Cerca ya de rematar las obras del templo en la mansión de los capuchinos, Bartolomé conocía que el buen hermano luchaba por contener una impaciencia difícil de reprimir, y que se traslucía un deseo angustioso en sus frases, cortadas por el embarazo en la mitad de su balbuciente emisión. Se propuso hacerle hablar á costa de toda especie de tácticas, y como Esteban no presumía de hombre de mundo, ni entonces obtenía favor el tipo de los diplomáticos caseros, tomó el partido de abordar la cuestión derechamente; conviniendo en que la línea recta es la más corta, y en que cada uno debe andar por el camino que sabe. Sus exploraciones dieron de sí el apete-

cido fruto, y supo en fin que el hermano sirviente, el que podía firmarse con más razón que Gregorio el Magno «siervo de los siervos del Señor,» el compañero inseparable del pintor ilustre en el claustro seráfico... ambicionaba un cuadro suyo, que hiciese juego con el triste ajuar de un mendicante de la más pura observancia.

Su amistad con un lego.

El hermano había obtenido la honra de ser destinado á la asistencia inmediata del maestro. Gozaba de sus continuos favores y se envanecía de merecerle una confianza fraternal... Había menester un testimonio imperecedero de aquella amistad; que los pinceles del Zéuxis sevillano le consagraran una memoria alagüeña; que durante sus días poseyera la prueba inconcusa de su comercio amistoso con el Apeles cristiano, y legar al convento por su muerte una perla más, caída de aquella paleta incomparable, para que la recogiese una mano tímida, trémula de emoción. Ah! ¿Por qué la tradición sevillana, conservando los pormenores de este episodio curiosísimo, no se cuidó de indagar, retener y transmitir el nombre y patria de este servidor de la comunidad capuchina?

Murillo averiguó finalmente que el lego suspiraba por la posesión de una obra de su mano; y accediendo al punto á sus votos, quiso apurar en broma la materia, reclamando al desconcertado sirviente el lienzo en que había de pintar una imagen sagrada con destino al ador-

Deseos de éste



El Maestro los
satisface.

no de su celda. Aquí de los apuros del pobre hermano; mas... por fortuna conservaba una servilleta nueva y preguntando si podía servir al efecto, y siéndole respondido que sí, la entregó á nuestro héroe. Murillo cumplió su palabra, y la servilleta, estirada en el bastidor, imprimada con esmero y objeto de una atención escrupulosa, recibió la imagen risueña de la madre del Salvador del mundo, sosteniendo en sus amantes brazos al Dios Niño más encantador y gracioso que concibiera nunca la fantasía del último genio de la escuela sevillana, en que pareció agotar sus recursos la naturaleza.» Hasta aquí el Señor Velázquez y Sánchez, y hasta aquí la tradición y la leyenda: ahora vamos á la historia.

¿Qué hay de histórico y verdadero en estas leyendas populares? Es cierto, históricamente hablando, que Murillo estuvo *aloxado con sus oficiales* en el convento de Capuchinos, como se probó anteriormente. Es también rigurosamente histórico que en el convento había un lego, de ilustre familia llamado Fr. Andrés de Sevilla, apasionadísimo de Murillo y de sus cuadros, hasta el extremo de haber recogido de limosna él sólo entre sus parientes y amigos cerca de 50,000 reales para pagar las obras que el artista realizaba en el Convento, según consta de los libros que en el mismo se conservan. Es asimismo indudable que al servicio de Murillo y sus oficiales estuvieron algunos legos de

Verdad histó
rica.

la Comunidad para arreglarles las celdas, servirles la comida, etc., y que el principal y el mayor de los hermanos encargados de servir á Murillo fué, el venerable Fr. Andrés de Sevilla que ya era de avanzada edad. Estos hechos son rigurosamente históricos y absolutamente ciertos; y de ese terreno de la certeza, pasamos ahora al de las conjeturas y probabilidades.

Conjeturas.

Entrando, pues, en este segundo terreno, pregunto: ¿Cuál fué el leguito, para quien pintó Murillo la Virgen de la Servilleta? A mi juicio, (y conste que lo he formado leyendo y releendo los libros conventuales,) fué el hermano Fr. Andrés de Sevilla. Este, prevalido de la amistad que tenía con el Maestro, cuando le vió recoger los pinceles para irse á su casa, le dijo en broma que no lo dejaría marchar sin que le diera antes un recuerdo hecho por su propia mano. Murillo, siguiendo la broma, le contestó que el Hermano pusiera el lienzo, ya que él iba á poner su trabajo; y Fr. Andrés, ni corto ni perezoso, corrió á la despensa y tomando una servilleta nueva, de cañamazo fuerte, se la presentó al artista, deseando que la broma se convirtiera en realidad. Murillo se guardó la servilleta, marchó á su casa, y algunos días después volvió con ella transformada en cuadro de hermosísimo aspecto. Esta es mi opinión, y repito que la he formado en la atenta y estudiosa lectura de los libros que

Probabilidades.



www.libtool.com.cn

Mi opinión.

en el archivo Provincial se conservan. ¿Y en cuál de las dos épocas que estuvo en el convento pintó Murillo la Virgen de la Servilleta? Tampoco lo he podido averiguar con datos históricos; pero soy de parecer que fué en la última, porque en la primera, menciona la Crónica del convento el retrato del P. Francisco de Jerez, que Murillo regaló á la comunidad, y siendo de mérito mucho mayor el de la Virgen de la Servilleta, parecía natural que hiciera también mención de él, y no la hace.

Dejando ya á un lado el escabroso terreno de las conjeturas sigamos refiriendo la historia de nuestros cuadros. El de la Servilleta fué colocado en lugar preferente del altar mayor, como arriba se dijo, y todos ellos permanecieron en sus respectivos sitios hasta la invasión de los franceses. Entonces, para librarlos de la rapacidad del Mariscal Soult, se encajonaron enrollados con otros del Cabildo Catedral, y á costa de dicha corporación se remitieron con la correspondiente seguridad á Gibraltar y de allí á Cádiz, donde se custodiaron hasta fines del año 1813, en que los invasores fueron arrojados de Andalucía. Luego se trajeron á Sevilla, y habiéndolos mandado restaurar á sus expensas el Cabildo Catedral, se devolvieron todos á su templo, de lo que agradecida la Comunidad donó á la Santa Iglesia el precioso cuadro del Angel de la Guarda, ya mencionado en su lugar correspondiente. Como

Historia de
nuestros cuadros.



franceses, destruyeron gran parte
convento é iglesia de capuchinos,
ndo ésta se rehabilitó, cambió de for-
y aspecto su retablo Mayor, y se co-
la Virgen de la Servilleta, sobre la
rta del Coro, que está hoy detrás del
plete romano, que se hizo entonces,
nanciendo el cuadro en aquel lugar,
ta la época de la exclaustación de
religiosos en 1835. En ese tiempo se
tó el gobierno liberal de todos los
ros y bellezas artísticas de nuestras
sias y conventos, los que fueron ha-
dos en el Hospital del Espírítu San-
Allí estuvieron, hasta que por diligen-
del Sr. Deán López Cepero, se lleva-
en 1836 á la Santa Iglesia Catedral,
onde fueron trasladados al convento
a Merced, erigido en Museo Provin-
el año 1841, y allí están los cuadros
os Capuchinos entre otras creaciones
nuestro inspirado artista. Narrada
asta el presente la historia de nues-
cuadros, acabaremos de narrar la de
sigue autor en el capítulo siguiente.

Su peregrina-
ción.

Su paradero
actual.





www.libtool.com.cn

CAPITULO XIV

Últimos años de Murillo:
va á pintar á nuestro convento de
Cádiz: su caída del andamio
y su santa muerte.

Aunque Murillo fué siempre un hombre intachable y piadoso, que cumplía con exactitud sus deberes cristianos, podemos afirmar que en los últimos años de su existencia llevó realmente la vida de un santo. Nos atrevemos á decir que en esa época fué el más santo de los artistas, y el más artista de los santos. En él corrían parejas el genio y la piedad, la virtud y el arte, y por eso aparece en sus obras como artista profundamente religioso y soberanamente místico, con el misticismo y la religiosidad que caracteriza á los verdaderos hijos del Serafín de Asís, que fueron siempre sus mejores amigos, sus hermanos, y los directores de su conciencia.

Aconsejado por éstos, jamás emprendió obra alguna en esa época de su vida, sin meditar antes en prolongada oración el misterio ó asunto religioso que iba á pintar; ni sin unirse por la Comunión con el Dios amorosísimo cuyos misterios sensibilizaba en sus cuadros, más que con los pinceles, con la efusión de su fe

Piedad de Murillo.

Su fé ardiente

7 la ternura de su alma, que los inunda. Se remonta en ellos á lo ideal á fuerza de fe, y al genio á fuerza de amor. Los cielos parece que se abren realmente para él, y que él ha visto las glorias de allá arriba, cada vez que las pinta en sus lienzos. Enardecido por la oración, ponía su alma entera en cada uno de ellos, y todas las inclinaciones de esta alma de artista, se concentraban en el amor divino que ardía en su pecho verdaderamente seráfico.

Oraba antes
de Pintar.

Sus pinturas reflejan las galas de su genio fecundo y encantador, que poseía el privilegio singular de poetizar y embellecer, hasta el grado de lo sublime, los asuntos religiosos que tocaban sus pinceles, comunicándoles un tinte de santidad, de pureza, de delicadeza y de encanto superiores á toda ponderación. Esto era debido á que su alma tierna y afectuosa se hallaba animada de un espíritu profundamente piadoso, que transmitió á sus lienzos en alas de la fe, con una belleza ideal propia suya, que nadie jamás ha podido imitar. Hay quien dice que vió abiertos los cielos en éxtasis de amor, y que trasladó á sus cuadros todo lo que allí se representó ante su vista. Por eso, hasta el incrédulo que fija en ellos sus escrutadoras miradas, si es artista de verdad, se siente movido á creer en el Dios á quien se consagraron esos artísticos monumentos de piedad y religión. Tal es el idealismo que domina en todos ellos.

Sus arrobos
místicas.



En la profunda meditación de los misterios que iba á pintar, pedía inspiración á Dios, y éste enviaba á su alma torrentes de luz, ofreciéndole á su espíritu visiones beatíficas y celestiales, que su pincel estampaba en el lienzo con fidelidad pasmosa, y con una fuerza de convicción que revela patentemente todo el fondo de su alma y todo el fuego de sus creencias. El mundo, absorto, contemplaba las poéticas concepciones de nuestro esclarecido artista, cuya imaginación nunca revelaba cansancio ni postración ni fatiga ni decadencia; antes al contrario, parecía que del ejercicio de sus eminentes facultades sacaba nuevos bríos, dando en cada cuadro más gallarda muestra de su privilegiada fantasía y potentísimo ingenio.

Pedía inspiración á Dios.

Así transcurrían los últimos años de Murillo, cuando el de 1680, siendo primer Definidor de nuestra provincia y Guardián de nuestro convento de Cádiz el M. R. P. Francisco de Valverde, cierto bienhechor de aquella ciudad dejó una manda considerable para restaurar y mejorar el altar mayor de dicho convento; y como nuestro P. Valverde y todos los capuchinos trataban familiarmente á Murillo, y lo miraban como cosa propia, desde su estancia en el convento de Sevilla, á él acudió, rogándole que se trasladara á Cádiz con objeto de pintar un lienzo grande y varios más pequeños para el altar mayor de dicha Iglesia, ofreciéndole hospedaje para sí y sus ofi-

Sus años últimos.



ciales dentro del convento, como lo había tenido en el de Sevilla. Aceptó la propuesta Murillo, que se encontraba siempre muy bien entre los capuchinos; y arreglados todos los menesteres para aquel viaje, se trasladó á Cádiz con algunos oficiales. Hospedado ya en Capuchinos, escogió para colocar su taller, como lo hizo también en Sevilla, el salón de la biblioteca, que en todos nuestros conventos de Andalucía suele estar en uno de los sitios más espaciosos y retirados del edificio, ordinariamente sobre el coro bajo; y allí pintó los cuadros para nuestra Iglesia.

Su viaje á Cádiz.

Tengo fundamentos para suponer que ilustres familias gaditanas, amantes de las bellas artes, y muy favoreedoras de los capuchinos, se valieron del P. Guardián para llevar á Cádiz al inspirado y famoso artista; y que, además de los cuadros pintados en nuestro convento y para nuestra Iglesia, (que fueron los últimos), estuvo pintando también en casas particulares y para familias particulares, amigas y bienhechoras insignes de los capuchinos, y como éstos, protectoras del gran pintor. Estas familias fueron por lo menos dos de mucho lustre; la de Bozán Violato y la de los Colarte. La primera, oriunda de Génova, no sabemos si se ha extinguido ó si existe en la actualidad; pero la segunda la formaban, si no estoy equivocado, los ascendientes de los señores Marqueses del Pedroso, en cuyo archivo pudieran tal vez encontrarse al-

Donde pintó.



Datos auténticos. algunos datos que arrojaran nueva luz sobre la estancia de Murillo en Cádiz; y lo consignamos aquí para que lo tengan presente los aficionados á esta clase de estudios.

En lo tocante á la familia de Violato, dice el P. Concepción en su *Cádiz ilustrada, Libro VIII Cap. X párrafo 8*, que «Juan Violato dejó al convento aquel de Capuchinos 500 pesos de renta, y doce pinturas admirables de Murillo, que se apreciaron en mucho dinero. Todo lo cual se distribuyó por mano de don Bartolomé Bozán Violato, su sobrino». Y don Nicolás de la Cruz, conde de Maule, en su *Viaje de España, Francia é Italia, tomo décimo tercio, pág. 206*, dice también que Juan Violato dejó á dicho convento doce cuadros de Murillo.

Estos son los datos que hoy puedo aportar para el esclarecimiento de esos hechos, que la crítica no ha puesto en claro todavía, y que algunos han involucrado en vez de aclarar, negando hasta la estancia de Murillo en Cádiz. Es certísimo, indubitable, que Murillo estuvo en Cádiz larguísima temporada. ¿Pero cuanto duró esta? ¿Cuándo llegó allá y cuándo regresó á Sevilla? Hé aquí lo que podemos decir á los interesados en averiguar este punto. El P. Valverde, Guardián del convento de Cádiz, que como ya se dijo, era el primer definidor de la Provincia vino embarcado á Sevilla hacia mediados de Septiembre de 1680, para contratar á Murillo. Aquí se unió con el Pa-

Más datos importantes.

dre Antonio de la Parra, que era el cuarto definidor y Guardián del convento de Sevilla, para marchar unidos al de Ecija, donde se celebró junta Definitorial el 26 de dicho mes, cuya acta fué firmada por ambos PP., que juntos regresaron á Sevilla, para continuar el P. Valverde su viaje á Cádiz, por el río. ¿Se llevó entonces consigo á Murillo? Creo que sí; pero no lo puedo asegurar con certeza.

Cuánto tiempo estuvo en Cádiz?

En los primeros días del siguiente año 1681, volvió á Sevilla el dicho P. Valverde para asistir á la Definición celebrada en este convento el día 7 de Enero, cuya acta, firmada por él, tenemos en nuestro poder: y acabada la Definición se embarcó de nuevo para Cádiz. ¿Fué en esta ocasión cuando le acompañó Murillo? Tampoco lo puedo asegurar con certidumbre; pero es cierto que, si ya no estaba en Cádiz, llegó en esta ocasión. y allí estuvo hasta que regresó á Sevilla herido de muerte como luego se dirá.

La fecha exacta de su regreso tampoco la podemos afirmar con precisión, pero sí aproximadamente; porque consta que le acompañó el tantas veces mentado Guardián del convento de Cádiz, y éste vino á Sevilla dos veces en el primer tercio del año 1682. La primera fué á principios de Enero. para unirse aquí al susodicho P. Antonio de la Parra y caminar juntos á Cabra, donde se celebró junta Definitorial el 23 de dicho mes, cuya acta poseemos también, firmada por

Cuándo regresó á Sevilla?



Probabilidades. todos los vocales, que en ella aprueban y elogian la conducta del P. Valverde en un asunto que le encomendó el P. Provincial.

La segunda vez vino á mediados de Marzo para unirse con su compañero de definición y marchar juntos al capítulo Provincial, que se celebró en Antequera el día 24 de Abril, en el que salió elegido P. Provincial el sobredicho Guardián de Cádiz. En cual de estas ocasiones acompañó á Murillo enfermo, no lo dicen, (ni tenían para que decirlo), las actas definitoriales; pero es cierto que en una de esas dos ocasiones volvió el gran artista á su patria, para morir en ella. Si vino en la primera, mediaron tres meses entre la muerte de Murillo y la caída que después diremos; y si fué en la segunda, no mediaron más que dieciocho ó veinte días entre ambos tristísimos sucesos.

Cálculo aproximado. De todo esto resulta, según nuestro cálculo, que la estancia de Murillo en Cádiz oscila entre 12 y 17 meses. Lo menos que estuvo fué un año mal contado; y lo más que se pudo prolongar su estancia fué año y medio aproximadamente. Pero dejando á otro más desocupado que yo, averiguar con certeza cuanto tiempo estuvo Murillo entre los gaditanos, y en cuantas casas, y para cuántas familias pintó allí, sigo mi historia con los datos que me suministran los manuscritos de la orden.

Cuando se fueron á colocar en el al-



mayor de nuestra Iglesia de Cádiz cuadros pintados por Murillo en la oteca, éste dirigió las obras de albañilería y carpintería, para que los lienzos produjeran nada de su buen efecto. Acabando á cabo una de estas operaciones el andamio puesto delante del altar mayor, para la colocación del cuadro de Santa Catalina, tropezó, perdió pie y sufrió la desgracia de caer al suelo. Visitado por los médicos, estos le apreciaron algunas ligeras erosiones, un magullamiento general en todo el cuerpo, que tendía á poner en peligro su preciosa existencia. Con esta caída se le agravó notablemente una relajación ó herida que padecía, causándole á veces dolores tan considerables, que Murillo se acordó bien pronto de que se aproximaba su muerte; y por lo mismo, pidió que le trasladaran á Sevilla, para disponer de sus bienes y morir entre los suyos. ¿Cómo hizo este viaje? ¿Lo trajo algún amigo de las familias Colarte ó Violato? ¿Fue en alguno de los bergantines que continuamente andaban de Sevilla á Cádiz, ó viceversa? No lo sabemos; pero sí sabemos que el P. Valverde, nuestro Padre Verde, Guardián de los capuchinos de Cádiz, acompañó á Sevilla al Maestro Murillo enfermo, aunque no detallan dichos manuscritos, si fué en el primero ó en el segundo de los viajes mencionados anteriormente, que tuvo el P. Valverde la orden de hacer á Sevilla, para unirse

Su caída del andamio.

Vuelve enfermo á Sevilla.



Le acompaña
el P. Valverde

con su compañero, el P. Parra, y marchar juntos á la Definición convocada en Cabra, y al capítulo que iba á celebrarse en el convento de Antequera, donde murió dicho P. Valverde mes y medio después que Murillo, como diremos en el capítulo siguiente. Lo que no podemos asegurar, porque no lo dicen los datos que poseemos de N. P. Valverde, es qué día salieron de Cádiz, ni cuándo llegaron á Sevilla, ni si el viaje se hizo por mar ó por tierra, aunque es probabilísimo, dada la enfermedad del maestro y la comunicación continúa, que había entre los puertos hispalense y gaditano, que lo hicieran por el río.

Apenas llegó Murillo á Sevilla conoció que le quedaban pocos días de vida. Preparóse en ellos, para comparecer ante Dios, recibiendo con edificante fervor los santos sacramentos, y despidióse amorosamente hasta la eternidad de sus amigos y de su hijo Gaspar, único que pudo asistirle en su última enfermedad. Otorgó su testamento ante Juan Antonio Guerrero, escribano público de Sevilla, y mientras lo otorgaba sufrió un síncope, precursor de la muerte. Desde aquel momento se fué extinguiendo su preciosa vida, hasta que, evaporándose como el perfume de una flor, el alma piadosa, genial y seráfica de Murillo, voló á la región de la inmortalidad el día 3 de Abril de 1682.

Su santa
muerte.

El Sr. Tubino, á quien en otro lugar rectificamos, consigna en su biografía

de Murillo estos hechos: pero sin los detalles que preceden, porque no tenía él motivos para conocerlos. He aquí sus palabras: (1) El caballero genovés, Juan Violato, vecino antiguo y comerciante de Cádiz, al espirar en su patria, legó al convento una cantidad para que se emplease en cuadros del insigne pintor, conviniendo los religiosos, al llevar á efecto tan piadosa disposición, que Murillo pintase un lienzo que representara á Santa Catalina, su titular, ofreciéndole por su trabajo novecientos pesos, en cuya suma se incluía el valor de otros cuadros más pequeños. Aceptada por Murillo la proposición, emprendió su obra, en la que empleó algunos meses: el cuadro era de grandes dimensiones, y ponía un especial esmero en su ejecución. Tocaba ésta á su término, cuando al subir un día á la andamiada, tuvo la desgracia de tropezar en la escalera misma, cayendo desde bastante altura. Tan terrible golpe, á su edad, debía por precisión acarrear funestos resultados. Murillo se resintió profundamente de aquella caída, agravándose con ella una afección que padecía. Sin ánimo para reanudar sus trabajos, abatido el espíritu y cansado de la vida, regresó Murillo á Sevilla, donde su existencia se fué apagando lentamente. En su testamento dejó consignada la siguiente cláusula, que confirma su contrato con los capuchinos:

Testimonio
histórico.

Cláusula tes-
tamentaria.

(1) Murillo, su época, etc., pág. 107.



Item. Declaro, que yo estoy haciendo un lienzo grande para el convento de los capuchinos de Cádiz, y otros cuatro lienzos pequeños y todos ellos los tengo ajustados en novecientos pesos, y a cuenta de ellos he recibido trescientos cincuenta pesos; declárololo para que conste.»

Lo que dice.

El *Cicerone Gaditano Manual para el viajero en Cádiz*, etc., en la página 186 de su segunda edición, que tengo á la vista, niega la estancia de Murillo en nuestro convento de Cádiz, apoyado en fundamentos tan débiles como luego veremos. Esta negación la hizo en primer término D. Adolfo de Castro, y creo que tal negación es totalmente arbitraria si no tuvo para apoyarla razones más poderosas que las aducidas por el citado *Manual*, el cual empieza su negativa con la siguiente pregunta: *¿Obligaba algo que la pintura se hiciera con los lienzos clavados en firme en el altar?*

Crítica insana

—No señor; y ya hemos dicho que los lienzos se pintaban en la biblioteca, no en el altar. ¡No hay que tergiversar los hechos!

—*La tradición y sólo la tradición señala el templo como el lugar en que ocurrió el suceso.*

—Dispense el *Cicerone*; que no es sólo la tradición, sino la historia; á menos que niegue ser histórico cuanto se ha escrito por autores sensatos y fidedignos, afirmando que el hecho ocurrió en Cádiz. Citemos algunos.

Refutación.

Cean Bermúdez en su *Diccionario histórico*, dice que «pasó á Cádiz á pintar el cuadro grande de los desposorios de Santa Catalina, para el altar mayor de los capuchinos; y antes de acabarlo tropezó en el andamio, de lo que le resultó una grave indisposición que le precisó volver á Sevilla, etc.

Autoridades históricas.

D. Francisco de P. Valladar, en su *Historia del arte*, pág. 540, dice que en nuestra Iglesia de Cádiz «cayó del andamio donde trabajaba, fué trasladado á Sevilla y allí murió al poco tiempo.»

D. Narciso Sentenach y Cobañas, en su obra *La Pintura en Sevilla, estudio sobre la escuela pictórico-sevillana, etcétera*, dice en la pág. 88, que «estando en Cádiz ejecutando el retablo de capuchinos, ya es sabida de todos su desgraciada caída de la andamiada» etc.

En la *Corona poética dedicada al insigne pintor sevillano*, pone el Sr. Marqués de Aurión en boca de Murillo estos versos:

Yo del arte divino en los altares
sacrifiqué mi vida;
lo saben, ¡ay! los gaditanos mares,
y aún lamentan mi fúnebre partida.

Estrofa que aclara con la siguiente nota: «Pintando Murillo en Cádiz un cuadro de grandes dimensiones para la Iglesia de capuchinos, cayó de un andamio, de cuyas resulta perdió á poco la vida.»

Por último, el libro titulado *Paseo histórico artístico por Cádiz, etc.*, dice, hablando del cuadro de Santa Catalina.

Más autoridades.



Otro testimonio.

«Esta codiciada joya artística fué la última que pintó el célebre y nunca bien ponderado D. Bartolomé Murillo, quien la trabajó en esta ciudad (Cádiz), en donde habiéndose precipitado del andamio, se lastimó tanto, que de resultas falleció en su patria, Sevilla.»

Después de leer estos y otros textos que omitimos, admira la tranquilidad con que el citado *Manual* afirma que *la tradición y sólo la tradición* señala el templo de los capuchinos de Cádiz como lugar en que ocurrió la caída de Murillo. Pero veamos los fundamentos en que apoya su afirmación.

—*No quiero para mi patria tan triste memoria, tanto más cuanto nada prueba que fué en ella el triste suceso, y en cambio hay más de una razón que convence de lo contrario.*

—De que uno no quiera una cosa, jamás se seguirá que ella no exista. Además se necesita serenidad para decir: *Nada prueba que fuese en Cádiz la caída de Murillo.* Entonces, ¿para qué sirve en el mundo la autoridad histórica? ¿Qué dicen sus biógrafos? Y en cuanto á las razones que convencen de lo contrario, vamos á examinarlas.

—*Murillo en su testamento habla del cuadro como cercano, cual si en su taller estuviera, y él ocupado en su factura. Item; declaro que yo estoy haciendo un lienzo grande para el convento de capuchinos de Cádiz y otros cuatro lienzos pequeños, etc.— Tal dice, y como hacer para*

Objeciones.

no es hacer en, se evidencia que la dicción expresa desde luego que Murillo trabajaba los cuadros en Sevilla para el convento de capuchinos de Cádiz; y ¿á qué la declaración de estar pintando cinco cuadros para el convento citado, si en él estaban y colocados en sus altares ya los lienzos?

Su ningún va lor.

Ya hemos dicho y repetido que los lienzos no se estaban pintando colocados en los altares, sino en la biblioteca; pero el *Cicerone* tiene que partir siempre de ese supuesto falso, para defender su opinión; y ahora da un sentido violento á las palabras del maestro, pues bien explícito dice éste á renglón seguido, que hace esa declaración para que conste en cuánto tiene ajustado los cuadros y cuanto ha recibido ya por ellos. Para que la objeción tuviera fuerza, era preciso tomar en sentido riguroso el *estoy haciendo* de Murillo: es así que no se puede tomar en tal sentido, porque Murillo murió poco rato después de dictar esas palabras; luego el presente hay que tomarlo ahí forzosamente por pretérito imperfecto; el *estoy* por *estaba haciendo*. ¿Y para qué había de expresar donde los estaba haciendo, si sabían demasiado todos los presentes que había llegado de Cádiz, maltrecho de una caída? ¿Ni cómo decir *estoy haciendo* en Cádiz, cuando pronunciaba esas palabras de su testamento en Sevilla? Lo natural y lógico era expresar para quien pintaba aquellos cuadros, y por eso dijo, *para el convento de capuchinos de Cádiz*: por

Se contestan.



Más objeciones. www.diccionari.com donde se ve, que las palabras de Murillo dicen lo que deben decir, y no lo que quiere hacerles decir el Cicerone; sino todo lo contrario.

—*Por otra parte, ¿qué caída es esta que se da en Cádiz y produce la muerte en Sevilla á los pocos días, en tiempos en que el trasladarse de una ciudad á otra era molestísimo y sólo soportable la fatiga para gentes en salud y aún esto quebrantándosela?*

—Esto no es objeción ni es nada pues no hay dificultad en que un hombre dé una caída en América y de resultas de ella venga á morir en Europa y en cuanto al viaje, téngase en cuenta que probabilísimamente se hizo por el río, para que Murillo viniese todo el tiempo acostado; que bastaban un par de días ó menos para venir de Cádiz á Sevilla en cualquier barco velero; y que entre la caída de Murillo y su llegada á Sevilla mediaron por lo menos 18 días si no fueron tres meses, según el cómputo que arriba hicimos. Y termina el libro:

—*Todo, pues, convence, que Murillo murió por la caída que diera pintando un cuadro para Cádiz, pero para Cádiz, no en Cádiz, no en el convento. — Donosa ocurrencia es en la que se ha dado de fingir el suceso en Cádiz por tener el cuadro un convento gaditano.*

Su solución cumplida

—No se ha fingido el hecho por tener el cuadro un convento gaditano, sino porque ha consignado la historia y con

a con toda certeza que en él se pintó, y en él ocurrió la caída, del modo que dejamos dicho. Por lo demás se necesita estar muy apasionado para creer que *Murillo murió por la caída que diera pintando un cuadro en su taller*, á cuyo techo casi llegaba él con la cabeza; y que allí, donde no cabía andamio alguno, quietecito, de pie, ó sentado, dió la caída mortal que lo llevó á la tumba. Todo, pues, convence, (diremos con el *Cicerone*) que la caída que ocasionó la muerte del gran artista fué en el convento de Cádiz y no en otra parte.

Verdad histórica.

El librito, cuya opinión acabo de refutar, tiene bastantes negaciones y afirmaciones gratuitas, y algunas inexactitudes y confusiones, como la que encierran estas palabras que están poco más abajo de las últimas copiadas: *Los cuadros de Murillo incluso el de Santa Catalina de Sena*, etc.; y no es Santa Catalina de Sena, sino Santa Catalina de Alejandría, Virgen y Mártir, que tiene pintados á sus pies en el mismo lienzo los instrumentos de su martirio; y quien yerra en cosa tan sabida y confunde á dos santas tan diferentes y de épocas tan distintas, teniendo á la vista el cuadro, no es extraño que confunda otras cosas menos claras y yerre en puntos más desconocidos é ignorados.

La Academia gaditana de Bellas Artes, está á favor nuestro y en contra de la opinión ya refutada, puesto que en el año 1861 convocó un certamen para

Opinión de la Academia gaditana.



www.premiar.com diez mil reales el mejor cuadro que se presentara, reproduciendo la caída de Murillo en el convento de capuchinos de Cádiz. El premio lo obtuvo el cuadro del Sr. Ferrant, que es sin duda alguna, obra de arte; pero que en algunas cosas está muy distante de la realidad histórica, ó sobrecargado de ficciones, que sólo sirven para extraviar la opinión poco ilustrada y apartarla de la verdad.

Convoca, un certámen pictórico

En primer lugar, finge que Murillo estaba pintando sobre un andamio en el altar mayor, lo cual ya hemos visto que es falso: en segundo lugar, aumentó la ficción con el cortinaje, detrás del cual se supone pintando al artista, y con la paleta y los pinceles desparramados por el suelo. Y, por último, nos parece que aquella mesa con botes de pintura y piedras de moler colores, no está bien al lado de un altar, como sirviéndole de credencia. Fuera de esto, lo demás está muy apropiado. La actitud de Murillo con la rodilla izquierda en tierra y apoyándose en el pie derecho para levantarse, ayudado de uno de sus discípulos aquel anciano Guardián del convento que tiende su diestra sobre la espalda de Murillo, con ademán de caritativo consuelo, mientras que con la otra mano ofrece agua al artista en una tosca taza aquel capuchinito de poca edad con el roquete de acólito, que sostiene un jarro de agua con ambas manos; el religioso enfermero con la capucha calada y er

El cuadro premiado.

actitud de presentar en un basto plato varios específicos, que ha llevado de la enfermería del convento; el que está colocando un sillón conventual cerca de Murillo, para que en él pueda más cómodamente recibir auxilios; el otro que en su ademán revela estar lamentando aquel infausto suceso; y las figuras de los seglares que se asoman por entre los hombros de los religiosos, á los dos lados del cuadro, para ver al caído, están muy en su lugar, y dan una idea exacta del trágico suceso, tal como aconteció.

Sus figuras.

Entonces, según afirma Murillo en su testamento, estaba pintando cinco cuadros para aquella Iglesia, lo cual no se opone á que tuviera allí otros varios, ya concluidos. Y debió tenerlos; pues, como dijimos antes, asegura el P. Concepción (que escribió poco después de la muerte de Murillo) en su *Cádiz ilustrada*, Libro VIII, Cap. X, párrafo 8. que «Juan Violato dejó al Convento aquel de Capuchinos *doce pinturas admirables de Murillo*, que se apreciaron en mucho. Y don Nicolás de la Cruz, en su *Viaje de España* tomo décimo tercio, pag. 206 dice también que Juan Violato dejó á dicho convento doce cuadros de Murillo.

Aquí debemos advertir que los gastos ocasionados por la hechura y colocación de los cuadros de Murillo en el convento de Cádiz, corrieron por cuenta de la familia de Bozán Violato, que los costó con las mandas dejadas por Don Juan Violato, y por esta causa en los libros de

Más cuadros
de Murillo.



www.alfonsoarce.com
Legado para pagarlos
aquel convento que han llegado á nuestro poder, no consta el precio que se dió por cada cuadro ni por todos juntos; sino el legado hecho por D. Juan para adornar la Iglesia con lienzos de Murillo.

Los que en la actualidad se conservan en aquella Iglesia, atribuidos á Murillo y á su discípulo Francisco Meneses Osorio son los siguientes que pasamos á describir, empezando por los del altar mayor, advirtiendo antes que esta descripción la hicimos en la misma Iglesia de Cádiz, teniendo los cuadros á la vista.

En medio del altar mayor está el famoso lienzo de santa Catalina: el centro del cuadro lo ocupa la Santísima Virgen teniendo el Niño Dios sentado en su falda, delante del cual aparece arrodillada santa Catalina, recibiendo el anillo nupcial que el divino infante le muestra con ternura infinita. Es uno de los idilios místicos que con mayor viveza trazó el pincel del incomparable Murillo. La santa tiene á sus pies los instrumentos de su martirio, (espada y rueda de navajas), y detrás dos ángeles hermosísimos, de los muchos que asisten á su desposorio, contemplando emocionados como el Niño Jesús le toma la mano para colocarle en el dedo la señal que la acredite para siempre esposa del Cordero sin mancha. Al lado opuesto del cuadro, es decir, á espaldas de la Virgen Santísima, se ve otro grupo de ángeles que comentan llenos de admiración la dicha de la Santa; y debajo de estos,

El cuadro de
Sta. Catalina



otros dos más pequeños, amenizando la escena con la luz que despiden sus rostros, la cual esclarece aquella parte del lienzo que es de las más sombrías. Esplendores de gloria bajan de lo alto por el ángulo izquierdo del cuadro sobre el grupo céntrico, y en medio de aquellas oleadas de luz celestial flotan entre cabezitas de querubines dos ángeles graciosísimos, trayendo á la santa, por regalo de su boda la corona de Virgen y la palma de martir con que su Esposo la obsequia, como prendas y como trofeos de la victoria eterna, que El le daría sobre el mundo y sus tiranos. Por encima de ellos se vislumbra en lo alto del cuadro, hacia el centro, otro coro de ángeles, esclareciendo con su presencia los tonos oscuros del lado opuesto, que dan realce al cuadro. La ejecución del mismo es admirable, y todas sus figuras están idealizadas y sobrenaturalizadas hasta el extremo de parecer cuerpos revestidos con los dotes gloriosos. Si Murillo dejó sin terminar alguna parte de este lienzo y lo concluyó su discípulo Meneses, lo hizo con tal habilidad que nadie osará decir dónde acaba la obra del Maestro, ni dónde empieza la del discípulo.

Sus primores
y perfecciones.

Sobre este grandioso cuadro y como si fuera complemento del mismo, separado sólo por la moldura que los divide, está el eterno Padre entre coros de ángeles y destellos de gloria, contemplando con infinita complacencia los desposo-

El del Eterno Padre.



rios místicos de su Unigénito con la santa doncella. La parte inferior de este cuadro descansa sobre el de santa Catalina, y la superior toca al arco de la bóveda, adaptándose é la curva del mismo. Este cuadro dicen los inteligentes que es también obra de Murillo, aunque no ha faltado quien lo atribuya á su discípulo Meneses Osorio.

Los cuadros laterales del altar, empezando por el lado del Evangelio son los de San José y de San Miguel. El Patriarca tiene al Niño cogido por la mano izquierda, y en la derecha lleva el divino infante una cestita colgando. El rostro de Jesús está iluminado con luz del cielo, y los rasgos de su fisonomía son verdaderamente divinos; la actitud en que camina, con los ojos elevados hacia el cielo, y aquel pie desnudito que sale por debajo de su túnica, hacen brotar en el alma piadosa el deseo de besárselos y de comérselos. Torbellino de querubines y nube de gloria bajan sobre la cabeza del Niño Dios, y envuelto en aquellos resplandores, se adivina más que se ve, al Espíritu Santo en forma de paloma, descansando sobre El. La figura del santo es nobilísima, su actitud respetuosa, su postura muy natural, y hasta las flores de su vara dan cierto realce al claro obscuro del lugar en que sobresalen. Este cuadro parece á todas luces de Murillo, sobre todo el Niño; pero algunos lo dan como obra de Meneses.

Sobre este cuadro, siguiendo la curva



del arco en que descansa la bóveda, está el de San Miguel Arcángel, quien tiene bajo sus pies al ángel caído, y su brazo derecho levantado en actitud de darle un golpe mortal, siendo lo más notable que la mano del Arcángel no esté armada con la espada flamígera, sino con un globo de fuego en el que brillan estas palabras bíblicas: *Quis sicut Deus?* Quien como Dios? Y mientras dice esto con aire de triunfo, pisoteando á Luzbel, empuña con bizarría en su mano izquierda la palma de su victoria. Es de Murillo.

El de S. Miguel

En el lado de la epístola, están formando juego con los cuadros anteriores los de N. P. San Francisco y el del Angel de la Guarda. Este último que corresponde al de San Miguel, ocupa la parte alta, y se adapta como aquel á la curva del arco. La actitud del ángel es gallarda; la del niño que lleva de la mano, encantadora; y el ropaje de ambos tiene un claro obscuro que parece hecho con luces del cielo y sombras de la tierra. Es también de Murillo.

El del Angel Custodio.

Debajo de este lienzo, y formando pareja con el de San José, está el de nuestro P. San Francisco, de pie, con un crucifijo en la mano derecha, la izquierda colocada sobre el pecho, y la vista elevada hacia lo alto, donde flotan entre nubes luminosas, cabecitas de querubes adornadas con graciosas alas. El santo tiene delante de sus pies descalzados un libro abierto, con una calavera

El de S. Francisco N. P.



sobre un extremo del mismo, y encima de ambas cosas unas disciplinas de cordel. Estos cuatro lienzos, como dejamos dicho, hay quien los atribuye á Murillo y quien los atribuye á su discípulo Meneses, que con él estuvo pintando en aquel convento; pero lo probable, lo casi seguro, lo que se da como cierto, es que los dos de arriba son de Murillo y los de abajo de Meneses; aunque á decir verdad, si el Niño de San José no es de Murillo, merece serlo; y si es de Osorio se elevó éste en él á la altura de su Maestro.

Fuera de estos cuadros, hay en aquella Iglesia otros varios que son ciertamente de Murillo, y vamos ahora á describir. En primer lugar está una Purísima, que con decir que es de Murillo, queda hecho su mayor elogio. Un coro de ángeles parece que la sostienen flotando en los aires, y que en ellos se mecen á uno y otro lado, jugando con ramos de palmas y azucenas que ostentan en sus manos. La Virgen tiene la luna á sus pies semicubierta con los pliegues de su blanca túnica; las manos cruzadas sobre el pecho, como para contener los latidos de su corazón, que se deshace en llamas de amor; y la vista fija en el cielo, con el resplandor del éxtasis divino en su semblante, y reflejando en su rostro destellos de la luz increada. Cabecitas de serafines flotan á su alrededor, y la corona apocalíptica de doce estrellas descansa sobre su cabeza. Alguien atribuyó este cuadro

El lienzo de la Purísima.

ses; pero hoy está fuera de duda de Murillo, pues á él se le encargó implir una manda de cien pesos

Como está hoy.

1680 dejó Luis Hurtado, con la òn que se pusiera su nombre en xo del cuadro, para que lo encorran á Dios los que orasen ante esa 1, la cual se colocó, como la de Sen el altar del agrario, donde se t comunión. Hoy no está ya en ir primitivo y tiene el lienzo muy rado, con tres agujeros al lado o, que dicen se los hizo en tiempo *cantonales*, un bárbaro miliciano bayoneta, manejado por un brazo go, tan enemigo de la religión co- arte.

e en mérito á este cuadro, si es le supera en mucho, el de la Im- de las llagas de N. P. S. Fran- Es este un cuadro apaisado, que anta las alturas del monte Alver- r sus bosques, peñascos y arbola- re el cual se esconde la silueta del terio. El santo está de rodillas, con zos abiertos, el rostro levantado o alto y fija su mirada en una v- estial que hiende los aires entre dores divinos, los cuales dan paso o crucificado, que en figura de se- lado viene á imprimir en el cuer- Francisco las llagas de su pasión.

del santo, á lo lejos, se ve á Fray leno de asombro, contemplando el jo que se realiza en su seráfico Pa- ; y delante de éste, sobre el suelo,

El de la Im-
presión de las
llagas

el libro en que leía, y la calavera e
contemplaba el fin de las grandeza
renas. Es un lienzo de primera, so
no, insuperable, y tal vez lo mejor d
rillo.

Su gran m
rito.

El cuadro de S. Juan Bautista lle
de la mano por sus padres, es tan
portentoso. Contiene cinco figuras, i
sentando el viaje que hizo el niño
al desierto, acompañado de sus p
para morar en él. El niño camina
los dos, cogido de la mano de sant
bel, su madre, la que le muestra c
izquierda allá en lontananza el sitio
de quiere Dios que habite. Preced
familia un angelito, que la guía, vol
do la cara para animarlos á que le
sin temor; y otro ángel protector
detrás, guardando las espaldas al B
ta, á quien su padre san Zacarías,
re dar la mano también, como su I
sa. El viaje parece que se hace m
madrugada, antes de amanecer, p
en el ángulo izquierdo del cuadro, s
los primeros reflejos del día, blanq
do las crestas de los montes, y su
claridad descende en girones ha
valle, iluminando el grupo de la con
y las canas de Zacarías, con grand
propiedad. La actitud de todas las
ras es admirable y el cuadro digno
pintor.

El del Bautis
ta

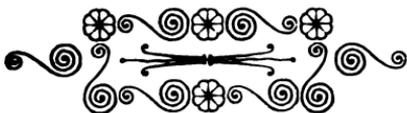
Por último, hay otro cuadro de S
tonio, teniendo delante de sí al Niñ
sús sentado sobre un libro abiert
santo está de rodillas, rodeando al

El de S. Anto
nio.



n el brazo izquierdo y llevando en su
recha un ramo de azucenas. El pie que
scubre fuera del hábito está muy bien
cho. Arriba se ve el cuadro ilumina-
do con resplandores celestiales, y en me-
do de ellos tres ángeles con rosas en las
manos en actitud de arrojarlas sobre el
nito. Este y el Niño-Dios pueden ser de Sus defectos.
urillo; pero los angelitos cabezudos
se están sobre ellos, no creo que son de
urillo, aunque me lo digan frailes des-
olzos. Si en este cuadro puso mano Mu-
llo, lo dejó en bosquejo, aunque lo pro-
bable ó lo seguro es que lo hicieron sus
discípulos.

Hasta aquí los cuadros que de tan ce-
berrimos *pintores* quedan en nuestra
glesia de Cádiz. Ahora, consignada ya
sta página gloriosa en los anales de
uestra provincia capuchina, seguiremos
l hilo de la historia.





www.libtool.com.cn

CAPITULO XV

Capítulos provinciales, muerte
de N. P. Francisco de Valverde, y casos
memorables ocurridos
en la Provincia.

A los 20 días de enterrado Murillo, es-
to es, el 24 de Abril de 1682, ce-
lebró nuestra Provincia capítulo en An-
tequera, y en él salió elegido para Minis-
tro Provincial Ntro. Padre Francisco de
Valverde, el amigo y protector del gran
artista, el que lo llevó á Cádiz, para que
dejara allí eterna memoria suya, con la
ejecución de los cuadros antes descritos.
He aquí la tabla del mencionado capítu-
lo provincial. celebrado en Antequera el
24 de Abril del año 1682:

Nuevo capítu-
lo.

Provincial

M. R. P. Francisco de Valverde

Definidores

M. R. P. Felipe de Cazorla.

„ „ „ Gregorio de Granada.

„ „ „ Basilio de Granada.

„ „ „ Antonio de la Parra.

Custodios

M. R. P. Francisco de Luque.

„ „ „ Gabriel de Andújar.

Elecciones.

Secretario de provincia

R. P. José de Valmaseda.



www.hacer.com.cn **Guardianes**

R. P. Francisco de Luque.	Antequera	Guardianes.
no consta el de	Granada	
„ „ Basilio de Granada.	Sevilla	
no consta el de	Málaga	
„ „ Clemente de Alcalá.	Jaén	
no consta el de	Andújar	
„ „ Fabián de Granada.	Castillo	
no consta el de	Ardales	
„ „	Alcalá	
„ „	Córdoba	
„ „	Ecija	
„ „	Vélez	
„ „ Gonzalo de Ugijar.	Sanlúcar	
„ „ Gregorio de Granada.	Cabra	
no consta el de	Cádiz	
„ „	Motril	
„ „ Francisco de Trigueros.	Marchena	
no consta el de	Ubrique	
„ „ Lorenzo de Villanueva.	Jerez	

Aún no había transcurrido un mes de celebrado el capítulo, ni dos de la muerte de Murillo, cuando falleció en el convento de Antequera, el recién elegido provincial P. Francisco de Valverde, cuyos datos biográficos ponemos á continuación, según están en el archivo provincial. Estos datos los escribió el Padre Francisco de Trigueros, semipaisano y discípulo del P. Valverde, y secretario de provincir hasta Abril de 1682. Nos hemos tomado la molestia de cotejarlos con los libros de Profesión, Tomas de hábito, Actas definitoriales y capitulares, ^{El P. Valverde.} y son exactísimos en todo.



Tomó el hábito en el convento de Granada á 2 de Febrero del año 1655 á las cinco y media de la tarde, de mano del R. P. Hermenegildo de Antequera Definidor y Guardián, á los 26 años de edad; y profesó en el siguiente de 1656 cumplido el año de su noviciado, en manos del mismo P. Hermenegildo.

Era de muchas letras, cuando vino á la Religión, y en ella se hizo hombre de oración y de virtudes no comunes, por lo que cumplidos muy laudablemente los siete años que nuestras sagradas Constituciones señalan para los cargos, le dieron el de Lector de artes y filosofía en el convento de Granada, desempeñando su cátedra con notable aprovechamiento de sus discípulos, los que bien impuestos en las dichas materias, pasaron con su lector al convento de Málaga, para estudiar en él la sacra teología, en virtud de que así lo decretó la Definición reunida en Sevilla en Junio de 1668.

En Málaga estuvo cuatro años enseñando la teología escolástica y moral, en las que fué muy perito, por su mucha aplicación y por la práctica que tenía en la resolución de cualquier caso. Acabada su lectoría en Málaga, en la que sacó discípulos muy aventajados y útiles á la Religión, el capítulo celebrado en Sevilla en Octubre de 1672, lo trasladó á Cádiz á enseñar con su palabra y su ejemplo, letras y virtudes á los numerosos estudiantes que había en aquel convento y allí permaneció hasta que el capítulo

Lo hacen lector.

celebrado en Sevilla por Octubre de 1678, lo nombró Guardián. Como tal, ^{Fué Guardián y Definidor.} asistió al capítulo que se hizo en Sevilla en Abril del año siguiente, 1679, en el que fué elegido primer definidor de la provincia y Guardián del convento de Cádiz, cuyo templo se adornó, durante su guardianía con los cuadros del maestro Esteban Murillo.

En el mes de Septiembre de 1680 asistió, como Definidor primero, á la congregación intermedia que tuvo lugar en Eciija á 26 de dicho mes, y se volvió á Sevilla para terminar allí unas diligencias y volverse embarcado á su convento de Cádiz. De allí hubo de volver otra vez á Sevilla para asistir á la definición que hubo en dicho convento por la Epifanía y octava de los santos Reyes, del año 1681.

En el de 1682, viajó otras dos veces á Sevilla, (*una con el maestro Murillo enfermo*) y fueron para ir de allí á la definición preparatoria habida en Cabra, y para el capítulo celebrado en Antequera, donde fué elegido provincial, cargo que no disfrutó por haber muerto, con sentimiento de toda la Provincia el día 20 de Mayo del dicho año. (MS. N.º 3.)

Le acompañaron en su viaje aquel mismo año los religiosos siguientes: el P. Ambrosio de Almonte en Sevilla; el P. Feliciano de Córdoba y el H.º Esteban de Málaga en Eciija; Fr. Juan de Alfarnate en Jaén; el P. Francisco de ^{Su muerte.}



Otros difun-
tos. Cabra, en Cabra; Fr. Gregorio de Mo-
tril, corista, en Andújar; los PP. Enrique
de León y Antonio de Antuerpia, con
el H.º Andrés de Baena, en el Castillo;
el P. Bernardino de Cómpea en la Mi-
sión de Caracas; el P. Luis de Granada
en Málaga, y el P. Francisco de Málaga
en Ubrique.

Por defunción del P. Provincial reca-
yó el gobierno de la provincia en el
P. Felipe de Cazorla, que era el primer
Definidor, y la rigió como Vicario Pro-
vincial, con tanto acierto, que en el si-
guiente capítulo salió elegido Provincial,
como á su tiempo diremos.

Entró el año 1683, del cual sólo sabe-
mos que murieron en Sevilla los Her-
manos Juan de Bujalance y Diego de
Izualloz; en Córdoba el Hermano Diego
de Lebrija; en Cabra el P. Agustín de
Córdoba; en Sanlúcar el P. Matías de
Sevilla, y en Granada el corista F. José
de Baeza. De este último, dice el P. Cór-
doba, que tomó el hábito de edad de 23
años, el 5 de Enero de 1641, profesó el
siguiente de 1642, y falleció á los 70 de
su edad, conservándose siempre corista.

Año calami-
toso. El año 1684 fué llamado en Audalu-
cía *el año del diluvio*, por las copiosísi-
mas y torrenciales lluvias que cayeron,
y por las terribles inundaciones que
causaron. En este año, que fué muy ca-
lamitoso, refieren nuestros cronistas va-
rios sucesos prodigiosos, de multiplica-
ción de trigo, pan milagroso y beneficios
otorgados por Dios á nuestros bienhe-

chores, cosas todas ellas muy frecuentes en nuestras crónicas, por lo cual las omitimos; pero no queremos omitir otro hecho que refiere el P. Córdoba con estas palabras:

Prodigios que
sucdieron.

Otro caso portentoso sucedió al P. Basilio de Antequera, que con otro religioso corista venían de haber recibido órdenes en Almería para el convento de Granada el mismo año de 1684: y fué de esta manera: Cerca de Guadix se hallaban, cuando ya oprimidos del hambre, porque no habían comido en todo el día cosa alguna, ya pasmados con el mucho frío que hacía, por estar todos los campos nevados, le dió al P. Fr. Basilio tan fatal desmayo, que, falto de fuerzas, cayó en tierra, con más apariencias de difunto que con realidades de vivo. Quedó el pobre compañero poco menos que él, si no á la violencia del desmayo, por lo excesivo del susto. Miraba á uno y otro lado, y no hallando consuelo, porque en todo aquel paraje no hallaba quien pudiera darle alivio, hecho un mar de confusiones, al considerarse solo en aquellos desiertos, cubiertos todos de nieve; viendo que su compañero apenas daba señas de vivo, exclamó al cielo, pidiendo en tanta tribulación oportuno socorro, é implorando la protección de N. S. P. S. Francisco. Aún no había acabado su deprecación, cuando vió que por el camino que habían de llevar para Guadix venía un jumento, con tan precipitada carrera, que á breve rato llegó

Un caso me-
morable.



Providencia de Dios. junto á los religiosos, y suspendiendo la velocidad con que corría, se quedó parado mirándolos. Así se estuvo más de media hora, en cuyo tiempo el P. Fr. Basilio fué poco á poco recuperando el sentido, causando á su compañero mucho alivio; pero tuvo éste el complemento, cuando vió que venía á ligero paso un hombre por el camino que había traído el jumento, y llegando á donde estaban, é informado de lo que á aquel religioso había sucedido, dijo: Padres, este es, sin duda, algún estupendo milagro. Yo he criado á este animal, y en toda su vida le he visto ningún resabio hasta esta tarde, que estando como media legua de aquí, empezó á correr, y sin haber podido sujetarlo se ha venido hasta aquí; con que es claro que Dios lo ha hecho para que este pobre religioso no perezca y pueda tener alivio. Pusieron entre los dos sobre el jumento al desmayado religioso, y dando gracias á Dios le llevaron á Guadix, refiriendo con admiración de todos el suceso para que sus misericordias sean conocidas, y los que nos hallamos obligados le tribute-mos las debidas alabanzas. Y ahora si-gamos el hilo de nuestra historia.

Visitador general. No habiendo podido visitar personalmente todas las provincias de la Orden N. Rmo. P. Bernardino de Porto Mauricio, envió á esta de Andalucía para que la visitara en su nombre al P. Silvestre de Milán, quien, terminada su visita, convocó á capítulo en Sevilla, donde se

icieron las elecciones contenidas en la siguiente tabla del capítulo provincial celebrado en Sevilla el 7 de Enero de 1684. Convoca ca-
pitulo.

Provincial

M. R. P. Felipe de Cazoria

Definidores

M. R. P. Cristóbal de Málaga.
" " " Mauro de Granada.
" " " Basilio de Granada.
" " " Francisco de Ecija

Custodios

R. P. Francisco Antonio de Antequera. 1.º
no consta el 2.º

Secretario de Provincia

P. Gabriel de Andujar.

Guardianes

R. P. Antonio de la Parra.	Sevilla
" " Mauro de Granada.	Granada
" " Félix José de Cádiz.	Antequera
" " José de Sanlúcar.	Málaga
" " Clemente de Alcalá.	Jaén
no consta el de	Andújar
" "	Castillo
" "	Ardales
" " Fabián de Granada.	Alcalá
" " Gregorio de Granada.	Córdoba
no consta el de	Ecija
" " Félix de Aramayona.	Vélez
" " Gonzalo de Ugijar.	Sanlúcar
" " Basilio de Cabra.	Cabra

Elecciones.



no consta el de
www.libtool.com.cn
Guardianes. " " M

R. P. Eusebio de Sevilla.

" " José de Sevilla.

Después de celebrado este capitulo siendo Guardián de Ubrique el P. Eusebio de Sevilla, primero nombre, murieron allí el P. Juan Jar y el Corista Fr. Diego de Calte último del modo trágico que v referir. A estos dos religiosos los su P. Guardián á Gibraltar con encargos: ellos cumplieron con diencia, y volviéndose al convento noctaron en un cortijo. Aquella se trató entre la gente que en él del descaro con que andaban los en aquellas playas cautivando á hallaban indefensos; lo cual cau religiosos algún pavor, porque preciso salir de madrugada á co el camino.

Ejecutáronlo así, y á pocos pu chó menos el H.º Fr. Diego una en que llevaba algunos papeles d do, y acordándose que la tarde a bían llagado á una fuente que es cuarto de legua distante, y que e ofreció sacar la cartera, creyó qu bía dejado en dicho sitio olvide lo que le suplicó al P. Juan le pe volver á recogerla. Condescendi P., y quedándose él allí aguarc que volviese el H.º Fr. Diego, á registrar el sitio expresado.

Suceso des-
graciado.



mo aun todavía no era día claro, que dicho Fr. Diego llegó al sitio de la fuente, empezó á buscar á tientas entre las matas su cartera. A esta sazón iban por el camino dos pasajeros, uno de ellos, y recelosos de los peligros del camino al ver andar entre las matas aquel hombre, temiendo si serían moros, empezaron á dar voces. Oyólo Fr. Diego, y dando la especie que había oído en el cortijo la noche antes, temió también que eran moros, aquellos que le hablaban: para saber qué hacer, procuró ocultarse entre las matas. Los caminantes creyeron que allí había moros ó ladrones, y alzaron las escopetas á la cara, y estando al sitio donde vieron el bulto, al mismo tiempo dispararon con demasiada fuerza, que atravesándole á dicho Fr. Diego dos balas los riñones, sólo dieron tiempo para pronunciar estas últimas y aterradoras voces: *¡Jesús, que me han matado!* y entregó su espíritu en manos de su criador.

Como aconteció.

Oyó los tiros el P. Fr. Juan, y al ver que su compañero tardaba, se echó al cortijo; y acompañado de algunos de los que en él había, fueron hacia donde Fr. Diego estaba; y llegando á la fuente, lo hallaron difunto en su propia sangre. Quedó el P. Fr. Juan casi fuera de sí á vista de este lastimoso suceso, y pidiéndoles á los mozos le ayudasen para llevarlo á Gibraltar á darle sepultura, se ofrecieron caritativos á ello, como lo ejecu-

Muerte de Fr. Diego.



Lleva su ca-
dáver á Gi-
braltar.

taron. Luego que llegaron á Gibraltar dió el Pr. Fr. Juan noticia del suceso al R. P. Guardián de la observancia, quien penetrado del más vivo sentimiento á vista de tan lastimoso caso, ofreció gustoso hacerle la pompa funeral con la más suntuosa ostentación, como lo ejecutó puntualmente.

Aquella mañana, yendo á reconciliarse dicho P. Fr. Juan para decir misa con un religioso observante de aquella comunidad, al verlo éste tan sobremanera afligido y congojado le dijo estas palabras formales: P. V. R. se consuele, porque le hago saber que yo confieso en esta Ciudad una persona de calificado espíritu á la cual ha dicho esta madrugada Ntro. Señor: Hoy han quitado la vida violentamente á un hijo de Francisco mi siervo. Ella le replicó: Pues, Señor, ¿cómo así? A lo que le respondió el Señor: Son altos juicios míos; ruégarue por él que está en el purgatorio, y saldrá de allí del sábado en ocho días. De lo que podemos inferir que está gozando de Dios.

Fin del ma-
tador.

Después se supo que no muy lejos de allí un hombre perdió el juicio y dando voces decía: yo he matado á un santo! yo he quitado la vida á un religioso! entre cuyos fatales ecos dentro de pocos días espiró. Lo que dió fundamento para creer que sería uno de los caminantes que le tiraron á Fr. Diego. Del otro no se supo nada. Sintió tanto esta desgracia el P. Fr. Juan, su compañero de viaje.

que desde aquel día empezó á entristecerse y poco después murió, sigüiendo á Fr. Diego en su jornada.

Muerte del
compañero

Además de estos dos religiosos, fallecieron aquel año calamitosísimo en la Provincia otros treinta y cuatro, á saber: seis en Sevilla, que fueron los PP. Félix de Espera, Silvestre de Granada, Francisco y Antonio de Antequera, con los Hnos. Fr. Marcos de Villamanrique y Fr. Bartolomé de Pamplona. En Vélez Málaga murieron cuatro, los PP. José Francisco de Vélez y Fulgencio de Granada, (segundo de este nombre,) el Hermano Dionisio de Lorca, y el corista Fr. Eusebio de Madrid. En Cádiz pasaron á mejor vida el P. Angel de Tenerife y los coristas Bernardo de Antequera y Martín de Jerez. En Jaén fallecieron otros tres; los PP. Manuel de Granada y Gaspar de Sevilla, ambos segundos de este nombre, y el corista Fr. Manuel de Sevilla. En Málaga murió el P. Guardián Fr. José de Sanlúcar y los H.^{nos} Fr. Buena Ventura de Trebujena y Fr. Francisco de Castropol. En Antequera el P. Tomás y el H.^o Fr. Marcos, ambos de la misma ciudad. En Jerez el P. Antonio de Jerez y el H.^o Fr. Pablo de la Serena. En Ecija el P. Francisco de Ecija, defnidor actual, y el P. Pedro de Sevilla. En Andújar Fr. Nicolás de Antigüedad, en Alcalá el corista Fr. Manuel de Martos, en Motril Fr. Lucas de Brihuesca. En Cabra Fr. Juan de Moclinejo, en el Castillo el corista Fr. Basilio de Sevilla

Difuntos de
aquel año.



Noticias de
algunos.

y en Granada el P. Manuel de Tafalla, y el P. Mauro de Granada que era definidor actual y Guardián de dicho convento. Llamóse éste en el siglo D. Francisco de Piñá, y fué hijo de D. Pablo de Piñá y de D.^a Ana de Susana, y nieto del veinte y cuatro Gaspar de Piñá, sugeto de grande representación en dicha ciudad por su sangre y talentos; siendo, pues, de edad de dieciseis años tomó aquel el hábito en el mismo convento de Granada á 11 de Febrero de 1645 y profesó el 12 del mismo mes en el siguiente año de 1646. Acompañó á los dos antecedentes, partiendo desde dicho convento á la eternidad N. M. R. P. Fr. Alejandro de Granada, Provincial que había sido de esta Provincia. Llamóse en el siglo Luis Muñoz de la Torre, cuyos padres fueron Luis Muñoz de la Torre, y D.^a Andrea de Matos, y siendo de 15 años de edad tomó el santo hábito en el convento de su patria el día 17 de Octubre de 1638 y profesó en el de Jaén en el siguiente de 1639. Por último, murió en aquel dichoso año de 1684 nuestro Reverendísimo y V. P. Francisco de Jerez, cuya esclarecida memoria é insignes virtudes están pidiendo de justicia capítulo aparte.

Su fin.





www.libtool.com.cn

CAPITULO XVI

Vida del Rmo. y V. P. Francisco
de Jerez.

Fué su padre D. Eduardo Gough (o Gof), como se pronuncia en nuestra lengua, natural de Dublín, capital de Irlanda, hijo legítimo de D. Patricio Gough, senador perpétuo y gobernador que fué de dicha ciudad de Dublín, á la cual se habían retirado sus abuelos, huyendo del cisma que Enrique VIII introdujo en el reino de Inglaterra, en cuyo reinado, antes del expresado cisma, habían obtenido los principales empleos de la corona, correspondientes al carácter de su familia que ocupaba lugar muy distinguido entre las primeras de su nación. Adornábanse los individuos de esta familia comunmente, con la insignia del Orden dorado polar, según se evidencia de la información jurídica, que por los años de 1576, dió el rey de armas del reino de Irlanda, en que expresa el escudo de armas con que siempre se ha distinguido la antiquísima y esclarecida casa de Gough, así en el reino de Inglaterra, de donde trae su origen, como en el de Irlanda, á donde se retiró, huyendo de la tiranía de Cromwell, quien, por no querer seguir ellos el partido impío de los protestantes, les confiscó la mayor parte sus bienes.

Su padre.

Su nobleza.



En la misma ciudad de Dublín casó
Sus abuelos. Patricio Gough, con la señora doña Eleo-
nora Cusacho, hija del señor don Rober-
to Cusacho, senador perpetuo y gober-
nador también que había sido de la mis-
ma ciudad, á la cual se había muchos
años antes retirado esta familia desde el
Ducado de Aquitania, donde era antigua
y poderosa. De este matrimonio nació
Eduardo, quien avecindado desde su
juventud en Jerez, casó en esta ciudad
con la señora doña María Flecher Mor-
gen, Cabeza de Baca y Martínez de San-
che, hija de don Guillermo Flecher Ge-
neroso y de la señora doña Catalina Mar-
tínez de Sanche, naturales de Jerez é
igualmente nobles. Este matrimonio tu-
vo por su hijo primogénito á don Fran-
cisco de Gough Cusado Flecher Morgen
Cabeza de Baca y Martínez de Sanche,
al cual dieron una educación esmeradí-
sima, cual correspondía á su nobleza.

Pusieronle sus padres el nombre de
Francisco, por devoción á N. S. Patriar-
ca, y lo criaron en el santo temor de Dios
y en la práctica de la más sólida piedad.
Desde pequeño descubrió nuestro Fran-
cisco una inclinación á la vida religiosa,
impropia de sus años y una disposición
para el estudio que admiraba á sus pa-
dres y maestros.

Llegado á edad competente lo pusie-
ron sus padres al estudio, y brilló de tal
manera en ellos, por su piedad y sabidu-
ría, que á los diecinueve años era
Su juventud. maestro en filosofía y un modelo de vir-

tudes. Ofrecióle el mundo un porvenir brillante, y estuvo á punto nuestro Francisco de ser por él seducido; pero la muerte de una persona de su familia que él amaba mucho, lo desengañó de las vanidades de la vida, y lo hizo tomar puerto seguro en la religión. Sus estudios.

Veinte años contaba aquel florido mancebo, admiración de los que le conocían, cuando dió libelo de repudio al mundo, y tomó el hábito de nuestra seráfica familia capuchina en el convento de Sevilla, el 16 de Febrero del año 1633, de mano del V. P. Fr. Gaspar de Sevilla; y habiendo cumplido el año de su aprobación, profesó en manos del M. R. y V. P. Fr. Agustín de Granada, Comisario general. Entra en los capuchinos.

Puesto luego entre nosotros al estudio de la teología y cánones, aprovechó en ellos, y en virtudes, tanto, que ocho años después, á los 28 de su edad, lo vemos constituido lector por el capítulo celebrado en Granada el año 1642; y desempeñó este cargo tan á conciencia, que fueron sus discípulos ejecutoria viva de la sabiduría de su maestro.

Terminado el tiempo de su lectoría, se dió á la predicación, para la cual tenía dotes excelentísimas, y voló tanto su fama, que el Rey Felipe IV, deseoso de oirlo, lo nombró su predicador en ejercicio, y lo mismo hizo su hijo Carlos II, como luego diremos. La provincia quiso aprovechar las altas prendas del P. Francisco de Jerez en bien de la Su sabiduría.



www.mibn.com
misma; y el año 1646, teniendo él 33 años de edad y 12 de religioso, lo hicieron Guardián de nuestro convento de Málaga.

Sus cargos en la Orden.

Desde esta fecha se puede asegurar que este varón insigne no se vió libre de cargos en la Orden, no sólo porque sus talentos lo merecían, sino por la prudencia, celo y exactitud con que los desempeñaba. Cuando acabó de ser Superior en el convento de Málaga, lo hicieron Guardián del de Sevilla, y ya dijimos en la página 265 del libro anterior, cuán popular fué entonces en dicha ciudad y cuán admirablemente cumplió su cometido.

Subiendo de grado en grado la escala jerárquica de la Orden, fué poco después Definidor Provincial; hasta que por último, sus méritos y virtudes lo elevaron al provincialato en 1654, pues habiendo venido á visitar esta provincia N. Rmo. P. Fr. Fortunato de Cadoro, Ministro general de toda la capuchina familia, en el capítulo que celebró en nuestro convento de Jaén en 15 de Octubre de dicho año, salió elegido Provincial, y el mismo Rmo. quiso entregar el sello de la provincia al P. Fr. Francisco de Jerez, el cual fué confirmado entonces Ministro Provincial la vez primera.

Su primer provincialato.

Pocos meses llevaba aún en su nuevo cargo, cuando se vió precisado á partir para Italia, con objeto de asistir al capítulo general que se celebró en Roma en

el año de 1656, donde brilló tanto por su sabiduría y sus virtudes, que le dieron no pocos votos para Definidor general, lo que causó en la provincia, cuando se supo, mucho sentimiento, por el temor de perder un hijo y un Padre que tanto lustre le daba en estos reinos. Vuelto á España fué recibido con universal complacencia por todos los religiosos de la provincia, y habiendo cumplido su trienio, convocó el capítulo en Sevilla el 26 de Octubre de 1657, y fué electo en Provincial N. M. R. P. Fr. Leandro de Antequera.

Su primer viaje á Roma.

Las prendas de nuestro P. Francisco de Jerez eran tan sobresalientes, que en el capítulo inmediato celebrado también en nuestro convento de Sevilla el 17 de Septiembre de 1660, fué segunda vez electo en Ministro Provincial, con regocijo común de la Provincia toda; pues como habían experimentado lo elevado de sus talentos, su virtud y el dón especial de gobierno, que manifestó en su primer provincialato, quisieron segunda vez tenerlo por Prelado.

Aproximábase ya el año de 1662, en que se había de celebrar capítulo general en Roma, al que debían concurrir el Provincial y Custodios de esta provincia; y para hacer estas elecciones, convocó N. P. Jerez capítulo provincial, para el día 14 de Octubre de 1661, y habiéndose celebrado en nuestro convento de Antequera, fué en él reelegido Provincial N. R. P. Fr. Francisco de Jerez, lo cual

Su 2.º y 3.º provincialato.



Funda el con-
vento de Jerez.

prueba la alta estimación que goza la provincia. Por ese tiempo fué cu solicitó y consiguió, con la felicidad prontitud que dijimos en el capítulo del libro pasado, la fundación del convento de Jerez, su patria; y aunque que dejarla para acudir segunda Roma, le dió nuevo impulso así volvió de la Ciudad Santa, donde esta segunda vez sesenta votos para finidor.

Concluído este segundo trienio cecó en nuestro convento de Sevilla título provincial, y después de terminarse retiró á Jerez para ayudar con influencia á levantar el nuevo convento. Antes de verlo concluído se celebró capítulo en el convento de Granada, de Junio de 1665, y en él fué el nuestro P. Jerez Definidor y Guardián del convento de Sevilla.

Va de Guadalupe á Sevilla.

Posesionado de este último cargo poco más de un año que estuvo en él; perfeccionó la fábrica de este convento adornó el altar mayor con las magníficas pinturas de Murillo, de quien fué el profesor, amigo íntimo, protector y inspirador, por haber sugerido al famoso artista la idea histórica del cuadro que representa á S. Leandro, entregado á N. S. Dr. S. Buenaventura, el conde de Sevilla para los capuchinos; como que para ser bien entendido es preciso saber lo que dijimos en el capítulo del libro 2.º, hablando de la fundación de dicho convento. Acerca de las



de N. P. Jerez con Murillo, hay
as noticias ~~desparramadas~~ en el Su trato con
Murillo.
primero de la crónica conventual
tado monasterio; y para muestra
que copiamos aquí una del folio
referente á nuestro asunto, la cual
así al pie de la letra: «Por su solici-
buen gusto se ennoblecíó este tem-
on los famosos cuadros del célebre
r Murillo q.^o costeó la devoción del
D.^{na} Juan Ordoñez de Pineda p.^r
otación de Fr. Andrés de Sevilla Li-
ero mayor de negocios de este
to é Interventor de la última volun-
le dho. D.^{na} Juan, ligando á sus
reas que en las dudas q.^o tubiesen
astasen con el dictamen de Fr. An-
r p.^r su falta con la del Guard.^{na} de
onv.^{to} y Provisor del Arzpdo. Con-
esta Com.^d un retrato Original de
R. P. Jerez en su Librería p.^r me-
del mucho honor que dió á este
to á la Provincia, y á toda la Reli-
con el escudo de sus Armas y en él
ma q.^o dize: *Fides non timet*. De
de Murillo » Y en el folio 186
dice el mismo libro que se gasta-
n esto 45,916 rs. de vn. en poco
le un año que fué Guardián última
el mencionado Padre.
ando más afanado estaba N. Padre
isco de Jerez en la ornamentación
uestra Iglesia de Sevilla, vino de
dor á esta Provincia por las causas
dicamos en el Capítulo 1.^o de este
el M. R. P. Fr. Basilio de Zarago-
Otras noti-
cias.



Su 4.º pro-
vinoialato.

za y hecha la visita, citó á Capitulo en el convento de Sevilla, por lo cual le fué preciso á N. P. Jerez dejar su obra para hallarse en él. Una vez allí, el M. R. Padre Visitador General, y los RR. PP. vocales antepusieron la paz y tranquilidad de la Provincia y el mayor lustre y bien público de ella á la quietud particular de N. P. Jerez, y lo eligieron otra vez en Ministro Provincial.

No hay voces con que poder expresar el júbilo y común aplauso con que fué recibida en toda la provincia esta noticia; si bien la acibaraba el temor de que, teniendo él que concurrir al capítulo general, era probable que esta vez quedara en Roma agregado á la Curia generalicia y se vieran privados por muchos años los religiosos de esta provincia de la presencia de su amantísimo Prelado. Llegó el efecto á evidenciar lo bien fundado de sus temores; pues celebrado el capítulo en Mayo de 1667, salió electo en Definidor general. Volvió de Roma á la provincia para despedirse, y la estuvo rigiendo hasta que convocó el capítulo para elegir el Provincial que le había de suceder en el cargo. Luego regresó á la Ciudad Santa, donde estuvo cuatro años ejercitando su oficio de Definidor general con tanto acierto, que en el capítulo siguiente celebrado en 1671 fué reelegido Definidor general, y tuvo 44 votos para general y 31 para Procurador general; por cuyo motivo le fué preciso continuar viviendo en Roma.

Lo eligen De-
finidor Gene-
ral.

Cuanta estimación se granjease en ella, no sólo dentro del cuerpo de la religión, sino mucho más con los patricios de Roma, los Sres. Cardenales y Sagradas Corporaciones, no es fácil expresarlo; porque sus relevantes prendas le habían conciliado tan universales aplausos que, habiendo en aquella Ciudad Santa los sujetos más distinguidos en virtudes, en letras, en nobleza y dignidades, por ser cabeza del Orbe católico, entre todos sobresalía la fama de N. R. P. Fr. Francisco de Jerez, pues en todas las expresadas clases era el imán de las universales atenciones. Con especialidad lo estimaban el Emmo. Sr. Cardenal protector y el Excmo. Sr. Embajador de España, quien con todo el numeroso concurso de españoles que en aquella Santa Corte se hallaban, vivían desvanecidos de que un capuchino español fuese con tan justos títulos el objeto de las comunes estimaciones.

Su fama extraordinaria en Roma.

Para que se comprenda mejor la extraordinaria fama de santo y sabio que tenía en Roma nuestro P. Francisco de Jerez, consignaremos aquí que, hallándose él en aquella santa ciudad, ocurrió la muerte del Papa Clemente X en Julio de 1676; y reunido el Cónclave en Septiembre del mismo año para elegir su cesor, en la primera votación tuvo nuestro Venerable Padre cinco votos para Papa, sin ser conclavista ni tener más dignidad que la de presbítero, cosa verdaderamente inusitada y extraordinaria;

Le dan votos para Papa.



Envidiosos
que tuvo.

pero que dice bien claro y prueba hasta la evidencia cuán grande era la estimación en que lo tenía el expresado colegio de Cardenales (1).

Estos aplausos que, como gajes dignos de sus singulares prendas se le tributaban á nuestro R. P. Jerez, fueron estímulo que despertaron los celos y envidias de otros religiosos, á los cuales cegó el demonio ó el amor propio, y ya ciegos, levantaron contra él sorda persecución y burdas calumnias, con el fin de deslucir su fama, si no podían del todo obscurecerla. Al llegar aquí, cedo gustoso la pluma al P. Nicolás de Córdoba, que lo cuenta así:

Fué el caso que, aproximándose ya el año de 1678, en que se había de celebrar nuevo capítulo general, el Eminentísimo Sr. Cardenal protector de la Orden, con otros Emmos. Sres. del Sacro Colegio y el Excmo. Sr. Embajador de España, trataban de que en el capítulo futuro saliese electo general N. Rmo. P. Francisco de Jerez, á fin de que este superior empleo fuese preliminar, para ascender á otras dignidades y á la Sacra Púrpura, de que lo conceptuaban bastante-mente benemérito. Muy fácil hallaron estos generosos héroes á los nuestros para condescender á sus insinuaciones; pero no faltó algún envidioso, (quien

Tratan de ha-
cerlo General.

menos se podía discurrir) que viendo

(1) Véase *Noches jerezanas ó Historia de Jerez de la Frontera*, tomo 2.º, pág. 144.

como el P. Jerez, era preferido á todos los demás españoles, temiendo que su eficacia (aunque era tanta, como lo manifiestan sus escritos) no podrían contrarrestar los méritos y fama de aquél, se valió de la más indigna astucia; y fué difundir por las provincias todas un escrito, probando falsamente que nuestro Rmo. además de ser hijo natural, era de estirpe manchada con el borrón de la herejía de los protestantes. (Crónica de Jerez, núm. 16).

Lo calumnian
y difaman.

Mucho sintieron los apasionados de N. Rmo. tan inopinado acaso, máxime siendo en aquellos días el capítulo, cuya inmediatez no daba tiempo para demostrar auténticamente la impostura; pero fué mucho más el quebranto que recibió N. Rmo., no por el agravio é injuria que á su persona (dignísima de los más eminentísimos honores) se le hacía, sino por la infamia que contra su familia toda se había echado; y así, perdonando aquel, solicitó indemnizar á ésta. Para este efecto presentó en la Sagrada Congregación de Obispos y regulares los instrumentos genealógico de sus ascendientes, suplicando, que pues había en aquella santa corte un colegio de Irlandeses, sujetos todos de muy distinguido carácter, mandase la Sagrada Congregación á estos los reconociesen, y que por escrito diesen sobre el asunto su dictamen. Condescendió la Sacra Congregación á súplica tan justa; y habiendo aquellos doctos padres manifestado con

Defiende el
honor de su
familia.



auténticos instrumentos lo falso de la calumnia, mandó la misma Congregación sagrada que se imprimiese y autorizase en manera pública, para que hiciese fe; lo que también se ejecutó. (Idem, núm. 17).

Cuan limpia
fué esta.

Aunque pudo reparar esta tan oportuna diligencia el deshonor de nuestro Rmo. y de su familia, no pudo impedir que consiguiese sus intentos depravados la malicia y no fuera general, cosa que hirió los corazones de los que se hallaban empeñados en colocar á N. Rmo. en el puesto á que sus prendas relevantes lo hacían acreedor. Era uno de éstos el Excmo. Sr. Embajador de España; y sabiendo que los autores del libelo eran de los que por más inmediatos á su Monarca debían ser los que más se empeñasen en conseguir cuanto podía resultar en honor de su nación, juzgó que eran dignos de un castigo muy severo; por cuya razón expidió un decreto mandando arrestar á los dos principales autores (cuyos nombres sigilamos) para remitirlos á su Soberano presos, y que su castigo sirviese de contener audacias semejantes. No pudo conseguirlo porque, acusados de su conciencia propia, se pusieron en fuga disfrazados, hasta que obtuvieron generoso perdón del ofendido y del Embajador de España en Roma.» (Id. 18).

Los 1 difama-
dores

Aunque el P. Córdoba, como él dice, calla aquí el nombre de estos libelistas, en otro lugar dice él y otros cronistas,

que fué uno el P. Martín de Torrecillas, á quien llaman *émulo* implacable del P. Jerez, y otro de los custodios que le acompañaron el referido capítulo general.

Un *émulo* implacable.

Concluído éste, N. V. y Rmo. Padre determinó restituirse á su provincia, aunque contra el dictamen, y con grave sentimiento, así del Excmo. Sr. Embajador de España, como del Excmo. Sr. Cardinal protector, y de otros muchos príncipes de aquella Santa Corte; pero preponderando en el corazón de N. Rmo. el amor, á su madre la Provincia de Andalucía, y la quietud que se prometía en ella, á las esperanzas de elevadas dignidades, y á los aplausos y estimaciones, que experimentaba en aquella Corte en los 12 años que había estado en ella, salió para Génova, luego que se disolvió el Capítulo General. Allí supo que se aprestaban un comboy para España y Portugal, y viendo que era muy oportuna y segura la ocasión, quiso aprovecharla, y dándose por Julio á la vela, llegó á Gibraltar por Agosto. Halló que en Andalucía estaban muchas ciudades inficionadas de peste por cuya razón vino transitando por lugares donde se gozaba salud, refrendando en todos sus pasaportes de sanidad, como lo ejecutó en Medina Sidonia; desde donde el día 19 de Agosto llegó á Jerez, que entonces estaba cercada, para su resguardo. Era á la sazón Corregidor de la ciudad el Vizconde de Cabra, y noticioso del arribo de N. Rmo., en el mismo día 19 de Agosto,

Vuelvo á España.

estando la ciudad en su ayuntamiento, dió noticia de ello al Cabildo; y en este se acordó, que (sin que pudiera servir este lance de ejemplar) se diese entrada, para su convento á Ntro. P. Jerez; resplandeciendc en esta ocasión la estimación en que dicha nobilísima ciudad, tenía á su esclarecido hijo.

Divulgóse en la ciudad el arribo de N. Rmo. P. Fr. Francisco de Jerez, y complacidos todos los ciudadanos se apresuraron á visitar y tratar presencialmente á quien tan tiernamente amaban; distinguióse en esto la nobleza, que si bien estaba resentida del bochorno en que tan injustamente había puesto en Roma la emulación siempre infame á su compatriota, á todas luces insigne; mitigaban con tenerlo á la vista su quebranto; pues en él hallaban todos en sus aflicciones consuelo, en su autoridad asilo, en sus palabras dulzura; y en los más árdulos asuntos en sus dictámenes hallaban los aciertos; por lo que justamente era venerado por Padre universal de la patria. (Id. 19.)

Mantúvose allí hasta principios de Febrero de 1680, que la precisión de cierto asunto lo llevó á Sevilla. Luego que llegó á ella, advertido de su religiosa urbanidad, pasó á B. L. M. al Ilmo. y Reverendísimo Sr. D. Ambrosio Ignacio de Espínola y Guzmán, grande amigo y apasionado suyo, que á la sazón se hallaba de Arzobispo en Sevilla. Mucho se complació aquel príncipe con su vista, y



o sabía por experiencia cuán gran
icador era, sintió que no ocupase el
ito de su catedral Iglesia en aquella
esma, que ya estaba inmediata, por-
muchos días antes se habían repar-
todos los sermones, y estaba ya la
a de ellos publicada. Pero su Ilustrí-
i, á fuer de buen Pastor, discurrió un
io para que no careciesen sus obe-
le tan saludable pasto. Estaba muy
visto en su Ilmo. Cabildo, y valién-
de la ocasión, habló á todos los se-
s Canónigos, manifestándoles su de-
de que predicase en la Catedral el
'rancisco de Jerez, los lunes de cua-
na, aunque hasta allí no se había
ticado. Citóse con este fin á Cabildo
oponiéndose en él este intento, fué
ersalmente por todos admitido, á im-
o de los deseos que tenían de oír tan
tólico predicador. Alguno objetó
como lo que una vez se decreta por
ado tan serio, queda para siempre
ble, debía tenerse presente que en
años siguientes, tal vez se escusarían
dmitir estos sermones de los lunes,
a oradores, por no haber habido
tica hasta entonces. Pero en el mis-
perpo del Cabildo, se halló quién
aneciera este reparo, diciendo que
los individuos de aquel tan sabio y
o Cabildo, podían predicarse dichos
iones en los años siguientes; propo-
n que fué por todos los señores ca-
ares gustosamente admitida, y que
secretado que se predicase en la Ca-

Deseos de su
arzobispo.

Como los con-
siguió.



tedral los lunes, de Cuaresma. De
www.libtool.com.es
Predica en la Catedral Ntro P. Jerez. blemente predicase el primer lunes de Cuaresma, en la Catedral, un capucino del convento de Sevilla, y los demás señores Canónigos y Prebendados en memoria de lo acordado por aquel Ilustre Cabildo en la ocasión que hizo un tan singular obsequio á N. Eminentísimo P. Jerez; fineza que, atendida las circunstancias del sujeto que lo entendió, y de los que lo acordaron; ó mucho en pro de la predicación de este esclarecido predicador.

Empezó, pues, nuestro sapientísimo orador su tarea, y la continuó con universales aplausos siendo tan extraños concursos, que jamás se vió en aquella tan espaciosa Iglesia un auditorio tan cogido y numeroso, el cual aclamaba al insigne predicador por un segundo Pablo. Y no es mucho porque su persona era venerable, como aun lo testifican sus retratos; especialmente el que de Murillo, su aspecto aunque afable majestuosamente respetable; su voz de un timbre argentado, su discurso blime, en el amonestar suave, eficaz persuadir, doctísimo en enseñar é igualmente severo en el reprender; pretodas que, no siendo fácil adquirir, constituyen predicador perfecto, al llega á gozarlas. Adornó la naturaleza con ellas á nuestro Rmo. y las perfeccionó el arte á costa de sus tareas literarias á que se aplicó con estudio conti-

Sus dotes oratorias.

El no debe extrañarse fuesen tan universalmente celebradas.

En aquel año de 1680, padeció Andalucía tan horrible sequía, que en Marzo estaban todos los campos poco menos que en el mes de Agosto, secos por falta de agua. Hiciéronse en Sevilla (como en todas las demás ciudades) muchas y muy continuas rogativas; sacáronse en procesión las Imágenes de la mayor devoción de los pueblos, y finalmente se decretó sacar el Stmo. Cristo, que en Sevilla llaman de San Agustín (por pertenecer al convento de los RR. PP. Agustinos calzados,) Imagen que raras veces (y solo en tan urgente necesidad) se ha sacado. Salió la procesión general de dicho convento el Domingo 3.º de Cuaresma; y se depositó la Sagrada Imagen en la capilla mayor de la Catedral, quedándose allí aquella noche, para que al día siguiente se hiciese la función de rogativa, como se ejecutó. Y como era uno de los días en que tocaba predicar á Nuestro Rmo. P. Fr. Francisco de Jerez, fué innumerable el concurso, ya por el asunto, ya por la fama del orador. Predicó este, ponderando la gravedad de las culpas, que eran las que provocaban contra nosotros el justo enojo de Dios, con energía tanta y espíritu tan fervoroso, que se excedió á sí mismo, causando tan universal compunción en todos los oyentes, que liquidándose los ojos en raudales, parecían querían suplir con estos la falta de lluvia que experimentaban los campos.

Sermón de
circunstancia

Sus frutos.



El Cabildo catedral rogó entonces al Venerable P. Jerez que predicase el sermón de la Pasión de N. S. J. C. el viernes Santo por la mañana en la Iglesia metropolitana; y lo hizo con tanta elocuencia, con tanta unción y con llanto tan copioso del inmenso auditorio, que llenaban las naves de la Basílica, que el venerable cabildo decretó, que en lo sucesivo fuera siempre un capuchino el predicador de la Pasión en la Catedral.

Sermón de Pasión en la Catedral.

Concluida la tarea de su cuaresma, y cogidos en ella muchos espirituales frutos, se retiró á su convento de Jerez, para solicitar la conclusión de su fábrica, pues aún duraba la obra. Aplicóse con sumo desvelo al logro de sus deseos; y allí se mantuvo, hasta el año de 1684, en que habiendo establecido en su Corte el rey Carlos II una junta de Teólogos, para la resolución de casos muy árdulos en que se hallaba empeñada la corona, tuvo muy presente las prendas de virtud, prudencia y letras de nuestro Rmo. P. Jerez, para llamarlo á ella, fiando en la conducta de tan doctísimo y virtuoso Padre los aciertos. Por esta causa lo mandó Su Majestad ir á la Corte, para que fuese uno de los primeros en dicha junta de Teólogos, y para que ejerciese el empleo de predicador suyo en la real Capilla.

Es llamado á la Corte.

Muy sensible fué este mandato para nuestro Rmo. que ya en su convento de Jerez establecido, repetía unas veces con Job, *In nidulo meo moriar*; y otras veces con David, *haec est requies mea in saeculum*



, pues, retirado á su celda, sólo se iba para cuando el Rey supremo lo se á dar cuentas de lo que con sus os había grangeado; pero como se tan inopinadamente obligado á cer el superior precepto del rey ierra, se hubo de sacrificar, é in- tamente en el mismo año de 1684, liéndose de sus hermanos, parien- nigos y de toda la ciudad nobilísima rez, á quien tanto debía, se partió Madrid, consentido en que no vol- á ver á su amada patria. Luego egó á la corte, se presentó ante lico Monarca, de quien fué recibi- mo de la grandeza toda, con singu- rado. Significóle S. M. cuanto con- de su virtud, prudencia, sabiduría , lograr con acierto lo que deseaba, lo que había decretado establecer la nueva junta de Teólogos, á la esde luego lo destinaba.

pezó á ejercer su nuevo empleo, y ; primeras sesiones que se tuvieron, festó lo elevado de su saber, y lo sa- ; su discurrir; siendo sus dictáme- os que prefijaban norte, para resol- r las materias más árduas. Así se rvó algún tiempo, siendo el orácu- la corte; hasta que habiéndose en e las juntas tocado un asunto que itó más dilatado espacio de tiempo, la conferencia hasta bien entrada he. En aquella sesión se vió nues- mo. acometido de un fuerte llama- to de la orina, el que sufrió cons-

Va á ella

Su empleo en la Corte.



Enferma y
muere.

tante, mortificando aquel deseo natural, por no parecerle decente salir de aquel tan serio congreso. Costóle muy cara dicha mortificación, porque cuando, disuelta la junta, quiso aliviar su necesidad, no pudo hacerlo.

Diose muy luego noticia del suceso á los médicos de Cámara; pero, aunque practicaron cuantos remedios previene para semejantes accidentes el arte y facultad médica, como se hallaba ya nuestro Rmo. en edad avanzada, no tuvo su naturaleza (ya descaecida), resistencia para tanto mal; por lo que á su violencia rindió el vital aliento en nuestro convento de Madrid, el mismo año de 1684, á los 71 de su edad y 51 de religión.

Se enfermó tanto
que murió de
muerte.

Mucho sintió nuestro católico monarca tan funesto fracaso; no fué menos dolor el que recibió la grandeza toda en aquella corte; y mucho más la santa provincia capuchina de Castilla; pero junto todo aquel quebranto no fué ni sombra del común sentimiento, que llenó los corazones de los capuchinos andaluces; porque, si el Rey perdió un sabio, prudente y virtuoso consejero; si la grandeza de España y la corte toda perdió un oráculo que le daba alivio en las aflicciones, en las perplejidades acierto, á los ignorantes doctrina, y á los sabios delicias; nuestra provincia perdió un hijo esclarecido que la ilustró y un padre amantísimo que la ennoblecía, y con decir que fué lo uno y fué lo otro, nos excusamos decir cuánto sería el sen-

timiento de nuestra provincia capuchina, por la muerte de tal Padre.

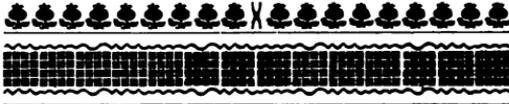
Honras fúnebres.

En todos los conventos se le hicieron honras fúnebres y en varios de ellos hubo sermón en elogio de sus virtudes; pero estos ó no se imprimieron ó se han perdido, pues no hemos hallado ninguno en cuantas bibliotecas y archivos llevamos registrados. La ciudad de Jerez se esmeró en honrar á un hijo tan esclarecido, y el municipio costeó solemnísimos funerales en obsequio de aquel hombre extraordinario que perfumó la ciudad con la fragancia de sus virtudes religiosas, cristianas y cívicas. El retrato auténtico y verdadero de este varón insigne, tomado de una copia del que hizo Murillo en nuestro convento de Sevilla, siendo Guardián del mismo dicho Padre, lo ponemos en la página siguiente,

Y compendiada así la vida y muerte de nuestro V. y glorioso P. Jerez, hablaremos ahora de otros religiosos insignes en virtudes, que fallecieron en el siguiente año 1685.

Su retrato.





www.libtool.com.cn

CAPÍTULO XVII

Vida del Venerable P. Fr. Crisóstomo de Granada

Sus padres

Este religioso insigne se llamó en el mundo D. Juan de Rojas y Yepes: fueron sus padres D. Juan de Rojas y D.^a María de la Trinidad, los cuales le criaron en el santo temor de Dios. Desde sus primeros años se descubrieron en él evidentes señales de que Dios lo había escogido para morador de sus celestiales alcázares, porque no se vió jamás ocupado en entretenimientos pueriles ni sus palabras eran irreflexivas, como es común en todos los de aquella edad; antes bien, causaba admiración el oírlo pronunciar divinas alabanzas. Siendo ya mayorcito, huía de la concurrencia con los otros muchachos, y cuanto tiempo podía lograr desocupado, ya de la escuela, cuando aprendía las primeras letras, ó ya cuando estudiaba la gramática, lo empleaba en visitar las Iglesias y en otras ocupaciones semejantes.

Su juventud.

Dotólo Dios de una rara hermosura, de un cuerpo gallardo y de prócer estatura; el color de su rostro era blanco y sonrosado; sus cabellos, rubios como el oro, y su semblante agraciado; pero tan casto y puro que, siendo por sus naturales prendas objeto de las comunes es-



*Verdadero retrato del Rmo. P. Francisco de Jerez,
tomado de una copia del que hizo Murillo
para el Convento de Sevilla, siendo Guardián del
mismo, dicho P. Jerez.*



timaciones, siempre andaba retirado y huyendo del comercio de las gentes, por no incurrir en el más leve defecto que manchase lo cándido de su pureza. Si por rara casualidad se veía precisado á hablar con alguna mujer, daba instantáneamente su rostro testimonio de su honestidad, porque más se ponían encendidas como rosas sus mejillas y tan encarnadas, que parecían querer brotarle sangre.

Su bella indole.

De este recato ó natural vergüenza de nuestro Juan se valieron una tía que tenía y una hermana carnal suya, para darle una tarde un chasco. Era ya de 20 años cumplidos, y viéndolo venir por una calle su hermana y su tía, de común acuerdo se taparon los rostros y aguardaron que llegase á donde ellas estaban; se acercaron á él, y con mucho cariño, mudando la voz, le empezaron á preguntar si las quería mucho, á lo cual sólo respondió el cándido joven con lo encendido de los colores que á sus mejillas se asomaron. Prosiguieron hablándole las dos en el mismo tono; pero nuestro Juan, sin levantar la vista del suelo, les dijo: Señoras, no entiendo lo que ustedes me dicen: vayan en paz; y volviendo presuroso las espaldas, huyó de ellas, de lo cual se rieron ambas grandemente, quedando edificadísimas de tanta pureza y honestidad.

Su honestidad

No fué sola esta virtud la que nuestro Juan practicaba, aún en el estado de seglar, porque para conservarla como



apreciable joya, frecuentaba la recepción de los Santos Sacramentos; hacía cuanto bien podía á los pobres; servía en cuanto sus fuerzas é industrias alcanzaban á los necesitados; consolaba á los tristes y aliviaba á los que veía en alguna aflicción, sin sosegar su caritativo corazón hasta que los dejaba consolados. Empezó desde muy pequeño á observar todos los ayunos que impone á sus hijos nuestra Santa Madre Iglesia, siendo así que ésta no los obliga hasta que cumplan los 21 años: fué siempre devotísimo de María Santísima Señora Nuestra, en cuyo culto y obsequio rezaba el Santísimo Rosario con mucha devoción todos los días, y practicaba otros muchos ejercicios devotos. Así vivió en el siglo hasta la edad de 23 años, y entonces, para asegurar más su alma y librarla de los frecuentes lazos con que el infernal cazador solicita aprisionar a las que vaguean incautas por los prados del siglo, deliberó refugiarse al sagrado de nuestros claustros, para con más desembarazo trabajar en subir al monte de la perfección.

No se estrañó resolución tan santa en quien había vivido en el siglo, como el religioso más retirado, pues no se halló criatura que afirmase le hubiese en toda su vida oído palabra menos compuesta, ni que le hubiesen visto ejecutar acción que no fuese ajustada á la más cristiana modestia. Tomó finalmente nuestro Santo hábito á los 23 años de su edad, el 30

Sus virtudes
cristianas.

Toma el hábito.



de Agosto de 1624, en el convento de Granada, y profesó en el mismo con to el 31 de Agosto del año siguiente.

Quien vivió, siendo seglar, con t solitud y vigilancia para agradar á l deja discurrirse como viviría de nov en una religión como la nuestra. E decir, que su porte en el noviciado como de maestro en el camino de la fección: y que ya profeso, aumentó mortificaciones, austeridades y pen cias, imitando en cuanto le fué po la vida de N. S. P. S. Francisco. Fu obediencia tanta, que en 61 años qu vo de religión jamás ejecutó acción d ta ni indirectamente contra la volu de sus Prelados, á quienes con humi rendida manifestaba sus interiorid y con igualdad de ánimo obedecía, que lo que ordenaba la voz del Supe aquello era lo que hacía. Conservó s pre intacta su virginal pureza; con s terior compostura edificaba á cuant veían, siendo un eficaz predicador s ta, pues sólo con hacerse presente o ponía á los más descompuestos.

Su caridad con los enfermos era gularísima; y al mismo tiempo que curaba el alivio de sus cuerpos, su p cipal desvelo lo ponía en la salud d almas. A unos con dulcísimos con los alentaba á que en su padecer se formasen con la divina voluntad, que granjeasen muchos méritos. A que conocía que necesitaban puri sus conciencias, con eficaces razones

Sus virtudes
religiosas.



propónia el castigo que tiene Dios prevenido para aquellos que le son ingratos; y por estos, y otros semejantes medios alcanzó copiosos frutos en honra y gloria de Dios y utilidad de muchas almas. Servíale de mucho desconsuelo ver el ningún cuidado que ponían los hombres en saber los misterios de nuestra fé, la doctrina cristiana, y las oraciones de la Iglesia; por lo que, cuando en las calles ó en los caminos encontraba algunos muchachos que los ignoraban, se entretenía en enseñarlos.

Sus obras de misericordia.

Sucedió una vez, estando él viviendo en el convento de Málaga, que el Padre Guardián lo envió un día á que acompañase al limosnero. Fué este á la playa á pedir limosna de pescado; cuando llegaron estaban sentados dos copos, á corta distancia uno de otro, por lo que el limosnero le dijo que fuese á pedir la limosna á uno mientras él iba al otro: fué nuestro P. Crisóstomo á su diligencia, pero, hallando en la playa unos muchachos, les preguntó, si sabían la doctrina cristiana, y oyéndoles decir que nó, se paró muy despacio á enseñarlos. Mientras estuvo entretenido en esto, se despachó el pescado que había sacado el copo, y viniendo el limosnero á recoger el que creyó había pedido el Padre, lo halló empleado en enseñar á los muchachos, lo que visto por el limosnero le desagradó mucho; pero el varón de Dios con mucha paz le dijo: Hermano, no hemos perdido el tiempo: este muchacho

Enseña la doctrina.



no sabía el **avemaría**, y véalo V. C. (**ya la sabe, de lo** que el limosnero sumamente edificado y confundido la serenidad con que sufrió las ras palabras que le había dicho.

Su candor y paciencia.

No fué esta sola vez en la que rón de Dios manifestó su paciencia. Sucedió en otra ocasión q religioso poseido ciegamente de p (tal vez movido del enemigo comt ra vengarse de la guerra que le ha Varón Santo,) lo ultrajó en presen otros religiosos, imputándole equivo mente una falta que nuestro P. Cri mo no había cometido. No desple sus labios para dar respuesta algu lo sí con voz humilde y baja le dijo dóneme V. C. por amor de Dios, dando admirados los religiosos, cu supieron la inocencia del P. Crisós de la suma paz, con que este llevó sufrimiento.

Al paso que sufría constante sus rias y las perdonaba pronto, cuanc desgracia oía algunas palabras inju contra sus hermanos, las reprendi mucha severidad; por eso en pre suya, ninguno se atrevía á decir p de murmuración contra otro, porq instante salía él á la defensa: y si le así hablaban eran sujetos á quien podía reprender, lo ejecutaba mud te con ausentarse. Testigos de r excepción de esta verdad fueron e trísimo y Rmo. Sr. D. Fernando d drade y Castro, siendo obispo de J.

Odia la murmuración.

el R. P. Fr. José Francisco de Vélez, siendo guardián de aquel convento. Tenían uno y otro formado del V. P. Fray Crisóstomo el juicio que merecían sus virtudes; y sabiendo lo mucho que sentía oír se murmurara de cualquiera, aunque fuese en cosas muy leves, buscaban ocasión para tentarlos. Sucedió, pues, que una tarde salió dicho P. Guardián con el P. Fr. Crisóstomo, y fué al palacio del Sr. Obispo; recibíolos su Ilustrísima y viendo que el R. P. Guardián llevaba por compañero al siervo de Dios, quiso lograr la ocasión, y haciéndole señas al P. Guardián, empezó á murmurar de un sujeto, aunque en cosa muy leve, y no con otro ánimo que el de ver lo que el P. Fr. Crisóstomo ejecutaba. Este, luego que oyó las palabras del Sr. Obispo, empezó con el color purpúreo de que se tiñeron prontamente sus mejillas, á manifestar la gran inquietud y fatiga interior que padecía, al ver que, oyendo murmurar de su prójimo, no podía reprehender con santo celo á los que lo ejecutaban, por ser ambos sus prelados. A medida que continuaba la murmuración fingida, se iba en la realidad aumentando en el varón de Dios la inquietud, que él manifestaba interiormente con el continuo movimiento que hacía, como si estuviera sentado sobre espinas. Viendo que esto no bastaba, no pudiéndose ya contener su caritativo celo, prorrumpió en estas voces: *Sea nuestro Señor alabado!* A todo estaban los prelados atentos, pe-

En caso admirable.

Como se prorrumpió en él.



Su resolución ro con gran disimulo continuaban rea; hasta que por fin, no pudiendo el fatigado espíritu del santo varón tenerse, se levantó y pidiendo licencia para salir de allí, se retiró á la an para no oír murmurar á los que podía reprender. Quedaron los dos lados edificadas y ciertos de la misericordia del P. Crisóstomo, y dándole Dios muchas gracias, por las que conferido á aquel su siervo.

De quien tanto celaba la honra de los hombres, puede discurrirse cuánto le tiraría ver el honor de Dios ultrajado. Cuando oía blasfemar, era tanto lo que se le decía, que no se contentaba con reprender al blasfemo su temerario arrojo, contentándose con la divina justicia, que le logró coger muchos frutos en la corrección de algunos; sino que hubo ocasión en que embriagado con el celo de la honra divina, no pudo impedir que las manos en los que blasfemaban. Una ocasión, pasando por el pueblo de Córdoba, vió en él á un hombre que por todo de paciencia y de temor de Dios sufría execrables blasfemias. Fue pronto el ímpetu de espíritu que le vino á nuestro P. Crisóstomo, que para saber lo que ejecutaba se llegó á ellos por las espaldas, lo cogió por los brazos, y como el varón de Dios tenía elevada estatura, membrudo y de grandes fuerzas, arrojó al suelo con gran violencia al maldiciente, diciendo en aquel tiempo *Eres cristiano? Eres t*

Reprende á un blasfemo.



mo? Fueron estas palabras espantoso
eno, que junto con el golpe recibido Lo convierto
atemerizó de modo que, volviendo el
ombre sobre sí, puesto de rodillas de-
nte del varón justo, le pidió perdón á
ios de sus culpas y á los hombres del
cándalo que les había dado; y con mu-
cho dolor y arrepentimiento ofreció en-
darse.

Solícito y diestro artífice, nuestro pa-
re Crisóstomo se ocupó toda su vida
labrar una dorada cadena, cuyos pre-
ciosos eslabones fuesen las más heróicas
rtudes; para lo cual iba uniendo y en-
zando la práctica de uoas y otras, de
modo que todas adquirieran nueva bri-
ntez y hermosura. Para que no faltara
este místico eslabonado la virtud ca-
acterística del capuchino, que es la po-
eza, fué tanto lo que se manifestó
lante de la observancia de esta virtud,
e jamás admitió á su uso cosa que no
ese muy precisa, y de las que la regla
ncede á sus profesores; y aún éstas
an siempre de las más pobres y hu-
ildes. Nunca quiso admitir regalo al-
uno que sus parientes (que eran ricos)

enviaban para que tuviese algún
ivio, porque decía, que profesar suma
obreza, y no querer padecer penuria ni
recer de nada, era ser falsos pobres.
a abstinencia era tan rigurosa que,
era de refectorio en que comía con los
más, jamás tomó cosa de sustento, y
to lo observó toda su vida; tanto que,
asando ya su edad de 80 años, en que

Su amor á la
pobreza.



Su abstinencia.

la naturaleza está debilitada y sin fuerzas, por lo que necesita de más frecuentes refecciones, sólo admitió tomar dos ó tres bellotas, que majaba entre dos piedras, y por las mañanas las traía en la boca un poco de tiempo; y este fué el único desayuno que admitió.

Su oración

Fué muy dado á la oración mental, y ejercitándose frecuentemente en ella, recibió del Señor favores celestiales, con que vivificado aún en su más anciana edad, hacía cosas que necesitaban mucha fuerza y robustez. Fué puntualísimo en las asistencias á todo acto de comunidad, con especialidad en el coro, así de día como de noche, por el sumo gozo que recibía su espíritu cantando las divinas alabanzas. Para no admitir la más leve distracción, mientras las cantaba en el coro, tenía siempre cruzados los dedos índices sobre los índices, y si le acometía algún pensamiento que pudiese distraerlo, de tal suerte los apretaba, que llegaron á formársele en ellos unos surcos que bastantemente evidenciaban el cuidado que ponía en tener todas las potencias de su alma y sentidos de su cuerpo empleados con suma atención y devoción en cumplir con aquel angelical ministerio. No omitió día alguno el oficio divino, ni aún cuando estaba enfermo, porque entonces rezaba de memoria; pues, como siempre puso tanta atención á lo que hacía, cuando rezaba sabía de memoria casi todo el breviario; y cuando por sí solo no podía leer las



ones, suplicaba á algún religioso
de las leyes. **Es confirmación** de lo Su atención
en el rezo.
lo que sucedió la tarde misma del
que murió, pues, aunque se ha-
ya tan sin fuerzas, como que esta-
óximo á morir, le pareció que, por
las de memoria, faltaría á su obli-
n, si no rezaba las completas; y así
mucho tiempo en rezarlas; porque
ndose muchas veces en el segundo
o, volvía á empezarlas de nuevo,
chando si habría estado hasta allí
menos atención de la que debía,
ausa de su enfermedad.
puso menos cuidado en la celebra-
del Santo Sacrificio de la Misa:
llegar al altar no sólo purificaba su
encia con el Sacramento de la pe-
cia, para lo que procedía un rigo-
examen; sino que entregado á la
ón pedía al Señor en ella con fer-
sas ansias le diese aquella devoción
reza que es necesaria para tan alto
eo. En los últimos años de su vida
reció el Señor un ejercicio penosísi-
n que tuvo mucho que padecer, y
ue, cuando llegaba á decir la forma
consagrar el cáliz, no podía pro-
iar la primera palabra: quería eje-
lo; pero no lo conseguía, costándole
interior de su alma inexplicables
as, las que se percibían en el con-
extremecimiento de su cuerpo, en
adores que vertía su rostro y en las
mas que sus ojos derramaban. Eu-
cíanse, compasivos, los religiosos,

Su devoción
en la misa.



que veían tanto padecer, 'pues, que pudiese proferir la primera p Su obediencia se pasaba mucho rato; de lo que cioso el M. R. P. Provincial, que ces era, para darle algún alivio, le dó que se abstuviese de celebrar. hubiera sido este precepto á otro estuviera tan negado á sí mismo entregado al arbitrio de sus supe como lo estaba nuestro venerable, oyó con tanta serenidad de án mandato, que aunque se privar sumo gozo espiritual que, no ot aquel padecer, recibía siempre q lebraba, se complació en obedecer precepto de su Prelado, por cuyo conseguía duplicado mérito.

Fué opinión común de religio muchas virtudes y letras, que flore en la Provincia por aquellos tie que si Dios, como llevó al V. P. F sóstomo por el camino del temor, biese llevado por el del amor, se b éste levantado por los aires, cor José de Cupertino.

Lleno de merecimientos y de siervo de Dios, pues cumplió 84 añ biendo gastado en la religión los 6 so Dios darle el premio de sus vi llamándole por medio de una peno enfermedad que fué crisol en que rificó aquel varón insigne. Vieri médico que el peligro se aume mandó se le administrasen los sacramentos: con esta noticia se pre siervo de Dios para hacer una coi

Enferma de peligro.

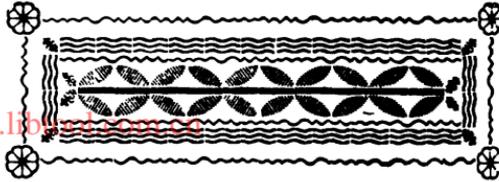


general de todos los defectos de su vida, como lo ejecutó; si bien afirmó después el confesor que fué suyo muchos años, que el V. P. Fr. Crisóstomo había conservado mientras vivió la gracia que recibió en el bautismo, pues no cometió en toda ella mortal culpa. Preparóse después con un rato de oración para recibir el viático y la unción extrema; y poco después, dando en la alegría de su rostro, en la tranquilidad que en lo exterior manifestaba, y en el fervor con que profería los actos de amor de Dios señales de su felicidad, descansó en el Señor en el expresado año de 1685. Quedó su cadáver hermoso, como lo había sido cuando vivió; sin que su vista causase aquel natural horror que es común, lo que reflexionando algunos religiosos, lo tuvieron por indicio también de la gloria que gozaba. Algunos meses después, se apareció lleno de gloria á otro religioso de especial virtud, acompañado del V. hermano Fr. Manuel de Allariz, que le siguió en la jornada á la eternidad, y fué el último que murió dicho año en el convento de Granada; de cuya aparición hablabamos al final del capítulo siguiente.

Recibe los sacramentos.

Su santa muerte.





CAPITULO XVIII

Vida del V. Fr. Manuel de Allariz

Sus padres. **L**lamóse en el siglo este siervo de Dios Manuel González Henriquez, y fué hijo de Juan González y de Magdalena Henriquez: siendo de edad de 20 años, inspirado del Padre de las luces se acogió al puerto seguro de la religión capuchina, para huir de los peligros del siglo y no arriesgar la eterna felicidad á que aspiraba; y en el día 24 de Julio de 1655, tomó el hábito en el convento de Granada, donde permaneció con el mismo nombre de Fr. Manuel, mudando solo sus apellidos de González y Enriquez en el de Allariz, su patria. Alistado este nuevo atleta bajo el estandarte de la Cruz, se propuso abrazar la de la religión. para caminar con ella en seguimiento de Cristo; pues, para poderlo ejecutar sin estorbo, había antes renunciado todo cuanto tenía y podía tener, negándose á sí mismo juntamente.

Su noviciado. Muy desde luego manifestó nuestro novicio los ardientes deseos que lo animaban de llegar á la cumbre de la perfección evangélica, por cuya razón su maestro puso el mayor conato en ayu-

darle, para que así consiguiese lo que pretendía con tan encendidas ansias. Con tanta afición atendía nuestro novicio las saludables doctrinas de su maestro, que en breve tiempo manifestó lo mucho que había aprovechado, pues se vió, que su humildad era rara, pronta su obediencia y tan bajo el concepto que de sí mismo tenía, que se publicaba indigno de estar en la compañía de varones tan justos. Cumplido el año de su aprobación, fué admitido á la profesión con mucha complasencia de los religiosos y mucho consuelo de su alma. Ya profeso, no se contentaba sólo con los ejercicios de virtud que observaba la comunidad, sino que con la bendición y licencia de sus preladados, aspiró á mayores triunfos, por medio de la práctica de otros muchos ejercicios que se impuso, practicando con la mayor cautela magnas austeridades.

Su profesión.

Fué siempre muy enemigo de la ociosidad, y para desecharla y emplear el poco tiempo que le sobraba de la oficina que le encargaba la obediencia, tomó á su cargo el cultivo de un jardín en que se criaban muchas flores, para el adorno de los altares de la Iglesia. Allí empleaba el tiempo de la siesta que comunmente destinan los religiosos para descansar, y de este jardín cuidó mientras vivió en el convento de Granada, pareciendo que aquella tierra publicaba la virtud heroica de las manos que la cultivaban, pues su vista llenaba de alegría. Los ratos que estaba en el convento, no teniendo en

Sus virtudes religiosas.

Sirve á los
demás.

ellos oficina por ser limosnero, se entraba en las otras oficinas y ayudaba á los oficiales. También iba á la huerta, y recogiendo allí tal cual rama vieja que por seca se había cortado de algún árbol, la hacía pedazos, para el servicio de la cocina, y trayéndolas se las entregaba al cocinero, para aminorarle el trabajo. No por estas ocupaciones olvidaba las que le ministraban fuerzas para ellas. Era á estas la asistencia al coro aquellas horas á que deben concurrir los religiosos. Jamás mientras estaba en el convento faltó á maitines, ni á prima. Luego que salía de ésta se iba á la sacristía y ayudaba con suma devoción cuantas misas podía, en cuyo ejercicio sentía mucha dulzura su alma, por ser viva representación de la pasión y muerte de nuestro Redentor, á la que, como después diremos, tenía grandísima devoción y jamás la perdía de la vista de su alma.

Su compostura.

Se aplicó con tanto fervor al ejercicio de la meditación y contemplación, que llegó á habituarse en él, de modo que siempre estaba su alma entregada á la contemplación de las cosas celestiales; y era tanto el espiritual consuelo que en su interior sentía, que le embargaba, no sólo las potencias de su alma, sino también hasta los sentidos corporales. De aquí le resultaba una exterior compostura y modestia que edificaba á cuantos lo veían, y un andar tan enajenado de sí, que nunca le llamó la atención objeto alguno que se le presentaba; y así, sien-



mosnero en dicho convento (ejercicio que estuvo **www.muchos años**) por cuya Su recogimiento. n le era preciso estar todo lo más día en la calle, no por eso omitía su titación, ni apartaba de su vista in or aquel objeto soberano que le había riagado sentidos y potencias. Atencion escrupulo, primero á todo lo fuese relativo á dar perfecta expeón á su empleo de limosnero, y para o lo demás se hallaba tan abstraído, medio de los bullicios de la ciudad, o si estuviera en el más retirado no. Lo que más le movía á esto era ulzura que en su alma sentía, máxicuando meditaba en la pasión y arte de nuestro soberano Maestro, que al considerar aquel exceso de or con que se entregó á padecer y ir para darnos vida, se derretía su pasivo corazón en fervorosas lágrimas, y jamás se dió por satisfecho ni halló fatigado en ocupación tan útil. Para saciar sus ansias, luego que se ituía al convento, acabada su limos se retiraba á la Iglesia, practicando ejercicios del Vía Crucis, según el todo de la V. Madre Sor María de la tigua, que introdujo y promovió en nosotros; pues, solicitó con eficacia ionar á algunos religiosos á ellos, y siguió que le acompañaran fervoros; y como experimentaban los muchos tos espirituales que conseguían en s, no sólo no rehusaban hacerlos, o que de tal modo se aumentó el nú- Su oración.



Su devoción
al via-crucis.

mero de religiosos que lo acompañaban y los muchos que en otros conventos de la provincia los hacían, que impaciente el común enemigo, no pudiendo ya sufrir el tormento que le daban con estos ejercicios santos nuestros religiosos, trató de impedirlos. Fué el caso que el Padre Guardián dió permiso para que los hicieran los jueves en la noche, y al principio se complació mucho en ellos; pero habiendo observado el mucho tiempo que duran y el sumo trabajo con que se hacen, movido sólo de la prudencia humana llegó á formar escrúpulo sobre si cumplía con la obligación de Prelado en permitir que sus súbditos se expusiesen á perder la salud; y tanta guerra le hizo este reparo, que lo obligó á mandar que ningún religioso acompañase al varón de Dios y que éste los hiciera solo, lo cual sintieron de verdad los religiosos; pero él los consoló diciéndoles que después se seguirían, como así sucedió. Era tanto el deseo que tenía porque la práctica de estos santos ejercicios se difundiese y radicase en todos los conventos de la provincia, que aconsejaba á los religiosos y aún á muchos seglares que los hiciesen, manifestándoles las grandes utilidades que por medio de tan santo empleo se consiguen.

Su caridad.

Del intenso amor que á Dios tenía, se infiere con claridad cuánto sería el que á sus prójimos profesaba, máxime con los enfermos. A éstos no sólo los visitaba cariñoso luego que volvía al convento,



aunque llegase muy fatigado con el trabajo de la limosna, sino que también les hacía las camas, barría las celdas, los servía agradable en cuanto se les ofrecía y les buscaba dulces, bizcochos y otras cosas semejantes que podían conducir á solicitar su alivio; con especialidad si alguno se hallaba muy destituido de fuerzas ó perdidas las ganas de comer, procuraba se le hiciese en casa de algún devoto un bocado apetitoso, ejerciendo con ellos el oficio de verdadera madre y caritativo hermano. Al ejercicio de esta virtud admirable agregó el de las demás virtudes, que constituyen perfecto á un varón religioso, como son la obediencia, pobreza, castidad, abstinencia, mortificación y silencio, pues todas las poseyó, con lo cual se hizo grato á los hombres y amigo especialísimo de Dios, quien le comunicó muchos favores.

Alivia á los enfermos.

Uno de ellos fué la discreción de espíritus, con la que conocía cual era verdadero, y cual era falso y fingido. Hubo en Granada, siendo limosnero en ella Fr. Manuel, una beata embustera é ilusa á quien todos veneraban, como mujer santa é ilustrada de Dios, por lo que acudían á ella á implorar el auxilio de sus oraciones, para conseguir el alivio en sus necesidades; y ella con mañosa astucia les daba equívocas respuestas, prometiéndoles sus oraciones. De tal suerte vivían todos engañados, que siempre tomaban sus respuestas por misteriosas profecías. Entró en una ocasión el Vene-

Su discreción de espíritus



Conoce á una
ilusa.

Conoce á una ilusa. rable con su compañero en casa de esta mujer á recojer la limosna; y luego que la vió y oyó sus palabras, sintió en su corazón cierta contradicción y repugnancia á creer fuese cierto lo que de ella se decía; y como en esto peligraba la honra y gloria de Dios, se creyó obligado á examinar la realidad del caso. Volvió diversas veces, y en cada una se aumentaban más sus sospechas; lo que habiendo comunicado en confianza á su compañero, éste como escandalizado le dijo que callase, pues era temeridad oponerse al dictamen de toda una ciudad, que la aclamaba santa. Conturbóse nuestro Fray Manuel; pero resuelto á examinar el caso entró á visitarla un día llevando triste el semblante. Extrañólo la beata, y le preguntó el motivo; á lo que respondió él que había tenido una carta en que le decían, quedaba su madre sin esperanza de vida, por lo que pedía la encomiende á Dios. Esto fué verdad, porque había muchos años que tuvo esta carta á que se siguió otra comunicándole la muerte de su madre, y él ocultó el tiempo para descubrir la verdad de aquel espíritu. Ella respondió ambigüamente, como siempre hacía, y se despidió. Dentro de algunos días volvió nuestro venerable, afectando el mismo sentimiento, y ella así que lo vió, le preguntó con arte, por qué estaba melancólico; á lo que respondió, que había muerto su madre. Ella entonces le dijo: ya lo supe yo, porque el Señor, cuando hice oración por ella,

La pone á
prueba

me dijo que había de morir; pero alegre se, pues ya está gozando de Dios, quien me reveló que había de estar sólo tres días en el purgatorio. Con esto conoció evidentemente era espíritu falso el de aquella mujer, porque la madre del siervo de Dios había muerto muchos años antes. Delatóla al santo tribunal, el que habiendo justificado ser una embustera, la castigó por tal, y libró á Granada de sus engaños.

Descubre su hipocresía.

Cayó el V. Fr. Manuel enfermo y agravándosele el accidente, le administraron los Santos Sacramentos que recibió con mucha devoción, y hallándose ya en los últimos períodos de su vida, le habló con el sosiego y serenidad de muy sano al religioso que lo auxiliaba, (uno de los que habían sentido más que el P. Guardián, los privase de los santos ejercicios del via-crucis,) y le dijo: Padre, esté V. C. con el consuelo de que en viéndome en la presencia de Dios, como en su misericordia lo espero, lo primero que le he de suplicar es que inspire al Padre Guardián dar licencia para que todo el que quisiere haga los santos ejercicios de la vía sacra, que ha prohibido. ¡Caso portentoso! Murió nuestro V. dejando muchas señales de su eterna felicidad; pero la más evidente fué que acabado de cantar por la Comunidad el *Subvenite* que es costumbre luego que espira cualquier religioso, prorrumpió el Padre Guardián en estas voces: Bien se conoce en la feliz muerte que ha tenido este religioso lo mu-

Su don de profecía.



Su santa
muerte.

cho que para esta hora le han aprovechado los santos ejercicios de la via sacra; y así doy mi licencia y bendición á todos los que quisieren hacerlo, para que los practiquen. Mucho consuelo recibieron todos aquellos que hasta allí estaban privados de hacerlo; pero mucha mayor admiración y júbilo causó á todos, cuando su confesor y los demás que lo oyeron declararon las últimas palabras que habló el siervo de Dios; y como tan pronto se vió cumplida su promesa, creyeron todos que desde la cama subió á gozar de Dios, y que su Magestad condescendió con su ruego, é inspiró al Padre Guardián revocase su precepto. Murió el siervo de Dios en Granada en viernes, á las nueve de la mañana día 3 de Agosto de 1685. Después se apareció á un religioso nuestro, acompañado del V. P. Fr. Crisóstomo de Granada, que como dijimos en el capítulo anterior, falleció, poco tiempo antes; ambos veían con otros cuantos religiosos; pero con la diferencia que á estos no los conoció, porque traían cubiertos los rostros con el capucho; y el P. Fr. Crisóstomo, y Fr. Manuel traían descubiertos sus rostros, muy contentos y alegres, como explicando con esto la gloria que gozaban. Los demás tal vez serían los otros siete religiosos que murieron también aquel año en el mismo convento, y aun se hallarían en el purgatorio sin haber visto á Dios, y por lo cual tenían cubiertos sus rostros, como diciendo, que aún carecían de la vista de

Se aparece
después de
muerto.



1. Dichos ~~siete~~ religiosos fallecieron el orden siguiente:

fué el primero el P. Fr. Agustín del e, predicador: llamóse, Juan Evaristo Iervás, y sus padres Juan de Hervás

Otros aparecidos.

.^a María de la Chica; tomó el hábito 5 años en Granada el día 28 de Agosto 1644 y profesó en el siguiente año.

Segundo fué el P. Fr. Buenaventura Cádiz, estudiante teólogo, que tomó el hábito en Sevilla, de 18 años, el 16 de Julio de 1673, y profesó en el siguiente año.

4. Fué el tercero, el P. Fr. Miguel Campillos, que se llamó Marcos Ferrel Ortiz, y sus padres Francisco

Ández Mellado, y Ana Ortiz; tomó el hábito en Antequera á 29 de Septiembre 1643, y profesó en el mismo año

o el año siguiente. El cuarto fué el P. Miguel de Granada, que se llamó Juan el Martín de Barajas, hijo de Diego

el Martín de Barajas, y de María de Arce; tomó el hábito en Granada de 15 años á 19 de Junio de 1644, y entonces

se llamaron por nombre Fr. Arcángel, y el primero profesó el año de 1645, fué con el nombre de Fr. Miguel. El quinto fué

el Fr. Cristóbal de Cádiz, que tomó el hábito en Génova á 15 de Agosto de 1660

Después del P. Fr. Manuel de Villalba, que tomó el hábito de 16 años en Sevilla de Diciembre de 1644 y profesó el año siguiente. El séptimo fué el P. Melchor

de Granada que se llamó Fernando de Gao y fué hijo de D. Melchor de Gao y de D.^a Catalina Canales; y siendo

Más difuntos.



de 15 años, y medio de edad, to
hábito en Granada á 2 de Marzo de
y profesó en el de 1643, en el mismo
vento.

En el de Andújar murió en el año 1685 el corista Fr. Francisco Fuentes; en el de Saulúcar el P. zalo de Ugijar; en Motril el H.º F. cas de Granada; en Marchena el F drigo de Marchena; en Jerez el P. de Sevilla; en Alcalá el P. Francisco Alcalá; en Málaga el P. Agustín de laga y en Jaén el P. Ignacio de nada.

Pongo fin al presente capítulo dando que el 8 de Junio de 1685 bró en Roma capítulo, en el que fu gido Ministro general de nuestra or Rmo. P. Carlos de Macerata.





CAPITULO XIX

Muertes edificantes de Fr. Antonio
de Fuentes y de Fr. Andrés
de Sevilla.

Llegó el año 1686 y entre los religiosos que fallecieron en dicho año, hay algunos dignos de especial mención. En nuestro convento de Alcalá pasó á mejor vida el P. Guardián que se llamaba Fabián de Granada, y le acompañó mejor dicho, le precedió el corista Fray Antonio de Fuentes, de cuya dichosa muerte dice el V. P. Isidoro de Sevilla, en su *Florido-Andaluz Pensil*, lo que después diremos.

Vida de Fray
Antonio

Nació este religioso en Fuentes de Andalucía y fué hijo de unos labradores bastante acomodados: sus padres lo enviaron á Sevilla para que estudiara, y allí se aficionó tanto á los capuchinos, que á los 23 años de su edad, tomó el hábito en nuestro convento el día 15 de Octubre de 1681, siendo Guardián el Padre Antonio de la Parra, y profesó el año siguiente en manos del P. Basilio de Granada, que había sustituido el P. Parra en la guardianía.

Su noviciado

Una vez profesó lo enviaron á completar sus estudios á nuestro convento



Sus estudios. www.librool.com

de Castillo, y estando allí ya ordenado de Diácono, dice el P. Isidoro que metiendo al dicho Fr. Antonio de...
tes una penosa enfermedad, lo llevaron al convento de Alcalá, en donde fermería era más cómoda por haber dicco y botica de que carecía el Ca...
Había sido Fr. Antonio el tiempo vivió en la religión, común en la y con los demás, ejercitándose en lo que suelen hacer los coristas, pero cosa particular en el modo de vivir lo se singularizó en la devoción á la riosa virgen y mártir invictísima Bárbara, amándola en su corazón zándole todos los días con devoción vorosa. Estando ya en la enfermedad Alcalá, un día que parecía más aliviado llamó al P. Fr. Félix de Gibraltar dijo que lo confesase generalmente que se moría. Causóle alguna risa y fesor esta petición intempestiva, pero recerle que las fiebres (que era el dente que padecía), no eran malignas le dijo que si se burlaba; á lo que có Fr. Antonio que nó, y con ansias y demostraciones tan expresivas anhelo por confesarse, se lo aseguró el P. Félix asintió á su deseo, y generalmente lo confesó.

Su devoción
á Sta Bárbara.

Desde que se confesó, empezó pararse para morir, siendo esta petición rarísima, estraña y singular, pero tres días antes de su muerte no quiso comer, ni beber, ni dormir, para que naturales acciones no le embarazara.

tiempo para **hacer actos de amor** y caridad, los cuales, acompañados con otros muchos de fe, esperanza y de otras excelentes virtudes, fueron continuos en su corazón y boca. y haciendo de la cama púlpito, estaba en ella predicando continuamente con tanto fervor, que los seculares subían á oír sus palabras, y bajaban confusos, atónitos y enseñados, quedando así estos como los religiosos, pasmados de fervor tan extraño y disposición tan singular.

Tres días antes de su muerte llamó al enfermero que á la sazón era el hermano Fr. Francisco de Vigo, y le dijo estas proféticas palabras: Hermano Fr. Francisco, vaya V. C. y dígale al P. Fray Félix que esté sin cuidado y que descanse, porque no he de morir hasta de aquí á tres días, que será el viernes á las doce de la noche. Cumpliose á la letra esta que parece profecía, porque habiendo llegado el viernes, á las nueve de la noche, le apretó de tal modo la fiebre, que á todos pareció agonizaba. Con esta novedad tomó Fr. Félix el santo Cristo, llegóse inmediato al enfermo, y empezó con fervor á auxiliarlo, lo cual visto por Fr. Antonio hizo muchas diligencias para hablar, pero no pudo, por haber ya perdido esta facultad, y así con los dedos se explicaba, pues, extendiendo tres, le hacía señas al P. Félix, el cual creyó que significaba el misterio de la Santísima Trinidad, pero se engañó, porque el enfermo quería decir que no se fatigase.

Concedo la h
de su muere
te.

La profecía



Muere santa-
mento.

que todavía le faltaban tres horas; y así fué, porque en punto de las doce, como tres días antes lo había profetizado, expiró, entregando su alma en manos de su criador.

Hábíale pedido Fr. Antonio á su confesor el P. Fr. Félix, que después de difunto lo encomendase con todas veras á Dios, y así que murió empezó á hacer por su alma algunos ejercicios que le duraron ocho días, en los cuales padeció muchos miedos, porque en cualquiera parte que estaba, le parecía que lo levantaban del suelo, horrorizándose á cada paso, hasta que pasados los ocho días quedó tan sereno y libre de miedo, que nunca más sintió temor alguno. Por muchos años fué común sentir de los religiosos que esta rara disposición de Fray Antonio, y el tener noticia de la hora de su muerte, tres días antes que llegase, lo debió á la gloriosísima virgen y mártir santa Bárbara, á la cual le ha concedido Dios en favor de sus devotos, la gracia de asistirles y acompañarles en la hora de la muerte, para que no salgan de esta vida sin confesión y comunión.

Otros difun-
tos.

En el convento de Antequera fallecieron el P. Francisco de Canillas, y el hermano Diego de Medina; en el de Jerez el P. Francisco de Nájeras, y en el de Ecija el hermano Tomás de Andújar. En el de Granada, después de haber gastado en servicio de Dios y de la religión 51 años, y cumplidos los 72 de edad natural con mucha edificación de todos, el

hermano Fr. Pedro de Jaén, religioso lego, partió en dicho año 1686, de este convento á la eterna vida. Llamóse siendo seglar Diego de Moya, que era el propio de su padre; su madre se llamó Francisca Gutiérrez; y siendo él ya de edad de 21 años en el de 1635, tomó nuestro hábito en Antequera el día 17 de Septiembre; y profesó en el mismo convento en el siguiente año del 36. Según consta de las tablas de los difuntos de la provincia, siguió al antecedente desde el mismo convento en su viaje á la eternidad, el hermano Fr. Bernardino de Antequera, corista. El último que descansó este año en el Señor, en dicho convento fué el hermano Fr. Gregorio de Viana, religioso lego: llamóse en el siglo Matías de Brazo, y sus padres Melchor de Brazo y Ana Fernández. Siendo de edad de 30 años tomó el hábito en Granada el día 12 de Marzo de 1678, y profesó en el siguiente de 1679.

Mas defunciones.

En el convento de Sevilla fallecieron el P. Buenaventura de Sevilla, el P. Basilio de Cádiz, y el hermano Fr. Andrés de Sevilla, varón este último digno de eterna memoria. Lástima grande que no se conserve de su vida más que algunas noticias diseminadas acá y allá en los libros del convento de Sevilla, y en los manuscritos de las misiones y de las crónicas antiguas, las cuales vamos á reunir aquí para que no perezca entre los hombres la memoria de este varón esclarecido.

Un varón insigne.

www.libtool.com.cn

VIDA DE FR. ANDRÉS DE SEVILLA

Nació en Sevilla, el año 1615, de novilísima familia, pues estaba emparentado con lo mejor de ella, según afirma el V. P. Isidoro de Sevilla, quien también le llama su pariente. Educábanlo sus padres con arreglo á su posición en compañía de sus otros hijos, esmerándose en darles una instrucción verdaderamente cristiana, con la que nuestro Andrés aprovechaba al mismo tiempo en las letras y en la virtud.

Desde años de edad contaba escasamente, cuando fueron nuestros PP. á fundar el convento de Sevilla; y atraído por el aroma de sus virtudes y la santidad de su vida austerísima, se iba tras ellos, diciéndoles con notable sencillez que deseaba ser capuchino. Confirmado en su vocación, le costó algunos años de trabajos y luchas convencer á su padre y obtener de él su consentimiento para ser hermano lego, en el nuevo convento de Capuchinos.

Obtenida la licencia de sus padres, vistió nuestro santo hábito á los 17 años de su edad en el convento de Sevilla el día 25 de Noviembre de 1632. Dióselo aquel santo varón P. José de Antequera Maestro del Maestro, y de la doctrina, y

en la escuela de tal Maestro, aprovechó nuestro Andrés lo indecible en el camino de la perfección religiosa, durante su año de noviciado. Su profesión.

Terminado este, profesó en manos del V. P. Comisario general Fr. Agustín de Granada, con grande júbilo de todos los religiosos que veían en Fr. Andrés un hermano de gran provecho para la Orden, por sus muchas virtudes, en las que hermanaba admirablemente el candor y sencillez de la paloma con la astucia de la serpiente.

Una vez profesó, se estuvo ejercitando con edificación de todos en aquellas ocupaciones que la obediencia le señalaba, hasta el año 1643 en que fué elegido Provincial nuestro P. Gaspar de Sevilla, el cual puso los ojos en las virtudes del hermano Fr. Andrés, y lo eligió para socio. En compañía de dicho P. recorrió varias veces los conventos de la Provincia, dejando en todos ellos el recuerdo de su religiosidad y rara prudencia, en medio de la sencillez más estremada, la que parece se la aumentaba con los años. Sus empleos.

Acabado el Provincialato del V. Padre Gaspar, durante el cual tomó la Provincia á su cargo la misión de la Nigricia, se alistó dicho P. para ir á ella, y el H. Fr. Andrés, como buen socio, no quiso separarse de él, por lo que lleno de santo celo pidió y obtuvo un puesto al lado del P. Gaspar, entre los que iban á predicar la fe á los negros de Guinea. Cuan- Va. misión
nes. to trabajaron allí ambos lo verá el lector



Sus trabajos en Africa.

en el libro de las misiones, si Dios deja tiempo para publicarlo. De Allá pasó Fr. Andrés á la misión de Anca, y allí estuvo acompañando sien á nuestro P. Gaspar, hasta que an volvieron á España en 1649.

Vuelve á España.

Aquí continuó nuestro Fr. André santa vida, sometido siempre á la diencia, que lo ocupó muchos años e empleo de limosnero del convento de villa; y durante ese tiempo fué cun contrajo íntima amistad con el céll pintor Bartolomé Murillo, como diji en su lugar. A este hermano se debi gran parte las joyas artísticas que M llo pintó para nuestra Iglesia de Sev y cada vez adquirimos mayor y más me convicción de que Fr. Andrés fu lego para quien hizo el célebre artist famosa Virgen de la Servilleta.

Hablando el V. P. Isidoro de los m neros que volvieron de América, dice «todos murieron santamente en mi opinión de virtuosos: el último fu hermano Fr. Andrés de Sevilla, mi riente, que yo alcancé, traté y co muy bien, y aún fué mucha parte que lograrse yo la fortuna de salir de cautelosas ondas del siglo y llegar a licísimo puerto de la Religión; po sus consejos, santa conversación y gioso atractivo, fueron eficaz motivc ra determinación tan santa.»

Su santa muerte.

La muerte de nuestro Fr. Andrés rrespondió á su santa vida; durante profesó muy tierna devoción á la

gen Santísima; y fijos los ojos en una imagen suya, teniendo abrazado al pecho su crucifijo, entregó su bendita alma al Criador, á los 71 años de edad y 54 de religión, en 1686. Como fué ésta

CAPÍTULO XX

Menudencias históricas, y un caso memorable.

Entró el año 1687, y muy á principios del mismo, esto es, el 17 de Enero, se reunió el capítulo provincial, que menciona la siguiente tabla:

Provincial

M. R. P. Francisco de Luque

Definidores

R. P. Gabriel de Andújar,
„ „ Isidoro Francisco de Bruxelas
„ „ Bernardo de Santillana
„ „ Antonio de la Parra

Custodios

R. P. Diego de Alcalá
„ „ Francisco de Trigueros

Secretario de Provincia

R. P. Antonio de Luque

Guardianes

R. P. Andrés de Montilla	Antequera	Capitulo
„ „ Diego de Alcalá	Granada	

	R. P. Francisco de Trigueros	Sevilla
Guardianes.	no consta el de	Málaga
	Idem el de	Jaén
„ „	Diego de Valverde	Andújar
	no consta el de	Castillo
	Idem el de	Ardales
	Idem el de	Alcalá
„ „	Francisco de Lumbrea	Córdoba
	no consta el de	Ecija
	Idem el de	Vélez
	Idem el de	Sanlúcar
	Idem el de	Cabra
„ „	Bernardo de Santillana	Cádiz
„ „	Bernabé de Granada	Motril
	no consta el de	Marchena
	Idem el de	Utrique
„ „	Antonio de la Parra	Jerez

Las únicas noticias que hemos podido hallar de este año 1687, y de los dos siguientes, son las que nos suministra el necrologio en la forma que sigue: religiosos fallecidos en 1687; Fr. Tomás de Escacena, corista, en Ardales; Fr. Luis de Vélez, lego, en Sevilla; P. Fr. Martín de Sevilla, en Sevilla; N. M. R. Fr. José de Campos, ex-provincial, en Cádiz; Padre Fr. Juan de Málaga, en Málaga; Padre Fr. Antonio de Córdoba, en Cádiz; P. Fr. Bernardino de Almería, en Andújar; Fr. José de Burgos, corista, en Ardales; Padre Juan Francisco de Antequera, en Sevilla. De este último hay una nota en el cuaderno de los difuntos de Sevilla, que dice así:

R. P. Fr. Juan de Antequera

«Este varón ilustre murió en el año de 1687, en este convento de Sevilla, ha-



biendo ~~dejado enriquecida~~ su librería con varios y preciosos manuscritos, dignos de que todos se hubieran dado á la prensa para utilidad del público. Primeramente escribió un libro en folio cuyo título es *El hijo de la verdad, predicador de Nínive y misionero de Dios*, el cual contiene ideas políticas y morales sobre el texto del santo Profeta Jonás: Además de éste escribió un libro expositivo, también en folio, intitulado *Serta quadragesimalis*, etc., sobre los Evangelios del tiempo de cuaresma. Escribió también un libro en 8.º que tituló *Documentos religiosos*, en el que en 36 instrucciones enseña la más perfecta observancia de los tres votos, los grados de perfección que tiene cada uno, y los engaños de que se vale el demonio para que se quebranten. Otro libro en 8.º titulado *Consejos á regulares*, donde da 59 consejos encaminados á conseguir la perfección de la vida religiosa. Un tomo en 8.º cuyo título es *Reglas del Solitario* para la buena educación de los hijos. Otro tomo en 8.º que tituló *Desengaños de Curas y Sacerdotes*. Un tomo en 8.º titulado *La enfermedad provechosa y el Peregrino aprovechado*. Un tomo en 8.º que tituló *Ejercicios para ayudar á bien morir*. Otro tomo en 8.º cuyo título es *Juez recto que visita todo género de estados y personas*. Un tomo en 8.º que tituló *Examen de los beneficios divinos que ha recibido la criatura y de la ingratitud con que ha correspondido á ellos; y y por*

Sus escritos.

Compuso 10 libros.

último otro tomo en 8.º titulado *Exclamación y petición que hace un alma á Cristo Crucificado*. Todos estos libros están existente en esta nuestra librería de Sevilla» (MS. n. 4) ¿Dónde habrán ido á parar los libros mencionados? Respondan los bárbaros del siglo XIX, mientras yo sigo los apuntes de mi Reseña histórica.

Difuntos del año 1688: Padre Buena-ventura de Montemayor, en Andújar; Fr. Nicolás de Génova, en Málaga; Fray Antonio de Olivares, en Sevilla.

En Granada pasaron á mejor vida en aquel convento tres religiosos: fué el primero el hermano Fr. Félix de Iznajar, religioso lego, que se llamó en el siglo Juan de Almazán, y sus padres fueron Bartolomé Sánchez de Almazán y Juana Martin de Doncela: siendo de edad de 26 años, tomó el hábito en Granada el día 18 de Agosto de 1643, y profesó el siguiente de 1644, en el mismo convento. El segundo fué el P. Fr. Clemente de Alcalá, predicador, que en el siglo se llamó Juan Sánchez Cantero, y siendo de 18 años, tomó el hábito para corista, en el mismo convento, á 24 de Enero de 1656, y profesó en el siguiente del 57. Fué el tercero el hermano Fr. Cristobal de Granada, religioso lego, que en el siglo se llamó Jerónimo Brun, y fué hijo de Vicente Brun y de Ursula Martínez, el cual, siendo de edad de 19 años tomó el hábito en dicho convento el día 20 de Enero de 1643, y profesó el siguiente de 1644.

Otras noticias



Religiosos fallecidos en el año 1689.

Padre Bernardo de Santillana, Calificador del Sto. Oficio y Definidor, en Cabra; Fray Valentín de Gelves, en Sevilla; Fr. Manuel del Castillo, en Málaga. P. Buenaventura de Cabra, en Marchena; Fr. Francisco de la Higuera, en Cabra; Fr. Ambrosio de Medina, en Jerez; Fr. Pedro de Puerto-alegre, en Marchena; P. Baltasar de Granada, en Granada.

Muertos del año 1689.

Este último se llamó en el siglo, Don Juan de Torres y Castillo, y sus padres Gaspar de Torres, y D.^a Beatriz del Castillo, familias ambas notoriamente esclarecidas; siendo de 19 años, tomó el hábito en Granada el 21 de Febrero de 1646, y profesó en el de 1647. A este religioso le sucedió en la hora de la muerte un caso terrible, que refiere en sus manuscritos los PP. Isidoro de Sevilla y Nicolás de Córdoba, este último ocultando el nombre del sujeto; y vamos á trasladarlo aquí con sus propias palabras, para que sirva de escarmiento á los que, olvidados de su profesion, viven menos atentos al cumplimiento y observancia de los preceptos de nuestra seráfica Regla.

«Cierta Padre predicador se halló por mucho tiempo oprimido de un tan crónico como penoso accidente, que ofreciendo al paciente mucho padecer, dió también bastante ocasiones á los religiosos de la familia en que merecer. El enfermo, ó poseído de la pasión de ánimo, ó de su ignorancia, creyó le era lícito el

Un caso terrible.



Engano del demonio. que un hermano donado tuviese en su poder unos dineros clandestinamente, para emplearlos en cosas que él para su alivio, (ó para su regalo) le pidiese, como así lo ejecutaba.

Cuando se aproximaba á la última hora, el enfermo mandó llamar al donado y le dijo que ajustase las cuentas de lo que de aquel dinero se hubiese distribuído, y que todo el que sobrase lo retuviese consigo hasta que él espirase; y luego mandase decir las misas que cupiesen, por si acaso él había dejado de decir alguna. Hecha esta diligencia, y recibidos los Santos Sacramentos sin el menor escrúpulo, quiso Dios sacarlo del peligro de eterna condenación en que se hallaba, quizás porque procedería de buena fé. La noche misma en que murió estaba sumamente acongojado; y haciendo llamar al enfermero, que lo era el hermano Fr. Bernardo de Sevilla, luego que llegó, le dijo: «Hermano Fr. Bernardo, yo me hayo desconsolado mucho, porque aquí me están atormentando con una bolsa de dineros, haciéndome al oído son con ella, de suerte que á cualquier lado que me vuelvo, hallo á mis oídos la bolsa, haciendo son con el dinero que tiene dentro.» Era dicho Fray Bernardo bastantemente vivo, y no ignorando el ajuste de cuentas que con el donado había hecho le preguntó: ¿Qué destino le dió V. C. al dinero, que tiene el hermano fulano? Respondióle lo que le había dicho; y volvióle á preguntar al

Voto violado.



ermero: **P**or esa disposición ha sido
licencia del prelado? Respondió que
Pues habiendo V. C. obrado tan mal,
siendo propietario, ¿qué quiere Vues-
Caridad que le suceda? Con estas
abras conoció el enfermo su yerro,
pidiéndole llamase prontamente á
confesor, se confesó verdadera-
mente arrepentido, y con muchas lá-
mas pidió perdón á Dios y á los
que supieron su culpa, por el mal ejem-
plo que les había dado; y haciendo
muchos actos de contrición de sus cul-
pas y de amor de Dios, espiró con mu-
chas señales de que fué feliz su muerte.
En el siguiente año de 1690 se cele-
bró en Sevilla capítulo provincial el 21
Abril y en él se hicieron las eleccio-
nes siguientes:

Arrepenti-
miento.

Provincial

M. R. P. Gabriel de Audujar

Definidores

- R. P. José de Cazorla
- „ „ Isidoro Francisco de Bruselas
- „ „ José de Lucena
- „ „ Francisco de Trigueros

Custodios

- R. P. José de Ica
- „ „ Eusebio de Granada

Secretario de Provincia

R. P. Teodoro de Sevilla

Guardianes

- R. Isidoro Franco. de Bruselas Sevilla
- „ Diego de Alcalá de Guadaira Granada
- „ Atanasio de Málaga Antequera
- „ no consta el de Málaga

Capítulo.



	R. P. Felix de Cabra	Jaén
Elecciones.	no consta el de	Andújar
	Idem el de	Castillo
	Idem el de	Ardales
	Idem el de	Alcalá
	R. P. José de Valmaseda	Córdoba
	„ „ Antonio de Cañete	Ecija
	no consta el de	Vélez
	„ „ Bernardo de Santillana	Cádiz
	no consta el de	Sanlúcar
	„ „ Francisco de Trigueros	Cabra
	„ „ Diego Francisco de Sevilla	Motril
	no consta el de	Marchena
	Idem el de	Ubrique
	„ „ Bernardo de Granada	Jerez

En este mismo año de 1690, murieron los siguientes religiosos: P. Pablo de Málaga, en Málaga: P. Luis de Ronda, en Sevilla: Fr. José de Baena, en Motril: P. Alonso de Cádiz, en Sevilla. Fr. Francisco de Santiago, en Sevilla. Fr. Antonio de Carmona, en Antequera.

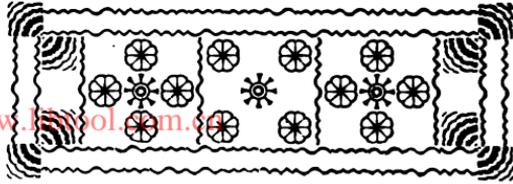
En el siguiente año murieron en Antequera los PP. Juan de Antequera y Miguel de Gibraleón; Fr. Luis de Bimbe, en Cádiz: Fray Félix de Málaga, en Málaga: Padre Antonio de Málaga, en Sevilla: Padre Tomás de Villanueva, en Sevilla: P. Buonaventura de Archidona, en Sanlúcar: P. Francisco de Lesaca, en Cabra: P. José Francisco de Luque, en Cádiz: P. Antonio de Ugijar, en Ecija: P. Luis de Málaga, en Málaga: P. Antonio de Iznajar, en Cabra: P. José Francisco de Sevilla, en Cádiz.

Difuntos.

Entre estos religiosos merece particu-



nención el P. Juan de Antequera
finidor y Custodio de Roma, del cual Un P. ilustro.
el P. Córdoba que fué sujeto de mu-
estimación en la Provincia, así por
virtudes como por su literatura. Es-
ó un libro en cuarto, que manuscri-
conserva en el Archivo de la Cróni-
que historió todo lo acaecido en la
que padeció Málaga en el año de
, cuya crónica sólo basta para cré-
de su Autor y testimonio auténtico
saber. Otros muchos escritos dejó
ién que no han llegado hasta noso-
También es digna de especial men-
la muerte del P. José de Luque por
ircunstancias en que ocurrió.
a este P. sobrino carnal del Padre
cisco de Luque, que á la sazón era
ncial; este preparó para la primera
de su sobrino una fiesta solemnísi-
no muy conforme con la sencillez y
eza capuchina. La misa iba á can-
en una festividad de la Virgen, y
el P. Provincial que su sobrino ofi-
de hebdomadario en las vísperas de
l día; pero al entonar en el Coro
in adjutorium, cayó muerto de re-
y se quedó su tío con todas las pre-
iones hechas, y con la fiesta conver-
en funeral, lo cual atribuyeron mu-
á castigo. (P. Cor. Cron. de Cádiz.)
r último es digno de especialísima
ción por sus grandes virtudes entre
ifuntos del año mencionado, el ve-
ble P. Miguel de Gibraleón, á cuya
dedicamos el capítulo siguiente:



CAPITULO XXI

Vida del V. P. Miguel de Gibraleón

Su patria y
padres.

Nació este ilustre varón en 1690, en Antequera (Gibraleón), villa del arzobispado de Sevilla; llamóse en el siglo don Bernardino de Acorzo y Dória, descendiente de la nobilísima familia de este apellido, en la república de Génova. Criáronlo sus padres en la decencia correspondiente á su estado y calidad; y desde bien pequeño manifestó la docilidad de genio con que la naturaleza lo había adornado, y la abundancia de gracia con que el cielo le había prevenido, porque desde sus más tiernos años fué siempre inclinado á todo lo que era acto de virtud, huyendo vigilante de todo lo que podía despeñarlo al vicio. Instruído en las primeras letras, lo enviaron sus padres á la universidad de Sevilla, para que estudiase la jurisprudencia.

Su juventud.

Cursaba entonces en aquella Universidad el R. P. Fr. Isidoro de Sevilla, quien, como testigo ocular, afirma que el proceder de nuestro don Bernardino, fué tan ajustado mientras estudiante, como lo puede ser el más austero y observante capuchino, porque jamás se vió



distraído en las diversiones, en que suelen entretenerse los estudiantes; antes Sus estudios sí, huyendo la concurrencia con todos ellos, solo tenía amistad estrecha con un discípulo suyo, sacerdote, hombre de especial virtud y retiro; siendo siempre espirituales las conversaciones con éste y dirigidas al adelantamiento en las virtudes, con lo que vino á contraer un eficaz deseo de asegurar su alma en el retiro de una religión, para seguir á Cristo nuestro Maestro soberano, por el camino de la cruz; y le pareció la más proporcionada para lograr esto, la religión de los capuchinos, en la que, siendo él de 22 años, tomó el hábito en nuestro convento de Sevilla, el día 21 de Noviembre de 1686, con el nombre de Fr. Miguel de Gibráleón.

Adornado ya con el hábito capuchino, no es mucho que pareciese un vivo ejemplar de todas las virtudes, cuando tanto tiempo las había practicado en el siglo. Su humildad fué profundísima, pues siempre se creyó el menor de todos, é indigno del hábito capuchino. Su obediencia no sólo fué pronta en ejecutar sin dilación cuanto se le mandaba, sino que también se extendía á cuanto se presumía que gustaban sus superiores se hiciese. En la pureza fué singularísimo: nunca se le vió hablar con mujer alguna, sino cuando la necesidad lo pedía, y entonces lo hacía con tanta modestia y recato, que este bastaba para contener y Entra en Religión. refrenar el ánimo más disoluto. Jamás



Sus virtudes. levantó los ojos para mirar al rost
quien le hablaba; siempre mostr
su semblante y persona una gra
humilde y religiosa; y no hubo qu
viese alterado, turbado é inquieto, e
mando su exterior con la angélica
cristiano sosiego que en su inter
nía. En la pobreza fué admirable,
jamás admitió á su uso, sino lo que
la integridad del hábito le couce
regla y permiten nuestras sagradas
tituciones, pues, aunque sus padre
ser bastantemente ricos, querían m
veces enviarle algun regalo, jamás
mitió para sí, sino para la comun

Adornado, pues, nuestro Fr. M
con estas y otras muchas virtudes,
gió la muerte en lo temprano de
ventud, procediéndole ésta de un
so flujo de sangre. Once días estu
la cama, y en ellos fué un perfec
chado de perfección, para cuantos
sitaban, admirando su modesta co
tura y conformidad con la vol
divina; y aunque algunos con ci
dad solicitaron verle los ojos, no
dieron conseguir, porque respondía
pre con el rostro bajo, teniendo tan
tados sus sentidos, que ni en la me
de los accidentes les permitió usar
bertad alguna. Sucedió uno de esto
que su padre guardián, certificado
virtud del siervo de Dios y de que
ramente moriría, le dijo que, cuar
viese en el tribunal de Dios, le pid
su Magestad con especialidad po

Enferma de muerte



por toda su comunidad: á lo que respondió el enfermo con humildad profunda que si se veía en la presencia del Señor, como de su infinita misericordia lo esperaba, cumpliría su mandato; pero que en retorno le suplicaba, no le faltase un sacerdote á su cabecera en la última hora, porque temía la mucha guerra que había de hacerle el enemigo común.

Luchas horribles.

Llegó aquella temida lucha tres horas antes que el siervo de Dios espirara, y en ella se vió cuántos y cuán terribles fueron los combates del infernal dragón, pues algunas veces le causaban tanto pavor y espanto, que se quedaba enajenado de los sentidos; si bien se percibía que en lo interior estaba muy en sí, resistiendo los combates del común enemigo, porque se notaba que, al volver de aquellas suspensiones, se sentaba, y fijando los ojos en un Crucifijo que tenía delante, profería fervorosísimos actos de amor, causando en cuantos lo notaban admiración y edificación mucha.

En una de estas ocasiones, volviendo de la suspensión profirió estas voces: *¡Ya voy, padre, ya voy!* El sacerdote que le asistía, conociendo lo heróico de sus virtudes y sospechando si sería á nuestro Padre San Francisco á quien hablaba, le preguntó: *¿Con quién habla V. C? ¿Quién está aquí?* A la cual pregunta, con semblante muy halagüeño, como de quien sentía en su interior un singularísimo júbilo, respondió: *¿Quién ha de estar? Mi P. Fr. Juan de Tolox, (este era el sa-*

Se le aparece
Ntro. P. San
Francisco.



Se le apareca
la Virgen.

cerdote que le asistía), disimulando con esto la visión con que le había favorecido nuestro Seráfico Patriarca. Volvió á quedarse suspenso, y al recuperar los sentidos, profirió estas voces: ¡Oh Virgen Santísima, Reina de los ángeles! para mí tanta dicha, que me vengáis á visitar. Con las cuales manifestó bien claramente que nuestra Madre Soberana quiso aliviarlo con su vista de la fatiga en que lo había puesto la antecedente lucha. (Crór., de Ant. 218.)

Aun no se le había administrado el sacramento de la extrema-unción, y reconociendo el varón venerable que se acercaba el término de su vida, le dijo á un religioso que llamase á su confesor, lo que ejecutado al punto, le pidió con instancia que le administrasen el Óleo Santo, pues ya no le quedaba de vida más que el tiempo necesario para recibirlo. Así sucedió, pues apenas se le acabó de administrar, cuando advirtieron que entró en la agonía. Estando, pues, con aquel mortal parasismo, se sentó repentinamente en la cama fijando los ojos en el crucifijo, y aunque no se le apercebía la voz, porque ya no podía articularla, bastantemente manifestaba los amorosos afectos en que su corazón ardía; pues, siendo natural que con la falta de la sangre los rostros de los moribundos se pongan palidos y desfigurados, el suyo en aquella ocasión se encendió tanto, que parecía un fuego; evidente indicio de lo intenso del amor di-

Recibe los sa-
cramentos



vino que en su corazón ardía, el cual le salió al rostro con tan vivos resplandores, que á los circunstantes perturbaba la vista, llenándolos de admiración, y de un extraño consuelo. Sus ojos del mismo modo, saliendo de su acostumbrada mortificación, quedaron abiertos, resplandecientes y centelleando tantas luces, que parecían dos luceros. Así espiró, muriendo más que de la fuerza de su accidente, de la actividad del divino fuego que en su corazón ardía.

Su santa
muerte.

Difunto ya para el siglo, aunque vivo para el cielo, quedó nuestro Fr. Miguel; pero nuestros religiosos que se hallaron presentes, pasmados y como extáticos, se miraban unos á otros, sin tener aliento para proferir palabra alguna, manifestando en esto la admiración que los ocupaba; hasta que al fin, prorrumpieron en aquellas palabras de David: *Mirabilis Deus in sanctis suis*. Luego que en la ciudad se supo la muerte del siervo de Dios, como todos habían formado de sus virtudes altísimo concepto venerándolo como á santo, acudieron muchos vecinos, no sólo á venerar su cadáver, sino también á solicitar alguna de las cosas que hubiesen tenido contacto físico con el cadáver del siervo de Dios; y fueron tantos los empeños, que se vió precisado el P. Guardián á repartir entre los devotos, no sólo aquellos utensilios pobres de que había usado, sino también en menudos pedazos dos hábitos que le habían servido.



www.libre.com.cn
Prodigios que le acompañaron.

Quedó el cadáver blanco, hermoso, flexible y suave, manifestando el cuerpo la gloria que gozaba el alma que lo había informado. La fragancia que exhalaba era tanta, que depuso con juramento el hermano Fr. Félix de Diezma, que habiendo bajado á la bóveda común de los religiosos para recibir en sus brazos el cadáver, concluidas las exequias funerales para darle sepultura, al tiempo de recibirlo fué tanta, tan extraña y celestial la fragancia que exhaló, que casi quedó fuera de sí, con la nunca experimentada suavidad de tan fragante olor. (Id. 220.)

De esta celestial fragancia participaron también las cosas que le habían servido, como sucedió con las disciplinas, pues habiéndolas reservado para sí el hortelano que había entonces en el convento, muchos días después las tomó en su mano el P. Fr. Antonio de Córdoba, y viendo la fragancia que de sí exhalaban, preguntó al hortelano qué olor era aquel; y éste respondió que lo ignoraba, pues cuando las tomó de la celda del P. Fr. Miguel ya lo tenían; con lo cual quedó este certificado que le provenía del contacto del siervo de Dios.

Prodigios que le siguieron

No sólo con esto quiso Dios manifestar cuán grato le había sido éste, sino que también lo publicaron muchos prodigios que después de haber fallecido obró Dios por sus méritos con algunas de sus reliquias; de los cuales referiremos algunos. Pocos días después del fa-



llecimiento del siervo de Dios, para celebrar una función, que hubo en el convento, vino la música de la Colegial á oficiar la misa, y sucedió que á uno de los músicos le acometió un dolor producido por el mal que los médicos llaman *miserere*; y no solo se puso incapaz de ejercer aquella mañana su oficio, sino que recelaba estar próximo el término de su vida. En medio de tanta angustia recordó que tenía consigo, como reliquia, uno de los títulos de Órdenes, del P. Fr. Miguel, y sacándolo, con viva fé de una cartera, en que lo traía, se lo aplicó al estómago, implorando los méritos del varón justo; y apenas tocó el papel la parte dolorida, cuando instantáneamente, no sólo quedó aliviado del accidente, sino que entrándose en el coro cantó aquel día en la función, como nunca. (Id. 221.)

Sana á un enfermo.

En el día 18 de Abril del año de 1691 sucedió que D.^a Isabel Jiménez Cañete madre del R. P. Fr. Isidoro de Ardales, predicador de nuestra Orden, se hallaba en Antequera desahuciada de los médicos, á causa de un dolor de costado que la afligía, y solo se esperaba el último fin de su vida: hallábase presente dicho P. y ocurriéndosele á la memoria los méritos del siervo de Dios P. Fr. Miguel, que había pocos dias antes fallecido, dijo: Si yo tuviera aquí alguna de las reliquias del P. Fr. Miguel, creo que por sus méritos había de librarse del peligro en que se halla mi madre. Oyólo el P. Fr. Antonio

Milagros de sus reliquias



Cúran á una
desahuciada.

de Córdoba que lo acompañaba, y sacando de la manga una reliquia del varón de Dios, y metiéndola en una poca de agua se la dió á la enferma para que la bebiera. Prodigio admirable! Pues siendo así que se hallaba en estado tan deplorable, que ni aun la sustancia podía tragar, luego que bebió el agua, recuperó las fuerzas, y sentándose en la cama pidió de comer; y á la mañana siguiente amaneció libre de dolor y de la calentura. Luego que llegó el médico, y vió aquella novedad, dijo que era un evidente milagro que Dios había obrado por los méritos de su siervo el P. Fr. Miguel; y en aquel mismo día se levantó la enferma buena y sana (Id. 222.)

Otro milagro

Entrando el P. Fr. Antonio de Córdoba en casa de un amigo suyo, lo halló á él y á toda su familia sumamente contristados, porque un niño de pecho, que era el único hijo que tenían, estaba próximo á espirar, á causa de una recia calentura que le molestaba, poniéndolo en el mayor peligro, de tal suerte, que desde el día antes no habían podido conseguir que tomase el pecho. Compadecido el P. Fr. Antonio de su buen amigo, con la experiencia, que tenía de los prodigios que Dios había obrado con la reliquia del P. Fr. Miguel, la aplicó inmediatamente al niño enfermo y al punto tomó éste el pecho y quedó del todo sano, cuando sólo esperaban que muriese; conociendo todos que era un milagro el que había Dios obrado por los méritos de su siervo.



Al expresado Fr. Félix de Diezma to-
zó por fortuna el manto que el siervo de Más prodigios
Dios había usado; y sucedió que, andan-
lo este religioso recogiendo la limosna
del campo, llegó á un cortijo en ocasión
que una pobre mujer se hallaba muy
afligida, porque se le había llagado una
pierna de tal suerte, que podrida ya gran
parte, le amenazaba la gangrena, sin ha-
llar medicamento alguno para el mal;
pero acordándose Fr. Félix, que en el
manto traía remedio universal, por los
méritos del varón de Dios que lo había
usado, cortando un pedacito de él, se lo
dió á la enferma, la que aplicándolo á
la parte lastimada, se vió inmediatamen-
te libre de los dolores que la afligían, y
muy luego quedó perfectamente sana,
como si tal accidente no hubiera pasado.

El mismo beneficio experimentó la
madre del hermano Fr. Pedro de Cabra,
religioso lego, pues, habiendo estado pa-
deciendo más de dos años continuos un
fuerte dolor de estómago, que la traía
fuera de sí, aplicándose un pedacito de
sayal de dicho manto quedó perfecta-
mente buena. (Id. 226.)

Hallándose doña Francisca Cabello,
vecina de Antequera, desahuciada y pró-
xima á espirar, entró en su casa el her-
mano Fr. Félix, y echándole sobre la
cama el manto que traía, que era el que
había servido al P. Fr. Miguel, recuperó
tan instantáneamente la salud, que en
aquel mismo día se levantó buena y
sana. (Id. 229.) Siguen los milagros.



www. Lo mismo sucedió á D. Antonio Guerra, sochantre de la catedral de Málaga, pues hallándose muy afligido con una enfermedad penosa, luego que se aplicó un pedacito del dicho manto, quedó sano; prodigio que se repitió en la misma ciudad de Málaga con otros cinco enfermos, aplicándoles pedazos de dicho manto. En Antequera sucedió lo mismo á otro enfermo, á quien después de habersele aplicado sin fruto cuantos medicamentos alcanzó la ciencia, el contacto de un pedacito del manto del siervo de Dios se la restituyó prontamente.

Da salud á
muchos e n
fermos.

Después de algunos años de haber fallecido el siervo de Dios, se ofreció abrir la bóveda para dar sepultura á otro religioso. Hallábase entonces un hermano donado afligido con veheméntísimo dolor de muelas, y al ver abierta la bóveda donde estaba enterrado el siervo de Dios, con la noticia que tenía de los muchos milagros que Dios había obrado por sus méritos, bajó á ella y tomando un hueso del P. Fr. Miguel, así que lo aplicó á donde le molestaba el dolor, se halló libre de él sin que lo afligiese más. De intento omitimos otros muchos milagros que hallamos escritos de este siervo de Dios, algunos de los cuales sucedieron en Toledo, donde él tenía un hermano Canónigo, que se llamó D. Juan de Acorso y Doria. A vista de tantos prodigios se empezó un proceso informativo para la beatificación del V. P. Miguel, y sus restos

Su proceso de
Beatificación



mortales se recogieron cuidadosamente en una caja de caoba. Del primero no hemos podido hallar rastro alguno; pero la segunda se conserva en nuestro convento de Antequera con los huesos del V. y un letrado que testifica su autenticidad. Las vicisitudes sufridas por los órdenes religiosos en el siglo XIX fueron causa de que se perdiera el proceso de beatificación y hasta la memoria de este varón santo; hoy que por dicha nuestra hemos hallado sus reliquias y estas noticias de su vida, conviene que resucitemos su memoria, por si Dios quiere glorificarlo en la tierra, como suponemos que lo habrá glorificado en el cielo. Hé aquí ahora su retrato.

Sus restos
mortales.



www.libtool.com.cn



Retrato del V. Siervo de Dios, P. Miguel de Gibraleón, muerto en olor de santidad el año 1691 en nuestro convento de Antequera. Dios le honró después de muerto haciendo grandes prodigios al contacto de sus reliquias.



CAPÍTULO XXII

Más menudencias históricas

Siguendo los anales de la última década del siglo diecisiete, diremos que en el año 1692 visitó nuestra Provincia Bética el Rvmo. Padre General Fray Bernardino de Arezo y concluida la visita convocó el Capítulo mencionado en la siguiente tabla:

Visita general.

Tabla del Capítulo Provincial celebrado Granada el 8 de Agosto de 1692.

Provincial

M. R. P. Gabriel de Andújar

Definidores

R. P. Francisco de Luque
„ „ Félix de Cabra
„ „ Jerónimo de Baeza
„ „ Francisco de Trigueros

Custodios

R. P. Diego de Valvanera. 1.º
no consta el 2.º

Secretario de Provincia

R. P. Teodoro de Sevilla

Guardianes

R. P. Eusebio de Granada Granada
„ „ Diego de Málaga Sevilla
„ „ Sebastián de Santillana Antequera

Capítulo.



	no consta el de	I
Elecciones.	R. P. Isidoro Antonio de Ardales	
	no consta el de	A
	Idem el de	C
	Idem el de	A
	R. P. José de Sevilla	
	„ „ José de Valmaseda	C
	„ „ Agustín de Iznajar	
	no consta el de	
	Idem el de	Sa
	„ „ Francisco de Trigueros	
	„ „ Diego de Albacete	
	no consta el de	
	„ „ Bernabé de Granada	Ma
	no consta el de	U
	„ „ Bernardo de Granada	

En este Capítulo dió nuestro P. General un decreto prohibiendo bajo muy severas, la suntuosidad y curia en nuestros conventos, mencionando lo que le pareció opuesto á la pobreza en los de Andújar, Ecija, y Cádiz.

En este mismo año murieron los siguientes:

Fr. Anselmo de Sevilla, corista Ecija; P. Francisco de Orense, en A P. Félix José de Cádiz, en Sevilla; Alonso de Málaga, en Antequera; Pablo de Granada en Vélez; Fr. Félix Granada, en Málaga; Fr. Juan de A corista, en Vélez; P. Diego del Arah Jerez; Fr. Francisco de Jerez, corista Sevilla; P. Miguel de Antequera, ecija; P. Sebastián de Santillana, ecija.

Difuntos.



Año 1693: En este año se reunió la Definición en el convento de Cádiz dos veces: la primera el catorce de Abril para nombrar Maestro de novicios al Padre Ignacio de Triana y proveer otros cargos que se hallaban vacantes. La segunda fué el 7 de Noviembre para deliberar sobre el decreto del Papa Inocencio XII que abolía la elección de los discretos en los conventos de España, substituyéndolos con los PP. graves de cada Provincia; y la Definición ordenó que el dicho Breve se copiara en el libro de los decretos Provinciales, donde puede verse, Lib. 1.º pág. 45. En este año murieron los religiosos siguientes:

Sucesos de
1693.

Fr. Antonio de Oviedo, en Marchena; P. Leandro de León, en Alcalá; Fr. Blas de Granada, en el Castillo; Padre Diego de Estepa, en Antequera; Fr. Gregorio de Medina, en Cádiz; P. Buenaventura Luis de Sevilla, en Sevilla; Fr. Matías de la Roda, en Jerez; Fr. Nicolás de Rentería, en Sevilla; P. José de Ica, en Nápoles: éste P. fué elegido Custodio general para el Capítulo anterior, y estando en Roma le dieron una comisión para el convento de Nápoles donde falleció santamente.

Año 1694: Llegó el año mil seiscientos noventa y cuatro, y con él la noticia, de que el V. P. Fr. Juan de Utrera predicador y misionero apostólico, que á impulsos del amor de Dios y del próximo había pasado con las debidas licencias á trabajar en la reducción de los infieles de los

Id. de 1694.



Llanos de Caracas, había fallecido; pues, habiéndose empleado con infatigable celo en reducirlos, catearlos y administrarles el Bautismo, ejecutó con muchos; estos ingratos, al conocer el bien que les hacía, le dieron un mortífero veneno, á cuya virulencia estuvo algunos meses padeciendo intensísimos dolores, que lo atormentaron con un cruelísimo martirio, que toleró con invicta fortaleza. Desconoció la causa de su padecer no predicarles á los agresores, mandóles la gravedad del delito, que cometieron, para que conociendo se arrepintiesen de su culpa y pidiesen á Dios perdon de ella, para que se donase. Llegóse á agravar, y repitió muchas veces las palabras de Jesu nuestro soberano Maestro: *Paterce illis, quia nesciunt quid faciunt,* su espíritu en manos de su Criador, dejando gran fama de santidad y señales de su predestinación.

El V. Padre
Utrera.

Su martirio.

En Abril de este mismo año tuvo lugar en la Provincia las elecciones en la siguiente tabla del título provincial celebrado en Sevilla el 30 de Abril de 1694.

Provincial

M. R. P. Felix de Cabra

Definidores

R. P. Francisco de Luque

„ „ Gerónimo de Baeza

„ „ Diego de Albacete

„ „ Francisco de Lumbreras

Capítulo.

www.Custodios.com.cn

R. P. Diego de Valvanera	1.º	Elecciones .
no consta el	2.º	

Secretario de provincia

R. P. José Manuel de la Laguna

Guardianes

R. P. José de Lucena	Sevilla
„ „ Diego de Málaga	Granada
„ „ Diego de Córdoba	Antequera
no consta el de	Málaga
„ „ Isidoro Antonio de Ardales	Jaén
no consta el de	Andújar
„ „ Dionisio de Baeza	Castillo
no consta el de	Ardales
„ „ Gabriel José de Sevilla	Alcalá
„ „ Agustín de Iznajar	Córdoba
no consta el de	Ecija
Idem el de	Vélez
Idem el de	Sanlúcar
R. P. Juan de Baza	Cabra
„ „ José de Sevilla	Cádiz
no consta el de	Motril
„ „ Bernabé de Granada	Marchena
no consta el de	Ubrique
„ „ José de Sevilla	Jerez

El mismo año en que se celebró este capítulo, murieron los religiosos que á continuación se expresan: P. Francisco de Amberes, en Sevilla; Fr. Antonio de Salvatierra, en Jaén; P. José de Valmaseda, en Sevilla; P. Antonio de Amberes, en Sevilla; Fr. Juan de Baeza, en Andújar; Fr. Luis del Castillo, en Córdoba; Padre Diego Francisco de Sevilla, en Cádiz;

Difuntos.



www.P.Francisco.de Trigueros, en Sev:
P. Francisco de Villanueva, en Ja
Fr, Antonio de Montemayor, en Cón
ba; Fr. Alejo de Olivares, en Sevilla
el P. Eusebio de Granada, en Gran
Este varón apostólico fué á las misio
de Guinea y Sierraleona, y después
haber trabajado mucho por la salvac
de las almas, volvió á la provincia, d
de tuvo los cargos de Guardián del c
vento de Granada y custodio gene
Después de él murieron en el mismo
los Venerables y apostólicos varones
dre José de Carabantes y Pablo de Cá
cuyas vidas esmaltadas de preciosísim
virtudes ponemos á continuación.

Un misionero.





CAPÍTULO XXIII

Vida del V. P. José de Carabantes

La vida de este gran siervo de Dios la escribió el licenciado D. Diego González de Quiroga, titulándola *El Nuevo Apóstol de Galicia*, y fué impresa en Madrid, *Oficina de la Vda. de Melchor Alvarez*, el año de 1698: y de ella y de datos muy preciosos que conservamos en nuestro archivo Provincial, vamos á entresacar lo necesario para tejer aquí la biografía de nuestro glorioso P. José.

Nació este Venerable capuchino en Carabantes, pueblecito pequeño de la provincia de Soria, perteneciente al Obispado de Osma, en el día 27 de Junio de 1628; sus padres se llamaron don Bartolomé Velázquez y D.^a Anastasia de Fresneda, los dos ilustres por su piedad y su nobleza. Siendo muy niño tuvo la desgracia de perder á su padre, y desde entonces tomó á su cargo la Madre educar á su José, y criarle en el temor santo de Dios de lo cual pende muchas veces la salvación ó condenación eterna de los hijos. Lucióle á ella el trabajo, pues en el corazón del niño se imprimían como en blanda cera los consejos y doctrina de su madre, la que

Sus padres y patria.



Su educación. para conseguir con toda perfección su intento lo puso bajo la disciplina de un maestro en la Villa de Deza para que lo enseñara á leer, escribir y contar.

Sus estudios. Terminada la instrucción primaria lo envió su madre á la ciudad de Soria, á estudiar la gramática latina, previniéndole con todo lo necesario para lo temporal y con saludables dictámenes para el espíritu. Allí brilló tanto nuestro José por su aplicación, su piedad y frecuencia de sacramentos, que sus discípulos le llamaban comúnmente el *Santico*. De Soria pasó á Zaragoza á continuar su carrera, y en esta ciudad redobló su aplicación al estudio y ejercicios de piedad, haciendo amorosas visitas á la Virgen Santísima en su milagrosísima Imagen del Pilar, ante la cual es fama que hizo voto de virginidad y se consagró de nuevo á su servicio.

Su vocación. Estando él en Zaragoza, enfermó gravemente la madre de nuestro José, y él voló á su lado, para recoger su último suspiro, y con él los últimos consejos y amonestaciones. Muerta su madre, volvió á Soria para continuar allí sus estudios, hasta que inspirado del cielo determinó consagrarse á Dios en el estado religioso; y para que esta elección fuese en perfecta conformidad con la voluntad de Dios, se preparó con ayunos rigurosos y otros piadosos ejercicios, de los que sacó resolución firmísima de entrar en la Religión capuchina.

Tomada esta resolución, desde Soria, de se hallaba, pasó á Zaragoza á pe- Su noviciado.
el hábito capuchino al M. R. Padre José de Graos, Provincial entonces la santa provincia de Aragón, el d, examinándole, y precediendo las más formalidades que estila la Reli- n, le dió su patente, asignándole por vto donde había de pasar el año la probación, el de la ciudad de Ta- ona. Era Guardián allí el R. Padre . Miguel de Albaláte y Maestro de vicios el P. Jerónimo de Zaragoza, os cuales entregó los despachos para recepción; y después de leídos, y he- os los preparativos que el caso re- ría, le vistieron el hábito capuchino. dice el autor de su vida el día eu : tomò el hábito este siervo de Dios; omo no tenemos á la mano otros li- s en que poderlo averiguar, lo pasa e por alto, lo mismo que el día de su fesi3n, la que hizo después de haber ado loablemente el santo noviciado, ficando á la comunidad con su mu- fervor.

Ya profeso, lo enviaron al convento Borja, y de allí á Huesca, donde fué y favorecido de Dios en la oración, á ue dedicaba todo el tiempo que le aban libre sus precisas ocupaciones. Huesca pasó á estudiar filosofía y teo- la al convento de Calatayud, y en am- facultades salió aventajadísimo, pues los años que allí moró no perdonó Su vida reli- giosa.
cajo ni medio alguno para enriquecer



www.eshort.com.cn
Sube al sacer
docio.

su alma de ciencias y de virtudes, las que le condujeron por sus pasos contados al sacerdocio. Tampoco dice el autor de su vida cuándo recibió los Sagrados Ordenes este siervo de Dios; y así solo sabemos de él que apenas subió al sacerdocio sintió que le devoraba el celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Ordenado de sacerdote, los Prelados pusieron los ojos en él, para el desempeño de los más árduos y difíciles cargos de la orden; pero este humildísimo siervo de Dios los rechazó con tan eficaz resolución, que nunca pudieron conseguir que los aceptase; pues tenía presente que estos cargos son una durísima carga, recordaba la estrechísima cuenta que por ellos tienen que dar al soberano Jefe de los superiores.

Su vocación á
las misiones.

Sentíase llamado interiormente nuestro P. José al ejercicio de las misiones y tenía ansias por convertir los infieles al cristianismo y los malos cristianos mejor vida. Llamábale Dios á este santo ejercicio, y él en su profunda humildad creía no tener ciencia ni virtudes para tan alto ministerio; otras veces dudaba de si Dios le llamaba á convertir pecadores en la cristiandad, ó á conquistar almas entre infieles; y dudoso de si eran verdaderas ó engañosas aquellas ansias que en su corazón sentía, consultó á sus superiores más aventajados condiscípulos, y éstos le contestaron que desechase dudas y formase resolución firme de emplearse en el alto y provechoso ejercicio de la mision.



sión, ofreciéndose á seguir en sus huellas, hollando todas las dificultades y contradicciones que en negocio tan árduo precisamente se habían de padecer. Algo aseguró esta respuesta y el propósito de sus discípulos á nuestro Fr. José; pero, no obstante, aun navegaba el bajel de su ánimo entre las ondas inquietas de ambigüedades y recelos; y así, para salir con más segura brevedad al puerto feliz de la última determinación, consultó por escrito á la Venerable Madre Sor María de Jesús de Agreda, oráculo de su siglo, cuya vida, prodigios, santidad y doctrina, son todavía asunto grande á la admiración del Orbe. Recibió aquella santa religiosa el manuscrito, y leída la carta del siervo de Dios, le remitió en respuesta la que sigue:

Consulta sus dudas.

Jesús, María

Mi Padre Fray José de Carabantes

Sea el Altísimo en su alma de V. Paternidad, y comuníqueme sus dones con liberal mano. He visto por la carta de V. Paternidad los buenos deseos que tiene de la salvación de las almas, de que me he consolado mucho; y le suplico los ejecute, ayudándolas con todas sus fuerzas, pues son precio de la Sangre de Cristo, Nuestro Señor, redimidas con su pasión y muerte; y el ejercicio más grato á los ojos divinos, es procurar la justificación de las almas. Y sabido que este es el mejor empleo, resta lo que V. Paternidad duda, que es el modo, y si en

Respuesta de la M. Agreda.



España ó ir á tierra de Infieles. Esta elección, para que sea más segura y de mayor consuelo y acierto de V. Paternidad, conviene sea por la obediencia de los prelados inmediatos: V. Paternidad hable al que mejor le oiga, y con más llaneza le descubra su pecho; dígale las ansias y deseos, y si el trabajar por el bien de las almas quieren sea en España; y si dijeren que sí, admítalo V. Paternidad ó en tierra de infieles; y yo le ofrezco á V. Paternidad de suplicar al Señor les de luz, para que ordenen á V. Paternidad lo que sea más de su gusto. Y si no consiguieren ir á tierra de infieles, crea que por acá hay hártá necesidad de ayudar á los fieles y desengañarlos, que la naturaleza humana es grosera y olvida los beneficios recibidos, y no obramos como debemos. V. Paternidad amoneste á la observancia de la ley de Dios, y á mí me encomiende á su Majestad, que lo he menester mucho. Guarde el Señor á V. Paternidad, etc. En la Concepción Descalza de Agreda á primero de Octubre de mil seiscientos cincuenta y seis. Sierva de V. Paternidad: Sor María de Jesús.

P. D. V. Paternidad encomiende á Dios muy de veras algunas necesidades de almas, y suplique á Dios no le ofendan.

Resolución
del P. José.

Con esta carta que recibió nuestro Fr. José, quedó interiormente transformado, pues al instante que leyó su contenido, despidió de su corazón los recelos, des-



echò dudas, serenó su ánimo, pacificó su espíritu; y convertido del estado de la perplejidad al de la determinación, se fué á confirmar en su buen propósito á sus hermanos y carísimos condiscípulos, alentándolos á la gloriosa conquista de las almas de los infieles y bárbaros, si se lo concedían; y si nó á la reducción y conversión de los fieles, declarándoles los medios por donde Dios le había manifestado su voluntad, y que se hallaba mudado en otro hombre, pudiendo asegurar que había sido esta mutación obra de la mano del Excelso.

Su propósito.

CAPITULO XXIV

Trabajos de nuestro V. en América;
y dos viajes que hizo,
uno á Madrid y otro á Roma.

No contribuyeron poco á la determinación que tomó nuestro José de pasar á Indias las conversaciones que tuvo con los PP. Lorenzo de Magallón y Lorenzo de Belmonte, capuchinos aragoneses de los que el V. Francisco de Pamplona condujo á la isla de Margarita y Cumaná el año 1650. Dichos Padres volvieron á España, viendo su misión suprimida por un real decreto, y vinieron á defender su honra villanamente calumniada por mercaderes sin conciencia, ante el Supremo Consejo de Indias,

Desea ir en
tre infieles.



Logra sus deseos. y lo que hicieron tan satisfactoriamente para el Rey, que mandó su Majestad de acuerdo con el Nuncio de Su Santidad que pasasen á Cumaná seis misioneros de la misma provincia de Aragón.

En virtud de esta orden, dada el año de 1657, fueron nombrados los padres Lorenzo de Magallón, Lorenzo de Belmonte, Francisco de Tauste, Agustín de Frías, nuestro P. Carabantes y Fray Miguel de Torres, religioso lego, los cuales marcharon á Madrid para recibir instrucciones. Entretanto se daban estas, el P. José aprovechó la ocasión para predicar en Madrid y en otros pueblos de la diócesis de Toledo, en los que recogió mucho fruto. De allí continuó su viaje hasta Sevilla y Sanlúcar de Barrameda, donde se habíau de embarcar para la América, en los galeones próximos; pero viendo el Prefecto P. Magallón que se dilataba la salida, dispuso que en un navío que hacía viaje para las costas de la Provincia de Cumaná, fuesen delante el P. José con los PP. Antonio de Frías y Francisco de Tauste, porque el capitán de dicha nave quiso llevarlos de limosna. El viaje fué feliz, hasta que llegaron á las costas de América, donde los acometió una furiosa borrasca, en la que estuvieron á punto de naufragar, y de la cual se libraron milagrosamente, gracias á las oraciones de nuestro varón apostólico. Por fin llegaron libres á tierra el día siete de Septiembre, y conociendo que por entonces no era posible entrar en

Se embarca para Cumaná

las tierras de los indios infieles, en el ínterin que llegaban los demás religiosos de España, les pareció conveniente hacer misiones, predicando y confesando en las ciudades y pueblos de aquellas costas. La primera que logró los influjos benéficos de su apostólica doctrina, fué la ciudad de Cumaná, noble, rica y populosa, y en ella hicieron ingreso feliz sus luces, desterrando sombras oscuras de vicios, nieblas densísimas de engaños y caos profundos de ignorancias.

Su llegada á América.

Prosiguió con sus compañeros la obra empezada, persuadiendo tanto con el ejemplo de su vida seráfica, como con la eficacia de su doctrina apostólica; y por no estar habituados los oídos de los ciudadanos á oír tan claras las verdades, hicieron en ellos tal armonía que parecía Cumaná segunda Nínive; pues no quedó de todos estados persona alguna que no hiciera penitencia áspera, no sólo en lo oculto de sus corazones, sino en lo público de las calles, regándolas de lágrimas. De Cumaná pasó á Caracas, entrando en ella con la misión gran cúmulo de las dichas espirituales, pues no quedaron menos aprovechados que los de Cumaná en el alma, antes sí compitio su arrepentimiento y dolor de haber ofendido á Dios, con el de los habitantes de aquella populosa ciudad, quedando una y otra transformadas de babilonias de vicios en paraíso de virtudes. Predicando en esta ciudad, dijo que Dios justísimamente indignado los quería cas-

Predica en Caracas.



www.librol.com.cn
Predice un castigo.

tigar con una peste, ya por dar antes á los convertidos el premio de arrepentimiento; ya porque los codos se ablandasen y se redujesen en tenacia. Dijo sin duda con espíritu fético, porque al poco tiempo in se el aire, y empezó la peste á castragos; pero el cielo piadoso, conociéndose, ya que no de los cuerpos las almas, dispuso que llegaran en á Caracas seis religiosos capuchinos de la Provincia de Andalucía, y se pusiesen en proporción para asistir con el venerable Padre y sus dos compañeros apestados. Dedicáronse á este ejercicio con la solicitud de María, espíritu de María, cuidando de la salud de los cuerpos y de la salvación de las almas. Administraban los sacramentos, ayudaban en las últimas horas, y multiplicaban la caridad, pero no hubiese afligido á quien faltase el alivio de su asistencia. Y siendo á los muertos del pestilente contagio, moraron de cinco mil, ninguno de los religiosos padeció sus fatales impresiones, ni aún les dolió la cabeza; premio de su celo fervoroso y caritativo.

Caridad de los capuchinos.

Terminada la peste los religiosos fueron á convertir indios infieles, con el fin con que habían ido á las islas, sabiendo nuestro venerable Padre que los Caribes eran los más feroces de todos los indios, y aun más crueles que las fieras, eligió la paraisos que ellos habitaban. Apenas tocó

Predica el P. José á los caribes.

planta la tierra de los caribes, éstos humanos irracionales, como verdaderos antropófagos lo prendieron, y algunos días le estuvieron alimentando y cebando, para trincharle y hacer plato de su cuerpo; pero al ir á ejecutar su intento de darle muerte, le hallaron asistido y cercado de personajes de tanta majestad valor y respeto, que no se atrevieron á descargar el acero sobre su inocente vida, antes atónitos desistieron del propósito, venerándole y amándole desde entonces con singularísimo afecto; y refiriendo después ellos mismos este suceso, uno que lo vió afirmaba que eran Angeles los que estaban en su defensa.

Peligros que tuvo entre ellos.

Viéndose el venerable Padre por disposición del Altísimo ya libre de este peligro, cobró en su espíritu más alientos, concibiendo cierta seguridad de ser la voluntad de Dios, que trabajase fielmente en la reducción de aquella gente ferroz; creyendo que quien le había sacado victorioso en el primer encuentro, quería que continuase la pelea, tomando á su cargo el coronarle de triunfos. Pero como sin medios no se camina al fin y este, para conseguirse, los requiere proporcionados; y el principal para el buen logro de su celo era predicar de suerte que le entendiesen, y que ellos le hablasen en idioma que él no ignorase, se resolvió á estudiar y aprender radicalmente la difícil lengua de aquellos bárbaros, tomando por maestro al retiro y á la incesante tarea, y así, á fuerzas de trabajos inde-

Aprende aquella lengua.



Escribe su vo-
cabulario.

cibles adquirió tan perfectamente el venerable Padre la inteligencia de esta lengua, que escribió una gramática para aprenderla y enseñarla, y un vocabulario para la significación de las palabras. En el mismo idioma escribió sermones. que en su vuelta á España dejó, juntamente con el vocabulario y arte que compuso, á su compañero el P. Fray Francisco de Tauste, quien lo hizo imprimir todo en Madrid, no con el nombre de su verdadero autor, sino del sujeto á quien se entregaron los papeles, por que el V. P. era tan sumamente humilde, que no pretendía en sus estudios el aplauso propio, sino el provecho ajeno; y para que mejor se vea su desinterés, añadiremos aquí que buscó una limosna para la impresión de dichos papeles suyos, que se publicaron con nombre de otro.

Escribió un
catecismo.

Tanto trabajo, desvelo y solicitud le costó al P. José aprender este dificultísimo idioma, que solía él mismo asegurar muchas veces haber estado á riesgo de perder el juicio; pero con el auxilio divino consiguió el fin glorioso que deseaba, con admiración y pasmo de los mismos naturales, que á una voz confesaban no saber ellos tanto de su lengua como el V. P.; y decían la verdad, porque ellos no sabían contar de veinte arriba, y el siervo de Dios en su arte les enseñó á contar todo lo que alcanza el guarismo. El fué el primero, que en aquellas tierras escribió el catecismo en

la lengua de los caribes, y muchos himnos y canciones en alabanza de Dios, de la Virgen Santísima y de otros santos. Viéndolo, pues, los naturales tan afable y tan inteligente en su lengua, olvidados de su natural instinto y propensión á la crueldad, convirtieron el odio y aversión en adoraciones respetuosas y amantes, siendo el V. P. la piedra imán de aquellos corazones propiamente de hierro.

Compones
himnos en
caribe.

Habiéndose internado una vez en los bosques, acertó á llegar á unas fragosas montañas, muy remotas del lugar donde vivía el siervo de Dios; encontró en ellas un Capitán llamado Mazpato, el cual le recibió con agasajo; y después de haberle regalado, le quiso el siervo de Dios pagar en buena moneda el hospedaje; por lo que le preguntó, si en su país recibirían la predicación y fe de Cristo, que ignoraban? Aunque extrañó el bárbaro la pregunta, no le desagradó la proposición como se infiere de su respuesta. Padre, le dijo, no soy el señor de aquellas gentes; pero por darte gusto, (pues lo mereces) lo propondré á mi Príncipe, y de lo que sucediere te avisaré sin falta. Cumplió, aunque infiel, su palabra, y enviándole un propio, le notició que su Príncipe y los vasallos le esperaban, señalándole el día en que había de hacer su entrada. Algunos indios ya convertidos, temiendo no le sucediese alguna adversidad, le acompañaron, porque quisieron, no porque el siervo de Dios recelase el menor riesgo, ni se lo pidiese. Partióse

Recorre toda
la región.



Convierte á un rey sueldo

veloz á desahogar el incendio, que en su corazón, comunicándolo á tantos como esperaban su ida, la que el día señalado. Salieron á recibir el Príncipe con sus vasallos, con el honorífico que ellos acostumbran y con los otros Príncipes, cuando vienen á ver. Oyó el cacique con gusto la proposición de sus deseos, y descendió á su súplica, dándole licencia para predicar en las tierras de su dominio. Estrenóse el Padre declarar al Príncipe y á sus vasallos presentes los principales misterios de nuestra salvación, el premio con que remunera Dios los méritos de los buenos en la gloria, y el castigo con que toma satisfacción su justicia por las culpas de los malos. Así y gustosos le escuchaban todos, pendientes de sus palabras, admirados de su modo, dulzura y doctrina, que logró ganarlos pronto para Dios.

En otra ocasión en que se hallaba el V. P. bien entretenido con los indios catequizándolos é instruyéndolos, cuando de repente oyó un gran ruido que á su parecer era de tempestad ó terremoto. Levantáronse los indios á clamar con voces compasadas y lastimosas, diciendo que su desdicha, y el caritativo Padre les preguntó la causa, á que respondieron con lágrimas, que su desconsuelo se originaba de ver que un ejército formidable de langostas venía sobre los campos para talar y destruir los frutos de los sembrados. Tan espesos nubaban

Plaga de langostas.



formaba en el aire este ejército voraz, que antes de llegar á la población de los indios, obscurecían el sol. Quiso la fortuna ó por mejor decir la providencia, que asentasen sus reales en unos montes dilatados y circunvecinos aquella noche, en la que el V. P. consoló á los indios y los exhortó á que madrugasen todos para oír una misa de Ntra. Sra., á fin de que por su intercesión los librase de aquella plaga, parecida á la de Egipto. Juntáronse en la Iglesia y acabado de celebrar el incruento sacrificio, salió él en procesión con todos ellos, cantando las letanías de Ntra. Sra; cuando, (ó caso prodigioso!) apenas las acabaron, levantó con estruendo horroroso el vuelo aquel ejército formidable, y dirigió su marcha á parajes bien distantes. Los indios, viendo tan evidente prodigio, se mostraron agradecidos á Dios, alabándole, glorificándole y reconociendo la eficacia del patrocinio de María Santísima.

Prodigio del
P. Jose.

Quando iban tan prósperos los sucesos de la misión, agentes del dragón infernal hicieron cargo en Madrid ante el tribunal del Señor Nuncio á los misioneros, acusándolos de que eran apóstatas, y de que como tales vivían fuera del gremio de la religión sin legítimos despachos. El Nuncio exigió que volvieran á España algunos á defender su causa; y convinieron todos los Padres de la misión en elegir al venerable Padre Carabantes, para que sosegase con su venida á España, la tempestad que había concitado el demo-

Son perseguidos los PP.



El Padre José
vuelve á Es-
paña.

www.librocolegio.com

nio contra los copiosos frutos de la misión. Embarcóse, pues, para España en tiempo de invierno, padeciendo deshechas tempestades y tormentas de las que le libró la providencia. Desembarcó en Cádiz, y pasó sin detenerse á Madrid, exhibiendo ante el Sr. Nuncio despachos originales de la sagrada Congregación de propaganda Fide, con los del Señor Nuncio Rospillosi, su antecesor, y las patentes y obediencias de sus prelados seráficos; y para mayor y más abundante justificación, los despachos del Consejo Real de Indias. Alegato tan convincente de la malicia de los acusadores y de la inocencia de los acusados fué este, que el señor Nuncio, conociendo ésta, quedó gustoso, y advirtiendo aquélla, quedó escandalizado. Dió la bendición al P. José para sí, y los otros misioneros, prometiendo hacer justicia y defenderlos siempre, con lo cual el V. P. muy consolado, se despidió de su Iltna. y tomó el camino para Cádiz, donde se embarcó en un patache de la armada real llamado Margarita, algo maltratado y por esto poco seguro, si la confianza que el venerable Padre tenía en Dios, no le perrechase contra los peligros. A pocas leguas de la bahía de Cádiz, acometió de improviso á las naves un huracán tan furioso, que á breves lances encalló la que llevaba al V. P. desde la proa hasta el árbol mayor. Viéndose el capitán y los tripulantes en lo humano sin remedio, dijeron: P. Fr. José, pues todos

Torna á la
Misión.

cuantos vamos en este patache, parece-
mos sin remedio para la vida temporal, Peligros en el mar.
usando de su celo y caridad, ayúdenos,
para que consigamos la eterna, confe-
sándonos. Todos á voces se confesaron
públicamente, de lo que gustoso el apos-
tólico varón, después de absolverlos, di-
jo en alta voz: Señor Capitán, no tema
el naufragio, que no le padeceremos, an-
tes nos libraremos de él por intercesión
de la Virgen Santísima, Señora Nuestra:
y rezando devotísimamente las letanías
de la Virgen, de repente desencalló el
bajel y se puso á flote, quedando todos
libres milagrosamente.

Raro y estupendo suceso, digno de
grabarse en el bronce, para testigo in-
mortal del patrocinio de María Santísi-
ma y de la fe y devoción cordialísima
del V. P.; pero ya que no el bronce, el
lienzo dió auténtico testimonio en Ma-
drid de esta piodosa maravilla; pues se
envió pintada á la Corte, con la relación
de que otros bajeles más fuertes de la
Real Armada, se fueron á fondo.

Cuando llegó á la misión, recibieron
al venerable Padre sus hermanos y com-
pañeros con el júbilo que se puede dis-
currir, y no es fácil expresar, y más quan-
do refirió por extenso todos los lances y
estratagemas de sus adversarios, y los
medios con que la virtud del Omnipoten-
te los había confundido, y á la misión ha-
bía sacado victoriosa. Cuán gozosos y ad-
mirados se quedaron aquellos religiosos
con la feliz narración del Venerable Pa-

La Virgen lo
libró de ellos.



Vuelve á los
caribes.

dre, lo expresó su devoción, alabando á nuestro buen Dios, á su Santísima Madre, y á su amantísimo Padre San Francisco, por haberlos dejado en pacífica posesión de su ministerio apostólico, contra las astucias engañosas del abismo.

Separáronse los dichosos misioneros, yendo cada uno al lugar de su cultivo; y el venerable Padre volvió otra vez á los Caribes no perdonando á trabajo ni adversidad, por atraerlos y reducirlos. Venerábanle tanto, que si algunos indios se ausentaban de las poblaciones para no volver, al instante que el venerable P. les enviaba á decir que viniesen, lo ejecutaban; porque le reconocían, y veneraban como si fuese su rey, le querían y amaban como á su padre y así, cuando les propuso que diesen la obediencia al Rey de España, no hubo indio que mostrase repugnancia, que es bastante ponderación, dada la natural oposición, que reinaba entre caribes y españoles.

Para poner en práctica la proposición admitida por los indios, juntó los más principales y de más suposición, y con ellos se fué á la ciudad de Cumaná, á cuyo Gobernador dieron ellos por sí y por los de su nación la obediencia al Católico Monarca con la siguiente ceremonia: Abrieron un hoyo profundo en la tierra, y rompiendo un arco, lo sepultaron con muchas flechas en el hoyo; y al cubrirle y terraplenarle, dijeron todos: Ya queda acabada la guerra entre los caribes y españoles. El Gobernador los

Los hace súbditos de España.

agasajó mucho, y el siervo de Dios se volvió con ellos, dando á la divina piedad repetidas gracias de tan no esperada dicha. Ceremonia memorable.

Por entonces, es decir, el 7 de Enero de 1666, fué nombrado Prefecto de aquella misión el V. P. Pedro de Berja, según consta en los Decretos de esta Provincia, y éste reunió á los demás PP. que componían aquella misión seráfica, para consultarles si sería conveniente proponer á los Príncipes ó Caciques de las naciones ya convertidas á la fe de Cristo, que diesen la obediencia á su Santidad y á la Iglesia Romana, enviando por embajador uno de los PP. que diese al Papa relación exacta é individual de los progresos de la misión y del fruto conseguido el tiempo que en ella se habían ejercitado. Aprobado por todos el pensamiento, con mucho júbilo y aplauso por parte de los caciques, estos eligieron para que fuese a Roma al venerable Padre; tanto los príncipes convertidos, como el Padre prefecto de la misión, le entregaron los despachos necesarios para ejercitar el cargo de Embajador, que aceptó el P. José por obediencia, y se despidió de todos con recíprocos sentimientos.

Partióse el venerable Padre, después de tan tierna despedida y empezó feliz su navegación, aunque no le faltó el ejercicio de repetidas tormentas, ni el de peligros de piratas, que con superiores fuerzas intentaron cautivarle; pero como era el norte de su navegación la santa

Es enviado á
Roma el P.
José.



Trabajos que padeció. www.Historia.com obediencia, y el motivo era el de darla á la apostólica silla en nombre de diferentes principes, provincias y naciones; salió de toda especie de riesgo dichosamente triunfante. Desembarcó en Cádiz y para recobrar el vigor perdido, se detuvo algunos días en dicha ciudad. Así que se sintió más esforzado, dirigió su viaje á la de Sevilla, en donde fué muy obsequiado por el Illmo. Señor D. Antonio Payno, Arzobispo entonces de la Metrópoli. De Sevilla pasó á Valencia á buscar embarcación para ir á Roma; y dió-sela gustoso el Señor Marqués de Astorga, que iba por embajador del Monarca católico á la Corte Romana admitiéndole en su Galera Capitana. Desembarcó en el Puerto de Liorna, desde donde caminó á pie hasta llegar á aquella santa ciudad, que es Metrópoli del Orbe.

En ella dispuso con brevedad las cosas de tal suerte, que su Santidad, atendiendo al piadoso motivo y causa de su venida, mandó que se juntasen los Eminentísimos Cardenales de la Congregación de propaganda Fide, y en presencia de tan Venerable Colegio, hizo en idioma latino un discurso elegantísimo, narrando los trabajos de la misión, y el objeto de la embajada. Después lo recibió su Santidad en audiencia formal, y besándole el pié en nombre de cinco Reyes ó Caciques, dióle la obediencia de palabra y por escrito, en la forma

Llega á Roma siguiente: Beatísimo Padre. Repetidas gracias damos y deseamos se den á



nuestro Dios y Criador, por habernos comunicado misericordiosamente la luz del evangelio, por medio de los padres capuchinos, que al presente tenemos en nuestras provincias, sacándonos de las grandes y notables ignorancias; pues aún los que entre nosotros, parecían tener mayor capacidad, nunca había llegado á conocer que después de esta vida hubiese otra inmortal y eterna, ni quién sea el Criador de cielo y tierra... pero ya fué Nuestro Señor servido de usar de su infinita misericordia con nosotros pobres, enviándonos ministros, que también lo son, y no buscan más que nuestras almas, por cuya conversión andan sedientos, discurrendo los montes y des poblados por causa de los indios de nuestras naciones, que viven por los desiertos, sin la comodidad y política de las poblaciones; más por el favor divino tenemos ya algunas, y en ellas la asistencia de los padres capuchinos; los cuales con indecible trabajo y con sus mismas manos han fabricado nueve Iglesias donde se dicen misas, y se frecuenta el culto Divino. Y para obligarnos á dejar los desiertos y nuestras bárbaras costumbres nos han ayudado á hacer nuestras casas en forma de poblaciones políticas. Entre otras cosas nos han enseñado, que vuestra Santidad está en lugar de Dios, y que como á Vicario suyo, le debemos dar la obediencia y estar á ella sujetos, lo cual nosotros abrazamos muy gustosos; y así

Su embajada.

La da en nom
bre de 5 reyes.

Gozo de Su
Santidad.

desde aquí, con todo rendimiento del corazón y del alma, la damos y ofrecemos para siempre; y conformes todos los caciques y señores de estas provincias, besamos los pies de vuestra Santidad, y le suplicamos se compadezca de la salud de nuestras almas y nos encomiende á Dios. En fe de todo lo cual hicimos escribir esta, que va con uno de los Padres, que nos han doctrinado, y la hicimos firmar con nuestros propios nombres en estas nuestras Provincias de Amaná, Guacharo y Acarigua, de las Indias Occidentales, en diez días del mes de Abril del año de mil seiscientos sesenta y seis.

De Vuestra Beatitud, humildes siervos y obedientes hijos que sus pies besan, Domingo Cacique de la Nación Azagua; Gaspar Cacique de la Nación de los Tapiés; Macario Cacique de la Nación de los Corés; Esteban Cacique de la Nación Cayma; Cristóbal Cacique de la Nación de los Caribes.

Regalos que
hizo al P.

Hízole Su Santidad muchas preguntas y le dió una grande cantidad de reliquias, pastas de Agnus ricamente adornadas, y mucha cantidad de medallas y rosarios para que se repartiessen entre los Reyes convertidos y entre sus vasallos, y con esto se despidió nuestro P. José. Dejó éste á Roma, y dando principio á su viaje le prosiguió á pie hasta Liorna; aquí se embarcó en un buque pequeño, y á vista de Génova se levantó una recia tempestad, de la cual solo la Omnipoten-



e pudo librar, convirtiéndose en segu-
l el peligro. Llegó á Génova, en cu Vuelve á Es-
uerto se hallaba un navío de Olan- paña.
el capitán lo llevó de limosna con-
naciéndole el gasto el tiempo de la
arcación, de todo lo necesario, por el
ordinario afecto que cobró al siervo
Dios, sin cuya amable compañía no
allaba ni un instante. Diéronse á la
con próspero viento; pero á breve
divisaron una fragata de moros, y
navíos corsarios de estos bárbaros,
cercaron el bajel en que iba el ve-
ble Padre, por todas partes, para
sarlo. Destituídos se hallaban de re-
fio humano, pero no del celestial, que
tan imprevisto y oportuno en forma
niebla espesísima, que á dos pasos no
eían unos á otros; y así sin saber co-
se escaparon de entre las manos de
enemigos; y aunque dos navíos de
s fueron persiguiendo el bajel en que
el siervo de Dios, no le pudieron
sar ni rendir, porque tomando puer-
uno de los del obispado de Alme-
encontró en él la seguridad, y con
lo que se dirá en el capítulo si-
nte.

Desembarca
en Almería.



CAPITULO XXV

Misiones que hizo el V. P. Carabantes en Andalucía, Galicia y Navarra, hasta que se agregó definitivamente á esta Provincia Bética.

Predica en Granada.

Apenas puso nuestro P. José los pies en Almería, se dirigió á Sevilla para ponerse á las órdenes de nuestro Padre Provincial, que era su Prelado legítimo; por ser Comisario de las misiones de América. Detúvose algunos días en el convento de Granada donde predicó algunos sermones que lo hicieron célebre en la ciudad y extendieron su fama por las provincias limítrofes.

Lo piden en Málaga.

Las intenciones y deseos de nuestro venerable P. eran volver á Venezuela, para seguir sus tareas apostólicas entre los indios; pero estando él en Sevilla, recibió nuestro P. Provincial una carta del Ilustrísimo Señor Obispo de Málaga, en que le decía se sirviese enviarle al Padre José de Carabantes con otros cuatro, para que hiciesen Misión en todo su Obispado. Respondió á su Ilustrísima el Padre Provincial, diciéndole que el Padre Fray José se hallaba muy falto de fuerzas, por los continuados viajes, trabajos y fatigas que había padecido; y por lo



mo no podía apremiarle á que tomase su cargo esta Apostólica empresa; que, no obstante, se lo propondría, él aceptaba, se lo enviaría.

Envíalo el P. Provincial.

Comunicó el Padre Provincial con el venerable la pretensión del Señor Obispo, á lo cual respondió, que, que la falta de salud y fuerzas para poner grillos á sus deseos, que siempre habían sido la conversión de las almas; esperaba en la divina piedad le serviría en su antiguo vigor para emplearse en el ministerio Apostólico de las misiones, pues tenía algunas experiencias que la paternal Providencia del Altísimo le había favorecido en otras ocasiones, en que se quiso valer de su inutilidad, como de instrumento, para restaurar y reparo de muchas ruinas espirituales: y sobre todo, que como buen súbdito estaba pronto á lo que le ordenase el Prelado.

Designó el Padre Provincial al siervo de Dios cuatro compañeros aptos para que le ayudasen en el ejercicio de las Misiones, y entre ellos su hermano, el Padre Alonso de Carabantes, y lo envió con ellos á la ciudad de Málaga. Así que llegó el venerable Padre, se fué á tomar posesión del señor Obispo, que le recibió con extraordinario agasajo, y jubileo interior de su alma; pues en él veneraba ocultos los tesoros de la ciencia, y la virtud de Dios para redención de muchas almas, que gemían aherrojadas en las prisiones de la culpa. Ofrecióse el

Lo reciben en las palmas.



Disposición
del Sr. Obispo

venerable Padre con sus compañeros para que dispusiese de sus personas, según el arbitrio de su alta comprensión. Y el celoso Prelado determinó que empezaran las misiones de su Obispado por la ciudad de Málaga, pidiendo al siervo de Dios que descansase algunos días para dar principio á tarea tan importante y trabajosa. Con esto se retiraron al convento nuestro, que había en aquella ciudad, y en él se previnieron para salir á campaña armados de oración, penitencia, celo y doctrina.

Este fué el medio de que se valió la Providencia para detener al V. Padre en España y estorbarle que volviese á las Indias, aunque por entonces el siervo de Dios presumió que la misión de Málaga solo serviría de retardarle la vuelta á Venezuela; pero no de impedirselo para siempre. Publicóse la misión en la ciudad de Málaga, señalándose el día en que había de empezar en la santa Iglesia Catedral, la cual por su capacidad parecía más á propósito para los grandes concursos. Empezaron los sermones é hicieron tal impresión en los corazones cristianos, que los más empedernidos parecían blanda cera, que al fuego de la fervorosa predicación del venerable Padre y sus compañeros se derretían en ansias amorosas, obrando la divina gracia admirables conversiones, como se reconoció por las muchas y largas confesiones que se hicieron. Cuando estas camezaron, el Señor Obispo se puso á confesar, dando

Misión en la
Catedral

ejemplo á todos los eclesiásticos y consuelo especial á los misioneros, por lo que les favorecía. Este gran Prelado quedó tan pagado del trabajo de los Capuchinos, que costó su manutención y viajes todo el tiempo que gastaron en discurrir su Diócesis, predicando y reduciendo sus ovejas al aprisco del verdadero Pastor, logrando con su doctrina y ejemplos la extirpación de los vicios, nuevo plantel de las virtudes, y finalmente, la reforma general de las costumbres.

Sus grandes frutos.

Acabada la misión en Málaga pasaron á la villa de Casares, donde había una mujer poseida del demonio, y los espíritus que afligían á la miserable, empezaron valiéndose de sus voces, á exclamar, y á decir casi lo mismo, que refiere San Lucas que le sucedió á Cristo con aquel hombre endemoniado: Desdichados de nosotros, que vienen estos predicadores á quitarnos las almas, que teníamos por nuestras! Y todos los días, que duró la misión, decían por boca de la mujer: Hoy nos han quitado tantas almas estos traidores: hémos de matarlos! y así lo procuraron, pues algunos de ellos, llevados del fervor, trabajaban más de lo que les permitía su debilidad, y se inutilizaron en esta misión, por lo cual decían los demonios: Ya tenemos dos enemigos menos, y acabaremos con los demás! Así lo intentaron sus diabólicas astucias, maquinando cuantas trazas les dictaba su furor contra los misioneros, lo cual se conoció por un suceso admirable.

Pasan á Casares



La Villa de Casares está fundada
Frutos de la cima de un monte elevado, y la c
aquella misión. por una parte horribles despeña
habiendo llegado á uno de ellos,
cando la misión, el V. Padre, se d
allí; y de repente se levantó un to
no de viento tan impetuoso, que
eu el aire á D. Lucas Bustamante,
nigo del Sacro Monte de Granada
sionero que venía por la calle con
do al sermón; é impeliéndole el to
no con extraña violencia, dió cor
persona del venerable Padre con t
petuoso golpe, que era preciso qu
hos diesen eu un precipicio, hacié
mil pedazos, si Dios no hubiese
inmoble al venerable Padre, y m
me que una roca. Atribuyéronse t
otro, como perfectos humildes, la
dad del suceso y el motivo del pro
y prosiguieron la misión ante el p
que atónito los contemplaban.

Prodigios que
sucedieron.

Tal era la eficacia de los sermon
V. P. en esta misión, que la más r
obstinación se ablandaba y rendía
acentos. En comprobación de est
dad le sucedió al mismo canónig
Lucas de Bustamante, estar confe
á un pecador pertuaz una tarde, á
po que predicaba el V. P. y procu
el confesor disponer al penitente
darle la absolución, viendo que n
cía la obstinación de aquel hom
blandura, ni el rigor, ni las súplic
las amenazas, le dijo: *Suspendam*
ahora la confesión y oigamos el se



que está predicando Fray José. El asunto era el horroroso de las penas del infierno: aplicó el oído para percibir las voces, y fueron los ecos penetrantes saetas que le hirieron el alma, y de impenitente volvió convertido á los pies del confesor, y dispuesto á ejecutar sin repugnancia la penitencia que le impusiese.

Conversiones.

Pasó nuestro P. José á la ciudad de Marbella, con orden que les dió el señor Obispo de combatir en su predicación los dos vicios principales que reinaban en la ciudad, el primero de blasfemia y el segundo de impureza. Con el aviso que llevaba el siervo de Dios del Señor Obispo, publicó su misión, á la que acudió innumerable concurso, movido de la curiosidad; pero al oír el sermón con la conclusión de un fervoroso acto de dolor de haber ofendido á Dios, que duró más de medio cuarto de hora, todos quedaron movidos al arrepentimiento, llorando inconsolablemente y regando con penitentes lágrimas el pavimento del templo. Pasmado el párroco Arcipreste de la eficacia de la doctrina y de la conmoción interior del auditorio, decía que aquella energía apostólica en enseñar era muy conveniente para pequeños y grandes, y para él el primero, conociendo en el curso de la misión, tal reforma de costumbres, que cada día crecía su admiración, experimentando que se habían desterrado los dos vicios capitales referidos, que inficionaban la ciu-

Misión de Marbella.



dad. Así lo confesó también un mozo, á quien encontró el V. P. caminando á la villa de Gaucín, en compañía de su hermano el P. Fray Alonso de Carabantes, que le acompañó en las más de las misiones, que hizo en el Obispado de Málaga, diciendo: Ya cesaron los dos vicios, y yo que incurría en el de blasfemo, habiendo ejecutado la penitencia saludable, que me impuso el P. Fray Alonso, de hacer una cruz con la lengua en el suelo, cuando no me vieran, si llegaba á blasfemar, me veo libre, gracias á Dios, de tan pernicioso vicio. Regocijose el siervo de Dios, alabando su misericordia, que por medios tan suaves, sabe desterrar hábitos tan radicados y perjudiciales.

Misión de Gaucín.

En todos los pueblos que predicaba nuestro P. José era indescriptible la conmoción de las gentes, pero en el de Estepona cooperaron tan fielmente los corazones á las fatigas de su celoso espíritu, que en la mayor parte de los sermones, era el llanto tan clamoroso y continuo, que después de haberse bajado del púlpito, volvía á subir á él tres y cuatro veces para pedirles encarecidamente, que detuviesen la avenida de las lágrimas, porque le parecía que desahogándose la naturaleza de las afficciones del corazón por los ojos, era demasiado desahogo un llanto tan excesivo, que más se acreditaba de alivio, que de dolor.

Misión de Estepona.

Aunque fué copioso el fruto de todos los sermones de esta misión, excedió

en mucho, el que consiguió con el último, porque en él dijo el V. P., que se iba desconsolado, porque en aquella Villa ilustre quedaba condenada un alma: al oír esto algunos de los circunstantes, que se sentían con conciencia de pecado mortal, cada uno se preguntaba interiormente: Si lo dirá por mí? Y con el temor que les infundía la aseveración del siervo de Dios, se resolvieron muchos á confesarse, saliendo por este medio del estado de condenados en que se hallaban entonces, según la presente justicia, pues habían hecho muchas confesiones y comuniones malas.

Sus frutos.

En otras poblaciones predicaba con tal celo y deseo de la conversión de las almas, que para remediar el origen de perderse muchas, que es el callar por vergüenza pecados en la confesión, los persuadía con razones, los atemorizaba con ejemplos y les daba confianza con la suavidad de su doctrina. Movía tanto con estas ponderaciones, que no había quien se atreviese á ocultar con el silencio sacrílego algún delito, por feo, enorme, y abominable que fuese. En fin, los efectos prodigiosos de la misión en el obispado de Málaga, cuyos pueblos gozaron todos de los benéficos influjos de la doctrina del Vble. P., fueron objeto de la más discreta ponderación durante muchos años. Algo de ellos dice el Vble. P. en una carta que escribió al Sr. Marqués de Aytona, de la cual son los párrafos que siguen: «Des-

Misiones en otros pueblos.



Lo que de
ellas escri-
bió el P.

de un lugar de Gibraltar escribí á
sencia algo de lo que se sirvió m
me en la misión. En esta se me
decir, como en ella acabé el año
senta y siete, habiendo emplead
meses y medio en los ejercicios d
fesar y predicar, sin que las lág
fervor y compunción de los m
por Dios en los sermones, per
descansar, ni aún la cuarta parte
noche. Pero servía de alegre y e
descanso el ver llover las miseri
divinas, sin término ni límite, aúr
los que habían vivido siempre tot
te olvidados de Dios y de sí mis
muchos de ellos con confesiones e
gas de cuarenta, de cincuenta, de
ta y de más años, en quienes e
tan de repente y tan rara la m
de vida y costumbres, que se les
decir muy bien con el santo rey
que era aquella su mudanza obra
diestra del Excelso, en tanto grad
apenas se conocían unos á otros,
gaban á desconocerse á sí mism
gún afirmaban muchos de ellos.

Comoción
de las gen-
tes.

Fuera sin duda, señor, al celo
dad de V. excelencia motivo de
gozo ver las Iglesias llenas de gen
todos estados todo el día; y que n
persona alguna de ellas, sin d
primero regadas de penitentes y
tas lágrimas, que vertían cada
los cotidianos sermones. Las
quedaban todas cerradas y sin p
alguna; los labradores, hechos



s Isidros, cesaban de la labranza, acudir á la Iglesia. Los pastores, dando á los de Belén, dejaban solos suerte de ganados, por ir en busca os, á oír su santa palabra, dejando cuidado á la Majestad Divina y al ángel de su guarda; y todos, hombres y mujeres á porfía venían buscando á Dios, y más de Dios cada día, las que por pobres y desnudas no iban antes á Misa en todo el año; y se motivaba mucho á alabar á Dios, que sabiendo ya por experiencia, iban á llorar, buscaban la ocasión, motivo cada día, como pudieran el rico tesoro, ó el más regalado banquete, á que unos á otros se convidaban con rosos.

Su llanto
y arrepentimiento.

Resonó la voz de la misión á otros ganados, y de ellos vinieron á gozar de la no pocas personas, y hasta de las que vinieron otras, y todos para llorar de su bien, y suspirar por su Dios. Y cuando veía la sed que tenían de llorar, permitiendo llorar, juzgaba que tenían aquellas lágrimas el privilegio de dulces y preciosas, lo que dijo de las suyas san Agustín. Bendito sea el autor y fuente de tantas y tantas misericordias! Y como Dios son sin término, no se limitó á sus almas, sino que se amplió á sus tierras, donde han tenido la cosecha de la temporada sementera, que jamás se agota; y no lo admiro, pues nos dejó el soberano Maestro, que en primer lugar buscásemos el Reino de Dios

Van de muy
lejos á oír al
Padre.



www.Historia.net
y su justicia, y se nos daría lo demás por añadidura. En Ubrique, y de partida á Sevilla en tres días del mes de Enero de este año de mil seiscientos y sesenta y ocho.

Va el P. José á Sevilla.

Como dice el V. P. en esta carta, pasó de Ubrique á Sevilla, donde estuvo descansando algunas semanas, para reponer sus fuerzas y marchar luego á Granada, llamado también por aquel Señor Arzobispo, para dar misiones en todos los pueblos de su archidiócesis. Por eso no se detuvo mucho tiempo en Sevilla, aunque instaron al V. P. para que se quedara, ofreciéndole la Cuaresma en la parroquia de santa Catalina virgen y martir; pero como el P. Provincial lo tenía ya ofrecido al metropolitano granatense, dirigió su viaje al arzobispado de Granada. Caminó con gran trabajo, por las contínuas lluvias, y por haberse puesto intransitables los caminos, aún para los que los andaban á caballo; pero quiso Dios que llegasen bien á la ciudad de Santa Fé, que dista de la de Granada dos leguas, donde le dijeron así que llegó, que causaba notable admiración á todos, que el señor Marqués de Valenzuela no hubiese muerto, según la gravedad de su achaque, y los términos en que le había puesto, pues llevaba quince días agonizando.

Sus misiones en Granada.

Era este señor padre de los pobres, bienhechor singularísimo de los Capuchinos y especial devoto del V. P. á quien había escrito poco antes, que le de-



ya ver. Conjeturó el siervo de Dios el hallarse ya desahuciado de los meses quince días había, y conservarle la vida, aunque en medio de la turbulencia de las fatales congojas, era que la piedad divina dar el consuelo de viese á quien tanto había deseado, se este le dispusiese y ayudase en el más y más peligroso trance de que de la eternidad; y así dijo al compañero: Dios nos trae á Granada para ayudarte bien morir á este Señor, por lo mucho que yo le he debido. Corrió, pues, á Granada sin detenerse, entró en la casa del enfermo, y al punto que le vio al marquesa, prorrumpió en estos acendrados cariñosos de madre: Hijo mío, sea y bien venido, que tan deseado ha sido para el marqués, mi señor. Pasó al apoyo del moribundo, el cual así que le vio sin que bastase á impedirlo la enfermedad ni la angustia, se alegró interiormente y exteriormente, diciéndole: Sea y bien venido, mi amado hijo; con esta venida conozco que Dios quiere usar misericordia conmigo, pues lo deseaba y ahora me lo ha traído Dios para ponerme bien para morir; y así fué, que después de asistirle el V. P. entró su dichoso espíritu en manos de Dios, para gozarle eternamente, de lo que hubo muchos indicios.

Así que se repuso de las fatigas del camino, dió principio á la misión en el obispado de Granada, con su hermano y dos Sres. canónigos del Sacro-Monasterio.

Empiezan con un prodigio.

Sale de la ciudad.



Misión de Iznallor. te. La villa de Iznallor gozó las primicias de su doctrina; el primer sermón le predicó don Baltasar de la Rienda, gran siervo de Dios, y muy práctico en el ejercicio de las misiones, aunque los muchos años le minoraron lo voz, y por esta causa no se movió el auditorio á confesarse, por lo que le propusieron al V. P. pasar adelante; pero él los detuvo encargándose del segundo sermón, que fué tan vivo y eficaz, cuanto lo testificaron los universales llantos y gemidos de los oyentes. Esta conmoción de las almas motivó à que le pidiesen los compañeros, que se encargase de dirigir todas las restantes misiones; acertado dictamen. pues lo comprobó el fruto en el aumento de los concursos y en la frecuencia de las confesiones, que de día y de noche no les permitían el necesario descanso.

Misión de Montegiclar. De esta villa pasaron á la de Montegiclar, donde fué mayor el fruto, y el plausible de todos el de un hombre que profesaba el arte diabólico de la nigromancia, el cual quemó los libros de que usaba, y fué tal la mutación de su vida, que al paso que todos le desconocían, le admiraban, viéndole confesar y comulgar todos los días. En la Villa de Colomera fué el fruto mayor, porque la necesidad era más grave. Pasó de aquí á la Villa de Moclín, y predicando una noche de la misericordia de Dios, y de los muchos medios, que usa para salvar á los hombres, el cura de aquella Iglesia,

varón insigne en virtud y letras, sin poderse contener en presencia de todo el auditorio, levantó la voz, como aquella mujer del Evangelio, y dijo: Bienaventurado el vientre que te concibió, y los pechos que te alimentaron! añadiendo luego: yo he oído predicadores célebres; y aseguro que nuestro Padre es uno de los grandes que tiene España, y aun todo el Orbe.

Id. de Moelín
y Colomera.

Estando una tarde á la puerta de la casa de este venerable Párroco, llegó un mozo fatigado del calor y sudando; preguntóle el cura de donde era y á donde caminaba. A que dió por respuesta: Yo vengo de siete leguas de aquí en busca de un Padre santo, que me dijeron había predicado en Colomera, diciendo que en aquella tierra quedaba un alma condenada; y por esta causa, y no poder sosegar, vengo en su seguimiento. Díjole el venerable Padre: Yo soy el que ha predicado lo que dice; ¿ofrécese algo en que yo le pueda servir? Y el afligido hombre, viendo tanto cariño y confianza, le dijo: Sí, Padre, estimaré mucho que me haga el favor de confesarme: hizolo luego, y le dijo muy alegre: Vaya con Dios, hijo, que ya no es alma condenada la suya!

Recorrido de esta suerte el Arzobispado de Granada, volvió para Sevilla, cuando en un lugar distante siete leguas poco más de Granada, se detuvo á curar un pie, en cuya planta se le clavaron unas espinas largas, á causa de haberse qui-

Vuelve á Sevilla.



Misión de Ecija. tado las sandalias al principio de su viaje, obligado de la mucha agua que arrojó una tempestad. Y aunque se le hizo un remedio eficaz para curarle, no correspondió el efecto á la medicina, y así prosiguió su viaje andando veinte leguas con sumo trabajo hasta llegar á Ecija; y estas veinte leguas las anduvo de punta con aquel pie, porque los agudos é intensos dolores no le permitían otro modo de caminar. Tan inflamado se le puso el pie, que fué preciso abrírsele, y en el interín, que duraba la curación, hizo misión en Ecija, diciendo que trabajase la cabeza, mientras descansaba el pie. El fruto de esta misión correspondió al trabajo inmenso del operario; y entre muchas conversiones, la principal fué la de algunos, á quienes había tocado el contagio de la herejía de Molinos, de que quedaron libres por la misericordia de Dios y la eficacia de la doctrina del venerable Padre.

Lo piden en Orense. Tres años llevaba nuestro venerable Padre José recorriendo los pueblos y ciudades de Andalucía y moviéndolos á penitencia con su predicación fervorosa, cuando recibió nuestro Padre Provincial una petición del Obispo de Orense, (á donde había llegado la fama del varón apostólico) para que se lo enviase una temporada con objeto de dar misiones en todo su obispado. La petición venía apoyada con un real despacho de la Reina regente, Doña Margarita de Austria, encargando al Rmo. P. Provincial que

atendiera los deseos del Obispo de Orense, que lo era el Excmo. Sr. D. Fray Baltasar de los Reyes, antiguo confesor y predicador de S. M. El Provincial, que desde el año 1662 era comisario de las misiones de Venezuela, á las cuales pertenecía el Padre José, no tuvo inconveniente en enviarlo á Galicia con su hermano (el P. Alonso) que también era misionero de dicha región.

Salió, pues, nuestro venerable de Sevilla para Ecija, donde estaba su hermano, y de allí partieron ambos á Galicia por la vía de Extremadura. Fatigados del camino se detuvieron en Villanueva de los Infantes, á donde llegó el día de San Miguel Arcángel, y aquí también hizo misión. Pasó, prosiguiendo su viaje por la ciudad de Cáceres en la Extremadura y parte del Reino de Portugal, por donde era preciso hacer tránsito, para llegar al término de su viaje que era Galicia. En esos caminos padeció imponderables trabajos, porque como desconocían en Portugal el hábito capuchino, al ver en aquel traje á los dos hermanos, se reían de ellos, sufriendo estos la mofa, y escarnio, que los poco temerosos de Dios hacían de sus personas. Su posada ordinaria era el campo, su lecho el suelo, su almohada una piedra, su comida el ayuno, su bebida el agua, con que les brindaban los arroyos, llegando á tal extremo, que el hambre le puso al venerable Padre en el de perder la vida, si Dios que miraba por ella para emplearla tan en servicio

Es enviado
alli.

Trabajos del
camino.



www.bptnol.com.ar hubiera conservado.

Llega á
Orense.

Llegó á su destino, y el día de S. Martín Obispo, patrón de todo el obispado de Orense, año de mil seiscientos sesenta y nueve, en la Iglesia Parroquial de la Trinidad, dió principio el venerable Padre á todas las misiones que hizo en el reino de Galicia. Fué tan general el fruto que se experimentó en esta primera misión de la ciudad de Orense, que todos los ciudadanos admirados, y agradecidos suspiraban porque el V. P. admitiese una fundación, que generoso le ofrecieron, para un convento de Capuchinos, esperando que al entrar tan apóstólicos varones en su ciudad, la convertirían en un paraíso con el ejemplo de su vida, predicación y penitencia. Pero el siervo de Dios les respondió con agradecimiento, que no buscaba fundaciones de monasterios, sino de virtudes, y que no le había Dios traído á Galicia á granjear posesiones, sino almas. Repitió la misión en la Cuaresma del año siguiente; los concursos de la gente todos los días eran innumerables, y las conversiones competían con los concursos, de lo que gustoso el Ilustrísimo Señor Obispo invitó con todo empeño al venerable Padre á comer á su mesa; y aunque se escusó siempre, diciendo que estaba obligado á dar buen ejemplo, obrando lo mismo que predicaba; aceptó el convite sólo el segundo día de Pascua de Resurrección, pareciéndole que con la ocasión de tan gran solemnidad, se podía dar gusto á

Su predicación.

este Príncipe Eclesiástico sin incurrir en las censuras de los pocos afectos.

Fruto que hizo.

No satisfechas las ansias de su celo con haber ilustrado con los rayos de su doctrina dos veces la ciudad de Orense, se preparó y dispuso su ánimo para volver tercera vez á dar misión. Llegó su santa resolución á noticia del Ilustrísimo, el cual dispuso que se hiciese en la plaza un tablado capaz para poder asistir él con todo su venerable Cabildo á los sermones, como lo ejecutó; y en competencia suya levantó otro la ciudad, asistiendo con el corregidor todos los Regidores, y con ser la plaza muy dilatada, no cabía la gente en ella, y siendo tan innumerable el tumulto, era general el arrepentimiento á la voz del V. P.

De Orense, fué á la villa de Alleriz, y con la fama que volaba ya de su admirable doctrina y santa conversación, concurrió excesivo número de gente de las aldeas circunvecinas. Prosiguiendo esta misión en la iglesia parroquial de Santiago, algunas personas fidedignas, que componían el concurso, y que á sus evangélicos dictámenes correspondían con devotas atenciones, vieron que sobre el hombro derecho del siervo de Dios, se puso una paloma blanca, y puesto el pico en el oído del V. P. hacía ademán de estarle dictando lo que predicaba.

Hizo también misión en Berín, y en uno de los sermones que predicó en ella, vieron personas fidedignas dentro del

Prodigios de su predicación.



Cristo la con-
firma.

púlpito, junto al siervo de Dios, un personaje venerable con barba nazarena, y estuvo en pie todo el tiempo que duró el sermón, el cual acabado, desapareció. Discurrieron los más capaces, no sin fundamento, que Cristo, Maestro y Predicador divino, era quien le acompañaba en aquella ocasión en forma visible, ó para dar á entender lo cristiano de sus consejos, ó para significar que lo que el venerable P. pronunciaba, él se lo estaba dictando.

Predicando en Caldelas, un sujeto le envió dos sobrinas suyas, de buen parecer, para que las exorcizara, ponderando al siervo de Dios, que estaban poseídas de los espíritus y no sabía que hacerse para su remedio; pues después de cinco años en que continuamente las habían estado conjurando varios sacerdotes á quienes se las enviaban, no conocía en ellas algún alivio. El V. P. con la luz que le asistía, conoció el engaño, y volviéndose al tío, le dijo estas palabras dignas de grabarse en el corazón de todos los que tienen á su cargo el régimen de mujeres mozas. «Mucho me admiro que una persona de su capacidad, letras y virtud, se mueva como la hoja en el árbol con tan poco viento. Pensaré V. merced, que es chanza lo que le voy á decir; pero le aseguro, que si estuviera expiando con un santo Cristo en las manos, le digera lo mismo. A estas santicas, mientras no sanaren, les han de raspar el cabello de la cabeza á navaja, y el de

Penetra los
interiores.



las cejas también, y darlas de comer en un barcal, para afrentar al demonio, que ellas dicen tener dentro; jamás las ha de dejar V. merced ir á conjuros, ni á romerías, hasta que estén buenas, y en recuperando la salud que les falta, podrán ir con el resguardo que pide su edad y la decencia. Turbado se quedo el tío con semejante receta, y conociéndolo el V. P. le despidió diciendo: que este era el remedio único, y que no había otro; así lo mostró la experiencia, pues después que las pelaron, sanaron al instante las enfermas.

Consejo gracioso

No fué menos fructuosa la misión que hizo en San Benito de la Arnoya, aunque sí más trabajosa, porque de día y de noche llovía incesantemente; pero no cuando se predicaba. De allí pasó á Santiago, y á esta misión concurrieron de más de diez leguas muchos caballeros portugueses, los cuales hicieron una curiosa experiencia; y fué, que unos sermones oyeron tomando lugar inmediato al púlpito; otros más distantes, y finalmente para otros se alejaron tanto, que les parecía imposible oír palabra; pero fué al contrario, pues la voz evangélica del V. P. parece que gozaba especiales privilegios contra las leyes de la distancia. Desde el lugar más remoto le oía el que lo deseaba, y todos le entendían, aunque no predicase en su lengua. Y así sucedió, que preguntadas algunas personas plebeyas del reino de Portugal, si entendían lo que predicaba en cas-

Alcance de su voz.



Don de len-
guas.

tellano respondieron: de la misma suerte, que si predicara en portugués. Fué célebre esta misión por el prodigio mencionado, y también por el extraordinario fruto, pues en la procesión de penitencia que hizo para ponerle fin, pasó el número de los concurrentes á ella de ciento cincuenta mil personas. Por último, en el obispado de Orense, fué el fruto de las misiones que hizo en él el venerable P. tan copioso, que era universal la reforma de costumbres, y no había cosa más común que la devoción, lo cual no extrañará, si se tiene en cuenta que hizo misión en treinta y seis lugares del obispado, y la que menos duraba era por espacio de quince días.

Cargo que le
hacen al V

Por ese tiempo la fama de nuestro Vble. era ya general en España, y al tener noticias de ella el Provincial de la Provincia de Aragón, á la cual pertenecía el P. José por razón de su origen, escribióle para que se volviese á ella, pues, se admiraba mucho de que un varón tan grande y apostólico hubiese ido al reino de Galicia sin despachos legítimos, según por cartas estaba informado. Recibió esta carta el siervo de Dios con serenidad de ánimo, y la respuesta fué acompañada de tantos Breves Pontificios y otros despachos de la religión, que vistos por el P. Provincial, se los volvió á remitir, añadiendo otro despacho suyo muy amplio, pidiéndole perdón del cargo tan injusto, que le había hecho, no de su motivo, sino por infor-

mes, que ~~wreyó ilsero~~ verdaderos, y ya confesaba por falsísimos y denigrativos de la fama común de su santidad.

Responde á ellos.

Pero deseosos los capuchinos aragoneses de que el P. José volviese á su provincia, acudieron á Ntro. reverendísimo P. General para que le obligara á dar misiones en los Obispados de Tarazona, Tudela, y Pamplona. Hallábase oprimido de la gota y tan hinchados los pies, que apenas podía moverlos, cuando recibió la orden, en que le decía Ntro. Rvdmo. P. General, que se partiese á hacer misión á los tres Obispados del reino de Navarra, y luego sin dilación trató de ponerse en camino. Tuvo noticia de esta novedad el Illmo. señor Obispo de Orense, y le procuró disuadir de la jornada diciéndole no ser dable con tan gravosos é impositivos achaques, que ponían grillos á sus pasos, emprender viajes para nuevas conquistas: á lo que respondió que no conocía razón para excusarse de obedecerla; porque si por servir á los Reyes de la tierra hacen los hombres muchas temeridades, no era justo faltase quien las hiciese por el servicio del Rey de los cielos.

Bien se conoció por los efectos que la generosa resolución con que emprendió esta sagrada temeridad el Vble, Padre procedía de celestial impulso; pues habiendo hecho su viaje casi sin poder moverse, y dando lástima á cuantos le encontraban en el camino, llegó á uno

Pasa á Navarra.



de los obispados, (el autor de la vida dice cuál fue), subió al púlpito en b
ajenos, y apenas acabó el ser
cuando bajó de predicar sano y b
pasando en tan corto tiempo de u
tremo á otro. A pesar de esto, com
die es profeta en su patria, no debi
muy bien al P. José por aquellas
rras, pues regresó bien pronto á Ge
para continuar en ella sus tareas
tólicas; pero ni allí le dejaron q
los superiores de la provincia de
gón, pues vemos en su vida (cap
once del libro tercero), que le in
precepto de santa obediencia para
fuese á Monforte de Lemos, como
lante se dirá.

Prodigio que
allí se obró
en él.

Estas idas y venidas las comun
el P. José al Provincial de Andalu
quien miraba como á su verdader
lado; y éste le hizo volver de Gal
Sevilla, para poner en claro su fili
y evitarle en lo sucesivo tropiezos
jaciones. Esta vuelta del V. P. á la
dalucías, debió ser antes de 1674
que en esta fecha trae el *Libro pr
de los Derechos de esta provincia* al
24 (vuelto) un acuerdo de la Defini
celebrada el 15 de Enero de 1674, i
porando á la provincia los PP. J
Alonso de Carabantes, hermanos c
les, que han pedido con instancia
hijarse en la Provincia Bética y ag
se é ella perpétuamente, para lo cu
ne patente de N. Rmo. P. General.

Vuelve á Se
villa.

Desde esta fecha perteneció nu



venerable, á la Provincia Capuchina de Andalucía, hasta su muerte, y el Padre Provincial de ella fué su legítimo y único Preladó, por lo cual nos parece que no puede ser posterior á esa fecha, esto que dice el historiador de su vida en la página 326. «La Excma. Señora Doña Catalina María de la Concepción, tía del Excmo. Señor Conde de Lemos, profesa en el venerable convento de señoras Franciscas Descalzas de la villa de Monforte de Lemos escribió al Rmo. Padre Fray Jerónimo de Bandalies Ministro Provincial de la Provincia de Capuchinos del reino de Aragón, para que diese expedición acelerada á su deseo ardiente con imponer un precepto de santa obediencia al venerable Padre, para que no se detuviese, y cuanto antes se desembarazase de lo que podía ser impedimento á ponerse eu camino para Monforte de Lemos. Condescendió gustoso y puntual el Provincial á la representación de esta Excelentísima Religiosa, escribiendo al venerable Padre, que vista su carta, se partiese á asistir, y obedecer á tan gran Señora todo el tiempo, que él durase en la Prelacia.»

Se agrega á
la Provincia
Bética.

Si este mandato no fué anterior, sino posterior á la fecha mencionada, se explica por él la razón que tuvo el venerable P. José para dejar de pertenecer á la Provincia de Aragón y agregarse á la de Andalucía, evitando de ese modo pruebas y vejaciones que le impedían sus tareas apostólicas. De todas maneras, re-

Vejaciones
que padeció.



Su filiación religiosa.

sulta indudable por los documentos citados que nuestro V. P. José perteneció rigurosamente á esta Provincia Capuchina desde 1674, hasta que murió, siendo hijo de la misma en 1694, como se dirá en el capítulo que sigue.

CAPITULO XXVI

Vuelve el V. P. á las misiones de Galicia, donde ejerce su apostolado y muere santamente

Prohijado ya en la provincia Bética, para evitar las molestias y entorpecimientos que le causaban en sus misiones otros superiores celosos de su autoridad, nuestro P. José se volvió á Galicia para continuar allí sus tareas apostólicas. Como el autor de su vida amontona los hechos en ella, sin citar la fecha ni el lugar en que sucedieron, no sabemos á punto fijo, cuándo salió de Sevilla esta vez, ni cuándo llegó á Galicia, ni por dónde comenzó la misión. Lo que sí sabemos es que iba pertrechado con la obediencia del Provincial de Andalucía y patente de N. Rmo. P. General, para seguir sus apostólicas excursiones en compañía de su hermano, el P. Alonso, sin que ningún otro superior fuera osado á impedirselas, bajo ningún pretexto.

Vuelve á Galicia.

Continuó, pues, nuestro P. José su predicación por Galicia, y evangelizó el



obispo de Tuy, en donde fueron no-
s abundantes los frutos de sus mi-
s, que en el obispado de Orense.
misiones hizo en la ciudad de Tuy,
la primera concurrió mucha gente
reino de Portugal, porque de la ciu-
de Braga y sus contornos, y tam-
de la ciudad de Oporto, vino innu-
able concurso de personas á oír al
o de Dios, el cual para dar adecua-
rovidencia á todo lo que se podía
er en tan numerosa misión, habló
ñor Obispo D. Bernardino de la Ro-
para que señalase confesores com-
ntes. Este prelado condescendió á
oposición del V. P. con tanta pie-
y diligencia, que á cada confesor
ló su sitio, y por sí mismo los visi-
mañana y tarde; y para que aquel
ajo de los que confesaban por obli-
ón se aliviase en parte, mandó
los confesores que se dedicaban á
santo ejercicio, fuesen á comer á su
cio todos los días que durase la mi-
. Acabada ésta, se hizo la procesión
eral de penitencia, que fué numero-
na y de bienes indecibles para aque-
lidad por el tesoro de dichas que
siguió con la universal penitencia.
l conde de Amarante por la estima-
que hacía del siervo de Dios, le lle-
onsigo para que hiciese misión en
ugar suyo, llamado Piedra Furada.
t misión fué maravillosa por las con-
iones é imponderable por su nume-
concurso: baste para explicarle lo

Predica en
Tuy.

Id. en Piedra
Furada.



que dijo el canónigo doctoral don Alonso de Abisnieta al Sr. Obispo; pues habiendo estado cuatro días en la misión, volvió á ver á su Ilustrísima, quien le preguntó, si le parecía que estaba bien asistida la misión de confesores; á que respondió el canónigo: Todos los que hay en el obispado, con ser tantos, son muy pocos para confesar tanta gente, pues, si no se ven los concursos, apenas habrá quien crea la numerosidad; yo me vuelvo á dar la comunión á la gente, por que los confesores no cesen de confesar. Empezaba este piadoso varón á administrar el sacramento santísimo de la Eucaristía á las dos de la madrugada, y duraba en este adorable empleo hasta la tarde. También hizo misión el V. P. en Vigo, y luego que le dió principio, habiendo en la ría y puerto carestía de pescados, Dios empezó á hacer alarde de sus misericordias, convirtiendo la penuria en abundancia, por intercesión de su siervo.

Acabada esta misión se retiró enfermo el siervo de Dios á la villa de Mos, dejando á su hermano en Vigo, para que concluyese con las confesiones y después bajase á Bayona. No bien convalécido de su achaque, hizo misión en Mos, á la cual vino un caballero joven, desesperado de su salvación, haciendo tales demostraciones, que muchos presumían que estaba endemoniado. Consultó la fiebre y frenesí que atormentaba á su alma con el V. P. el cual como

Correrías
apostólicas.

Prehen en Vi-
go, Mos, Ba-
yona.

celestial médico, le dispuso muy bien para una confesión dolorosísima de sus pecados; y le dió por remedio para la tentación el que confesase y comulgase con frecuencia, con lo cual se vió libre de su mal.

Prodigios de su predicación.

La misión que hizo el V. P. en la Abadía de Anceo, estuvo á punto de frustrarse por la carestía de agua, porque se estaba secando el manantial que abastecía al pueblo. Fué el siervo de Dios á bendecir la fuente, y á impulso de sus palabras, brotaron copiosísimos y cristalinos raudales, en tanta abundancia, que siendo numerosa la gente de la misión, toda quedó satisfecha, y á la fuente le sobraron aguas. Hasta catorce misiones hizo el V. en el obispado de Tuy, dejándolo totalmente reformado, y de allí pasó al obispado de Lugo, donde empezó sus misiones por Monforte de Lemos. El día de la Purísima Concepción de la Madre de Dios, abogada de los pecadores, dió principio á la misión de Monforte, asegurando con tan soberano patrocinio, que sería dichosísimo el éxito de sus tareas evangélicas, como lo fué en lo numeroso de los concursos y de las conversiones.

Lo particular de esta misión fué, que dos hombres y una mujer, heridos de la eficacia de la predicación del V. Padre, empezaron á confesar públicamente sus culpas, y á la mujer costó mucho trabajo el hacerla que cesase, porque su arrepentimiento desahogaba el dolor,

Va á Monforte de Lemos.



Frutos de es
ta misión.

que la martirizaba el alma, publicando sus culpas. Las comuniones fueron numerosísimas, pues habiendo cinco iglesias en que se administraba, era tal el tropel y tan impaciente el ansia de llegarse á la fuente de toda dulzura, que cada uno pretendía ser el primero; y fué preciso valerse del rigor para remediar el inconveniente de la indevoción.

La misión de la villa de Chantada, fué también concurridísima, porque la gente de todas aquellas fragosas montañas acudió á ella, y todo el territorio de Ta-boada, excepto un párroco, que instado repetidas veces, respondió á sus feligreses, escandalizándolos, que él era teólogo, y no necesitaba que otros le predicasen: tan reprehensible conducta tuvo el castigo merecido, pues apenas se acabó la misión en Chantada, cuando se quedó muerto de repente.

Hízose otra misión en San Juan de Camba, y en ella un milagro con el cura de San Salvador, que fué sanarle unas llagas casi incurables el mismo día de la procesión general. De allí pasó el Padre José á la célebre ermita de Nuestra Sra. de Peña-Agua; y pareciéndole sitio acomodado, con licencia del cura hizo allí quince días misión; á la que concurrió tanta gente, que fué una de las más numerosas del obispado de Lugo; y en ella hubo tantas conversiones que se alegraron los ángeles del cielo, según la frase del Salvador.

Recorre aquel
Obispado

Después de haber hecho otra misión

en Villa Abad pasó a la Ciudad de Lugo, que le recibió como á un angel venido del cielo, para consuelo y alivio de todos sus desconuelos y trabajos; y su Ilustrísima le recibió con notable agrado. Fué tan copioso el fruto de esta misión de la Ciudad de Lugo, que los seis años siguientes, más parecían sus habitantes religiosos que Ciudadanos: todas las familias en sus casas en llegando la noche se juntaban á rezar con extraordinaria devoción el santo Rosario, practicando el método, é instrucción del venerable Padre. Por las calles no se oían otras canciones más que elogios de María Santísima, ó saetas espirituales, que herían los corazones, abriendo en ellos puerta para que entrasen las virtudes, y se desterrasen los vicios. Las Iglesias, que antes se miraban con gran dolor vacías, desde entonces se admiraron con sumo consuelo llenas; porque la gente dió en frecuentar los santos sacramentos de la penitencia y eucaristía, procurando santificarse con la debida preparación en recibirlos.

En Santa María de Cela' de Camba, y en otras partes, estando predicando se levantaron horribles tempestades; la gente temiendo algún daño, y procurando evitar mojarse, hufan, porque las misiones se hacían en los campos, por ser las iglesias insuficientes para tan numerosos concursos. pero el varón de Dios les exhortaba á que no temiesen, y se estuvieran quietos: y volviéndose a las na-



Las nubes le obedecen. bes, hacía en el aire una cruz, y al instante se dividían en cuatro partes, dejando libre, y asegurada á la gente, ó se deshacían en lluvia, sin tocar al sitio que ocupaban los oyentes.

Del Obispado de Lugo, que dejó reformado é universalmente instruído con su doctrina, pasó el V. P. al obispado de Mondoñedo, donde dió principio á sus misiones por Villalba, con general aplauso y universal reforma de costumbres, introduciéndose la frecuencia de los Santos Sacramentos, rezar el rosario de Nuestra Señora, cantando sus Misterios, y visitar las cruces, porque en todas las feligresías puso el V. P. la *Via Sacra*. Pasó el celoso ministro de la divina palabra á divulgarla á la ciudad de Mondoñedo, cabeza de aquel obispado, y aunque el tiempo se oponía á sus fervorosos intentos, con las destempladas inclemencias de vientos, agua y nieve, no consiguió resfriar el ardor de los corazones, que sacaron de ella general aprovechamiento.

Pasa á Mondoñedo.

Sus trabajos apocóliticos

La misión de Rivadeo tuvo feliz principio el día de la Purísima Concepción de la Reina de los Cielos; y excedieron sus concursos á los de las dos antecedentes, porque de las Asturias y lugares más distantes de la Marina, de las Montañas, del Consejo de Boal y de otras muchas partes, asistieron innumerables personas de todos estados y condiciones. Vióse también en esta misión, que estando el V. P. en el campo de San



cisco, conversando con personas de ad repararon estas que estando ac-
iente lloviendo, aunque ellos se mo- No le toca la lluvia.
1, al siervo de Dios le veneraba la
a, pues no le tocó una gota de las in-
is que caían. Una tarde predicando
sta misión vió la gente una paloma
osísima, que todo el tiempo que
el sermón estuvo sobre la cabeza
7. P. haciendo graciosos ademanes
irarle, y con las plumas de las alas
o muestras de agasajarle con dulcí-
s caricias; y acabado el sermón,
lo un vuelo sobre la gente, que ofa
ta y devota la doctrina del siervo de
, desapareció sin saber por donde,
donde dirigía la velocidad de su
o. El día de la procesión general que
izo en Ribadeo, comenzó la gente á
ietarse temiendo el agua, que no só-
nenazaba, sino que ya caía; y ha-
lo pausa en el sermón, levantó los
á las nubes, y dijo á la gente: No te-
s, que para el sermón y la procesión
remos buena tarde; y fué tan pun-
el suceso, que acreditó de verdadero
esagio, pues ni en la primavera la
ieron gozar más apacible, clara y
na.

tra gran misión dió en Vivero, don-
nfermó, y de allí fué llevado casi co-
paralítico el V. P. al Ferrol, no pa-
rarse, sino para curar á muchos de
nás peligrosas dolencias, que son las
ocasionan en el alma las culpas, co-
pondiendo el fruto á lo grande de su
Va al Ferrol.



Más correrías apostólicas. www.biblioteca.com celo, así en este lugar, como en todos los del obispado, que fueron veinticuatro los que discurrió ansioso de la salvación de las almas; y en ellos hizo treinta y cuatro misiones para conseguir sus intentos apostólicos.

Del Ferrol pasó á la villa de Puente de Usme, en el arzobispado de Santiago, y debió igualarse esta misión con las más célebres y numerosas, así en las personas como en las conversiones: el día de la procesión general llovió mucho; pero sobre la gente que le oyó el sermón, y que iba en la procesión, la cual duró bastante tiempo, no cayó una gota de agua; y al punto que se acabó, cesó este privilegio, lloviendo por todas partes. Las misiones que hizo en el arzobispado de Santiago fueron trece, en doce lugares distintos, y dejamos de referirlos, por no hacer interminable esta vida. Pasó luego al obispado de Astorga, y empezó sus misiones en él con general aprovechamiento de las almas, pues todas ellas iban acompañadas de milagros y prodigios que aun perduran en la memoria de las gentes; habiendo subido á trece el número de las que allí predicó. Otra hizo en el obispado de León en Villa Cid, y de allí pasó al arzobispado de Burgos, donde hizo dieciseis misiones en otros tantos lugares.

•
Infinidad de misiones que predicó

En medio de tantos trabajos, halló tiempo nuestro V. para escribir un sinnúmero de opúsculos ó tratados ascéticos, para bien de las almas, muchos de

los cuales imprimieron á su costa varios señores Obispos, para que se repartieran al pueblo. Además de los dos tomos de las Domínicas ó *Pláticas dominicales*, escribió los tratados siguientes: *Jardín florido del alma*, *Remedios espirituales*, *Ejercicio del rosario*, *Camino sagrado para el cielo*, *Unico remedio del pecador*, *Saetas espirituales*, *Silbos del Pastor Divino*, *Almas arrepentidas*, *Buena confesión*, *Alma aprovechada*, *Ejercicio cotidiano*, *Avisos de perfección*, y algunos otros ya del todo perdidos ó muy difíciles de hallar. Y no se comprende cómo con una vida tan ocupadísima en predicar tuvo tiempo para escribir tantos y tan provechosos tratados.

Libros que escribió.

Consumido por el fuego interior que le devoraba, tanto como por sus tareas apostólicas, apoderose de él en Monforte de Lemos la última enfermedad, y con ella un ejército de dolores, porque al de unas fiebres malignas se añadió el de la gota y otros varios accidentes que eran preludios ciertos de que se acercaba la muerte. Puso en gran cuidado á los médicos la entrada de su dolencia, y en no poco sobresalto á las almas que le comunicaban y se regían por el espíritu del venerable Padre, recelando, y no sin fundamento, que el cielo iba á dejarlas huérfanas de un maestro, que con su sabiduría las ilustraba; de un padre, que con su cariño las mantenía; y de un justo, que con el ejemplo de su vida, las alentaba á entrar en el estrecho camino, que lleva á la

Su última enfermedad.



vida eterna. Visitáronle diversas veces los médicos, esmerándose en el arte. Rígidos y despiadados martirizaron su cuerpo en el discurso de tres meses y medio que duró su enfermedad, en la cual solía decir el venerable Padre, que entre sesenta y dos que había padecido, ninguna se había extremado tanto en el rigor como esta, que parecía un epílogo de todas. Hacían todos continuas y fervientes oraciones por su salud, y la piedad de Dios les daba á tiempo algunas esperanza con una corta mejoría; pero esta no pasaba de una breve pausa que hacía la malignidad del accidente, para embestir más de recio al seráfico varón.

Duró tres meses.

Referir los dolores, y congojas de esta última enfermedad, sería excederá la ponderación. La gota le puso tan inhábil para los movimientos, que parecía un tronco y solo le dejó la sensibilidad para los dolores. No podía hacer movimiento alguno con las manos, ni los pies. Del largo tiempo que estuvo en la cama, sin moverse á un lado ni á otro, se le hicieron dos llagas en las espaldas, y entre tanto padecer no se le oía el más leve quejido, desahogo único de la naturaleza afligida y atormentada. Como se aliviaba era multiplicando diversos actos de amor y resignación. A mi vista (habla el autor de su vida), cierta persona le incitó á que por lo menos añadiese alguna ropa á la desnudez y mortificación de su cama, y negóse á ello. Depongo más: llegando yo en una ocasión á visitarle, viendo

Lo que sufrió en ella.



que, al levantarse del lecho, ponía los pies enfermos en el suelo desnudo, cuya circunstancia podía por el rigor de los fríos aumentar las de su mal, llegué á ofrecerle una estera para precaver este inconveniente, y me respondió estas edificantes palabras: ¿Qué se dirá de mí, si me ven con ese regalo?

Su gran espíritu.

Quando llegó á verse sin fuerzas, é incapáz de movimiento alguno exterior, cerró la puerta al comercio de las criaturas, dejando desembarazado totalmente su corazón para el criador, á cuya contemplación aplicó todas sus potencias desde aquel instante. Con esta abnegación de todo lo que no es Dios, se ilustraba más su entendimiento, y se enamoraba más su voluntad de las perfecciones divinas; y así con vivas ansias anhelaba ver libre á su preciosa alma de la carne del cuerpo, para unirse con Dios. Llegó el Jueves Santo, y en él tuvo revelación el V. P. de las inmensas aficciones que le esperaban aquellos tres días contínuos, en que se celebran los misterios de la Pasión y sepultura de Cristo, el cual, para que se armase con el escudo de la constancia, le reveló también la hora en que había de empezar el goce de los alivios con la precedencia de una venturosa muerte.

El último asalto que dió esta á su vida fué por medio de un paroxismos que, enajenandole de los sentidos, avivó en los circunstantes la pena, creyéndole ya cadáver; pero después de algún tiempo,

Supo quando iba á morir.



Pidió los Sa-
cramentos.

volvió en sí, alegre y sonriente, y pidió los últimos sacramentos. Recibiólos con singular devoción, confesándose como solía para recibir por viático, el sacramentado cuerpo de Jesucristo: se dispuso con repetidos actos de amor divino avivando las llamas que en su pecho ardían, y diciendo como la esposa de los Cantares: Ven ga ya mi amado, entre á tomar la posición de su huerto, y recreése con el fruto sazonado de mis amorosas ansias. Y es de creer que el divino amante Jesús le respondería, al verse albergado en su enamorado pecho, lo que le decía á la esposa mencionada: Alma querida, levántate, acelera el paso que por tí vengo: ya ha llegado el tiempo de la poda, que es la hora de la muerte, ven y serás coronada en los vergeles de la gloria.

Obedeció el alma del V. Padre á esta voz del esposo divino, y pertrechada con el sacramento santo de la Extremaunción para vencer en el último combate al enemigo del linaje humano, á las cuatro de la mañana del día de la Resurrección de Cristo, 11 de Abril de 1694 siguió al Señor, resucitando con él á vida inmortal y eterna. Su cadáver quedó tan hermoso y tan agradable como si no hubiera padecido dolencia alguna y gozara de perfecta salud, por lo que muchos discurrieron que la dote gloriosa del alma se había pasado á hermosear también el cuerpo; y muchos testigos afirman, que su rostro, como el de Moisés, reberberaba reflejos. Concurrió todo el pue-

Su santa
muerte.

blo y las Comunidades religiosas á verle y á venerarle, sintiendo interiormente gozo y edificación con su vista. Besaron unidos sus blancos pies, y tuvieron curiosidad de tocar los dedos, y los de las manos, y los hallaron tan flexibles, como si estuviera vivo.

Hermosura
del cadáver.

Tratóse de su entierro, y todas las Comunidades de la villa de Monforte querían para sí este precioso tesoro; pero lo cedieron á la Excelentísima señora Sor María Catalina de la Concepción, tía de los Condes de Lemos, hija espiritual del venerable Padre, sabiendo que era gusto de dicha señora dar sepultura á su Padre en la iglesia de su Convento. Así se dispuso, y la Comunidad de religiosos Franciscos hizo la función del entierro; que fué con la solemnidad debida á un hermano de tan heóricas virtudes, pero lo que pasmó a todos fué, que al punto que levantaron el sagrado cuerpo para llevarle á la sepultura, arrojó de sí tan abundante y suavísima fragancia que no hay aroma en el mundo con que poder compararla, quizá por ser el olor todo del cielo.

Olor que des-
pedia.

Las honras fúnebres solo en Monforte duraron más de un mes, disputándose uno y otro clero el consuelo de celebrar la memoria de tan santo varón, habiendo promovido la devoción de los Obispos y otros ilustres personajes, solemnes funerales en todos los pueblos de Galicia, Aragón, Andalucía y América.

Sus honras
fúnebres.

A la vez que los hombres tributaban



Milagros que
la acompañaron.

al varón apostólico grandes exequias. Dios lleno de maravillas su día de muerte. La cera de las velas que arden todo el mes que duraron los funerales, lejos de disminuirse aumentó grosamente. La noche de su fallecimiento vióse un arco pequeño á manera de Arco Iris, cuyas extremidades descendían sobre la casa donde habitaba el varón santo y el convento de las Descalzas, donde fué sepultado con este portentoso que duró un cuarto de hora, dió á entender el Señor el trato de su fiel siervo y santificó el lugar de su sepultura.

La santa vida y numerosos milagros del siervo de Dios, hicieron su sepulcro glorioso; y sus venerandos restos fueron visitados por príncipes y plebeyos, Prelados eclesiásticos y personas de todas condiciones, que acudían presurosos á implorar en sus necesidades el valioso socorro del varón Apostólico. Andando el tiempo, se formó el plan de su beatificación, que fué interrumpido por las vicisitudes de los tiempos, especialmente por las guerras de Nápoles y los trastornos que produjeron en España, de tal suerte, que la causa se iba perdiendo en Roma; pero por disposición del Señor, que escoge el tiempo oportuno para glorificar á sus siervos, el proceso que se creía perdido fué hallado intacto y con las condiciones de autenticidad.

Su proceso de
beatificación.

Este feliz hallazgo ha permitido



ar las tareas con grandes esperanzas
n éxito feliz. Con este objeto, y en
plimiento de las prescripciones ca-
icas, el Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. Don
ito Murua y López, dignísimo Obis-
le Lugo, nombró una comisión de
onas ilustradísimas, que reunidas
Monforte de Lemos, con el Rmo. Pa-
Joaquín de Llevaneras, Vice-postu-
r de la causa de Beatificación y pre-
la por el excelentísimo Prelado de la
esis, celebró su 1.^a sesión en 26 de
iembre de 1898, declarando abierta
cohabación de este nuevo proceso, des-
s de recibir el debido juramento de
tos en él habían de intervenir.

Estado en
que se halla.

res semanas continuas se prolonga-
los trabajos de la Comisión, ante la
comparecieron muchísimos testigos,
as declaraciones juramentadas en
na, ponen de manifiesto la fama de
idad que viene gozando por espacio
los siglos el V. P. Carabantes. Dicho
ceso consta de mas de 400 páginas,
a copia auténtica fué presentada por
. Joaquín de Llevaneras á la Sda. Con-
gación de Ritos, á la que le incumbe
xámen y aprobación de los milagros
buidos á los siervos de Dios.

ntre todas las maravillas obradas por
s, para ostentar ante el mundo la
tidad de su siervo, hay una que cree-
la más maravillosa; y esta es la ad-
able incorrupción de su cuerpo. Vea-
lo que sobre este particular dice «El
Franciscano».

Los restos del
V. P.



Incorrupción
de su cadáver

www.libtfoot.com.cn

« En el mes de Junio de 1880, en cumplimiento de una honrosa misión que nos había confiado el entonces Obispo lucense, hoy Arzobispo de Burgos, Excelentísimo Sr. Dr. Fray Gregorio María Aguirre, hubimos de entrar en la Clausura del convento de Clarisas de Monforte, y pudimos examinar muy de cerca la riquísima variedad de reliquias que poseen aquellas nuestras hermanas. Tan pronto como pasamos el dintel de la estrecha puerta que pone en comunicación con el Relicario, nos llamó la atención una caja bastante grande que hallamos á nuestra derecha. Una de las religiosas que nos acompañaba levantó el fino y blanquísimo lienzo que cubría aquella caja, y apareció á nuestra vista aquel cuerpo incorrupto después de ciento noventa y seis años de haber pagado su tributo á la muerte. Esta sola impresión no nos satisfizo por completo; parecíanos que estábamos delante de esas momias apergaminadas que se conservan en los gabinetes de algunos centros docentes. Quisimos cercionarnos de la verdad y llevados de un impulso devotamente curioso, acercamos el dedo índice de la mano derecha al cadáver venerando, y no sin sorpresa observamos que aquellas carnes conservaban en grado muy notorio su flexibilidad. Conociendo nuestra sorpresa, nos preguntó la Superiora de aquella religiosa Comunidad, cuál era nuestro parecer acerca de tan preciada reliquia, y por única contesta-

Sus manos están flexibles de más de dos siglos.



ción le repetimos aquellas palabras de David: *Mirabilis Deus in Sanctis suis*. Dios que es admirable en sus santos, lo es también en el V. P. Carabantes. «Concedáanos El verlo pronto en los altares!





www.libtool.com.cn

CAPITULO XXVII

Empleza la vida del V. P. Fr. Pablo de
Cádiz: su juventud borrascosa.

Autor de esta
vida.

La vida de este varón insigne la escribió y publicó el V. P. Isidoro de Sevilla en un libro impreso en Cádiz, que tituló *La Nube de Occidente*, y de ese libro gerundiano y de pesadísima lectura, vamos á extractar la presente biografía, advirtiendo que casi todos los párrafos son tomados al pie de la letra del citado autor, el cual conoció y trató al misionero, cuya vida escribe; y esto debe tenerse presente para entender algunas frases suyas. Hecha esta advertencia, necesaria para la buena inteligencia del lector, damos principio á la vida de nuestro V. P. Pablo.

Fueron los padres de nuestro Fr. Pablo, D. Juan Francisco Patrón, y doña Angela Yúdice; aquel natural de Utre, pueblo ilustre de Génova; y ésta de la ilustrísima ciudad de Cádiz, donde celebraron su matrimonio, y tuvieron por primero y legítimo hijo á Fr. Pablo. Nació en el mes de Abril del año de mil seiscientos y cuarenta, en la calle que llamaban de Calderón, donde su padre, que era cónsul de Génova, tenía su casa principal. Fué bautizado el día 21 del referido mes y año, y pusieronle

Nacimiento
d. Fr. Pablo.



el Bautismo por nombre Pedro. Crió-
en la casa de sus padres con el cari-
decencia y regalo debido, ocupando
ñez en aprender á leer y escribir,
endo en uno y otro tan aventajado,
causaba admiración á sus tiernos
s.

Su niñez'

Viendo su padre que el claro entendi-
nto del niño, como flor temprana,
entre el capullo de la niñez, daba
muestras de fragante olor, lo envió á
beres, ciudad de Flandes, para que
el colegio de la Compañía de Jesús es-
iase la Gramática. Fué allí nuestro
ro, y ayudado por la enseñanza de
ellos eruditísimos Padres, y de la ha-
dad de su genio, con facilidad apren-
la gramática, aventajándose á todos
condiscípulos en la latinidad, pues
ó consumado gramático, hablando en
dioma latino con tauta soltura y per-
ción, como en el propio de España.
endió también la lengua Flamenca,
rancesa é Italiana, y con este tesoro,
e lo es la noticia de extraños idiomas,)
vió á Cádiz, siendo entonces de diez
cho años.

Sus estudios
en Bélgica.

Recibióronle sus padres con lágrimas
los ojos, que estas no sólo son expre-
s de dolor, sino también de alegría;
stráronle las caricias debidas á un hijo
tanto tiempo habían llorado ausente
nociendo su padre, que la ociosidad
los mozos es el más eficaz principio
perdición, especialmente en Cádiz,
de las ocasiones de perderse, aún sin

Vuelve á Cádiz.
diz.



Estudia filo
sofia

www.bucarlas.com buscarlas, se encuentran, le aconsejó que se ejercitase en estudios mayores, pues ya tenía el fundamento de la gramática perfectamente sabida. Abrazó el buen hijo este consejo de su padre, y entró á estudiar las artes en el convento de nuestro P. San Francisco, de la regular observancia, siendo su lector el R. P. Fray Miguel de Ariza, á cuya erudición debió el salir perfecto Filósofo, acabando el curso con toda perfección, tanto que tuvo públicas conclusiones en la iglesia del referido convento, donde á voz de todos las sustentó con sin igual lucimiento.

Corría en esta sazón el año de mil seiscientos cincuenta y siete, infeliz que fué para nuestro joven, pues si el quedar uno huérfano es infelicidad crecida, esta infelicidad vino sobre él, quedando huérfano de padre, pues este año se lo llevó Dios, levantándole el destierro de este mundo, y reduciéndolo á su legítima patria que es la gloria. Quedó Pedro con su madre, ya viuda exhortándola á que con paciencia llevase las penalidades de la viudez, acompañándola en el retiro de su soledad, y con su filiales caricias supliendo en algo la falta del difunto. Así asistía á su madre, cuando vino de las indias occidentales de la Provincia de Campeche, su tío D. Ambrosio Patrón, hermano de su padre, á ciertas dependencias que en España tenía: pasó á Madrid, y concluidos sus negocios volvió á Cádiz y paró en casa de D. Juan Bautista Yúdice, en casas propias que tenía este en la

M... .. su pa
...

calle de los Doblones, á la cual se había traído á su hija D.^a Angela Yúdice, y á su nieto Pedro. Estaba D. Ambrosio Patrón casado en Indias; pero carecía de la deseada sucesión, por lo cual, viendo el entendimiento de su sobrino y las otras prendas así naturales como adquiridas que le asistían, se lo pidió á su madre para llevarsele á Indias, y que allí fuese heredero de toda su hacienda. Concedióselo la madre, con harta repugnancia de su cariño, y anteponiendo las conveniencias del hijo á las propias conveniencias, permitió que el tío se lo llevase. Embarcóse, pues, el mozo gustosísimo, con la esperanza de la hacienda prometida, y llegó á las Indias anhelando por la riqueza que esperaba. Pero, oh altísimas disposiciones de Dios! á los nueve meses de llegado, su tía (hasta entonces estéril é infecunda) tuvo un hijo, que borró del corazón de su primo la imagen de la esperanza, que éste en su deseo dibujado había.

Se va á las Indias.

Frustrada la esperanza de la herencia, y cerrado ya este camino, que suele ser el más fácil para la perdición de un alma le abrió otro la humana fragilidad, el más común, el más usado, y como solemos decir, camino real para el infierno, que fué el torpe vicio de la impureza, tirano cruellísimo, con tanto imperio en los jóvenes, que es raro el que de su tiranía se libra. No le faltaban en este tiempo á nuestro joven los llamamientos de Dios, que aquel amantísimo padre de los hom-

Se porvierte allí.



Causa de su
perdición.

bres á ninguno le niega sus auxilios; pero como aspid venenoso que, según dijo David, cierra los oídos por no escuchar las voces del más sabio encantador, cerraba él los suyos, y se hacía sordo á las divinas inspiraciones. Dios lo llamaba, y con la aldaba de su soberano auxilio daba golpes á la puerta de su alma; pero él, bien hallado en sus vergonzosas delicias, no quería responder, y á Dios sordo se hacía. Hallábase tan metido en la impureza, que, no acertaba á salir, semejante á la avecilla que quedó envuelta en la peligrosa red, que entre las pintadas flores el cazador cautelosamente le puso; y lo peor era que estando preso, no solo en la red, sino en la tupida jaula del delito, vivía gustoso, y pasaba entretenido las noches y los días. En ese estado, todas las cosas, á que echaba mano, se le frustraban, no hallando logro en conveniencia alguna, ni descanso en sus mayores gustos. Andaba Dios con él como luchando en campal contienda; Dios le atajaba los caminos de la culpa, y él por esos caminos corría precipitado; Dios quería embarazarle los medios de su perdición, y él si un medio se le frustraba, procuraba otro. Esto hacía Dios con él; pero él, nada experto en los caminos de Dios, juzgaba casualidad, ó como solemos decir poca fortuna, lo que solo era divina providencia. Que somos tan ignorantes los hombres, que si pretendemos alguna cosa, que ha de ser condenación de nuestras almas, y no la conseguimos, porque

A VISO DE
Dios.



Dios, viendo que ha de ser para nuestra perdición, con su misericordia nos la embaraza; luego decimos que somos desgraciados, y que en lo que solicitamos no tenemos la menor fortuna. El los desoye.

Viendo el Señor que el viciado corazón de Pedro no se rendía á los blandos toques de su gracia, empleó en él la vara del castigo, en este caso, que él mismo con toda aseveración contó, siendo religioso, á otro P. de nuestra orden, digno de todo crédito, el cual por sus prendas constituido hoy en dignidad, me lo refirió, asegurándome, que se lo había oído muchos veces, y es como sigue: Hallábase Fr. Pablo en cierta ocasión con Sebastián Patrón, su hermano, y otros cuantos amigos en un sitio despoblado, en el cual fueron repentinamente asaltados de unos Indios feroces, que los cercaron con algazara, los aprisionaron y atándolos á los duros troncos de unos árboles, bárbaramente crueles, armaron sus violentos arcos, y haciendo blanco en ellos, los asaetearon, penetrando los endurecidos arpones ya los pechos, ya los rostros, y ya las turbadas entrañas de aquellos jóvenes afligidos. Todos murieron, menos nuestro Pedro, á quien no dispararon sus venenosas flechas, quizá para que fuese su pena más crecida, como de hecho lo fué, viendo despedazar á sus ojos, no sólo á sus amigos, sino también á su querido hermano, que á impulso de las saetas, entre mortales parosismos y multiplicadas congojas, rin-

Dios lo castiga



Suceso horri-
ble.

dió el vital aliento, rubricando con su sangre la menuda arena, y atravesando con su agonía el corazón de su hermano. Este, atado al árbol, esperaba por puntos el último lance de su vida, y aún ya le parecía que despedida del inclemente arco oía el silbo de la flecha, que rompiendo el aire, su pecho penetraba; pero los bárbaros, tal vez más encruelecidos con él, lo desataron del tronco, y con alborozada gritería lo entraron de tropel en los greñudos senos de la montaña. Lleváronlo á lo más intrincado y espeso de la breña, donde en unas pajizas y mal compuestas chozas, tenían unos ídolos de piedra, con alguna semejanza de serpientes; así que entraron en aquel idólatra panteón, desnudos como estaban, formaron con algunas mujeres que allí había una danza, que más parecía de espíritus malignos que de personas humanas; y con gustosa algazara, danzaron en circuito de los profanos altares.

Absorto miraba Pedro esta bárbara superstición, esperando que lo ofreciesen por sacrificio á aquel ídolo, cuando llegándose, á él una mujer anciana, le echó mano á la barba, y levantándole el rostro arriba, le echó en la boca, y le hizo beber cierto licor, con el cual quedó absolutamente privado de sentido. Lo que hicieron después con él, donde lo llevaron y quién lo libró de manos de aquellos indios, él mismo no lo supo, porque cuando pasó la embriaguez larguísima producida por aquel licor ve-

Lo secuestran
los indios

nenoso, volvió en su sentido como quien **despierta de un profundo letargo**; abrió los ojos, y se halló en una cama blandamente mullida y con primor aseada. Turbóle la novedad; incorporóse en ella, tendió la vista, vió sillas, bufetes, cuadros, y por último conoció, que estaba en un aposento decentemente amueblado. Aquí, confusamente admirado, quedó en un piélagó de dudas sumergido; parecía que soñaba; pero lo desengañaba la realidad de lo que veía: tentaba la cama, tentaba la ropa, y como buscándose á sí propio, le parecía que no se hallaba. ¿Qué es esto? decía admirado: ¿No estaba yo ahora en la montaña? ¿No estaba rodeado de aquellos bárbaros Indios? ¿No estaba esperando por puntos la muerte más rigurosa? Pues, ¿qué es esto? ¿Cómo me hallo desnudo de mis vestidos? Cómo me hallo en este mullido lecho? Cómo estoy con vida? Quién me ha traído aquí? ¿Qué metamorfosis es éste? Quién de un extremo tan impío á otro tan piadoso me ha trasladado? Sin duda que sueño; pero nó, que es realidad lo que veo! Entre las inquietas olas de confusiones tantas naufragaba el pobre joven, cuando sintió la emparejada puerta; asustóse, juzgando que venían los carniceros Indios; hizose todo ojos para mirar, y vió entrar con pasos lentos un hombre, que por el traje parecía Eclesiástico. Apenas lo vió, cuando con asombrada y repentina voz le preguntó: Señor, quién

Misterios del
secuestro.

Donde fué á
parar.



Providencia
de Dios.

es usted? Sosiéguese usted, (le respondió el Eclesiástico), que quién yo soy lo sabrá luego: dígame antes á mí quién es, y qué accidente le dió, que así estaba en aquel camino? ¿Qué camino, ó qué accidente me pregunta? Yo no sé de mí más, sino que estaba esperando la muerte, y ahora me hallo con la vida en paraje tan distinto, que más que realidad me parece sueño de mi fantasía. Dijole entonces el Eclesiástico. Yo soy cura de este pueblo, y viniendo esta mañana de un lugar, que está lejano, en medio del camino, ví un hombre atravesado, descompuestamente tendido en la arena; juzgué que estaba muerto, y para certificarme, me acerqué al que por cadáver tuve, y hallé á usted, que aunque parecía difunto, por los pulsos y algo de respiración, conocí que estaba vivo; compadecime de su desgracia, y considerando que sería algún accidente, como pude, lo puse en mi caballo, trájelo á mi casa, acostélo en esta cama y saliendo á buscar quien le aplicara algunos remedios, vuelvo ahora, y me hallo á usted, cuando lo esperaba difunto, absolutamente vivo.

Como se vió
libre.

Esto es lo que con Vd. me ha pasado, ahora dígame el accidente, que ha padecido. Admirándose de nuevo Pedro, por ignorar quién de los Indios le había librado y puesto en aquel camino, le contó al Eclesiástico todo lo que le había pasado, hasta que bebió el licor; y ambos juntos dieron gracias á Dios por los

beneficios y misericordias que como Padre clementísimo con él habfa usado.

Su enmienda.

Este suceso hizo que Pedro pensara sériamente en la salvación de su alma, y así dió de manos al vicio y empezó á vivir cristianamente, con los consejos y documentos que le dió aquel buen sacerdote, en cuya casa estuvo hasta que convaleció; y hallándose ya repuesto de los trabajos padecidos, dispuso su viaje, y se partió para la casa de su tío.

Así que llegó á ella, viéndole su tío sin ejercicio alguno, determinó encargarle sus dependencias, ya para descanso suyo, ya para interés propio de su sobrino: armóle una fragata de las que llaman de trato, para que navegando desde Campeche á la Vera-Cruz, y á otros puertos de la nueva España, llevando frutos y mercancías, las vendiera ó cambiara por otras, y no sólo se ocupase en aquel ejercicio, sino que también lograrse con el trato algún interés para utilidad suya. En este nuevo ejercicio experimentó muchos azares, pues hubo ocasión en que á mitad del viaje le sobrevino una calma, que durando muchos días, fué causa de que los mantenimientos se disminuyeran: la gente de marimpacientes de la falta que experimentaban, le acumulaban á su capitán la culpa, diciendo que por su descuido en embarcar más víveres, se hallaban próximos á perecer; proseguía la calma, crecía la hambre, y los mantenimientos con el continuo gasto (aunque muy escaso,) se iban

Se dedica al comercio



acabando: la aflicción era mucha, la goja grande, y al paso que esta iba también creciendo la murmuración contra su capitán. Este, reconociendo el peligro, empezó á temer, y considerando que sólo Dios era el último remedio para subvenir á aquella necesidad, por el que manda al mar y á los vientos encerraba en la cámara de popa, orar, y haciendo de embreados con unas disciplinas, se azotaba fervorosamente castigando sus carnes y pidiendo á Dios con clamores y gemidos el viento favorable que necesitaban. Esta penitencia hizo varios días, hasta que compadecido Dios de la necesidad, les dió viento favorable y concluyeron su navegación.

En otras muchas ocasiones por los riesgos y peligros, ya de tormenta y ya de calmas, ya de piratas y corsarios surcaban aquellos mares; con éstos choques diferentes, hasta que por último encontró con unos tan poderoso fuerzas, que embistiendo á su embudo, la abordaron; abordada, la capturaron, y cogida, trataron tan mal á Pedro y á los que con él iban, que no contentos con la presa de la nao y mercancía quitaron los vestidos, y desnudos los arrojaron en unos despoblados, donde vieron precisados á alimentarse con las raíces y raices, hasta que caminando por aquel desierto, vinieron á ser prisioneros de unos indios, los cuales llevaron á nuestro Pedro á sus rancherías, se sirvieron de él como de esclavo. Allí an-

Sus peligros en el mar.

Lo apresan unos piratas.



calzo de pie y pierna, vestido solo de
s calzones de lienzo crudo, y todo el
lo hacían estar moliendo tabaco,
z y otras cosas necesarias, siendo su
iento tan desabrido y escaso, que
nas se podía sustentar. En este mise-
e cautiverio pasó algunos días, has-
ue se orientó y pudo huir á un pue-
de españoles, donde lo recogió en su
un amigo de su hermano; y viéndolo
ansado de los trabajos de Indias, y
oso de volver á su patria, le dió lo
esario para el viaje, y se vino á Es-
a. ¡Oh miserias de esta vida! ¡Oh rue-
nurable de la engañosa fortuna! ¡Oh
is de los hombres, cuantas veces os
ís fallidas! ¿Quién le dijera á Pedro,
ndo á las Indias navegaba, ansioso
conseguir riquezas, que en lugar de
riquezas que esperaba, había de tener
autiverio que no se presumía? ¿Quién
abía de decir que donde esperaba
seguir fortuna, había de experimen-
la mayor desdicha? ¿Cómo había de
sar él, cuando navegaba á las Amé-
s, deseoso de conseguir riquezas, gus-
glorias y deleites de este mundo, que
vería á España, no sólo sin haberlo
seguido, sino también, después de
chos trabajos padecidos, pobre, des-
do, menesteroso y necesitado? Pues,
volvió á su patria y desembarcó en
iz, donde fué recibido de su madre
mucho gusto. Cortejáronle sus ami-
visitáronle sus parientes; y todos de
pasadas miserias se condolían; sólo

Fin de su cau-
tiverio.

Vuelve á Cá-
diz.



Vida que em-
j rendió.

él no se tenía lástima; pues debiendo e
carmentar de los trabajos padecidos
reconocer que eran avisos de Dios, le
tenía por casualidades; en vez de mej
rar su vida volvió á sus devaneos an
guos. Entregóse á la gala y profanida
en el vestido, y cada día echaba una g
la nueva, costeada á expensas de la af
gida madre; que suelen estas ayunar
que los hijos desperdician. En los entr
tenimientos era el más común, en los p
seos públicos el más ordinario, y en to
lo que podía ser de gusto á los sentido
el primero. Sentía la piadosa madre v
á su hijo tan divertido y dábale salud
bles consejos; pero él, abriendo sus oíd
á las voces del apetito y cerrándolos
los clamores de su madre, era sordo p
ra éstos.

Así pasaba la vida nuestro Pedr
cuando puso su afición en una doncel
de todas prendas adornada. Declaróle
deseo de tomar estado; vino en ello
doncella, y dando parte á sus herman
todos entraron gustosos en el casamie
to; sólo Dios parece que se disgusta
de él, no porque el vínculo del matrim
nio sea desagradable á Dios; sino porqu
á Pedro lo tenía su altísima providenc
destinado para ministro suyo, que fue
apóstol suyo en la orden capuchina,
cuyo seno lo llamó Dios con el extra
suceso que se dirá en el capítulo s
guiente.

Sus pensa
mientos



www.librool.com.cn

CAPITULO XXVIII

Vocación, noviciado y estudios del V. Siervo de Dios.

Cuando más enamorado y distraído se hallaba nuestro joven, llegó el tiempo de Semana Santa, época en que con repetidas y ordenadas procesiones se nos representa en devotas imágenes todo lo que por la salvación del mundo padeció nuestro dulcísimo Jesús; y Pedro con los ardores del joven, sabiendo, que su futura consorte había de estar en un balcón viendo estas procesiones, se vistió una túnica, descalzose los pies, cargó sobre sus hombros una muy pesada Cruz, y de esta suerte, haciendo profano lo penitente de aquel traje, fué á ser visto de ella, que ya avisada la tenía. Cargado, pues, con su cruz iba nuestro hombre mirándose á los pies, jactándose de su blancura y enseñándolos con frecuencia, cuando llegó á la calle donde estaba la doncella objeto de su locura, y al emparejar con su balcón, cuando más iba deseoso de ser visto, y más adelantando el paso para que el pie se descubriese, sin saber cómo, se le enredó la túnica en los pies, y sin poderlo remediar cayó en un asquerosísimo cenagal, que en la calle había; se fué á levantar, y

Vanidad de
nro. joven.

Dios lo son-
funde.



Cáese en un charco.

volvió á caer, hasta que todo revolca en aquel inmundo cieno, arrojando sí un pestilente hedor, hecho un maníal de inmundicia, salió del cenagal vista de su estimada prenda, desde pies á la cabeza tan enlodado, tan suc tan hediondo, que unos huían de otros con vilipendio lo apartaban de y los muchachos con grita y algaza dándole vaya, lo seguían. Fuese á casa, en gran manera confuso, entró ella, desnudose la túnica, limpiose lo r jor que pudo y púsose á descansar el trabajo padecido. Luego se puso á considerar el cuándo y el dónde de su ca y como era tanta la viveza de su ent dimiento, no le fué dificultoso como que aquella que parecía casualidad, un misericordioso aviso de Dios. Recogió dentro de sí, y viendo la mano de D en aquel suceso, prorrumpía en semej tes acentos: ¡Oh Señor! si me hubie muerto allí, qué fuera de mi alma? hubiera entonces perdido el vital alien dónde estuviera ahora? Condenado ¿ una eternidad! Luego ha sido miseric dia de Dios el haberme dejado la vi pues, si no la enmiendo, ¿qué cuenta me pedirá?

Inspiraciones de Dios.

De esta suerte iba la gracia enterrando la dureza de su corazón, y y sando más adelante, le inspiraba el d precio del mundo, el amor de la virtu desasimiento de todo lo temporal, y a helo á todo lo divino. Rumiaba el desengañado varón en lo interior de



pecho los trabajos que había padecido, los peligros en que se había hallado, los riesgos de cuerpo y alma que tantas veces le habían combatido, y cotejándolos con lo apacible de la virtud, con lo sosegado de la buena conciencia, y con lo seguro de la gracia, anhelaba ya por esta, y temía volver á aquellos. Por otra parte miraba también la hermosura de la virtud, y considerando que si al principio causa algún amargor, llena después el alma de dulcedumbre, ansioso la deseaba: hacía concepto de que al modo que los deleites pasados, como leve sombra se desaparecieron, dejando sólo impresa en su alma la huella de la culpa; así también los que quisiera gozar en adelante se pasarían, como los otros se pasaron, y sólo dejarían por señal de haber estado el execrable delito. Consideraba también, que la observancia de los divinos preceptos, si al principio le fuera dificultosa, con la costumbre santa se le haría fácil, y así resolvió, llorando el tiempo perdido, gimiendo las culpas ya pasadas, servir á Dios, observar sus mandamientos, amar la virtud, y abrazar una religiosa y penitente vida. Discurriendo donde tomaría puerto seguro el bajel de su deseo, después de tantas borrascas padecidas, le inspiró el Padre de las lumbres entrar en nuestra sagrada religión de los capuchinos, á cuyo dulce y amoroso llamamiento, dando grato oído, determinó con la brevedad posible des-

Afectos interiores.

Llamamientos divinos.



www.libroscristianos.com

Su vocación: nudarse las galas peligrosas de este siglo, y vestirse el seráfico sayal. Dió parte de esta determinación á la doncella con quien quería casarse; y ella dijo, que como él se entrase religioso, ella también tomaría el velo, lo cual ejecutó en un austerísimo convento de Cádiz, cuando supo que Pedro se había vestido el hábito de los capuchinos, y perseveró en la religión toda su vida con grandes créditos de virtud. De esta suerte sacó Dios dos almas para sí, de la conversión de nuestro joven, haciendo que dos se levantasen de sóla una caída.

Resuelto ya á ser capuchino, pidió el hábito á nuestro P. Provincial, y éste, después de probar bien su vocación, lo envió al noviciado de Sevilla, donde vistió el hábito de nuestra sagrada Religión de mano de Fr. Eusebio de Granada, maestro de novicios, el año de mil seiscientos y setenta y seis, siendo de 36 años. edad competente para ejercitar con fervor y varonil aliento las armas de la luz, que fervoroso se vestía. Estas armas de la luz son las obras de la fe. de la gracia y de las virtudes, con las cuales así en ofensiva como en defensiva pugna, se pelea contra los tres mortales enemigos del alma, mundo, demonio y carne.

Para el hábito
de los capuchinos

Estas son también las armas que cuando algún novicio toma el hábito, se le dan al tiempo mismo. que se le viste, y son la regla de nuestro Seráfico Padre



San Francisco, la disciplina, y el rosario que como ordinariamente le dicen, cuando se las entregan, son armas para batallar contra los tres enemigos del alma. Con la regla y sus preceptos se pelea contra el mundo y sus vanidades; con la disciplina y sus rigores se batalla sobre la carne y sus delicias; con la oración, significada en el rosario, se contiende contra el demonio y sus astucias; las cuales armas de luz, recibidas por nuestro novicio cuando el hábito se vistió, no las tuvo ociosas, antes sí, considerándose con ellas valerosamente armado, ejecutó constante contra el demonio la oración, contra la carne la disciplina, y contra el mundo la regla; siendo con estas armas en repetidas luchas tan afortunado, que con la dirección y preceptos de la regla, consiguió del mundo muchas victorias; con el rigor de la disciplina derrotó á la carne en mil batallas: y con lo fervoroso de la oración obtuvo del demonio mil victoriosos triunfos.

Es costumbre de nuestra sagrada Religión mudarle el nombre al novicio, para que no le quede ni aún el nombre del siglo. Quitáronle, pues, á nuestro fervoroso novicio el nombre de Pedro, y le pusieron el de Pablo, para que imitara á este apóstol de las gentes en su celo por la gloria de Dios. Vestido ya nuestro novicio del seráfico sayal, armado con las armas de la luz, é intitulado con el nombre de Pablo, empezó á correr fervoroso por el camino de la perfección

Sus propósitos

Muda de nombre.



en el año del noviciado. Deseoso de adquirir virtudes, miraba con atención á los ancianos, para seguirlos: atendía á los mancebos, para imitarlos: observaba á los jóvenes, para aprender de ellos; y á todos se ponía por dechado, y de esta suerte con edificación y aceptación común de aquella familia, habiendo cumplido el año de noviciado, profesó con gran júbilo de su alma, y consuelo de su espíritu en manos del P. Buenaventura de Ocaña, guardián que era entonces de aquel convento, el día veinticinco de Junio del año de mil seiscientos setenta y siete. Profesó, como se ha dicho, é inmediatamente lo pusieron al estudio de la Filosofía, palestra, donde aún los más recogidos suelen algún tanto dejar descansar las armas de la virtud, por ejercitar las de las letras. Pero no así Fr. Pablo, porque, aunque debajo de la bandera literaria alistado se hallaba, no por eso omitió las armas de las virtudes especialmente las de la caridad. Estudiaba, como estudiaban todos; pero asistía á los enfermos, como ninguno los asistían. Las ocupaciones de la ciencia no le embarazaban las obras de caridad; antes sí, estas con aquellas tanto se daban las manos, que parecía que estudiaba en las obras de caridad, ó que ejercía éstas cuando estudiaba. Sin faltar á las obligaciones de la una, se ocupaba en los ejercicios de la otra; de tal modo, que no se distinguía, si la caridad en él era estudio ó el estudio era caridad. Visitaba muy

Su noviciado.

Su profesión.



amenudo los enfermos, limpiábales los vasos inmundos, hacía las camas, y al que estaba triste, con mil discretas razones alegraba; al que estaba afligido, con religiosas palabras divertía; al que estaba alegre, en su alegría modestamente lo acompañaba; pudiendo decir con su titular patrón S. Pablo que con los enfermos se hacía enfermo, siéndoles con esto á todos los enfermos de consuelo tanto, que el nombre que comunmente le daban era el de madre, llamándole madre á boca llena, y diciendo cuando veía; ya viene nuestra madre, ya llega la madre de los enfermos.

Su vida de
Corista.

Era Fr. Pablo en esta asistencia á los enfermos, no aceptador de personas, como culpablemente suelen hacer algunos, sino uno mismo para todos, y para cada uno todas las cosas. Lo mismo era para él que el Provincial fuese el enfermo, ó que lo fuese el más humilde donado; porque como no miraba á las personas que asistía, sino á Cristo en sus enfermos; con la misma puntualidad, cariño y agasajo que al uno, asistía también al otro.

Hurtábale al estudio algunos ratos, y se iba á la huerta, donde cogiendo variedad de flores, las llevaba á las celdas de los enfermos, y adornándoles con ellas la mesilla y los estantes, los recreaba, ya en lo corporal, con la apacible vista y olor agradable de aquellos naturales ramilletes; y ya en lo espiritual, haciéndoles levantar el espíritu al cielo, formando

Su caridad
con los enfermos.

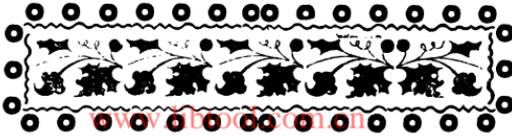


escala de aquellas hermosísimas criaturas, para contemplar la hermosura florida del Criador.

Comienza á
predicar.

Comenzó á predicar siendo todavía corista, no por que le faltase edad natural para los órdenes Sacros, si porque no había cumplido los siete años de religión, que para recibirlos piden nuestras Sagradas Constituciones; porque habiéndolo puesto al estudio acabado de profesar, teniendo ya el curso más de dos años, cuando Fr. Pablo entró en él, por haber en el siglo estudiado la Filosofía, cuando el curso cumplió los siete años, todavía Fr. Pablo no tenía de religioso siete, y así acabando de corista el curso, la predicación también la principió corista, y en ella brilló del modo que ahora diremos.





CAPITULO XXIX

Predicación y virtudes del V. P. Pablo de Cádiz.

Tuvo nuestro V. para la predicación dotes excelentísimos. Había sido en el siglo ingeniosísimo y muy elegante poeta, llevándose en los académicos certámenes, á que solía asistir, no sólo el general aplauso, sino también los más singulares premios; y como esta elocuencia crecía con él desde la infancia, no le fué posible desprenderse de aquella ni en lo maduro de la edad, ni en lo austero de la religión. A esta natural facundia se le llegaba el temor de ser confuso en sus sermones, porque conocía que la palabra de Dios no se había de proponer al pueblo, de modo que después de escuchada, no fuese entendida; y también le atemorizaba el considerar que las palabras que deleitan el oído, como de allí no pasan, no endulzan el corazón, antes sí, llevándose el oído toda la dulcedumbre, dejan el corazón en amargura; y así entre las flores de su elocuencia escondía las espinas de las verdades desnudas. Hablando con él muchas veces á este propósito, con su acostumbrada gracia me decía: Salga V. C. á la plaza, ve-
Sus dotes de orador.
Su elocuencia
rá algunos hombres que venden fruta,



Símiles.

que las cestas las tienen coronadas con bellas flores. Lléguese á uno y dígame: Amigo, á cómo vende estas flores? Y le responderá: Padre las flores yo no las vendo. Pues para qué las tiene aquí? Para que atraídos de lo bello y hermoso de las flores, vengan y se lleven el fruto. Pues, lo mismo (proseguía Fr. Pablo) hago yo con estas flores, que por ser nativas no puedo arrancar de mi estilo; sácolas á lo público, no para que me las compren y con ellas se deleiten, si para que de ellas atraídos, lleven el fruto de la palabra divina. (Téngase presente que es el V. P. Isidoro, quien esto escribe).

Cuando fué sacerdote y empezó á confesar y dirigir almas, cuidaba tanto de ellas, que el remedio de éstas lo anteponia al descanso de su cuerpo; fué siempre vigilantísimo en el confesonario, pues, como experimentado, conocía que la sacramental confesión era el Jordán donde el pecador, bañándose en las aguas de su propio llanto, se limpiaba de la lepra de la culpa; y para que la multitud de los penitentes, no estorbases la buena marcha del confesonario, como sabía lenguas extrañas, ponía cada día sobre la puerta de una pieza pequeña del claustro del convento de Cádiz, donde solía confesar, un rótulo que decía: Hoy se confiesan italianos; otro día, hoy se confiesan flamencos; otro día ponía otro que decía, hoy se confiesan franceses; y de esta suerte, para obviar la confusión precisa en la multitud, iba por

Su confesonario.

los varios días de la semana, poniendo varios títulos, **que llamaban** al confesionario las diversas naciones, cuyos idiomas entendía. Fué gran confesor.

No se contentaba con las confesiones, que dentro del claustro hacía, aunque eran muchas, sino que también, anhelando su caritativo corazón por ganarle á Dios más almas, se iba a las cárceles, exhortando á los presos á que se confesasen, prometiéndoles á todos de parte de Dios misericordia y perdón de sus delitos. Iba también á las casas de los enfermos, y á vueltas de la caridad, que con algunos regalos les hacía, les sanaba las conciencias, heridas con los afilados aceros de la culpa; aunque fuese el pobre más desdichado, aunque fuese el mendigo más miserable, y aunque fuese el sujeto mal vil de la república, no se dedignaba de ir á su casa, cuando sabía que estaba enfermo; antes él mismo se convidaba á asistirlo, porque como no miraba distinción en las personas, sino que en todos consideraba á nuestro Redentor Jesucristo, á todos con caridad los miraba é igualmente les asistía. Cuando sabía que se había introducido algún abuso ó costumbre escandalosa, al punto en alas de su caridad volaba á solicitar el más eficaz remedio. Habíase introducido en la ciudad de Cádiz, como en otras muchas de nuestra Andalucía, la costumbre de la pedrea, en el campo que Su celo con los enfermos. hace frente al hospital del Rey, donde acudían, no solo los muchachos, como



www.libraspartes.com en otras partes suele suceder, sino también mancebos muy robustos, los cuales partido el campo entre dos opuestos bandos, primero con duras piedras, de fuertes hondas disparadas, animosos se daban la batalla, y encendiéndose al crujido del grosero camaño la pelea, abandonadas las piedras, y las hondas recogidas, empuñaban los aceros: y avanzándose los dos opuestos bandos, se experimentaban cada día mil desgracias. Hirió este abuso el caritativo pecho de Fray Pablo, y una tarde, pedida licencia al Prelado, cubriendo con el manto una imágen de Cristo nuestro bien crucificado, se fué al hospital, donde hizo que á la puerta le pusiesen una mesa; y al tiempo que comenzó la pedrea, apareció sobre la mesa Fr. Pablo y á su lado el compañero con el venerando crucifijo; y á los ecos de una companilla y dos ó tres saetas penetrantes, empezó su sermón con tal fervor que apaciguando la pelea, quedó el campo de batalla convertido en oratorio. Predicóles con fervorosos alientos y concluyó el sermón, exhortando á que dejasen aquel abuso, y pidiéndoles por aquel Señor crucificado, que ya enarbolado tenía, que en señal de arrepentimiento y de que nunca más volverían á la pedrea, le entregasen las hondas. Cosa digna de admiración! Apenas había dicho estas últimas palabras, cuando aquellos ánimos que habían estado tan enconados, se hallaban tan compungidos, que á porfía procuraba cada cual

Persigue los abusos.

Corrige malas costumbres. :

ser el primero que le entregase su honda; unos se la daban en la mano; otros se la echaban á los pies; este por cima de las cabezas de los otros la arrojaba; aquél por entre la gente la despedía; y todos con prontísima obediencia se las entregaron; las cuales recogió el caritativo varón y entonando el rosario de María Santísima, vino al convento con toda aquella turba de gente, cantando alabanzas á la que siempre fué pura; y el virtuoso varón entregó las hondas, que pasaban de trescientas al Prelado.

Predica la Paz.

Se habían también introducido en Cádiz mil cantares deshonestos: opúsose Fr. Pablo á este infernal abuso, predicó contra él, y del todo lo desterró, introduciendo en su lugar cantos divinos en elogio de María Santísima; y cuando encontraba á los muchachos en la calle, les aconsejaba que nunca más cantasen coplas deshonestas, sino que se divirtiesen con los cantares sagrados, que él les daba á cantar.

De este antecedente de Fr. Pablo, opuesto tanto á los cantares impuros, se puede deducir la oposición que tendría á la torpeza, y la caridad con que procuraría, llevado del celo de las almas, sacar de tan cenagosa inmundicia á los que en ella vivían. Apenas tenía noticia de algún amancebamiento, cuando volaba á solicitar el remedio; hablábales cariñosamente, procurando con suavidad y blandura sacarlos del delito, y si esto no bastaba, reprendíalos fervorosamente.

Destierra los cantos lascivos.



si eran personas que se podían casar, les rogaba que contrajesen el santo matrimonio, y solicitaba todos los medios necesarios para este fin, hollando dificultades, venciendo imposibles, y desviando peligros; y de esta suerte fueron innumerables los que sacó del abismo de la culpa. Si no podía conseguir que se casasen, disponía que se dividiesen usando para esto ya de agradable cariño, ya de severidad rigurosa, con lo cual consiguió innumerables conversiones de almas que por muchos años apriionadas en la villana cadena de la sensualidad, lograron la libertad más feliz. No sólo del cieno de la lascivia sacó á muchos, sino que también de otros reprehensibles vicios, porque como era universal el odio que á la culpa le tenía, así era universal remedio para los vicios todos. Si oía maldecir á alguno, al punto ásperamente lo amonestaba; si oía murmurar á otro, al instante discreto lo corregía, variando la conversación ó hablando bien, ó excusando al ausente, de quien se murmuraba: si veía algún iracundo, con gran dulzura lo amansaba; si sabía que había enemistades entre algunas personas, al momento las reconciliaba, siendo casi infinitas las amistades que hizo, los odios que apaciguó, y los rencores que compuso; y así venían á él los que en las enemistades querían composición, para que los ajustase. Si á la doncella, por haberse casado á disgusto de sus padres, le negaban estos el habla,

Persigue la torpeza.

Combate los vicios.



venía á Fr. Pablo, y él los componía; si los hermanos, por la partición de la heredada hacienda, se hallaban encontrados, venían á Fr. Pablo, y él los ajustaba; si los casados por algunas desazones reñían, venían á Fr. Pablo, y él los volvía á su amistad antigua, y finalmente era un iris de paz que Dios había puesto en la Iglesia, para que todos por su medio, consiguiesen la tranquilidad más pacífica, llevándose por esto á las veces muchas desazones y disgustos, los cuales posponía á la salud de las almas, tanto que por sacar él á un hombre de pecado, padecería, si fuera menester, penas, disgustos, pesares y tormentos muy crecidos. Fr. Pablo, con las aguas de su caridad, no sólo sacaba las almas del asqueroso y vil estado de la culpa, sino que también procuraba hermostrarlos con soberanas virtudes. Aconsejábales que se ejercitasen en la oración, fortísimo muro contra los soberbios asaltos del demonio; y los exhortaba á que despreciando las pompas vanas, castigando el cuerpo y ejercitando la virtud, corriesen por el camino de la perfección cristiana. Si tenía noticia de que alguna persona ó no asistía á los sermones, ó no oía misa, ó no frecuentaba los templos, por falta de vestido á su estado competente, lo más presto que podía le buscaba lo necesario, para que rota esta cadena que la ligaba, á la Iglesia con libertad asistiese.

Fué pacificador de todos.

Cela el bien de las almas.

En una ocasión estaba una mujer que-



www.jándose con una amiga suya de que no tenía manto para ir á misa: pasose esta conversación, y en breve entró Fr. Pablo; saludólas cortés y religiosamente, y díjole en secreto á la persona con quien la pobre se había quejado: Un impulso me ha dado de buscarle un manto á esta señora, porque la considero pobre. Ay, padre Pablo, (replicó ella) ahora se estaba lamentando conmigo que no tenía manto para ir á misa. Pues yo se lo buscaré (dijo Fr. Pablo) y se despidió. Díjole entonces la amiga á la pobre: Le ha dicho V. al padre Pablo que no tiene manto? No lo he dicho á alguien, (replicó) porque solo con V. me he lamentado de mi pobreza: y ambas quedaron admiradas de que sin tener Fr. Pablo noticia de tal cosa, lo hiciese por el impulso interior conocido; y mucho más se admiraron del celo con que solicitaba el bien de las almas, cuando al tercero día le llevó el manto á la pobre, para que por defecto suyo no dejase de asistir al santo sacrificio de la misa.

El amor que tuvo á la pobreza fué mucho, conociendo, que ésta en el fraile menor es solidísimo fundamento, sobre el cual se fabrica la altísima torre de la virtud. El hábito que ordinariamente traía, era viejo, por muchas partes remendado y cosido sin el menor aseo; porque, como decía, quién jamás ha visto primores en la mortaja? Las alhajas de su celda se reducían á un breviario, unas diciplinas y una descarnada cala-

Socorre á los pobres.

Su amor á la pobreza.



vera, espejo en que se miraba difunto. A esto se reducían sus alhajas, y con ellas estaba más contento que los príncipes del mundo con los tesoros más ricos, por que consideraba que al paso que todo lo despreciaba, todo lo poseía; pues es cierto, que es más rico el que nada apetece, que quien mucho goza y más desea.

Sus alhajas.

Como eran tantos los devotos y aficionados que tenía, eran también muchos los dones que le franqueaban; pero él nada recibía, sino sólo aquello que lícitamente, según nuestro pobre estado, podían usar otros religiosos; y si le enviaban algunas cosas comestibles, entre viejos necesitados y enfermos las repartía. Mucho tiempo trajo un áspero cilicio arrimado á las desnudas carnes, y no contento con el que el hábito en su aspereza le ofrecía, buscaba otro que más crudamente lo atormentase. Cuando se ejercitó en las misiones, aumentó los rigores, pareciéndole que el predicador que quiere reprender vicios, ha de castigar en sí las culpas. Ciñóse á la cintura un cruellísimo cilicio de puntas aceradas, que entre sí propias entretejidas, formaban para la mortificación de la carne un áspero instrumento.

Los jueves en la noche hacía los ejercicios, que señala la Venerable madre María de la antigua, en que se contempla la pasión de nuestro Redentor Jesu-
cristo, meditándola por sus pasos sucesivamente, como su Majestad la sufrió; y

Su mortificación.





para más imitarle se van ejecutando los lances de ella; y así Fr. Pablo, para cumplir con este ejercicio sobre todos santo, empezaba desde la cena, y cuando llegaba á la oración del huerto, se postraba, pegando su rostro con la tierra, y así meditaba un rato las agonías, oración y sudor de sangre de Jesucristo. Cuando llegaba á la prisión, donde á su Majestad con asperísimas sogas lo aprisionaron, él se ponía las manos atrás, como si las tuviese ligadas y andaba de rodillas un buen trecho, contemplando los pasos que el Señor dió aprisionado desde el huerto hasta la casa de Anás. Al contemplar la afrentosísima bofetada que con sacrilega mano le dieron al Señor, él se hería sus mejillas con bofetadas muy crueles; desde allí pasaba en la misma forma al Pretorio, de este á Herodes, volvía á casa de Pilatos, donde al contemplar á su Majestad azotado en la columna, él se azotaba rigurosamente; después al considerar al supremo Rey coronado de espinas, se ponía él sobre la cabeza una corona de espinas penetrantes, que ciñendo con sus afiladas puntas las sienas, mucho lo lastimaban: luego al contemplar á su Majestad sentenciado, ligado y con la cruz acuesta por la calle de la amargura, se echaba una soga á la garganta, cargaba sobre sus hombros una gruesa y pesada cruz, y con ella andaba la estación hasta el calvario, en cuyo amarguísimo camino caía tres veces, precipitándose al suelo con violencia tanta que se lastimaba bas-

Pasa las noches orando.

Su penitencia



porque con el golpe de cada caída
cazaban más las espinas, y la cruz
cazaba más sobre sus hombros; después
cual acababa de contemplar la
ísima muerte, dolorosa crucifixión
simoso expirar del Redentor de la
Este ejercicio, empezándolo el jue-
prima noche, lo finalizaba el vier-
le madrugada; y en él sentía mu-
rovecho espiritual, pues atraído del
corría tras los aromáticos olores
pasión dolorosa.

Imita la pa-
sion de J. C. -

estos ejercicios santos le inspiró
por que se consagrarse al ejercicio
misiones por los pueblos de An-
fa, y manifestando al P. Provincial
eseos, éste lo asignó por compañe-
el V. P. Feliciano de Sevilla, varón
deramente apostólico, que conmo-
la sazón los pueblos con su ardien-
edificación; y con él empezó nuestro
abló su apostolado por los pueblos,
manera que ahora diremos.

Dios lo llama
& las misiones





CAPITULO XXX

Apostolado de nuestro V. por los pueblos de Andalucía

Unido ya Fr. Pablo con su compañero, pusieron la mano al arado, y sin mirar atrás, se hicieron aptos para el reino de Dios. Era el compañero de Fr. Pablo muy experimentado en la misión, por el mucho ejercicio que en ella había tenido, y como tal conocía que los pecadores eran como los muros de Jericó, que se necesitaba tocarles espantosísimas trompetas, para que de su culpa cayesen; y así predicaba con horrorosas amenazas, trayendo dichos y sentencias de santos en gran manera terribles, confirmando sus sermones con temerosos ejemplos; si bien amorosamente convidaba con el perdón á los pecadores, y de parte de Dios les prometía misericordia. Al contrario, Fr. Pablo era cariosísimo, tenía unas entrañas compasivas, llenas de dulzura y amabilidad, de cuya nativa mansedumbre piadosamente llevado, le parecía que aquel modo de predicar de su compañero no era á propósito para ganar almas á Dios, juzgando que espantados los pecadores de aquellas amenazas, no asistirían á los sermones, y así se quedaban en sus culpas obstina-

Como predicaba.

dos; y solía decirle al compañero que se templase en las rigurosas amenazas que á los pecadores hacía, y que con más suavidad les propusiese la divina palabra, queriendo que los dos fuesen por el camino de la dulzura y amor. Propiedad de corazón generoso, que como á este le cautiva el amor más que el temor, y la dulzura lo atrae más que los rigores, juzgando por su corazón el ajeno, le parecía á Fr. Pablo que los pecadores más bien se habían de dejar prender en la dulce red del amor, que en las ásperas cadenas del temor. El Compañero, conociendo que aquel dictámen de Fr. Pablo era hijo de una nobilísima condición y del celo que tenía de que se salvaran y que no huyesen de los sermones, no le redargüía, antes sí, lo dejaba al tiempo, en cuya escuela la experiencia misma le enseñaría cuanto más poderoso es el temor, que el amor para convertir pecadores; porque como estos sean en su condición villanos, pues perdieron la nobleza de la gracia, más los domeña el temor de una poderosa justicia, que el amor de una infinita misericordia.

Temores del
P. Pablo.

En esta oposición de dictámenes perseveraron los dos celosos misioneros mucho tiempo, y no hay que admirarse de que pretendiendo ambos una misma cosa, que era la gloria de Dios, anduviese predicando uno misericordia y otro justicia que en sagrado osculo se uniesen; por que si hay hombres que noblemente generosos más que de la justicia son atraí-

Dictámenes
opuestos.



Providencia
divina

dos de la misericordia; hay otros tan groseramente villanos, que más que de la misericordia son llevados de la justicia; y así en los dos por encontrados en los dictámenes, unió el Señor con misterio la justicia y la misericordia para que en su predicación hallasen todos remedio.

En predicar misiones por el arzobispo de Sevilla, se ocupó Fr. Pablo con su compañero dos años seguidos, que se contaron desde el año de 1687 hasta el de 1689, en los cuales anduvo muchísimas ciudades, villas, lugares y aldeas. Convirtió á Dios en este tiempo muchísimas almas, sacándolas de las fuertes cadenas en que el demonio aprisionadas las tenía, haciéndolas de esclavas de Satanás hijas adoptivas de Dios, componiendo muchos bandos y enemistades, apartando de su impuro y torpe comercio á innumerables amancebados, haciendo copiosísimas restituciones, sacando del inmundo cieno de la lascivia á otros muchos, imponiendo á otros en la oración mental y ejercicios de virtud y finalmente, cultivando el espacioso jardín de la cristiandad, arrancando de él la pernicioso yerba de los vicios, y en su lugar plantando las flores de las virtudes.

Recorre la
Andalucía.

Cuando entraban en el lugar donde iban á dar la misión, la primera diligencia era ir derechos á la iglesia, como verdaderos imitadores de Jesucristo, que cuando entró en Jerusalem para enseñar al punto dirigió sus pasos al templo, acompañado del pueblo que le seguía y



allí les predicó. Así nuestros misioneros asistidos de los que los habían salido á recibir entraban en la iglesia, y arrodillados delante de la tremenda Majestad de Dios Sacramentado, hacían fervorosa oración, pidiendo al Señor en lo interior de sus almas que les diese luz para ejercitar ministerio tan poderoso, y á los vecinos de aquel lugar conocimiento de su Majestad y provecho en sus sermones.

Método de sus misiones.

La noche primera después de su llegada, salían en procesión con la sacratísima imagen de un crucifijo, todos en profundo silencio, solo interrumpido de rato en rato por fervorosísimas saetas. Cuando llegaban á la plaza y sitios más públicos de la población, hacían pláticas terribísimas, convidando á los pecadores á penitencia, prometiéndoles de parte de Dios perdón de sus delitos, y ponderando la clemencia de la Divina Majestad, llamaban, como el ángel del Apocalipsis á las aves que volaban por la región de la culpa, á la grande cuna de la misericordia de Dios. Rematábase esta procesión en la iglesia donde había empezado, y allí leían públicamente, así la facultad que del prelado eclesiástico llevaban, que en el fuero interior era total, como los de más privilegios, gracias é indultos que poseían; y luego hacían una plática con que finalizaban la función de aquella noche.

Primeros sermones.

Todos los días, durante la misión, asis-

El confesionario.

fian por la mañana y por la tarde al confesionario, consolando á todos cuantos



Distribución
del tiempo.

llegaban, y muchas noches apenas podían descansar en la casa donde posaban por la mucha gente que los iba á buscar para desahogar con ellos sus conciencias, confesarse despacio, y hacerles largas consultas. Los días entre semana confesaban la gente del lugar, y los de fiesta la del campo, haciendo esta división para que la frecuencia de aquellos que en otros días podían confesar, no sirviese de estorbo á quienes solo las festividades les ofrecen ocasión para su apetecido desahogo. Todas las noches, sacaban el Rosario de María Santísima nuestra señora, con toda la ostentación, luces, música y acompañamiento que era posible, llenando las calles de alabanzas á la Reina de los cielos, que en ecos dulcísimos para los ángeles, si espantosos para Satanás, llegaban al trono del Señor, eficaces medianeras para aplacar la Majestad ofendida. Volvían á la iglesia y explicaban una noche la doctrina, remedio poderoso para sacar de las tinieblas de la ignorancia á tanto entendimiento obscuro como en daño de sus almas culpablemente ignoran aun lo que deben guardar. Otra noche platicaban de la oración mental, valiente escudo contra las asechanzas del enemigo, enseñándoles según la segurísima doctrina de los santos, el modo con que se había de ejercer; y conociendo que la experiencia es la principal maestra, la practicaban un rato, y finalizado se predicaba el sermón de la misión, que era ya del juicio final, ya de la

Pláticas doctrinales.

muerte, ya de las consecuencias de la culpa, y ya finalmente de otros asuntos provechosos y concernientes al fin que procuraban, que era sacar al pecador de la culpa, mediante el sacramento santo de la penitencia.

Sermones
morales

Este era el régimen que tenían los dos devotos misioneros todos los días que estaban en cualquiera población, que eran más ó menos, según el número y condición de sus habitantes, pues en unas partes eran necesarios más días que en otras. Cuando se iban ya concluyendo las confesiones de todos, los exhortaban á que hicieran penitencia, llevando en lo interior aquellas mortificaciones que su fervor les dictase.

Comp era universal el deseo que de la salvación de las almas tenían los devotos misioneros, no se contentaban con predicar á los que los buscaban ansiosos; pasaba su caridad también á aquellos que á sus sermones no podían asistir, extendiéndose aún á los más ocultos y retirados; y así los días que después del perdón de los enemigos les restaban, iban unas veces á las cárceles, para que aquellos pobres que entre cadenas gemían, con la libertad de la gracia gustosos respirasen; predicábales fervorosos, exhortándolos al dolor de las culpas y paciencia en sus trabajos, considerando que por sus delitos los padecían; administrábales el sacramento de la penitencia con mucha afabilidad, y luego se les daba la sagrada Eucaristía. De aquí pa-

Predican á
los encarce-
lados.



www.sabancálos.hospitales, consolando con sus pláticas á los enfermos; dábanles la medicina más provechosa para las dolencias del alma, y á veces los cauterios del rigor, para curarles las encanceradas llagas del delito; administrábanles los santos sacramentos, y los dejaban muy consolados. A los conventos de las religiosas los llevaba también su caridad, y allí á puerta cerrada se les predicaba; porque como la doctrina que se les ha de dar á los que están en religión es distinta de aquella que se les administra á los del siglo, no es razón que los de éste conozcan lo que sólo á las religiosas se les predica. Predicábanles, pues, con mucha religiosidad y cariño, y las dejaban muy gustosas, y aún ansiosas de gozar repetidas veces los frutos de su doctrina.

Id. en los hospitales.

Hechas estas diligencias, pedían por lista los enfermos todos del lugar, visitábanlos cariñosos exhortábanlos á que se confesasen y procurasen ganar la indulgencia de la misión; y ellos abrazando gustosos consejos tan saludables, les manifestaban en la sacramental confesión sus conciencias, y ellos, como médicos del alma, curaban las enfermedades que en ellos conocían; y luego públicamente les llevaban los curas el augustísimo sacramento, concurriendo á esta función casi todo el lugar, colgando las calles por donde su Majestad pasaba, aderezándolas con flores, juncias y espadañas, para tributarle al Sacramento el

Confiesa á los enfermos.



or culto que les era posible. Después
iber el enfermo recibido al Señor,
hortaban los misioneros á que diese
Majestad muchas gracias, y que en
nte procurase servirlo y llevar con
nación su dolencia; y dejándoles al-
s regalos, que entre los piadosos
este fin habían recogido, se despe-
quedando los enfermos sumamente
olados.

Les dan la
comuni6n.

staban también estos días en fun-
ermandades, especialmente del Ro-
, de quien era devotísimo nuestro
e Pablo, haciendo en cada iglesia,
ngregaci6n, dándoles reglas para
por ellas se gobernasen, disponiendo
uviesen primorosos estandartes, en
vistoso campo brillase una hermo-
a imagen de María santísima, nues-
eñora, y que siempre fuese acompa-
de muchas flores. Todas las noches
a se iban fundando las hermanda-
nacían que saliesen por las calles,
ndo elogios á la que es Reina del
do. Pedían también que deposita-
en poder de alguna persona de satis-
6n las limosnas que pudiesen, con
uales se hacían devotas cruces que
tas á trecho formasen la *vía sacra*, y
n principio á esta devoci6n con fer-
rien desmedido.

Fundan co-
fradías.

última funci6n de todas era un ani-
rio que por las ánimas celebraban.
él doblaban veinticuatro horas to-
as campanas; se ponía en la iglesia
levado túmulo con bastantes luces;

Funciones de
ánimas.



venían todas las comunidades, que había
Comunión en el pueblo, y cada una cantaba una vi-
general. gilia con su música, la cual concluida, se
quedaban todos los sacerdotes, decían
misas privadas, y luego todos los confe-
sores se sentaban en el confesonario,
porque este día se hacía comunión gene-
ral; eran innumerables los que confesa-
ban y comulgaban, siéndoles este aniver-
sario utilísimo á aquellas afligidas almas,
por los muchos sufragios, que en él se
les ofrecían. De esta suerte quedaban su-
mamente regocijadas con la misión, las
tres iglesias, purgante, militante y triun-
fante; la triunfante, porque si esta se ale-
gra con la conversión de un solo pecador
allí veía muchos pecadores convertidos; la
militante, pues si esta se regocija con las
virtudes de sus hijos, aquí miraba mu-
chos á la virtud entregados; la purgante,
pues, si esta se festeja con los sufragios
que le ofrecemos, aquí tantos sufragios
se les ofrecían, y finalmente, las misio-
nes de Fr Pablo eran de alegría para el
cielo, de júbilo para la tierra, y de con-
suelo para el purgatorio; y el purgatorio,
la tierra y el cielo, hallaban en ella con-
suelo, júbilo y alegría. En la tarde de ese
día se andaba la vía-sacra, que ya estaba
para esta ocasión puesta en los lugares
donde no la había; á la noche se hacía
la procesión que llaman de gloria, la cual
era muy alegre, porque todos iban con
luces cantando con dulcísima consonan-
cia el rosario y letanía de María santísi-
ma, llenando los aires de las alabanzas

Procesión de
gloria.

de tan soberana Reina; y en volviendo á la iglesia, se predicaba un sermón de perseverancia ó de la devoción á María, encargando á todos que para su amparo solicitasen por patrona en el riguroso tribunal de Dios á esta señora; y finalizado esto, también la misión se finalizaba.

Sermón de despedida.

El día siguiente se ponían los misioneros en camino, donde era cosa de ver cuando los lugares no distaban mucho, el concurso numeroso que del antecedente lugar los seguía, queriendo segunda vez en el vecino pueblo gozar el fruto de la misión.

Dos años y algunos meses estuvo nuestro venerable Padre Pablo predicando misiones en compañía del no menos V. P. Feliciano de Sevilla, recorriendo casi toda la vasta archidiócesis hispalense, hasta que llegaron al Puerto de Santa María el año de mil seiscientos ochenta y nueve á último de Diciembre, y á los dos misioneros les fué forzoso el apartarse. Volvióse á Sevilla á continuar por otro lado la misión el compañero de Fray Pablo, y éste pasó á Cádiz donde se dedicó, ya experto en la conversión de los pecadores, á predicar por las calles y las plazas, cogiendo de sus sermones sazoadísimos y abundantes frutos. No contento con los sermones que predicaba de ordinario, instituyó predicar de misión todos los jueves de cuaresma en la calle nueva, sitio que por el concurso y variedad de la gente que á ella acudía era un

Predica en su Patria.



Convierte á
muchos.

epílogo de todo el mundo. Allí, pues, predicaba todos los jueves de cuaresma sermones de misión, llenos de ciencia y doctrina con fervor tan desmedido, que fueron innumerables las almas que convirtió á Dios, sacándolas del infeliz estado de la culpa, ocupándose tan del todo en el confesonario que apenas tenía tiempo para descansar, y aún con esto apenas podía dar abasto á tantos como ansiosos de su remedio á su piedad acudían. Remataba esta misión con una procesión de ramos en la noche, donde eran innumerables los que acudían con asperísimas penitencias, siendo tan dilatada por el mucho concurso de la gente, que duraba horas muy crecidas.

El Obispo lo
admira.

El reverendísimo señor D. José Barcia y Zambrana que era entonces Obispo de Cádiz, se aficionó en gran manera á Fr. Pablo, porque vió en él á un apóstol de cuerpo entero, con un corazón compasivo, una modestia religiosa, un celo ardiente de la salvación de las almas; una particular gracia en el predicar, y finalmente todas aquellas prendas que hacen amable á un sujeto religioso, de las cuales cautivo aquel gran Prelado ternísimamente lo amaba. Por eso cuando determinó su Ilustrísima visitar su Obispado, quiso llevarlo consigo, para que precursor suyo, dispusiese con la misión los ánimos para la visita. Agregósele por compañero el P. Antonio de Lebrija, predicador de nuestro Orden y



misionero apostólico; y entre los dos comenzaron gloriosamente la misión del obispado, donde fueron innumerables las almas que convirtieron al Señor, las enemistades que compusieron, los odios que apaciguaron, los casamientos de amancebados que ordenaron, y finalmente los vicios que arrancaron y virtudes que introdujeron; y esto á costa de muchas penalidades, fatigas y cansancios que experimentaron, como más adelante veremos.

Lo lleva á la visita.

CAPITULO XXXI

Devoción especialísima
de nuestro V. á María Santísima

Grande fué Fr. Pablo en todas sus excelencias; grande en su caridad, grande en su pobreza, grande en su predicación; grande en su celo; y en todas las demás virtudes grande; pero fué grande sobre todo en la devoción de la purísima Reina de los Angeles. Era tan grande la devoción amorosa, el cariñoso afecto, y el amor ternísimo, que Fray Pablo tenía á María Santísima nuestra Señora, que continuamente le tributaba mil obsequiosos cultos. No había ocasión que su cariño omitiese el celebrar y aplaudir con elogios muchos á la serenísima Reina de los Angeles.

Devoción del V. á la Virgen



Como habla
ba de Ella.

Cuando predicaba de esta gran Señora, eran sus sermones tan tiernos, sus palabras tan afectuosas, y sus conceptos tan dulces, que hacía prorrumpir en lágrimas al auditorio, siendo tan singular en predicar de esta purísima Reina, que era una gloria oírle sus sermones, quedando todos los que á ellos asistían, súmamente inflamados en el amor de María. Si hablaba, aunque fuese, en conversación religiosa, de la soberana Emperatriz, se le encendía el rostro, se le enternecía el alma, se le derretía el corazón, los ojos se le humedecían, y como absorto en tanto mar de cariño, en las ondas de su afecto dulcemente naufragaba; si pronunciaba el santísimo nombre de María sentía tanta dulzura, que al exterior se le conocía.

Predica su devoción.

Todos los días le consagraba tres partes de rosario; una por la mañana, otra al medio día y á la noche otra, pudiendo decir con David que por la mañana, por la tarde, y al medio día anunciaba mil elogios á la más que todas soberana Reina, tejiéndole con estas avemarías que tan obsequioso rezaba, una guirnalda de fragantes rosas. Parecíale que era corta esfera la clausura de su pecho para venerar objeto tan desmedido, y queriendo dilatar esta veneración, solicitaba muchos pechos, en cuyas aras obsequios mil se le tributasen. En sus sermones exhortaba eficazísimamente al auditorio á que todos fuesen devotos de María Santísima, y como el interés suele ser



imán que atrae al corazón más de hierro, para atraer los corazones de los hombres á la devoción de esta gran señora les proponía lo mucho que esta devoción les interesaba. En las conversaciones que tenía, así con los religiosos como con los seglares, siempre tocaba esta utilísima devoción, procurando artificiosamente atraer á todos al culto de la que tanto amaba, y al modo que el que toca las flores contrae algo de su fragante olor; así los que con él conversaban, siempre sacaban algo de esta devoción, arraigándose en algunos tan de veras, que por él fueron singularísimos devotos de María Santísima.

La inculcaba á todos.

Cuando finalizada la misión del Puerto, se volvió Fr. Pablo á Cádiz, intentó establecer en esta ciudad el público culto de María. No había salido todavía á la calle en nuestra Andalucía, con pendón determinado para eso el Rosario de la divina Emperatriz: y Fr. Pablo, para que esta Soberana Señora fuese públicamente venerada, discurrió esta extensión del culto, ideando que sería muy del agrado de su Majestad que por las calles y plazas públicas sus angélicas saluciones á coros se entonasen, llevando su regia imágen en un estandarte hermoso, acompañado de vistosísimos faroles. Consultó esta materia con el ilustrísimo Sr. Obispo, y obtenida la licencia, y paternal bendición, dió principio á estos reverentes cultos el día siete de Febrero del año de 1691. Hizo un rico

Su devoción al Rosario.



Funda cofra-
dias.

estandarte, ó vistoso pendón, en cuyo medio campo se dejaba ver una hermosísima Imagen de María Santísima; fabricó vistosísimos faroles, así de asta como de mano; y con numerosísimo concurso sacó por las calles el Rosario de María, y fundó una Congregación para sostener este culto. No contento con eso predicaba continuamente de esta devoción por los barrios de Cádiz, procurando en cada uno introducir nuevo rosario, y como lo procuró fervoroso, así lo consiguió, pues fueron quince los rosarios que se fundaron en esta Ciudad alentados de la dirección de Fr. Pablo, con tan general aplauso y aceptación tan común, que cuando se fundaba uno, se hacía una solemnisima fiesta, viniendo á la tarde los rosarios que antes se habían fundado á sacar en público el nuevo, todos con sus estandartes, y de esta suerte acompañaban al nuevo rosario, cantando por las calles públicas la salutación angélica, que enternecían los corazones más duros; y al ver tanta variedad unida, en obsequio de la Emperatriz de los ángeles, lloraba de ternura. Para que los recién nacidos rosarios ni se finalizasen por desgobierno, ni por discordia se dividiesen, les compuso un libro que tituló *Triunfo glorioso del Santísimo Rosario*, dándoles discretas y provechosas reglas que aprobó, confirmó y mandó guardar en todos los rosarios de su obispado el mencionado Obispo. Eu estas reglas les da á los rosarios el títu-

Les dá una
regla.



lo de **Compañías espirituales**, señala á cada una dos protectores eclesiásticos y otro secular, dispónele Diputados, y finalmente les da otras ordenaciones discretísimas.

Como se pro-
pagaron.

Este fervor de Fr. Pablo en introducir el santísimo rosario, no se estrechó dentro de los límites de Cádiz, difundióse también á lo extenso de todo su obispado, y con su dirección y ayuda se fundaron en la ciudad de Gibraltar cuatro; en Tarifa dos; en Medina-Sidonia cinco; en la villa de Chiclana cuatro; en Conil dos; en Veger tres; en Paterna uno; en Puerto Real dos; en la Isla de León dos; en Castellar uno; en Jimena dos; en Alcalá de los Ganzules tres; que componen treinta y uno entre todos.

El motivo con que se principiaba el rosario ó rosarios, que en cada lugar del Obispado se fundaban, era ternísimo; porque, habiendo Fr. Pablo con sus sermones enfervorizado la gente, habiéndose declarado los que querían ser hermanos ó soldados valerosos de aquella espiritual Compañía, se señalaba la noche que había de principiarse, y las calles por donde había de pasar, pidiendo á los vecinos de ellas que adornasen con luces sus ventanas; y á los que habían de asistir al rosario que trajesen velas, ó faroles, según la posibilidad de cada uno. Llegaba la noche señalada, que era la última de la misión, se juntaba todo el pueblo en la Iglesia poníase con el pendón de nuestra Señora Fray

Rosarios por
las calles.



Como salían. Pablo en las gradas del altar mayor, y estando de rodillas los protectores y Diputados, les entregaba el estandarte de María Santísima, y con él su corazón, repicándose á este tiempo las campanas todas del lugar, resonando en toda la Iglesia levantados cánticos á la Virgen sin pecado concebida, y derramando todos ternísimas lágrimas de afecto y devoción. Salía luego el nuevo rosario á la calle acompañado de los rosarios que antes se habían establecido, y era una gloria ver tanta variedad de luces como en todas las calles había, tanto armonioso repique de campanas, tanta levantada voz en alabanza de María, y tanta muchedumbre de festivos alborozos, entre cuya confusión se empezaba el rosario, y con las más suaves y acordes voces que se podían hallar, se proseguía cantando, haciendo la variedad de voces, la confusión de luces, el repique de campanas, las lágrimas de los que lo veían, y los amorosos suspiros de los que los acompañaban, una abreviada gloria que á todos llenaba de fervorosa alegría. Habiendo dado vueltas á las calles señaladas, volvía á la Iglesia, y uno de los misioneros hacía una plática, alentando á los fieles á la prosecución en la devoción de María Santísima; luego cantaban el Te-Deum laudamus en acción de gracias, y se remataba la función con levantadas voces, que devían muchas veces, Ave María sin pecado Concebida. Al día siguiente, reci-

Devoción que
causaban



bida la bendición de su Ilustrísima, pasaban á otro lugar donde aguardaban al Sr. Obispo, y venido, se hacían las mismas funciones que en el antecedente lugar, quedando todos abrasadísimos en el amor de la Reina de los angeles, participando de la ardiente hoguera que ardía en el corazón de Fr. Pablo.

Los fundó en muchos pueblos.

Terminada la visita del obispado, regresó á Cádiz nuestro venerable misionero, y allí se dedicó á dar impulso á los Rosarios ó compañías espirituales que tenían fundadas, y á levantar capillas á la Virgen, para que sirvieran como de cuarteles á su espiritual milicia. La predicación de Fr. Pablo había encendido en el amor de la Virgen Santísima á un hijo espiritual suyo, alferez de la Armada, llamado Domingo Díaz Cabeza, á quien por antonomasia, mereciéndolo su fervorosísima devoción, llamaban comunmente el Alferez del Rosario. Este devotísimo varón, con vivísimas ansias se entregó á la devoción del Rosario de María Santísima, procurando siempre sus mayores creces y público adelantamiento; no sólo asistía con infatigable puntualidad al rosario, no sólo exhortaba á que abrazasen esta utilísima devoción; no sólo pretendía en todas las casas introducirla, sino que también para más públicamente venerarla, cuando había algún entierro, fuese de pobre, rico, noble ó plebeyo, asistía á él, y al salir de la casa para la Iglesia, entonaba el rosario, á cuyas amantes voces todos los del

Lo hizo general en Cádiz.



www concurso le respondían; y de esta suerte iban hasta la Iglesia, rezando el rosario por el alma del difunto. Este, pues, ardentísimo devoto, considerando que su compañía espiritual ó coro del Santísimo Rosario, no tenía la asistencia necesaria, por estar situado en una casa particular, alentado por el P. Pablo, determinó labrar una capilla. Sin tener más fondo que la bendición de su Padre espiritual, ni más caudal que una firmísima confianza en la liberalidad divina, dió principio á un empeño de tanta monta: juntó alguna limosna, compró el sitio, y congregándose los hermanos de aquel rosario cierta tarde, asistiendo también nuestra capuchina comunidad y numeroso concurso del pueblo, por comisión de su Ilustrísima y con las acostumbradas ceremonias, puso la primera piedra para el edificio el R. P. Fr. Diego de Albacete, Guardián entonces de nuestro convento de Cádiz. Empezóse la obra y con facilidad se concluyó, quedando fabricada una hermosísima capilla con dos puertas, y en ella dos portadas de mármol bellísimas, su sacristía y cuarto alto, para que en él asistiese un sacerdote que cuidase del rosario. Dedicóse con solemnidad y se le puso por título nuestra Señora de la Bendición de Dios, á donde los fieles han experimentado bendiciones muchas repartidas de la Divina liberalidad, por las piadosísimas manos de María Santísima, siendo muy frecuentada de todos, así por la devoción

Se rezaba en todas partes.

Se le dedican capilla:



a Soberana Reina de los Angeles, co-
por el consuelo que en ella los cris-
los reciben.

Como se edi-
ficaban.

a segunda capilla que se fabricó pa-
que fuese centro del rosario de María
tísima, se erigió en el barrio que
an de los Capuchinos, en la viña
se decía de Malavá. Esta la fabricó
primera compañía espiritual, que fun-
en Cádiz nuestro V. P. Pablo; y se-
ado el día en que se había de poner
rimera piedra, se le hizo á su Ilus-
ma humilde y rendida petición, para
con su venerable y pastoral presen-
honrase el acto. Condescendió benig-
como carifoso pastor, y asistido de
visitador general, de Fr. Pablo y otros
unos religiosos, con numerosa multi-
del pueblo, se dejó ver en el sitio se-
ado. Llegada la hora determinada, sa-
a compañía espiritual del rosario,
cediendo la cruz y prendiendo el pen-
de María santísima con un buen
nero de hermanos; iban todos en
pro con azadas, y espuertas al hom-
, en forma de procesión, cantando
rosario, causando en todos los que lo
aban ternura tanta de corazón, que
devotas lágrimas se deshacían. Ha-
do dado vuelta al barrio, y concluido
marianos elogios, llegaron al sitio
alado, echó su bendición el señor
sposo, y proclamando Fr. Pablo en
sus voces *Ave María*, y respondiendo
ellos, *sin pecado concebida*, dieron prin-
cio á abrir las zanjas para los cimien-

Fervor del
pueblo.



Su amor al
Rosario.

tos: De una parte para otra iba nuestro fervoroso Fr. Pablo enfervorizando la gente, ya con recuerdos dulces del fin para que trabajaban, ya con los ternísimos acentos del Ave María. Abiertas ya las zanjas, y finalizada la función, se comenzó la obra, la cual no vió Fr. Pablo concluida, porque estando solo fabricando los cimientos, pasó de esta vida á la eterna, como luego diremos. Esta capilla se llamó de la Encarnación.

No satisfecho con esto el corazón de nuestro héroe, y queriendo propagar á más distantes lugares el culto del santísimo rosario, escribió á varios Ilustrísimos y reverendísimos Arzobispos y Obispos de España, pidiéndoles encarecidamente, que en términos de su jurisdicción estableciesen el rosario de María Stma., haciendo que arreglándose á las leyes que en su libro les imponía, lo cantasen por las calles á coro, que imitando á los angélicos diesen á la Purísima reina elogios devotísimos, para cuya perseverancia les pedía que fundasen congregaciones, para que en ellas fuese perpétuo el público culto del rosario de María. Recibieron estos eclasiasticos príncipes las cartas de Fr. Pablo, y aplaudiendo su celo, celebrando su instituto, y aprobando las reglas de su libro, (según consta de todas las respuestas de estos devotísimos Padres,) pusieron el hombro á que en sus territorios se introdujese el rosario, según la norma, constituciones, y reglas de nuestro insigne misionero.

Lo extiende a
otras regiones.



Pasó más adelante Fr. Pablo en procurar establecer el Santísimo rosario, y le escribió á la Reina madre, doña María de Austria, y también á su hijo Carlos II, suplicándoles con todo rendimiento que en aquella Corte fundasen el rosario público, disponiendo que saliese cantándose á la calle, con pendón que fuese trono de la imagen de María Santísima, para que a su imitación de este modo en todo su Reino se estableciese. Oyeron aquellas sus Majestades la humilde súplica de Fr. Pablo con la benignidad que en sus respuestas manifestaron; y por medio de un Ministro escribieron al Ilmo. y Rvmo Sr. D. José de Barcia, Obispo de Cádiz, mandando les avisase el modo y orden con que el rosario salía en esta ciudad á la calle. Envió el piadosísimo prelado los libros de Fr. Pablo, y fueron con tan general aplauso recibidos, que, guiándose por sus reglas, mandó la católica Majestad, que en su Real Capilla se fundase el público culto del Rosario; y para dar principio, habiéndose hecho un riquísimo pendón con una bellissima imagen de nuestra Señora, se juntó casi toda la grandeza de la Corte, y tomando el pendón ó estandarte de la Emperatriz Sagrada el piadosísimo Monarca, y dado con él algunos pasos, se lo entregó á un Ministro, y entonando la música el rosario, se cantó procesionalmente con singularísima devoción: función que sin violencia sacaba dulces lágrimas de ter-

Llega á la Corte.

Se funda en la R. Capilla.



Piedad del
Monarca.

nura viendo al Monarca con toda la grandeza de su Corte, tributar con reverente culto humilde vasallaje á la Reina más divina, quedando de esta suerte en la real capilla, y á su imitación en otras muchas partes de aquella Corte, y toda la comarca establecido con público culto el rosario de María Santísima; devoción que se le debe á Fr. Pablo, pues por sus rendidas súplicas hechas á la católica Majestad, se dió principio á función tan soberana.

CAPITULO XXXII

De como Fr. Pablo salió segunda vez
à predicar por el Obispado
de Càdiz y murlió
en tan glorioso empleo

Nuevas mi-
siones.

Legó, pues, el año 1694, y deseoso nuestro venerable de dar misiones en todos los pueblos del obispado de Càdiz, pidió al P. Provincial que le concediese por compañero al V. P. Feliciano de Sevilla, para que en este ejercicio santo le acompañase. Vino, pues, de Marchena, donde á la sazón estaba, juntóse con Fr. Pablo, y ambos gustosísimos sacrificaron sus fuerzas en las aras de la caridad y amor del prójimo, saliendo después de la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, aquellos dos valientes campeones á ver los frutos que llevaba la tierra del obispado.



Enferma gra
vemento.

que, el día siguiente estuvo hasta muy tarde confesando, siendo innumerables los que en este sermón se convirtieron.

Cayó en fin Fray Pablo en la cama, rendido al nocivo ardor de una fatal calentura; visitólo el médico, y desde luego conoció la malignidad del achaque, si bien le dió algunas esperanzas de vida. Agravósele la enfermedad, al paso que esta esperanza se mitigó, y conociendo Fr. Pablo que le iba llegando el fin del tiempo y principio de la eternidad, quiso para entrar en una región tan dilatada y no bastantemente conocida confesarse generalmente; hizo con su compañero con facilidad, porque la traía escrita consigo; trajéronle solemnemente por Viático el augustísimo Sacramento de la Eucaristía, y al punto, que el fervoroso varón vió entrar en su aposento la Magestad de la gloria, se levantó presuroso, se arrojó reverente, y entre ardentísimos actos de fe, esperanza y caridad, recibió postrado al universal Señor de todo el mundo. Aquella tarde le dijo su compañero que quería finalizar la misión, para estar más desembarazado, y así asistirle en aquella hora más vigilante, y que á la noche traería por aquella calle la procesión de gloria con el rosario de María Santísima, para que con los ecos de las angélicas saluciones, cuyo culto tanto había propagado, se consolase. Estimóselo Fr. Pablo, y teniendo los ojos bajos, el semblante

Recibe el Viá
tico.



como avergonzado, y confuso le dió las gracias.

www.libtool.com.cn

Id. la extremaunción.

Trajo, pues, su compañero por la calle en que estaba la casa-habitación de Fr. Pablo la procesión de gloria con el rosario de María Santísima, y al escuchar el devotísimo varón los melífuos acentos de las angélicas salutaciones, se le enterneció el corazón, llenándosele el alma de dulzura, como si empezara en esta vida á gozar la felicidad de la otra.

Acabada la función del rosario y procesión de gloria, vino el P. Feliciano á proseguir en la asistencia de Fr. Pablo; y habiendo también venido el médico, mandó éste que sin dilación le diesen la extrema unción. Recibió Fr. Pablo esta noticia con mucha resignación, poniéndose en las manos del Señor, para que en tiempo y eternidad se hiciese en él su beneplacito: reconcilióse otra vez, y con devoción mucha, estando con sus sentidos cabales, recibió el santo Oleo y luego de repente perdió el habla. Viendo el compañero de Fr. Pablo que estaba ya en las últimas agonías y que la muerte con presuroso paso se acercaba, tomó una Imagen de Cristo nuestro bien crucificado; y poniéndosela á la vista con fervoroso aliento fijó Fr. Pablo los ojos en aquel divino simulacro, no ya como los Israelitas los pusieron en la serpiente de metal, para sanar de las dolencias del cuerpo; sí como el discípulo amado en el crucificado Señor para establecer en él la salud de su al-

Su agonía.



Su santa
muerte.

ma; y allí, rodeado de Eclesiásticos que lo auxiliaban, y de su compañero que le asistía, á las dos de la madrugada, sin horroroso movimiento ni descompuesto visaje entregó el espíritu en manos de su criador, el martes día 16 de Noviembre del año de 1694, á la edad de 51 años y 7 meses. Quedó con el rostro tan hermoso y el semblante tan apacible, que más parecía que estaba durmiendo en un sueño reposado, que hombre ya difunto, y como me aseguré su compañero, nunca vivo lo había visto tan hermoso, como lo vió cuando muerto; pero qué mucho, si murió lleno de divina confianza, esperando en la misericordia de Dios el perdón de sus delitos?

Su entierro.

Mientras Fr. Pablo había estado batallando con las últimas agonías, había su compañero dispuesto todo lo necesario para traerlo á Cádiz al punto que espirase. Oponíasele los eclesiásticos, queriendo tener en su pueblo una prenda de aprecio tanto: pedíanle devotos que sin llevarlo á Cádiz, le diese á Conil la honra de que gozase alhaja de tanta estima, y que á ellos les concediese el gusto de que en su iglesia se sepultase, para lo cual voluntarios le ofrecían su eclesiástico sepulcro. El compañero admitió la oferta del sepulcro y se dió orden para que allí se hiciese el entierro. Púsose el cadáver en un féretro con dos tejas por almohadas como acostumbramos; y llegada la hora del entierro, se formó una



esión lueidísima; levantaron cuatro rdores el difunto cuerpo, salieron á ille, donde era innumerable la mul- Su sepulcro.
l de gente que había, como suele sur- r en la más solemne procesión: lle- n á la iglesia, y con dificultad entra- en ella, por lo numeroso del concur- odos á una voz lo llamaban santo; s lo nombraban justo; hombres, ni- mujeres, en varias tropas divididos iban por las calles, ansiando por ver osto del difunto; en la iglesia, muje- ños, y hombres, en tropel confuso ntonados, procuraban sus reliquias: áronle el rosario que llevaba pendien- e la cuerda, y sobre el repartir de las atas hubo alguna desazón. Sosegado multo, se le hicieron las exequias mnísimas, y acabadas, se sepultó el ver en el presbiterio del altar mayor do del evangelio, que es el sepulcro no, donde los eclesiásticos de aquel blo se sepultan.

sí que llegó á Cádiz la noticia de la arte de Fr. Pablo, fué desmedido el oroso llanto que universalmente se ntó. Sus pobres ya se lloraban sin paro, ya se veían sin auxilio; la viuda, uérfano desvalido, el enfermo nece- do, todos gemían, todos lloraban la arte de Fr. Pablo. Los pecadores arre- tidos, que por medio de Fr. Pablo ha- salido de la culpa, también le llo- ra, porque sin director se veían. No se ababa en casa donde no se oyese un Penas que cau. só su muerte
ento; no se hablaba con persona que



no llorase afligida. Y no fué sólo (Cádiz
quien lloró la muerte de Fr. Pablo, todo
el Obispado la sintió, porque como en todos
sus lugares había predicado, y de él
habían recibido beneficios muchos, todos
sintieron su falta, por el gran cariño que
le habían cobrado. Y si todo el Obispado
lo sintió. ¿que diré de la suprema cabeza
del obispado, Ilustrísimo y Reverendí-
simo señor D. José Barcia y Zambrana?
Su sentimiento lo expresó él mismo con
una carta que le escribió al P. José de
Sevilla, guardián que era entonces del
convento de Cádiz dándole el pésame á
toda la comunidad, la cual trasladada á
la letra de su original es de esta suerte.

Lo lloró todo
Cádiz.

Copia de carta que el Ilustrísimo y re-
verendísimo señor Don José de Barcia,
Obispo de Cádiz escribió al guardián de
esta comunidad, dándole el pésame por
la muerte de Fr. Pablo.

Sentimiento
del Obispo.

Mi Rvdo. P. Guardián; el martes 16
de este que salí de esta ciudad, tuve car-
ta del R. P. Fr. Feliciano de Sevilla, y de
mi Vicario de Conil, en que me avisan
el cuidadoso accidente que sobrevino á
mi querido P. Fr. Pablo de Cádiz, asegu-
rándome se hallaba muy mejorado y en
ánimo de restituirse por ahora á esta
Ciudad; y hoy viernes me hallo con la
noticia cierta de su muerte, que fué el
mismo día 16 á las dos de la mañana,
golpe que ha herido tan en lo vivo de mi
corazón, que no podré fácilmente expre-
sar á V. R. mi desconsuelo y el que-
branto que me ocasiona la muerte de es-



te varón venerable, á quien amaba con-
cordialísimo afecto, á medida del con-
cepto de su verdadero y sólido espíritu;
cuyo fervoroso y apostólico celo fué de
tanta utilidad á mis ovejas, con entera
satisfacción más, por la que tuve de la se-
guridad de su doctrina, del ejemplo y ca-
ridad incansable con que atendía al ma-
yor bien de sus prójimos, promoviendo
la gloria de Dios y de su Santísima Ma-
dre en la devoción del Santo Rosario y
demás piadosos ejercicios. Doy á V. R.
y á esa santa comunidad el cristiano pé-
same, y no dudo se puede dar á toda es-
ta Diócesis, donde juzgo igual el senti-
miento de esta pérdida, y todos manifes-
tarán en común y en particular su gran-
de obligación de pedir á nuestro Señor
por nuestro difunto, cuyos méritos y
fervorosas fatigas confío habrá premia-
do su misericordia. V. R. me tiene siem-
pre con muy particular afecto á su dis-
posición, deseando guarde Dios á Vues-
tra Rma. en su santa gracia los muchos
años que le suplico.

Su carta de
pésame.

Isla de León, Noviembre 20 de 1694.

B. L. M. de V. R. su afecto servidor,
José, Obispo de Cádiz.

Testigos irrefragables son estas letras
que acreditan el mucho sentimiento que
en la muerte de Fr. Pablo tuvo este Pre-
lado ilustre; pero que mucho, si perdió
en él no sólo un amigo y compañero, si-
no también una prodigiosa nube, que le
fecundaba con los riegos de su doctrina
todo su Obispado?

Lo que dice
en ella.



www.Suelen.calgunas demostraciones exteriores significativas del amor que á algún difunto se le tenía, servir al desahogo de la pena que al pecho condolido aquella muerte ha causado. Por esto las compañías espirituales del santo rosario, que en Cádiz y toda su diócesis había fundado Fr. Pablo, todas para desahogo de su pena, con exteriores muestras lo honraron. Hiciéronle honras los rosarios todos en todo el obispado, con funeral pompa y lúgubre aparato; y con singularidad los de la capital, porque todos se esmeraron en honrar á su fundador, siendo muchos los sufragios que se le aplicaron. Tres noches vino cada rosario al convento, cantando las angélicas salutations con tan fúnebre gemido y lastimoso canto, que enternecía los corazones, substituyendo el *Gloria Patri* con un *requiem eternam* tan lastimero, que entraudo por los oídos al corazón le causaba imponderable amargura. Así celebraron los rosarios todos, fundados por Fr. Pablo, las exequias de su fundador difunto. Dios quiso acreditar la virtud de su siervo Fr. Pablo, con multitud de prodigios que siguieron á su muerte, de los cuales vamos á insertar aquí algunos, para dar fin á la relación de su vida.

Más honras
fúnebres

su fama de
santidad.

Estaba D. Juan de Pedrosa, secretario del Sr. Obispo, en oración, á la misma hora que murió Fr. Pablo, cuando repentinamente oyó una suavísima voz que con toda distinción conoció que era



de Fr. Pablo, que dulcemente le dijo: D. Juan, quédate á Dios, y dile á su Ilustrísima, como me voy á descansar que se quede en paz. Se aparece des
pués de muer-
to.

Francisca Bibiana Parrón, consanguinea de Fr. Pablo, mujer de Desiderio Bacharo, tenía un hijo llamado Juan Esteban de seis á siete años; este estaba enfermo de viruelas, y con lo penoso del accidente bastante molestado. Llegó la mañana del día 16 de Noviembre, que fué en el que falleció nuestro Fray Pablo, y el chicuelo empezó á grandes voces á llamar á su madre; fué la piadosa mujer á socorrer la aflicción que juzgó tenía su hijo, y preguntándole qué quería, respondió: Madre, mi tío Fr. Pablo ha muerto; mi tío Fr. Pablo ha muerto. Rióse la madre del que juzgaba desvarío del muchacho porque ignoraba que Fr. Pablo estuviese enfermo, y le respondió al hijo, que callase, que su tío no había muerto. Volvió á clamar el rapaz y á decir: Mi tío Fray Pablo ha muerto, que lo he visto yo morir, y á nuestra Señora que con muchos ángeles y un estandarte cantaban el rosario y se iban para el cielo. Admirada la piadosa madre de lo que decía el hijo, y teniéndolo todavía por aprehensión, le instó á que callase. Calló por entonces el chicuelo; mas á cosa de las diez del día volvió á llamar á la madre y le dijo: No decía Vd. que era locura lo que yo hablaba, pues ahora está un hombre en la puerta, diciéndole á mi Otra apari-
ción.



Prodigios de
su muerte.

padre como mi tío ha muerto. Estaba bastante retirada de la puerta la sala donde el enfermo se hallaba, y la madre cuidadosa salió, y halló ser verdad lo que su hijo le había dicho, porque un hombre, que había venido de Conil, le estaba diciendo á su marido que Fr. Pablo había muerto aquella madrugada.

Confirma este antecedente caso lo que ofreciendo juramento depone Doña Ana María Calderón, hermana de los Capuchinos, que en su casa nos hospedaba en la Villa de Conil. Habiendo muerto Fray Pablo, se quedó esta señora con una sobrina suya llamada Doña Francisca Pacheco, á velar el cuerpo difunto; habían enviado un criado á que avisase en la iglesia, que hiciesen señal de difunto, y habiéndose quedado las dos solas, oyeron claras y distintamente un armonioso rosario que con numerosa multitud de voces y dulcísimos acentos venían cantando las angélicas salutations. Admiráronse las dos de que á tales horas hubiese rosario alguno, y con esta admiración esperaban á que llegase á emparejar con su casa, y entre tanto que llegaba, conferían entre si la causa de venir este rosario cantando tan dulcemente. Discurrían que los hermanos del rosario habrían sabido la muerte de su fundador Fr. Pablo, y que juntándose vendrían (aunque á deshora) á cantarle al cadáver los elogios de María; pero disuadiólas de esta aprehensión el considerar que

Cantos angélicos.

era imposible **si se hubiesen** juntado tan pronto y que en una noche tan lluviosa y desabrida viniesen á aplicarle aquel sufragio. En esta confusión estaban las dos desveladas señoras, cuando entró el criado que habían enviado á la iglesia, y preguntándole, qué rosario era aquel que oían cantar con du'zura tanta, y que á donde iba, respondió que ni él oía rosario alguno, ni en la calle lo había encontrado, ni aun persona alguna parecía, porque lo obscuro y lluvioso de la noche no daba lugar á que anduviese nadie por la calle. De donde podemos discurrir piadosamente que este rosario lo cantaban los ángeles, recibiendo el alma de Fr. Pablo, y acompañándola al cielo como vió el chicuelo del caso arriba referido.

Vuela al cielo

Hallábase Doña Alfonso de Peñalba y Sedano, hija de D. Juan de Peñalba, y de Doña Rafaela Sedano, singulares devotos de los Capuchinos y afectuosísimos á Fr. Pablo con un dolor de muelas tan intenso, que teniéndola sobremano aflagada, llegaba su crueldad á tanto, que casi la privaba de sentido. Angustiadados los piadosos padres con el penoso accidente de su hija, llamaron al médico: vino este y aplicó algunos medicamentos; pero en vano todos, porque al paso que los medicamentos se aplicaban el dolor crecía. Teníala casi fuera de sentido no solo el comer y el beber, que impidiéndole no leve reposo le concedía. De esta suerte

Milagros que hizo.



www.libros.org pasó dos días la dolorida señora, sin conseguir en ellos el menor alivio: al cabo de los cuales una noche, habiéndose ya recogido toda la familia. le vino á la memoria una carta de Fr. Pablo, escrita á su padre, la cual tenía guardada en una gabela del escritorio; levantóse al punto, buscó la carta, y habiéndose restituido al lecho, encomendándose en las oraciones de Fr. Pablo, se la puso con toda fé en la mejilla lastimada. ¡Oh prodigio! instantáneamente se le quitó el dolor, que tanto le había molestado, se quedó dormida y nunca más experimentó dolor de muelas en manera alguna.

Cura un dolor de muelas

Tenía Fr. Pablo una prima llamada doña Manuela de Castañeda, señora virtuosa y bien inclinada; rogábale ésta á Fr. Pablo, que le diese una cuerda de las que para ceñirnos usamos los capuchinos, que por devoción á nuestro Seráfico P. San Francisco quería tener en su casa. Excusábase Fr. Pablo, diciendo que no tenía más que aquella con que estaba ceñido, ni hallaba otra alguna que darle: instaba la devota señora siempre que veía á Fr. Pablo, pidiéndole la prenda que apetecía, y Fr. Pablo siempre se excusaba, hasta que un día le dijo: Prima, no me pidas cuerda alguna, que cuando me muera te la daré. Raro caso! singular prodigio! El mismo día que murió Fr. Pablo en Conil, á las nueve de la mañana llamaron á la puerta de doña Manuela, salió una criada á ver quien llamaba, y halló dos religiosos ca-

Prodigio de su cuerda.



puchinos, que como ella misma me ha asegurado, (habla el V. P. Isidoro), no los conoció ni nunca los había visto, los cuales entregándole una cuerda de las nuestras, le dijeron. Dígale V. á la señora doña Manuela, que su primo el Padre Fr. Pablo, le envía esta cuerda. Despidiéronse y nunca más los vió: subió la criada al aposento de su señora, entrególe la cuerda dándole el recado, y dentro de dos horas le vino la noticia de que Fr. Pablo había muerto en Conil aquella madrugada. Pasmóse del caso, asombrose del prodigio, y admirada lo contó á todos, atribuyendo á milagro lo que pasaba, y conociendo que Fr. Pablo le había cumplido la palabra de que en muriendo le enviaría la cuerda, porque tanto suspiraba. Este caso, (añade el P. Isidoro), me lo ha depuesto con juramento la misma criada, que recibió la cuerda.

Deposición
jurada.

Otros muchos prodigios trae el V. P. Isidoro en la vida que escribió de este varón apostólico; pero los omitimos de intento, para dar fin cuanto antes al presente libro, que va resultando bastante voluminoso, y por eso damos fin á este capítulo con el retrato del V. P. Pablo tomado de un cuadro antiguo que se conserva en nuestro convento de Sevilla.

Su retrato.

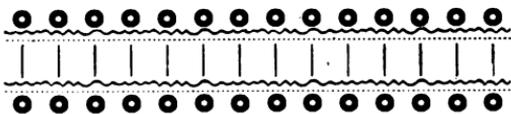


www.fbtool.com.cn



V. P. Pablo de Cádiz

Varón verdaderamente apostólico, predicador notabilísimo, y misiones de grandes virtudes que recorrió muchos pueblos de Andalucía, predicando el evangelio de Cristo. Fué singularísimo devoto de la Virgen Santísima, cuyo Rosario público propagó por todas partes con fervor de varón santo.



www.libtool.com.cn

CAPITULO XXXIII

Sucesos de la Provincia en el último lustro del siglo XVII

Entró el año 1695, y de él solo sabemos que fallecieron en la Provincia los religiosos siguientes: Padre Fray Francisco de Andújar, en Cádiz; P. Fray Bernabé de Sevilla, en Sevilla; H.º Fray Juan de Ipre, en Jerez; H.º Fr. Bernardino de Martos, en Castillo; H.º Fr. Antonio de Santander, en Marchena; Vble. P. Pablo Jerónimo de Fregenal, en Sevilla; P. Fr. Gregorio de Cañete, en Sevilla; P. Fr. Baltasar de Cabra, en Andújar; P. Fr. José de Ubrique, en Andújar; H.º Fr. Juan de Ubrique, en Ubrique; P. Fr. Bartolomé de Sevilla, en Ubrique; P. Fr. José de Santa Cruz, en Jerez; H.º Fr. Antonio de Toledo, en Jaén; H.º Fr. Antonio de Toledo, en Jaén; H.º Fr. Antonio de Alhama, corista, en Antequera; H.º Fr. Juan de Soria, en Ecija; P. Fr. Bartolomé de Rentería, en Ecija; P. Fr. Pedro del Burgó, en Sevilla; H.º Fr. Francisco de Casares, en Sevilla; P. Fr. Buenaventura de Timbar, en Motril; H.º Fr. Antonio de Bilbao, en Cádiz; P. Fr. Ignacio de las Canarias, en Caracas; P. Fr. Salvador de Málaga, en Jerez; y el Herma-

Sucesos del
año 1695.

Difuntos



no Fr. Bernabé de Cabra, corista, en
Marchena.
Muerto ilustre

El más ilustre de estos religiosos fué el V. P. Pablo Jerónimo de Fregenal, del cual trataremos largamente en el libro de las misiones.

Año 1696

En este año se reunió la Definición en el convento de Sanlúcar; el 25 de Noviembre y en ella se eligieron cinco Guardianes para sustituir á otros tantos que tenían cumplido su trienio; y se dió decreto de expulsión contra un corista llamado Fr. Antonio de Mairena, por desobediente.

Durante dicho año murieron los religiosos siguientes: H.º Fr. Anastasio de Sevilla, corista, en Sanlúcar; H.º Fray Antonio de Vergara, en Sevilla; P. Fray Miguel de Sevilla, en Sevilla; H.º Fray Bernabé de Guadix, en Granada, P. Fray Miguel de Porcuna, en Sevilla; P. Fray Jerónimo del Moral, en Sevilla; H.º Fray Cipriano de Granada, en Granada; Padre Fr. Laureano de Riogordo, en Málaga; H.º Fr. Francisco de Castro-Urdiales, corista, en Sevilla; H.º Fr. Angel de Sevilla, en Málaga; H.º Fr. Pedro de Granada, en Jaén; P. Fr. Prudencio de Yangüas, en Sevilla; y el H.º Fr. Pedro de Villanueva en Jaén.

Año 1697

Otros sucesos
En este año terminó su trienio de Provincial nuestro P. Fr. Félix de Cabra, y se hicieron las elecciones mencionadas en la siguiente tabla.

Tabla del Capítulo provincial celebrado
en Sevilla el 10 de Mayo de 1697.

Capítulo Pro-
vincial.

Provincial

M. R. P. Gabriel de Andújar.

Definidores

- R. P. Jerónimo de Baeza.
„ „ Diego de Valvanera.
„ „ José de Lucena.
„ „ Dionisio de Baena.

Custodios

- R. P. Diego de Albacete.
„ „ Jerónimo de Jaén.

Secretario de Provincia

R. P. Francisco de Córdoba.

Guardianes

- | | |
|-----------------------------|-------------------|
| R. P. Luis de Riogordo, | Sevilla. |
| no consta el de | Granada. |
| „ „ Jerónimo de Antequera, | Antequera. |
| no consta el de | Málaga. |
| Idem el de | Jaén. |
| Idem el de | Andújar. |
| Idem el de | Castillo. |
| Idem el de | Ardales. |
| Idem el de | Alcaíá. |
| Idem el de | Córdoba. |
| R. P. Francisco de Sevilla, | Ecija. |
| no consta el de | Vélez. |
| „ „ Lorenzo de Villanueva, | Sanlúcar. |
| no consta el de | Cabra. |
| „ „ Félix de Aramayona, | Cádiz. Elecciones |
| no consta el de | Motril. |

Guardianes „ „ Luis Bdo. de Manzanilla, Marchena.
no consta el de Ubrique.
Idem el de Jerez.

Durante este mismo año pasaron á mejor vida veinte religiosos, á saber: El P. Fr. Antonio de Sevilla, en Cádiz; Padre Fr. Adrian Francisco de Granada, en Granada; H.º Fr. Manuel de Baena, en Sanlúcar; H.º Fr. Eusebio de Fressa, en Granada; H.º Fr. Antonio de Sevilla, en Sanlúcar; P. Fr. Isidoro de Santander, en Málaga; H.º Fr. Antonio de Brujas, en Sevilla; P. Fr. Rodrigo de Sevilla, en Sevilla; H.º Fr. Diego de Sevilla, en Sevilla; P. Fr. Juan de Lucena, en Cerdeña; H.º Fr. Eusebio de Jaén, en Ardales; P. Fr. Diego de Marchena, en Caracas; H.º Fr. Francisco de Baena, en Antequera; P. Fr. Pedro de Andújar, en Andújar; P. Fr. Francisco de Alcázar, en Caracas; P. Fr. Alberto de Granada, en Jaén; H.º Fr. Buenaventura de Sevilla, en Jerez; P. Fr. Diego de Antequera, en Antequera; H.º Fr. Dionisio de Villar, en Cádiz, y el H.º Fr. Diego de Huelma, corista, en Vélez.

Año 1698

En este año hubo capítulo general en Roma, al que asistieron por esta provincia los Muy RR. PP. Gabriel de Andújar, Diego de Albacete y Jerónimo de Jaén; y en él fué elegido en Ministro General de toda la Orden nuestro Rmo. Padre Juan Pedro de Bustos.

Capítulo general.

En el convento de Cádiz hubo junta difinitorial el 25 de Octubre de este mis-



mo año y en ella se quitaron de los estudios dos coristas, por haber perdido el respeto, uno á su Guardián y otro á su Lector; y se determinó que el capítulo provincial se celebrara el día 16 de Enero del siguiente año. En este que vamos narrando, murieron los religiosos siguientes:

Definición.

P. Fr. Bernardino de Sevilla, en Sevilla; P. Fr. Ambrosio de Mendavia, en Sevilla, H.º Fr. José Francisco de Cádiz, corista, en Sanlúcar; H.º Fr. Diego de la Torre, en Sevilla; H.º Fr. Dionisio de Torrox, en Motril; H.º Fr. Diego de Arjonilla, en Málaga; H.º Fr. Gil de Vélez, en Málaga; P. Fr. Pablo del Valle, en Cádiz; P. Fr. Diego de Baena, en Cabra; H.º Fr. Antonio de Ardales, en Granada; P. Fr. Basilio de Cabra, en Cabra; H.º Fr. Lucas del Valle, en Ecija; Hermano Fr. Francisco de Salinas, en Ubrique; P. Fr. Antonio de la Parra, en Marchena, y el H.º Fr. Agustín de Jaén, en Sevilla.

En este año llegó á la provincia la noticia del martirio que padeció á manos de los Gentiles de la Provincia de Venezuela nuestro V. P. Luís de Orgiva, quien después de haber sufrido un martirio prolongado, á la violencia de un veneno que le hicieron beber, últimamente le dieron á palos una cruel muerte.

Año 1699

A principios de este año se hicieron Otras noticias las elecciones que menciona la siguiente



Capítulo provincial.
Tabla del capítulo provincial celebrado en Sevilla el 16 de Enero de 1699.

Provincial

M. R. P. Jerónimo de Baeza.

Definidores

R. P. José de Lucena.
 „ „ Jerónimo de Jaén.
 „ „ Luis de Riogordo.
 „ „ Luis Bernardo de Manzanilla.

Custodios

No constan.

Secretario de Provincia

R. P. José Manuel, de la Laguna.

Guardianes

R. P. Isidoro Antonio de Ardales	Sevilla
„ „ Diego de Málaga	Granada
„ „ Jerónimo de Antequera	Antequera
„ „ Buenaventura de Málaga	Málaga
no consta el de	Jaén
Idem el de	Andújar
„ „ Jerónimo de Antequera	Castillo
„ „ Rodrigo de Antequera	Ardales
no consta el de	Alcalá
„ „ Laureano de Sevilla	Córdoba
„ „ Manuel de Málaga	Ecija
no consta el de	Vélez
„ „ Luis de Sevilla	Sanlúcar
no consta el de	Cabra
„ „ Diego de Albacete	Cádiz
„ „ Francisco de Constantina	Motril
„ „ Teodoro de Sevilla	Marchena
„ „ Gabriel de Córdoba	Ubrique
„ „ Adrián de Sevilla	Jerez

Electos.



En **Junio del mismo año** se celebró Junta Definitorial en nuestro convento de Antequera y por muerte del Padre Guardián Fr. Juan Crisóstomo de Antequera que lo era de dicho convento, se eligió para sustituirlo al P. Juan de Oviedo. La muerte del P. Crisóstomo fué muy sentida en la Provincia por las altas prendas que en él concurrían, pues además de ser un sabio, era un predicador excelentísimo. Acompañóle en su viaje á la eternidad desde el convento de Granada el corista Fr. Francisco de Madrid que en el siglo se llamó D. Francisco Lisón, y fué hijo de D. Mateo Lisón, y de D.^a Baltasara Madera, el cual, siendo de edad de 16 años, tomó el hábito para corista en Granada el día 17 de Octubre de 1636, y profesó en el siguiente de 1637. Este religioso era primogénito de la casa de los marqueses de Algarinejo, y como tal, heredero de este marquesado; pero, posponiéndolo todo, abrazó con ánimo generoso el estado pobre y penitente de los capuchinos; y desde entonces se conservó sin haber querido recibir las sagradas órdenes en el grado de corista los 63 años que vivió en la religión sirviendo con suma puntualidad los ejercicios de tal y con especialidad el de despertador y campanero, siendo súmamente humilde, pobre, casto y obediente, hasta que á los 79 años de su edad descansó en el Señor. Siguióle el hermano Fr. Atanasio de Milan; también corista, que siendo

Junta defnitorial.

Dos religiosos notables.



Difuntos del año 1699. de 23 años tomó nuestro santo hábito el día 27 de Junio de 1696 en nuestro convento de Sevilla y profesó el siguiente de 1697. También murió el P. Buena-ventura de Carmona, en Vélez, el hermano Fr. Alfonso de Ubrique, en Cádiz; el P. Pedro de Canillas, en Malaga; y los PP. Miguel de Andújar y Crisótomo del Burgo, en Alcalá. Además llegó en este año 1699 la noticia de haber muerto en las misiones de Venezuela el apostólico varón P. Ambrosio de Baza, cuya biografía pondremos en el libro de las misiones. Trabajó con infatigable celo, en la conversión de aquellos Gentiles; y para el logro de sus fervorosas ansias quiso favorecerlo el cielo, renovando el prodigio que experimentaron los Apóstoles en el principio de la Iglesia, pues, hablando él en su nativo idioma, era entendido por tanta variedad de Naciones, como hay en aquellos parajes, que lo tienen muy diverso entre sí, oyéndolo cada una en su lenguaje propio, con lo que logró hacer innumerables reducciones de infieles á nuestra santa fé.

Año 1700

Renuncia ó dimisión. El día 9 de Marzo de este año se celebró junta definitorial en nuestro convento de Cabra y habiendo renunciado la guardianía del Castillo el P. Fr. Jerónimo de Antequera fué electo canónicamente el P. Fr. José Manuel de la Laguna, predicador; y por secretario de

Provincia, fué electo el P. Fray Rafael de Sevilla predicador. En este mismo año tuvo lugar el Capítulo Provincial expresado en la siguiente tabla. Otro capítulo.

Provincial

M. R. P. José de Lucena.

Definidores

R. P. Diego de Málaga.

„ „ Luis Bernardo de Manzanilla.

„ „ Lorenzo de Villanueva.

„ „ Isidoro Antonio de Ardales.

Custodios

„ „ Antonio de Guadix.

„ „ Adrián de Sevilla.

Vicario Provincial

„ „ Diego de Málaga.

Guardianes

R. P. Ignacio de Triana, Sevilla.

„ „ Antonio de Luque, Granada.

„ „ Juan de Oviedo, Antequera.

„ „ Bernardino de Málaga, Málaga.

no consta el de Jaén

Idem el de Andújar

Idem el de Castillo

„ „ Rodrigo de Antequera, Ardales.

no consta el de Alcalá

„ „ Juan F. de Manzanilla, Córdoba.

„ „ Manuel de Málaga, Ecija.

no consta el de Vélez

„ „ Luis de Sevilla, Sanlúcar.

no consta el de Cabra

„ „ Diego de Albacete, Cádiz.

no consta el de Motril

„ „ Teodoro de Sevilla, Marchena.

„ „ Gabriel de Córdoba, Ubrique.

no consta el de Jerez

^{Sus elecciones}



Muertos del año 1700. **En dicho año finalizaron su vida, juntamente con el siglo XVII, los religiosos que siguen:**

P. Fr. José de Riogordo, en Riogordo; P. Fr. Bernardo de Almería, en Granada; P. Fr. Andrés de Colmenar, en Ardales; P. Fr. Gabriel de Antequera, en Málaga; H.º Fr. Agustín de Alcalá de Henares, en Málaga; P. Fr. Matías de Granada, en Granada; H.º Fr. Nicolás del Horrio, en Ubrique; P. Fr. José de Alcalá, en Andújar; H.º Fr. Nicolás de Carmona, en Sevilla; H.º Fr. Isidoro de Granada, en Granada; P. Fr. Francisco de Lucena, en Santúcar; P. Fr. Agustín de Andújar, en Andújar, y el H.º Fray Mateo de la Atalaya, en Sevilla.

En Roma murió el 4 de Septiembre del mismo año, el Papa Inocencio XII, y le sucedió Clemente XI el 23 de Noviembre de 1700. También murió en dicho año Carlos II, rey de España, el 29 de Octubre, y su muerte dió origen á la desastrosa *guerra de sucesión*, que acabó con la preponderancia española en Europa.

Terminado este libro con los sucesos de la Provincia en el siglo XVII, vamos á convertir ahora nuestra atención á las misiones que durante dicho siglo sostuvo nuestra Provincia en Africa y América, y tal será Dios mediante la materia del libro siguiente.

Fin del siglo XVII.





CAPITULO XXXIV

www.libtool.com.cn

TABLA

LOS CAPITULOS CELEBRADOS EN LA PROVINCIA BETICA
DESDE 1665 HASTA 1700.

19. Celebrado en Sevilla á 29 de Octubre de 1666.

PROVINCIAL

M. R. P. Francisco de Jerez.

DEFINIDORES

1. M. R. P. Leandro de Antequera.
2. „ „ „ José de Campos.
3. „ „ „ Gabriel de Vélez.
4. „ „ „ Basilio de Viana.

CUSTODIOS

1. M. R. P. Francisco de Alcalá, y
2. „ „ „ Fr. Carlos de Cádiz.

20. Celebrado en Sevilla á 18 de Octubre de 1669.

PROVINCIAL

M. R. P. José de Campos.

DEFINIDORES

1. M. R. P. Francisco de Alcalá.
2. „ „ „ Antonio de Hondarroa.
3. „ „ „ Leandro de Antequera.
4. „ „ „ Basilio de Viana.

21. Celebrado en Antequera á 17 de Octubre de 1670.

PROVINCIAL

M. R. P. José de Campos.

DEFINIDORES

1. M. R. P. Antonio de Hondarroa.
2. „ „ „ Basilio de Viana.
3. „ „ „ Buenaventura de Antequera.
4. „ „ „ Juan de Antequera.

CUSTODIOS

1. M. R. P. Buenaventura Luis de Sevilla.
2. „ „ „ Buenaventura de Ocafia.

22. *Celebrado en Sevilla á 14 de Octubre de 1672.*

PROVINCIAL

M. R. P. Antonio de Hondarroa.

DEFINIDORES

1. M. R. P. Buenaventura de Antequera.
2. „ „ „ Leandro de Antequera.
3. „ „ „ Buenaventura de Ocaña.
4. „ „ „ Juan de Antequera.

23. *Celebrado en Sevilla á 20 de Septiembre de 1675.*

PROVINCIAL

M. R. P. José de Campos.

DEFINIDORES

1. M. R. P. Juan de Antequera.
2. „ „ „ Buenaventura de Antequera.
3. „ „ „ Cristóbal de Málaga.
4. „ „ „ Mauro de Granada.

24. *Celebrado en Antequera á 27 de Octubre de 1677.*

PROVINCIAL

M. R. P. José de Campos.

DEFINIDORES

1. M. R. P. Cristóbal de Málaga.
2. „ „ „ Francisco de Valverde.
3. „ „ „ Buenaventura de Ocaña.
4. „ „ „ Francisco de Ecija.

25. *Celebrado en Sevilla á 24 de Abril de 1679.*

PROVINCIAL

M. R. P. Cristóbal de Málaga.

DEFINIDORES

1. M. R. P. Francisco de Valverde.
2. „ „ „ Felipe de Cazorla.
3. „ „ „ Mauro de Granada.
4. „ „ „ Antonio de la Parra.

26. *Celebrado en Antequera á 24 de Abril de 1682.*

PROVINCIAL

M. R. P. Francisco de Valverde.

DEFINIDORES

1. M. R. P. Felipe de Cazorla.
2. „ „ „ Gregorio de Granada.
3. „ „ „ Basilio de Granada.
4. „ „ „ Antonio de la Parra.



27. *Celebrado en Sevilla á 7 de Enero de 1684.*

PROVINCIAL

M. R. P. Felipe de Cazorla.

DEFINIDORES

1. M. R. P. Cristóbal de Málaga.
2. „ „ „ Mauro de Granada.
3. „ „ „ Basilio de Granada.
4. „ „ „ Francisco de Ecija.

28. *Celebrado en Antequera á 17 de Enero de 1687.*

PROVINCIAL

M. R. P. Francisco de Luque.

DEFINIDORES

1. M. R. P. Gabriel de Andújar.
2. „ „ „ Isidoro de Bruxelas.
3. „ „ „ Bernardo de Santillana.
4. „ „ „ Antonio de la Parra.

29. *Celebrado en Sevilla á 29 de Abril de 1690.*

PROVINCIAL

M. R. P. Gabriel de Andújar.

DEFINIDORES

1. M. R. P. Felipe de Cazorla.
2. „ „ „ Isidoro Francisco de Bruxelas.
3. „ „ „ José de Lucena.
4. „ „ „ Francisco de Trigueros.

30. *Celebrado en Granada á 8 de Agosto de 1692.*

PROVINCIAL

M. R. P. Gabriel de Andújar.

DEFINIDORES

1. M. R. P. Francisco de Luque.
2. „ „ „ Felix de Cabra.
3. „ „ „ Jerónimo de Baeza.
4. „ „ „ Francisco de Trigueros.

31. *Celebrado en Sevilla á 30 de Abril de 1694.*

PROVINCIAL

M. R. P. Felix de Cabra.

DEFINIDORES

1. M. R. P. Francisco de Luque.
2. „ „ „ Jerónimo de Baeza.
3. „ „ „ Diego de Albacete.
4. „ „ „ Francisco de Lumbreras.

32. Celebrado en Sevilla á 10 de Mayo de 1697.

PROVINCIAL

M. R. P. Gabriel de Andújar.

DEFINIDORES

1. M. R. P. Jerónimo de Baeza.
2. „ „ „ Diego de Valvanera,
3. „ „ „ José de Lucena.
4. „ „ „ Dionisio de Baena.

33. Celebrado en Sevilla á 16 de Enero de 1699.

PROVINCIAL

M. R. P. Jerónimo de Baeza.

DEFINIDORES

1. M. R. P. José de Lucena.
2. „ „ „ Jerónimo de Jaén.
3. „ „ „ Luis de Riogordo.
4. „ „ „ Luis Bernado de Manzanilla.

34. Celebrado en Sevilla á 15 de Octubre de 1700.

PROVINCIAL

M. R. P. José de Lucena.

DEFINIDORES

1. M. R. P. Diego de Málaga.
2. „ „ „ Luis Bernardo de Manzanilla.
3. „ „ „ Lorenzo de Villanueva.
4. „ „ „ Isidoro Antonio de Ardales.

*Lista de los Guardianes habidos en los conventos de la
Provincia desde 1665 á 1700*

SEVILLA

M. R. P. Leandro de Antequera.	1666
Este P. era á la vez Definidor 1.º y quedó Vicario Provincial por la promoción de N. P. Francisco de Jerez á Definidor general. Por esta causa la Definición nombró Guardián de este convento al	
M. R. P. Antonio de Hondarroa.	1668
„ „ „ Jerónimo del Moral.	1669
„ „ „ El mismo.	1670
„ „ „ Buenaventura Luis de Sevilla.	1672
„ „ „ Buenaventura de Ocaña.	1675
„ „ „ Angel de Tenerife.	1677
„ „ „ Antonio de la Parra.	1679
„ „ „ Basilio de Granada.	1682
„ „ „ Antonio de la Parra.	1684

M. R. P.	Francisco de Trigueros.	1687
www.	Isidoro Fr. de Bruselas.	1690
” ” ”	Diego de Málaga.	1692
” ” ”	José de Lucena.	1694
” ” ”	Luis de Riogordo.	1697
” ” ”	Isidro Antonio de Ardales.	1699
” ” ”	Ignacio de Triana.	1700

GRANADA

M. R. P.	Jerónimo del Moral.	1666
” ” ”	Gabriel de Vélez.	1669
	El mismo.	1670
” ” ”	Antonio de Granada.	1672
” ” ”	Alonso de Cáceres.	1675
” ” ”	Buenaventura L. de Sevilla.	1677
	El mismo.	1679
	No consta.	1682
” ” ”	Mauro de Granada.	1684
” ” ”	Diego de Alcalá.	1687
	El mismo.	1690
” ” ”	Eusebio de Granada.	1692
” ” ”	Diego de Málaga.	1694
” ” ”	Antonio de Luque.	1697
” ” ”	Diego de Málaga.	1699
” ” ”	Antonio de Luque.	1700

ANTEQUERA

M. R. P.	Salvador de Baza.	1666
” ” ”	Buenaventura de Ocaña.	1669
” ” ”	Francisco de Luque.	1670
	El mismo.	1672
” ” ”	Francisco de Ecija.	1675
	El mismo.	1677
” ” ”	Francisco de Luque.	1679
	El mismo.	1682
” ” ”	Félix José de Cádiz.	1684
” ” ”	Andrés de Montilla.	1687
” ” ”	Atanasio de Málaga.	1690
” ” ”	Sebastián de Santillana.	1692
” ” ”	Diego de Córdoba.	1694
” ” ”	Juan Crisóstomo de Antequera.	1697
	El mismo.	1699
” ” ”	Juan de Oviedo.	1700

MÁLAGA

R. P.	Alonso de Granada.	1666
	No consta.	1669
	Idem.	1670
	Idem.	1672
” ”	Cristóbal de Málaga.	1675
	No consta.	1677



	Idem.	1679
	Idem.	1682
R. P.	José de Sanlúcar.	1684
	El mismo.	1687
	No consta.	1690
	Idem.	1692
	Idem.	1694
	Idem.	1697
„ „	Bernardino de Málaga.	1699
	El mismo.	1700

JAEN

R. P.	Peiro de Andújar.	1666
„ „	Basilio de Granada.	1669
	El mismo.	1670
	Idem.	1672
	No consta.	1675
„ „	José de Jaén.	1677
	El mismo.	1679
„ „	Clemente de Alcalá.	1682
	El mismo.	1684
	No consta.	1687
„ „	Félix de Cabra.	1690
„ „	Isidro Antonio de Ardales.	1692
	El mismo.	1694
	No consta.	1697
	Idem.	1699
	Idem.	1700

ANDÚJAR

De este convento no hemos hallado en esta época más Guardián que el R. P. Diego de Valvanera. elegido en 1687 los demás no constan en las tablas de los capítulos.

CASTILLO

	No consta el del año	1666
	Idem.	1669
	Idem.	1670
R. P.	Silvestre de Osmona.	1672
	El mismo.	1675
	No consta.	1677
„ „	Sebastián de Santillana.	1679
„ „	Fabián de Granada.	1682
	No consta.	1684
	Idem.	1687
	Idem.	1690
	Idem.	1692
„ „	Dionisio de Baena.	1694
	No consta.	1697
„ „	Jerónimo de Antequera.	1699
„ „	José M. ^a de la Laguna.	1700



ARDALES

El único Guardián conocido de este convento en la época mencionada es el R. P. Rodrigo de Antequera elegido en los capítulos de 1699 y 1700.

ALCALÁ

	No consta el del año	1666
R. P.	José de Ica.	1669
" "	Basilio de Cabra.	1670
	El mismo.	1672
	No consta.	1675
	Idem.	1677
	Idem.	1679
	Idem.	1682
" "	Fabián de Granada.	1684
	No consta.	1687
	Idem.	1690
" "	Gabriel de Sevilla	1692
	El mismo.	1694
	No consta.	1697
	Idem.	1699
	Idem.	1700

ÉCIJA

R. P.	Francisco de Málaga.	1666
" "	Pedro de Gibraltar.	1669
	El mismo.	1670
	No consta	1672
	Idem.	1675
	Idem.	1677
	Idem.	1679
	Idem.	1682
	Idem.	1684
	Idem.	1687
" "	Antonio de Cañete.	1690
" "	Agustín de Iznájar.	1692
	No consta.	1694
" "	Francisco de Sevilla.	1697
" "	Manuel de Málaga.	1699
	El mismo.	1700

CÓRDOBA

	No consta el del año	1666
	Idem.	1669
	Idem.	1670
R. P.	Juan de Antequera.	1672
	El mismo.	1675
" "	Francisco de Luque.	1677
	No consta.	1679
	Idem.	1682
" "	Gregorio de Granada.	1684



R. P. Francisco de Lumbreras.	1687
„ „ José de Valmaseda.	1690
„ „ El mismo.	1692
„ „ Agustín de Iznájar.	1694
„ „ No consta.	1697
„ „ Laureano de Sevilla.	1699
„ „ Juan Frc° de Manzanilla.	1700

VÉLEZ

No consta más que el R. P. Buenaventura de Ocaña, en 1666; el P. Eugenio de Granada en 1669, y el P. Félix de Aramayona en 1684.

SANLÚCAR

R. P. José de Santa Olaya.	1666
„ „ El mismo.	1669
„ „ No consta.	1670
„ „ Idem.	1672
„ „ José de Santa Olaya.	1675
„ „ El mismo.	1677
„ „ Hermenegildo de Sanlúcar.	1679
„ „ Gonzalo de Ugijar.	1682
„ „ El mismo.	1684
„ „ No consta.	1687
„ „ Idem.	1690
„ „ Idem.	1692
„ „ Idem.	1694
„ „ Lorenzo de Villanueva.	1697
„ „ Luis de Sevilla.	1699
„ „ El mismo.	1700

CABRA

R. P. Baltasar de Granada.	1669
„ „ El mismo.	1669
„ „ Hermenegildo de Sanlúcar.	1670
„ „ El mismo.	1672
„ „ Baltasar de Granada.	1675
„ „ Agustín de Andújar.	1677
„ „ Gregorio de Granada.	1679
„ „ El mismo.	1682
„ „ Basilio de Cabra.	1684
„ „ No consta.	1687
„ „ Francisco de Trigueros.	1690
„ „ El mismo.	1692
„ „ Juan de Baza.	1694
„ „ No consta.	1697
„ „ Idem.	1699
„ „ Idem.	1700

CÁDIZ

R. P. Antonio de Córdoba.	1666
„ „ El mismo.	1669

M. R. P.	Leandro de Antequera.	1670
" "	Hermenegildo de Sevilla.	1672
" "	Buena Ventura de Antequera.	1675
" "	El mismo.	1677
" "	Francisco de Valverde.	1679
" "	No consta.	1682
" "	Idem.	1684
" "	Bernardo de Santillana.	1687
" "	El mismo.	1690
" "	Diego de Albacete.	1692
" "	José de Sevilla	1694
" "	Félix de Aramayona.	1697
" "	Diego de Albacete.	1699
" "	El mismo.	1700

MOTRIL

R. P.	Mauro de Granada.	1666
	El mismo.	1669
	No consta.	1670
	Idem.	1672
" "	Buena Ventura de Archidona.	1675
" "	El mismo.	1677
" "	Silvestre de Carmona.	1679
" "	No consta.	1682
" "	Idem.	1684
" "	Bernabé de Granada.	1687
" "	Félix de Aramayona.	1690
" "	No consta.	1692
" "	Idem.	1694
" "	Idem.	1697
" "	Francisco de Constantina.	1699
" "	El mismo?	1700

MARCHENA

	No consta el del año	1666
R. P.	Antonio de la Parra.	1669
	El mismo.	1670
	No consta.	1672
	Idem.	1675
	Idem.	1677
	Idem.	1679
" "	Francisco de Trigueros.	1682
" "	No consta.	1684
" "	Idem.	1687
" "	Idem.	1690
" "	Bernabé de Granada.	1692
" "	El mismo.	1694
" "	Luis Brdo. de Manzanilla.	1697
" "	Teodoro de Sevilla.	1699
" "	El mismo.	1700



JEREZ
www.libtool.com.cn

	No consta el del año	1666
	Idem.	1669
	Idem.	1670
R. P.	Antonio de la Parra.	1672
	El mismo.	1675
	No consta.	1677
„ „	Lorenzo de Villanueva.	1679
	El mismo.	1682
„ „	José de Sevilla.	1684
„ „	Antonio de la Parra.	1687
„ „	Bernardo de Granada.	1690
	El mismo.	1692
„ „	Juan de Sevilla.	1694
	No consta	1697
„ „	Adrian de Sevilla.	1699
	El mismo?	1700

UBRIQUE

R. P.	Sebastián de Sevilla.	1686
	No consta.	1669
	Idem.	1670
	Idem.	1672
	.dem.	1675
	Idem.	1677
„ „	Diego de Valvanera.	1679
	El mismo?	1682
„ „	Eusebio de Sevilla.	1684
	El mismo.	1687
	No consta.	1690
	Idem.	1692
	Idem.	1694
	Idem.	1697
„ „	Gabriel de Córdoba.	1699
	El mismo.	1700



Apéndice

www.libtool.com/en

VARONES ILUSTRES FALLECIDOS EN LA PROVINCIA DESDE EL AÑO 1666 A 1700.

V. P. Plácido de Belicena, martir en las misiones de Venezuela.	1667
V. P. Agustín de Ronda, en las misiones de Guinea.	1667
V. H. Fr. Bartolomé de Granada, en Cádiz.	1668
V. P. Antonio de Sanlúcar, en Sevilla.	1669
V. P. Antonio de Bruxelas, en Sevilla.	1670
V. P. Francisco Ant.º de Córdoba, en Antequera.	1671
V. P. Diego de Guadalcanal, en Sevilla.	1674
V. H. Melchor de Casares, en Granada.	1675
V. P. Bernardino de Granada, en Granada á 23 de Marzo de	1676
V. P. Francisco de Jerez, en Madrid.	1684
V. P. Crisóstomo de Granada, en Granada.	1685
V. H. Manuel de Allaríz, en Granada, 3 de Agosto de	1685
V. P. Miguel de Gibraleón, en Antequera.	1690
V. P. José de Carabantes, en Monforte á 11 de Abril de	1694
V. P. Pablo de Cádiz, en Conil el 16 de Noviembre de	1694
V. P. Pablo Jerónimo de Fregenal, en Sevilla.	1695
V. P. Luis de Orgiva, martirizado en Venezuela.	1698
V. P. Ambrosio de Baza, en Venezuela.	3699



INDICE

	<u>Páginas.</u>
CAPITULO I	
Viene á la Provincia un visitador general: celébrase capítulo en Sevilla y mueren varios religiosos.	17
CAPITULO II	
Vida del V. Fr. Bartolomé de Granada.	17
CAPITULO III	
De los difuntos y capítulos que hubo en la Provincia desde 1669 á 1672.	25
CAPITULO IV	
Más difuntos y más capítulos provinciales.	36
CAPITULO V	
Vida del V. Fr. Melchor de Casares, corista.	42
CAPITULO VI	
Vida de N. V. P. Bernardino de Granada.	48
CAPITULO VII	
Virtudes religiosas de este siervo de Dios.	51
CAPITULO VIII	
De otros lances que prueban la virtud de este Siervo de Dios.	62
CAPITULO IX	
Muerte del siervo de Dios y su fama de santidad.	71
CAPITULO X	
Miscelánea histórica: el cólera en Andalucía y estragos que hizo en la Provincia.	78
CAPITULO XI	
Murillo y los Capuchinos.—Biografía del primero: su trato con los segundos: su doble y larga estancia en el convento de Capuchinos de Sevilla.	89
CAPITULO XII	
Descripción de los cuadros que pintó Murillo para nuestro convento de Sevilla.	107
CAPITULO XIII	
La Virgen de la Servilleta.—Su tradición.—Su historia.—Paradero de nuestros cuadros.	130
CAPITULO XIV	
Ultimos años de Murillo: va á pintar á nuestro convento de Cádiz: su caída del andamio y su santa muerte.	142
CAPITULO XV	
Capítulos provinciales, muerte de N. P. Francisco de Valverde, y casos memorables ocurridos en la Provincia.	168
CAPITULO XVI	
Vida del Rmo. y V. P. Francisco de Jerez.	181
CAPITULO XVII	
Vida del V. P. Fr. Crisóstomo de Granada.	202
CAPITULO XVIII	
Vida del V. Fr. Manuel de Allariz.	216
CAPITULO XIX	
Muertes edificantes de Fr. Antonio de Fuentes y de Fr. Andrés de Sevilla.	227
CAPITULO XX	
Memorias históricas, y un caso memorable.	235

INDICE

www.libtool.com.cn

Páginas.

CAPITULO I	
Viene á la Provincia un visltador general: celébrase capítulo en Sevilla y mueren varios religiosos.	
CAPITULO II	
Vida del V. Fr. Bartolomé de Granada.	17
CAPITULO III	
De los difuntos y capítulos que hubo en la Provincia desde 1609 á 1672.	25
CAPITULO IV	
Más difuntos y más capítulos provinciales.	36
CAPITULO V	
Vida del V. Fr. Melchor de Casares, corista.	42
CAPITULO VI	
Vida de N. V. P. Bernardino de Granada.	48
CAPITULO VII	
Virtudes religiosas de este siervo de Dios.	51
CAPITULO VIII	
De otros lances que prueban la virtud de este Siervo de Dios.	62
CAPITULO IX	
Muerte del siervo de Dios y su fama de santidad.	71
CAPITULO X	
Miscelánea histórica: el cólera en Andalucía y estragos que hizo en la Provincia.	78
CAPITULO XI	
Murillo y los Capuchinos.—Biografía del primero: su trato con los segundos: su doble y larga estancia en el convento de Capuchinos de Sevilla.	89
CAPITULO XII	
Descripción de los cuadros que pintó Murillo para nuestro convento de Sevilla.	107
CAPITULO XIII	
La Virgen de la Servilleta.—Su tradición.—Su historia.—Paradero de nuestros cuadros.	130
CAPITULO XIV	
Últimos años de Murillo: va á pintar á nuestro convento de Cádiz: su caída del andamio y su santa muerte.	142
CAPITULO XV	
Capítulos provinciales, muerte de N. P. Francisco de Valverde, y casos memorables ocurridos en la Provincia.	168
CAPITULO XVI	
Vida del Reno, y V. P. Francisco de Jerez.	181
CAPITULO XVII	
Vida del V. P. Fr. Crisóstomo de Granada.	202
CAPITULO XVIII	
Vida del V. Fr. Manuel de Alarcón.	216
CAPITULO XIX	
Muertes simultáneas de Fr. Antonio de Fuentes y de Fr. Andrés de Sevilla.	227
CAPITULO XX	
Mención de las fiestas, y un caso memorable.	235

www.libtool.com.cn